 Seix Barral

**Siri Hustvedt**

Recuerdos del futuro



# ÍNDICE

**PORTADA**

**SINOPSIS**

**PORTADILLA**

**CAPÍTULO 1**

**CAPÍTULO 2**

**CAPÍTULO 3**

**CAPÍTULO 4**

**CAPÍTULO 5**

**CAPÍTULO 6**

**CAPÍTULO 7**

**CAPÍTULO 8**

**CAPÍTULO 9**

**CAPÍTULO 10**

**CAPÍTULO 11**

**CAPÍTULO 12**

**CAPÍTULO 13**

**CAPÍTULO 14**

**CAPÍTULO 15**

**CAPÍTULO 16**

**CAPÍTULO 17**

**AGRADECIMIENTOS**

**NOTA  
CRÉDITOS**

# SINOPSIS

Una escritora consagrada que trabaja en sus memorias redescubre los viejos diarios de su primer año en Nueva York, a finales de la década de 1970. Recién salida de un pueblo de Minnesota, sin apenas dinero y con hambre de nuevas experiencias, se deslumbra por todo lo que le ofrece la ciudad: su primer amor, los esbozos de su primera novela, la escena literaria que se abre ante ella, y, sobre todo, la obsesión por su vecina, una mujer joven que cada noche entona extraños monólogos en su apartamento y que la protagonista anota febrilmente en sus cuadernos. Conforme estas confesiones se vuelven más perturbadoras, su interés por descubrir la verdad detrás de la puerta de al lado también se intensifica.

Cuarenta años después de aquello, esas notas y diarios sirven a la escritora para reflexionar sobre temas como el paso del tiempo, el deseo o el papel de la mujer en la sociedad, y para constatar que son los recuerdos del pasado los que en gran medida conforman quienes seremos en el futuro.

Entre la metaliteratura y el feminismo, entre el thriller psicológico y el bildungsroman, Siri Hustvedt vuelve a cuestionar nuestras relaciones con la realidad, la capacidad del arte para cambiar nuestra percepción del mundo, los límites de la ficción y los enigmas de la personalidad y la memoria.



Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# **Siri Hustvedt**

## Recuerdos del futuro

Traducción del inglés por  
Aurora Echevarría

# 1

Hace años dejé las extensas llanuras de la Minnesota rural para dirigirme a la isla de Manhattan en busca del héroe de mi primera novela. Cuando llegué allí en agosto de 1978, más que un personaje era una posibilidad rítmica, una criatura embrionaria de mi imaginación percibida como una serie de compases métricos que se aceleraban o ralentizaban con mis pasos al recorrer las calles de la ciudad. Creo que esperaba descubrirme a mí misma en él, demostrar que ambos éramos dignos de cualquier historia que pudiera salirnos al encuentro. En Nueva York no buscaba felicidad ni comodidades sino aventuras, y sabía que la persona aventurera debe someterse a un sinfín de pruebas por tierra y por mar antes de regresar a casa, o acaba sucumbiendo a manos de los dioses. Entonces no sabía lo que ahora sé: que al escribir también me escribía. El libro había empezado a escribirse mucho antes de que yo dejara las llanuras. En el cerebro tenía grabados múltiples borradores de una novela de misterio, pero eso no significaba que supiera qué iba a salir. Mi héroe aún por formar y yo nos dirigíamos a un lugar que era poco más que una brillante ficción: el futuro.

Me había dado doce meses exactos para escribir la novela. Si al final del verano siguiente mi héroe había nacido muerto o fallecía aún en pañales, o si resultaba ser un zopenco cuya vida no merecía ni un comentario; en otras palabras, si no era realmente un héroe, los dejaría atrás tanto a él como a su novela, y me pondría a estudiar a los antepasados de mi criatura muerta (o

fallida), los moradores de los volúmenes que llenan las ciudades fantasma que llamamos bibliotecas. Me habían concedido una beca para cursar Literatura Comparada en la Universidad de Columbia, y cuando pregunté si podía posponerla para el año siguiente, las autoridades invisibles me enviaron una carta interminable en la que aceptaban mi petición.

Una habitación oscura con una cocina pequeña, un dormitorio aún más oscuro, un diminuto cuarto de baño de baldosas blancas y negras, y un armario con el techo de yeso lleno de protuberancias en el número 309 de la calle Ciento nueve Oeste me costaban doscientos diez dólares al mes. Era un piso lúgubre en un edificio destartado y lleno de desconchones y grietas, y si yo hubiera sido diferente, si hubiera tenido un poco más de mundo o hubiera leído un poco menos, la pintura verde ácido y las vistas a dos paredes sucias de ladrillo en el sofocante calor del verano me habrían desinflado a mí y mis ambiciones, pero en aquel momento no existía el grado de diferenciación, por ínfimo que fuera, que eso requería. Lo feo era hermoso. Decoré las habitaciones alquiladas con las frases y los párrafos embrujados que sacaba a mi antojo de los numerosos volúmenes que tenía en la cabeza.

Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía que para él no había otra historia más cierta en el mundo.

Los primeros momentos que pasé en mi piso conservan en mi memoria una cualidad radiante que nada tiene que ver con la luz del sol. Están iluminados por una idea. Entregada la fianza, pagado el alquiler del primer mes y cerrada la puerta en la cara de mi achaparrado y risueño conserje, el señor Rosales, con las axilas de mi camiseta empapadas de sudor, salté sobre las tablas del suelo en lo que creía que era una giga y lancé los brazos al aire, triunfal.

Tenía veintitrés años y una licenciatura en Filosofía y Literatura Inglesa en el Saint Magnus College (una pequeña escuela de Humanidades de Minnesota fundada por inmigrantes noruegos); cinco mil dólares en el banco, un fajo de

dinero que había ahorrado al acabar la carrera trabajando de camarera en Webster, mi ciudad natal, y durmiendo gratis en casa durante un año; una máquina de escribir Smith Corona, un juego de herramientas, una batería de cocina que me había dado mi madre y seis cajas de libros. Construí un escritorio con tabloncillos y una plancha de contrachapado. Y compré dos platos, dos tazas, dos vasos, dos tenedores, dos cuchillos y dos cucharas contando con el futuro amante (o serie de amantes) con quien, después de una noche de sexo delirante, pensaba compartir un desayuno de tostadas y huevos sentados en el suelo, pues no tenía mesa ni sillas.

Recuerdo la puerta cerrándose en la cara del señor Rosales, y recuerdo mi euforia. Recuerdo las dos habitaciones del viejo piso, y puedo ir de una a otra con la imaginación. Todavía veo el espacio, pero, si soy sincera, no puedo describir los dibujos que trazaban las grietas en el techo del dormitorio, las toscas líneas y las delicadas floraciones que sé que estaban allí porque las examinaba; tampoco estoy totalmente segura del tamaño de la nevera, por ejemplo, aunque creo que era más bien pequeña. Sí recuerdo que era blanca y quizá con las esquinas redondeadas en lugar de rectas. Cuanto más me concentre en recordar, probablemente más detalles saldrán, aunque podrían ser inventados. Así que no me extenderé sobre el aspecto, por ejemplo, de las patatas que había en los platos hace treinta y ocho años. No diré si eran blancuzcas y hervidas, ligeramente salteadas, al gratén o fritas, porque no las recuerdo. Si eres uno de esos lectores que disfrutan con las autobiografías llenas de recuerdos muy concretos, debo decir que los autores que afirman recordar a la perfección sus *röstis* de patatas de décadas atrás no son de fiar.

Y así llego a la ciudad con la que sueño desde que tenía ocho años y que no conozco ni un ápice (de niña confundía *ápice* con *átomo*, que asociaba con la aterradora física de la bomba).

Y así llego a la ciudad que he visto en películas y sobre la que he leído en libros, que es Nueva York pero también otras ciudades, París, Londres y San Petersburgo, la ciudad de las aventuras y desventuras del héroe, una ciudad real que es al mismo tiempo una ciudad imaginaria.



Recuerdo la extraña iluminación que creaban los estores rotos la primera noche que dormí en el piso 2B, el 25 de agosto. Me dije que tendría que comprarme unos nuevos si quería que hubiera oscuridad absoluta en la habitación. El aire caliente no corría. Dejé las sábanas empapadas de sudor, y mis sueños fueron crudos y gráficos, pero, cuando a la mañana siguiente tuve el café listo y me llevé la taza a mi colchón de espuma para tomármelo, había olvidado lo soñado. Durante mi primera semana en Nueva York escribía por las mañanas y daba vueltas en metro por las tardes. No tenía un destino en mente, pero sé que, mientras el tren atravesaba rugiendo las entrañas de la ciudad, el corazón me palpitaba más deprisa, y mi libertad recién descubierta parecía casi imposible. Un billete costaba cincuenta centavos y, mientras no me dirigiera a la salida ni subiera las escaleras, podía ir cambiando de línea sin comprar otro. Me desplazaba tranquilamente entre el centro y las afueras en la IRT, volaba en un tren exprés de la A, cruzaba del West Side al East Side en el Shuttle e investigaba la curiosa ruta de la L; y cuando la F se elevaba en la intersección de Smith con la Nueve a plena luz del día y tenía una fugaz visión de Brooklyn con su mezcla de bloques de hormigón, almacenes y vallas publicitarias, me sorprendía sonriendo a la ventanilla. Sentada o de pie en uno de los vagones, dando bandazos y sacudidas con los frenazos y los arranques, rendía homenaje a los grafitis omnipresentes, no por su belleza sino por su espíritu insurrecto, del que esperaba imbuirme y emularlos en mi propia obra artística. Disfrutaba con los trenes estrepitosos y con la voz del hombre cuyos anuncios se convertían en un ininteligible pero sonoro chirrido que se oía por el altavoz. Celebraba la aglomeración de gente cuando me veía expulsada por la puerta en un gran movimiento colectivo, y recitaba los versos de Whitman: «y yo desintegrado, y todos desintegrados y, aun así, todavía parte del plan». Yo quería ser parte del plan. Quería ser todos. Oía los idiomas que se hablaban, algunos reconocibles —español, mandarín, alemán, ruso, polaco, francés, portugués— y otros que no sabía ni que existían. Me deleitaba con los distintos colores de piel que me rodeaban, pues en Webster, Minnesota, ya me había saciado para toda la vida de palidez luterana y de sus encendidos tonos rosa, rojo y marrón de granjero quemado.

Observaba en los vagabundos, pordioseros y mendigos que veía por la

calle las distintas fases del descenso a las indignidades. Años antes de que yo llegara a Nueva York, las autoridades habían abierto las puertas de los pabellones psiquiátricos y dejado salir a sus pacientes en una libertad cuestionable. Los locos merodeaban por los andenes hurgándose las llagas. Algunos gritaban versos. Otros cantaban, gemían o predicaban la venida de Jesús o la ira de Yahvé, y otros se quedaban sentados en silencio en los rincones, reducidos a un saco de desesperación. Yo inhalaba el hedor que despedían sus cuerpos sin lavar, un olor totalmente nuevo para mí, y contenía el aliento.

La racionalidad de las calles de Manhattan tendría que esperar. En el mapa que siempre llevaba encima se veía cómo se comunicaban los barrios, pero no había una lógica carnal. Cuando subía los escalones dando saltos hacia el sol y la multitud, y golpeaba con la suela de los zapatos el asfalto ardiendo y el alquitrán derretido, y oía a través de las voces, el ruido del tráfico y el rumor general la cacofonía de músicas procedente de radiocasetes cargados al hombro o a la altura de los muslos como maletas, se me erizaba la piel, sentía un ligero mareo y me preparaba para el asalto sensual que estaba por llegar. Recuerdo mi primera incursión por la agresiva y cáustica Canal Street, con los patos de color bronce que colgaban por las patas detrás de cristales grasientos, las tinas llenas de pescados enteros, y las cestas y cajas de cartón repletas de grano, de hortalizas y de frutas de las que sólo más tarde aprendería los nombres: carambola, mangostán, yaca y longan.

Luego estaban los sórdidos placeres de los paseos por Times Square: los rótulos para atraer a clientes con X, XX, XXX y *striptease*, también escrito «estriptis» y «estri tis» (porque se había caído la pe); las cabinas de *peepshow*, el Paradise Playhouse, el Filthy's y el Circus Circus con chicas en directo sobre el escenario por sólo veinticinco centavos y «10 dólares completo»; las siluetas de mujeres desnudas de pechos protuberantes y piernas largas encima de las marquesinas; las pizzerías, las salas de juego y las deprimentes y escuálidas lavanderías donde se amontonaban los paquetes de papel marrón atados con cordel; los escombros que saltaban y se arremolinaban cuando soplaban el viento; los trileros que montaban su tenderete para estafar a los incautos, y los hombres con las camisas

arremangadas en el aire caliente que se detenían en la acera, captada momentáneamente su atención por la promesa de carnes temblorosas y alivio rápido, hasta que decidían entrar para obtener alguna satisfacción o girar a la izquierda o a la derecha y seguir su camino.

Caminaba hasta el Greenwich Village por su mitología bohemia, en pos de la brillante escuela Dadá. Buscaba a Djuna Barnes y Marcel Duchamp, a Berenice Abbott, Edna St. Vincent Millay y Claude McKay, a Emmanuel Radnitzky, alias Man Ray. Buscaba a William Carlos Williams y a Jane Heap, a Francis Picabia y a Arthur Cravan, y al asombroso personaje que había asomado cuando investigaba el movimiento Dadá, una mujer a la que había perseguido hasta los archivos de la Universidad de Maryland, donde durante tres días había copiado laboriosamente a lápiz sus poemas, casi todos inéditos: la baronesa Elsa von Freytag-Loringhoven, de soltera, Elsa Hildegard Plötz, artista del desmadre protopunk que posaba con jaulas en la cabeza y faros en las caderas y escribía poemas semejantes a aullidos o eructos que le salían de lo más profundo del diafragma.

«Nadie pide estos documentos», me dijo la archivera antes de sacar las cajas. «Entonces yo soy Nadie», pensé. Los papeles de la baronesa llegaron a Maryland en 1970 porque Djuna Barnes, autora de la embriagadora novela *El bosque de la noche*, había conservado las cartas, los manuscritos y los dibujos de su querida amiga y los había guardado en su piso de Nueva York. Cuando la universidad adquirió los papeles de Barnes, los de la baronesa iban con ellos. Pasé horas sentada con las hojas amarillentas de Elsa, con y sin renglones, estudiando borrador tras borrador de un solo poema hasta que acababa confusa y me dolían los ojos. Al terminar el día, sentada en la cama de mi habitación del Holiday Inn, leía lo que había copiado y sentía a través del cuerpo la percusión de las sacudidas y los tirones de la baronesa. Vivía en las páginas que me había llevado a Nueva York, pero no había rastro de ella en el centro de la ciudad. Ni siquiera un fantasma. No quedaba nada de ella en los estrechos caminos apartados del Village.

Entonces Christopher Street estaba llena de vida, era como un teatro al aire libre por el que me gustaba pasear de incógnito y mirar en los escaparates la parafernalia erótica y los disfraces de un tipo que sabía vagamente que

existía pero que nunca había visto, y me preguntaba qué habría pensado mi viejo amigo el pastor Weeks, qué habría dicho si hubiera paseado a mi lado, y yo misma me respondía las palabras que él habría escogido: «Todos somos hermanos en el Señor». Admiraba las parejas orgullosas que parecían gemelos esbeltos y estilizados vestidos a juego con sus vaqueros azules y sus camisetas ceñidas, y su postura perfecta con un ligero balanceo de caderas y tal vez un perro sujeto con una correa entre ambos mientras paseaban para exhibir su belleza; me gustaban las chicas altas con plumas y tacones, e intentaba no quedarme mirando a los hombres a los que en secreto llamaba «amenazas de cuero», los chicos corpulentos y musculosos vestidos de negro con clavos y tachuelas plateados y una expresión tensa que me hacía bajar la mirada al suelo.

Pasaba el rato en las librerías. Coliseum, Gotham Book Mart, Books and Company, Strand. En Eight Street Bookshop compré *Algunos árboles*, de John Ashbery, y lo leí en el tren y luego en voz alta en mi piso, una y otra vez. Y descubrí National Bookstore en Astor Place, atestada de atractivos libros académicos envueltos en plástico para impedir la invasión de dedos de personas como yo, supervisados por un tirano de pelo canoso que seguía el compás con golpecitos de lápiz y te gruñía si hojeabas un volumen más tiempo de la cuenta. Aunque debía tener cuidado con el dinero y solía marcharme con las manos vacías, el anciano Salter, que no era muy amable de por sí, dejaba que me sentara en el suelo de su librería, que estaba en mi barrio, justo enfrente de la Universidad de Columbia; allí me apoyaba contra el estante y leía hasta que sabía que quería realmente ese o aquel libro, sobre todo si eran de poetas desconocidos por mí, y antes de que se acabara el año había comprado toda la Escuela de Nueva York y compañía más Ashbery, así como Kenneth Koch, Ron Padgett, James Schuyler, Barbara Guest y Frank O'Hara, este último, muerto al ser atropellado por un todoterreno en Fire Island doce años antes de que yo llegara. Todavía recuerdo las palabras de Guest que me llevaron a comprar su libro: «Captar la distancia entre los personajes». Sigo intentando entenderlas.

Cuando quería que la ciudad se detuviera, subía saltando las escalinatas entre los leones de piedra y cruzaba las puertas de la Biblioteca Pública de

Nueva York y me dirigía rápidamente a la majestuosa sala de lectura, digna de reyes, donde me sentaba a una de las largas mesas de madera bajo un enorme techo abovedado con una araña de luces suspendida por encima de mi cabeza, y, bañada en la serena luz del día que entraba por los grandes ventanales, pedía un libro y leía durante horas; era como si me convirtiera en un ser de puro potencial, un cuerpo transformado en un espacio hechizado de expansión infinita; mientras leía con el ruido sordo de las páginas al pasar, las toses, los estornudos, el resonar de los pasos en la enorme sala y algún grosero susurro esporádico, hallaba refugio en las cadencias de la mente de la que me apropiaba estando allí, inmersa en frases que yo jamás podría haber escrito ni imaginado, e incluso cuando el texto era ininteligible o retorcido o me sobrepasaba, y de éstos había muchos, yo perseveraba y tomaba notas, y entendía que mi misión era cuestión de años, no de meses. Si lograba llenarme la cabeza de la sabiduría y el arte de los tiempos, crecería, volumen a volumen, hasta convertirme en la gigante que quería ser. Aunque la lectura requería concentración, sus exigencias no eran las de las calles, y en la sala de lectura me relajaba. Se me acompasaba la respiración. Dejaba caer los hombros, y a menudo permitía que mis pensamientos se perdiesen en una ensoñación alrededor de una sola frase: «La irracionalidad de algo no es un argumento en contra de su existencia, sino más bien una condición de ésta». En la biblioteca tenía alas.

Antes de salir del edificio iba siempre a la Sala de Lectura Eslava, abría la puerta y desde allí espiaba a los ancianos, que, con la piel del color de la cáscara de huevo teñida de gris y sus largas barbas del mismo color pero de una tonalidad más pálida, parecían tallas de marfil de sí mismos. Iban de negro y daba la impresión de que estaban inmóviles, sentados sobre sus viejos libros. Sólo sus largos dedos índices se movían con deliberación al pasar las páginas, un gesto uniforme que probaba que las estatuas estaban vivas. Los ancianos deben de llevar mucho tiempo muertos, y ya no existe la Sala de Lectura Eslava, pero yo nunca dejaba de asomarme a ella e inhalar el especial olor seco de estudioso entrado en años mezclado con el del papel valioso, que parecía llevar un toque de incienso humeante y la filosofía mística de Vladimir Soloviev antes de la revolución. Nunca me atreví a cruzar el umbral.

La biblioteca es un palacio estadounidense, construido con el dinero de Lenox y Astor para demostrar al altanero dinero europeo que no era nada comparado con el nuestro. Pero puedo afirmar que nadie me repasó de arriba abajo, ni me hizo un test de inteligencia, ni comprobó mi cuenta bancaria antes de que cruzara la puerta. En Webster, Minnesota, no había ricos de verdad. Teníamos por ricos a unos cuantos granjeros de pavos y tenderos, y los médicos, los dentistas, los abogados y los catedráticos, por modestos que fueran sus recursos, obtenían reconocimiento social por los años de estudio, y a menudo despertaban resentimiento entre los granjeros pobres, los mecánicos y los miles de personas que vivían en la ciudad y sus alrededores y no tenían una profesión que añadir a su nombre. En cambio, en Nueva York el dinero estaba para deslumbrar, yo nunca había visto nada semejante. Se paseaba arriba y abajo por la Quinta Avenida y Park Avenue, solo o en pareja, y se reía y conversaba detrás de las cristaleras de los restaurantes con botellas de vino, servilletas de lino blanco almidonado y velas de luz tenue. Se bajaba de taxis con zapatos cuya suela no parecía haber tocado nunca una acera y se dejaba caer con elegancia en el asiento trasero de limusinas con chófer. Centelleaba en las esferas de relojes, pendientes y pañuelos en tiendas en las que me intimidaba entrar. Y no podía evitar pensar en las bonitas camisas de muchos colores de Jay Gatsby, y en la boba y hueca Daisy, y en la triste luz verde. Pensaba también en Balzac, cómo no, y en la sórdida y fastuosa comedia humana; en Proust comiendo en el Ritz con los amigos de los que tomaba prestados rasgos del carácter con tan aterradora exactitud, y en el «mundo elegante» de Odette, que en realidad no era nada elegante sino vulgar, y me esforzaba por sentir más allá de todo ello y ser mi propio personaje, esa joven noble aunque pobre, con gustos literarios y filosóficos elevados y refinados, pero en el dinero que veía había poder, una fuerza bruta que me asustaba y que envidiaba porque me hacía más pequeña y más patética a mis ojos.

Sigo en Nueva York, aunque la ciudad de entonces no es la ciudad en la que vivo ahora. El dinero sigue en alza, pero su brillo se ha extendido por todo el distrito de Manhattan. Los letreros gastados, los toldos raídos, los pósteres despegados y los ladrillos sucios que conferían un aire deslustrado y en general caótico a las calles de mi viejo barrio del Upper West Side han

desaparecido. Cuando me encuentro en los lugares que frecuentaba, mis ojos se topan con los rígidos contornos del proceso de aburguesamiento. Los letreros legibles y los colores claros y limpios han reemplazado la antigua oscuridad visual. Y las calles se han desembarazado de la amenaza, esa omnipresente e invisible amenaza de que la violencia podía surgir en cualquier momento, por lo que adoptar una postura defensiva y un andar resuelto no era algo opcional sino necesario. En 1978, uno podía adoptar el paso parsimonioso del *flâneur* en otras partes de la ciudad, pero no allí. En menos de una semana mis sentidos habían adquirido una agudeza que no había necesitado antes. Siempre estaba alerta al crujido, gemido o chirrido repentino, al gesto brusco, al caminar tambaleante o a la expresión lasciva del desconocido que se acerca, un hedor indefinido de algo no del todo decoroso que flotaba aquí y allá, y que me impulsaba a apretar el paso o a esconderme en una bodega o una tienda coreana.

Aquel año llevé un diario. Encontré en él a mi héroe, el homúnculo de mis pensamientos itinerantes, y probé pasajes para su novela. Garabateaba, dibujaba y apuntaba al menos algunas de sus idas y venidas, y las conversaciones que tenía con los demás y conmigo misma. El cuaderno clásico Mead en blanco y negro con la crónica de mi antiguo ser desapareció no mucho después de que hubiera llenado sus páginas, y hace tres meses lo encontré pulcramente guardado en una caja de cosas sueltas que mi madre había conservado. Seguramente empecé otro diario y dejé atrás el viejo después de una estancia en casa de mis padres en el verano de 1979. Cuando vi debajo de una caja de fotografías sueltas el cuaderno con las esquinas ligeramente dobladas y el absurdo título de «Mi nueva vida» escrito en la cubierta, lo saludé como si se tratara de un familiar querido a quien había dado por muerto: primero, la exclamación de reconocimiento, y luego, el abrazo. No fue hasta horas después cuando la imagen de mí misma sosteniendo el cuaderno contra el pecho adquirió el cariz ridículo que sin duda merece. Y, sin embargo, ese pequeño cuaderno de doscientas páginas tiene un valor inestimable por la simple razón de que ha traído de vuelta, hasta cierto punto, lo que no podía recordar o lo que recordaba mal, con una voz que es mía y al

mismo tiempo no lo es del todo. Es curioso. Pensé que todas las entradas empezaban con «Querida Página», una invocación que en ese momento me pareció ingeniosa, pero en realidad me dirigía a mi interlocutor imaginario con un par de nombres y a veces con ninguno.

Mi hermana y yo estábamos revisando todas las pertenencias de nuestra madre porque iba a dejar el apartamento de cinco habitaciones para personas mayores autónomas en el que había vivido desde que nuestro padre murió. Su destino era una sola habitación en el ala asistida del mismo complejo habitacional para jubilados, lo que significaba que había pasos en lugar de kilómetros por medio, pero el traslado requería una drástica criba de las posesiones de mi madre. Aunque no era un feliz acontecimiento, el cambio era menos doloroso de lo que podría haber sido, pues entre sus nueve años y medio de «vida autónoma» y su nueva vivienda que requería «asistencia», nuestra madre de noventa y dos años había vivido, frágil y postrada, en la tercera ala del mismo complejo conocida como la Unidad de Cuidados. Diez meses antes, el médico que la llevaba, el doctor Gabriel, poco menos que la había declarado muerta, aunque sin utilizar estas palabras, evidentemente, y nos había aconsejado que nos preparáramos para su muerte, sin emplear tampoco esa palabra. Pero a comienzos de octubre del año pasado nos recomendó sin rodeos que consideráramos celebrar la Navidad antes de tiempo, a finales de octubre o a comienzos de noviembre, dando a entender que era poco probable que nuestra madre aguantara hasta diciembre, y que si queríamos que disfrutara de sus fiestas favoritas, debíamos darnos prisa.

Aunque ni mi hermana ni yo respondimos nada, a las dos nos pareció ridícula la sugerencia de que amañáramos el calendario para acomodar la muerte probable de nuestra madre. Los meses se suceden uno después del otro, y, si moría en octubre o en noviembre, no íbamos a fingir que Halloween o Acción de Gracias era Navidad. Nuestra madre había perdido la noción del tiempo en general y había olvidado las sucesivas emergencias de salud —una fractura en un pie, un brazo roto, un fallo cardíaco congestivo, la pseudogota que le hinchaba las delgadas piernas convirtiéndolas en dolorosos leños rojos y, por último, una infección en el torrente sanguíneo que le provocaba alucinaciones con amigos ya fallecidos, coros de niños y elfos con sombreros



de copa que le decían adiós desde el otro lado de la ventana—, pero habría desaprobado enérgicamente amañar las estaciones. Siempre se había considerado una persona «filosófica», y la definición idiosincrática que ella daba al término era la siguiente: todos sufrimos y todos morimos. «Nunca digas “irse” en lugar de “morir” —me decía cuando yo tenía once años—. Las personas mueren. No se esfuman.»

Mi madre pasó Halloween, Acción de Gracias, Navidad y Semana Santa, y, antes de que acabara el verano y las hojas de los árboles que había detrás de la Unidad de Cuidados empezaran a cambiar de color, había dejado de estar terminal, y como se había apartado del último umbral y los administradores de la Unidad de Cuidados necesitaban la cama para dársela a una persona que estuviera, o mejor dicho, yaciera realmente «a las puertas de la muerte» (palabras que nunca se pronunciaron en voz alta), la mandaron a la sala asistida. Una vez allí, no aprobaron que regresara a sus antiguas dependencias para personas de vida autónoma, lo que precipitó su traslado, el hallazgo de mi cuaderno y el que yo empezara a escribir este libro.

Mi madre ya está bien instalada en su nueva habitación, y no me sorprendería que viviera otra década, aunque tiene lapsus de memoria. Se olvida de lo que acabo de decirle por teléfono. Se olvida de quién acaba de entrar con una pastilla, un vaso de agua o un bollo de pasas. Se olvida de que ha tomado el analgésico para la artritis y de si ha recibido alguna visita, y en cambio me habla de las orquídeas que hay en su alféizar. Describe los colores y el número de flores que aguantan en cada vara, y cómo la luz cae sobre ellas; «hoy está un poco nublado, de modo que la luz es uniforme», dice. Es locuaz, y se acuerda bastante de su vida pasada, sobre todo de los primeros años, y últimamente le gusta repasar las viejas historias. Ayer me contó una de sus favoritas, una historia que yo le pedía una y otra vez que me contara cuando era niña. Ella y su hermano habían visto la cara de Eva Harstad en la ventana del segundo piso de la casa del final de Maple Street en Blooming Field, donde ella creció. «Oscar y yo regresábamos a casa andando al atardecer, el cielo estaba veteado de rosa y había una luz extraña. Los dos la vimos en la ventana. Era imposible, ¿sabes?, porque la pobre Eva se había ahorcado el año anterior. No la conocíamos muy bien. Por lo visto, había un bebé en

camino. Nadie averiguó quién era el padre. Su muerte entristeció a todos los que no eran malintencionados, ni santurriones, ni hipócritas. Pero allí estaba ella, con su pelo rubio y largo colgándole alrededor de la cara. Sé que lo he dicho muchas veces, pero había algo extraño en sus labios. Los movía de forma enloquecida, como hacen los cantantes a modo de calentamiento antes de salir a cantar, pero no brotó ningún sonido. No echamos a correr, pero se nos paró el corazón, si sabes a qué me refiero. Apretamos el paso. A Oscar nunca le ha gustado que se lo recuerde. Creo que le asustaba más que a mí. Debería preguntárselo, ¿no crees? ¿Dónde está Oscar?» El tío Oscar murió en 2009. Mi madre lo tiene claro algunos días, pero otros no.

El pasado es frágil, tan frágil como quebradizos los huesos con los años, tan frágil como los fantasmas que vemos en las ventanas o los sueños que se descomponen al despertar y no dejan atrás nada aparte de una sensación de inquietud o angustia, o, menos a menudo, una extraña satisfacción.

2 de septiembre de 1978

Mi querida Página:

He esperado este ahora, el ahora que desaparecerá si no lo atrapo, lo agito y lo escurro de su presencia rebosante.

¡Mi joven héroe se ha convertido en sólo unos días en algo más que una comezón! Tiene forma —alto y delgado— y una ubicación permanente: Tangencial a las Preocupaciones de la Mayoría de la Gente. De modo que somos iguales, él y yo. Ian Feathers. Sus iniciales: I. F., como la palabra inglesa *if*, «si», un personaje subjuntivo de alas y vuelo, de plumas, bolígrafos y máquinas de escribir. Mi propio caballero del Medio Oeste, confundido por historias de misterio y por las seducciones de la lógica.

Y algo extraño: mi vecina de al lado salmodia todas las tardes. Podría ser una hare krishna o pertenecer al culto de ese maharajá gordo con cara de bobo cuya foto he visto por ahí. Dice *amsah, amsah, amsah*, una y otra vez. Ayer dejó de gemir *amsah* y dijo en alto: «Querían a alguien más». La tristeza que transmitía su voz me cerró por un instante la garganta. No pude evitar preguntarme a quiénes se refería, y la frase no me ha abandonado. Es como si tuviera un significado especial y terrible. Creo que también podría haber gritado y jadeado en mitad de la noche, pero yo no estaba lo bastante despierta para hacer un seguimiento de los sonidos.

## Capítulo 1. Ian nace entre las cubiertas

Ian Feathers leía tantas novelas policiacas cuando era niño que a su madre le preocupaba que se le resintiera la vista y que tanta inactividad atrofiara sus extremidades tan faltas de sol. Tanto el señor como la señora Feathers creían junto con los griegos en «la moderación en todas las cosas». La versión estadounidense de ese antiguo axioma era «un buen equilibrio». Los Feathers querían a su hijo alto, flaco, inteligente, miope e hiperléxico, pero se afanaban en pulirlo y completarlo, por su propio bien. Sabían, como todos los habitantes del Medio Oeste temerosos de Dios, que el muchacho ideal y completo nunca sobresalía demasiado. En la escuela le fue bien pero no como para que se le pudiera acusar de poseer una inteligencia fuera de lo normal. Cada tanto se metía en líos (para demostrar que tenía agallas), pero éstos nunca eran graves y solían terminar a puñetazos con un muchacho menos ideal y completo. Su brújula moral apuntaba a lo correcto, pero de vez en cuando oscilaba, porque a nadie le gustan los mojigatos. Era modesto, benévolo con los inferiores, que eran muchos, y bastante alto aunque no demasiado. Huelga decir que, en la zona de las llanuras de la que procedía Ian y en Estados Unidos en general, durante la mitad del siglo XX, el muchacho ideal y completo era caucásico (aunque en verano conseguía un bonito bronceado), no era un cristiano fanático, y, al menos en la literatura popular, tenía el pelo rubio rojizo y una visión perfecta. Si hubiera que asignarle una temperatura sería tibio. De hecho, sólo había una arena de extremos abierta a ese modelo de mediocridad que los mismos griegos habrían aprobado: los deportes.

Aunque Ian aspiraba a algún que otro pulimento real o aparente para complacer a sus padres, su pasión por las circunstancias misteriosas, los crímenes sin resolver, los robos, los hurtos y los asesinatos, sobre todo los asesinatos, caían en esa categoría tan antiestadounidense de lo excesivo. La vida «real» de Ian se desenvolvía dentro de los libros y no fuera de ellos. Sin embargo, la frontera entre el interior y el exterior de las cubiertas no era determinante. En la ciudad natal de Feathers, Verbum, Minnesota, los asesinatos no eran comunes, pero él se entrenaba con rigor para el caso futuro. Estudiaba las hebras y la formación de arrugas en las mangas de las americanas y las perneras de los pantalones, reparaba en los pelos de gato y de perro que llevaban encima sus amos. Se quedaba mirando la suela de los zapatos (que llevaban puestos o no los posibles sospechosos) en busca de tierra, escombros y chicles, y apuntaba el color, la consistencia y la humedad. Advertía los distintos grados de sudor humano y sus efectos en las axilas de las camisas. Se pasaba horas memorizando las huellas de bicicleta, grúa, furgoneta y camioneta. Empezó a deducir rasgos de personalidad de las colillas: las que se apagaban por la mitad, por ejemplo, frente a las que se dejaban en el cenicero hasta que se consumían del todo. El chico vivía en un mundo construido enteramente a partir de indicios.

Con los años, aceptaba con elegancia los regalos que le hacían sus padres para su cumpleaños y en Navidad, y que pretendían desviar su fanatismo: la pelota de baloncesto (para la que tenían grandes esperanzas), la pelota de béisbol y el bate; sus posteriores

ofrecimientos de comprarle una raqueta de tenis, unos esquíes, un bañador y unas gafas de bucear; y su último intento de encaminarlo hacia la Otra Persona que esperaban que llegara a ser: una red y pelotas volantes de bádminton. Pero Ian no sólo se negaba a practicar algún deporte, tampoco le gustaban. Si en lugar de un chico hubiera sido una figura geométrica, habría sido un gran cubicuboctaedro con varios puntos salientes, puntos que había estado afilando desde que descubrió su vocación a través de ese genio inimitable de análisis y lógica, el espléndido S. H.: Sherlock Holmes.

Durante muchos años recordé mis primeras semanas en la ciudad de Nueva York como el Periodo de Nadie Real. Sabía que había hablado con el señor Rosales, que era de carne y hueso y a quien siempre saludaba con un «hola», pero él miraba en todas direcciones antes de fijar la vista en el suelo. Creo que le preocupaba que le reclamara alguna reparación. Yo leía poemas, novelas y libros de filosofía, en los que siempre había personas de un tipo u otro, y mi héroe poco a poco iba encontrándose a sí mismo, al igual que su gran confidente, su Sancho, su Watson: Isadora Simon, cuyas iniciales, I. S., se correspondían con una forma del presente del verbo *ser* en inglés, *is*. Yo vagaba por Manhattan, pero no tenía amigos ni conocidos. Cuando contaba la historia de mi iniciación urbana, siempre decía: «Debo de ser una de las pocas personas que se vino a vivir a Nueva York sin conocer a nadie». Y es cierto. Sin amigos, ni amigos de amigos, ni primos lejanos, no tenía ningún número de teléfono al que llamar. Luego añadía para conmovér: «Durante las tres primeras semanas no hablé con nadie». Ha resultado ser una burda mentira, aunque nunca tuve intención de mentir.

3 de septiembre de 1978

Esta tarde he vuelto a la pastelería húngara, la Hungarian Pastry Shop, que es el local que últimamente frecuento. He leído durante dos horas mientras me rellenaban la taza de café. He fumado demasiado. Libro: *La risa. Ensayo sobre el significado de la comicidad*, de Bergson. He tomado notas, y luego me he puesto a hablar con una chica llamada Wanda —ojos grandes, boca pequeña, pelo rubio oscuro— que estudia Historia Rusa en Columbia. Hemos hablado de simbolismo. Yo he hablado mucho, gesticulando y soltando pensamientos reprimidos. Tantos días de soledad me han vuelto locuaz. El simbolismo da paso a una cena en el Ideal (un restaurante cubano-chino en la esquina de

la Ciento siete con Broadway). Le he preguntado sobre *Almas muertas*, de Gógol, y la parataxis, le he dicho que me habría gustado estudiar ruso y luego le he preguntado sobre su vida y, después de algunos preliminares, ella me ha contado que su madre sufrió un derrame cerebral el año pasado. Se le atrofió el lado izquierdo de la cara y arrastraba el brazo y la pierna del mismo lado. «Córtame por la mitad y habla con el lado bueno», le pidió a su hija, pero articulaba mal las palabras. Un segundo derrame la mató. Seca, inexpresiva y rígida, Wanda me contó la historia con una voz que no transmitía ningún sentimiento, pero noté que se dirigía a la pared que yo tenía detrás y no a mí, y supuse que era una manera de evitar la compasión que debía de expresar mi cara. Fue una situación incómoda, y creo que ella se arrepintió de habérmelo contado. Cuando terminó de hablar, se sonrojó. Tenía que irse inmediatamente. Sentí el impulso de despedirme de ella con un beso en las mejillas, pero cuando vi que apretaba firmemente los labios, me aparté y no acerqué la cara a la suya. Nos dimos la mano e intercambiamos los teléfonos.

No tengo ningún recuerdo de Wanda.

Recuerdo a Ian Feathers, y aún hoy le guardo cariño como una invención que esperaba que se elevara por encima de mí, hacia el mundo, mientras que Wanda ni siquiera es una imagen mental imprecisa. He intentado evocar sus grandes ojos, su boca pequeña y el pelo rubio oscuro, pero la estudiante de Historia Rusa está más allá de mi recuerdo. ¿Cuántas otras personas, acontecimientos e historias de padres muertos he olvidado? ¿Cuántas Wandas hay? Yo diría que cientos. La memoria no sólo resulta ser poco fiable, también es porosa. Que yo recuerde, esas palabras sobre Wanda podría haberlas escrito un desconocido o mi antiguo yo podría haberse inventado toda la historia. Esto último es improbable. Recuerdo lo bastante bien a la yo de mi juventud para saber que, pese a mi sentido de la ironía a medio madurar, sobre el tema de las madres muertas era sincera.

Floto por encima de ese yo que conoció a Wanda y que a continuación escribió sobre ella. Estoy cerca del techo agrietado del piso cutre y casi vacío, el duende de lo que será que baja la vista con una mezcla de asombro y compasión hacia la joven encorvada sobre el cuaderno. Los pasajes del diario me recuerdan que yo fumaba entonces, y añado un cigarrillo a mi paisaje mental y observo cómo el humo se eleva desde la hierba blanca que tengo

entre dos dedos. Una joven está sentada y fuma mientras llena página tras página de prosa, alguna buena, otra mala, pero no tarda en perderse en un laberinto de creación propia, aunque ha recibido un poco de ayuda de Feathers, que tampoco estaba seguro de adónde se dirigía.

La historia continúa.

Según mi diario, el 5 de septiembre, dos días después de que conociera a Wanda, comprendí que mi vecina no pertenecía a una secta oriental. Yo dormía fatal. Aunque ya había pasado lo peor del calor, las habitaciones de mi piso aún no se habían enfriado y mis noches estaban llenas de los ruidos de la ciudad, un clamor al que me costó un poco acostumbrarme porque había crecido con sonidos muy diferentes. En los veranos en casa, un solo mosquito quejumbroso que me rondara el oído por la noche podía mantenerme despierta, pero me gustaba escuchar los coros de los grillos al anochecer y el chirrido de los saltamontes hasta altas horas de la madrugada. Me dormía con sus cantos y con los vientos de distintas magnitudes que hacían que las ramas de los árboles crujieran y la larga hierba que rodeaba la casa susurrara. Cuando llegaban las tormentas de junio, retumbaban truenos cerca y a lo lejos, y el corazón me palpitaba de emoción viendo caer del cielo torrentes de agua sobre el tejado, y cuando en invierno estallaba una tormenta de nieve, escuchaba su ronco rugido y los gemidos intermitentes y el silencio casi absoluto que seguía, una parálisis de sol y nieve. Mi descripción parece nostálgica, pero a los veintitrés años yo no conocía la nostalgia. Aceptaba el estruendo urbano. Mi vecina dejaba de salmodiar sobre las diez, pero el ascensor se abría y se cerraba a todas horas y resonaban sirenas desde Broadway. Oía voces a través de ventanas que habían dejado entreabiertas en el patio de luces. Los televisores de mis vecinos hablaban, lloraban y cantaban cancioncillas publicitarias. Llegaban gritos ebrios de la calle y el amortiguado rumor gutural de los camiones de basura me despertaba aproximadamente a las cinco de la mañana. Oía los motores al ralentí y el repiqueteo de las latas en la acera. Una madrugada oí gritar a una mujer y, todavía medio dormida, me senté de golpe en la cama para escuchar. Hasta la mañana siguiente no me

pregunté si era la vecina de al lado. En mi cuaderno describí el grito como «un presagio de terror y regocijo». Debajo de estas bobadas románticas, copié un verso de *Las flores del mal* de Baudelaire: «Si la violación, el veneno, la daga, el incendio...».

La tarde que he estado intentando relatar me quedé sentada a mi escritorio mirando la página que tenía delante, y reflexioné sobre Ian a los catorce años y el misterio que pretendía resolver: las numerosas veces que había visto la cara de Frieda Frail en la ventana de la casa donde ella había muerto de un ataque de epilepsia un año atrás. Lo que escribí en el cuaderno para mí: «la veneración que siente Ian hacia Sherlock lo lleva directamente al mundo de la lógica proposicional y la deducción válida y no válida. Nuestro chico no tan ideal vive para distinguir lo verdadero de lo falso y se entretiene con las variables  $p$ ,  $q$  y  $r$ , así como con los signos para no  $[\neg]$ , y  $[\wedge]$ , o  $[\vee]$ , si  $[\Rightarrow]$  y si y solamente si  $[\Leftrightarrow]$ . Procede paso a paso. El razonamiento de nuestro héroe es perfecto, pero se deja engañar por sus deducciones. Isadora Simon, el Watson de Ian, tomará otra ruta más eficaz».

Pensando en Ian e Isadora, y en la lógica simbólica que había estudiado en la universidad, oí a mi vecina iniciar de nuevo su salmodia, *amsah, amsah, amsah*. Su entonación tenía una nota fúnebre, y me di cuenta de que sus repeticiones lastimeras habían empezado a tener un efecto en mí. Ralentizaban mis pensamientos y los encauzaban en una dirección de infelicidad y dolor, como si alguien se hubiera dedicado a frotarme metódicamente el pecho con papel de lija. Me acerqué a la pared y pegué la oreja a ella, lamentando no tener el viejo estetoscopio que mi padre me había dado cuando tenía diez años y que guardaba en el primer cajón de mi cómoda en casa, y escuché con el cuerpo tenso, alerta al conjuro. «*Amsah, amsah*, estoy triste, estoy triste, estoy triste, estoy triste.» Y así continuaba con una sola variación: «Lucy está triste, está triste, estoy triste, estoy triste, estoy triste». Eso era peor que un mantra. Estaba viviendo al lado de una mujer tan triste que proclamaba su tristeza en voz alta cada noche. Casi podía verla mecerse adelante y atrás en su habitación. En el cuaderno escribí: «Tengo que neutralizarla. He decidido comprar una radio barata y encenderla por las tardes. Sé que me volveré loca

si ella sigue con esto. Me meto papel higiénico en las orejas y caigo sobre la espuma».

«Caer sobre la espuma» era el término en clave para referirme al placer autoinducido.

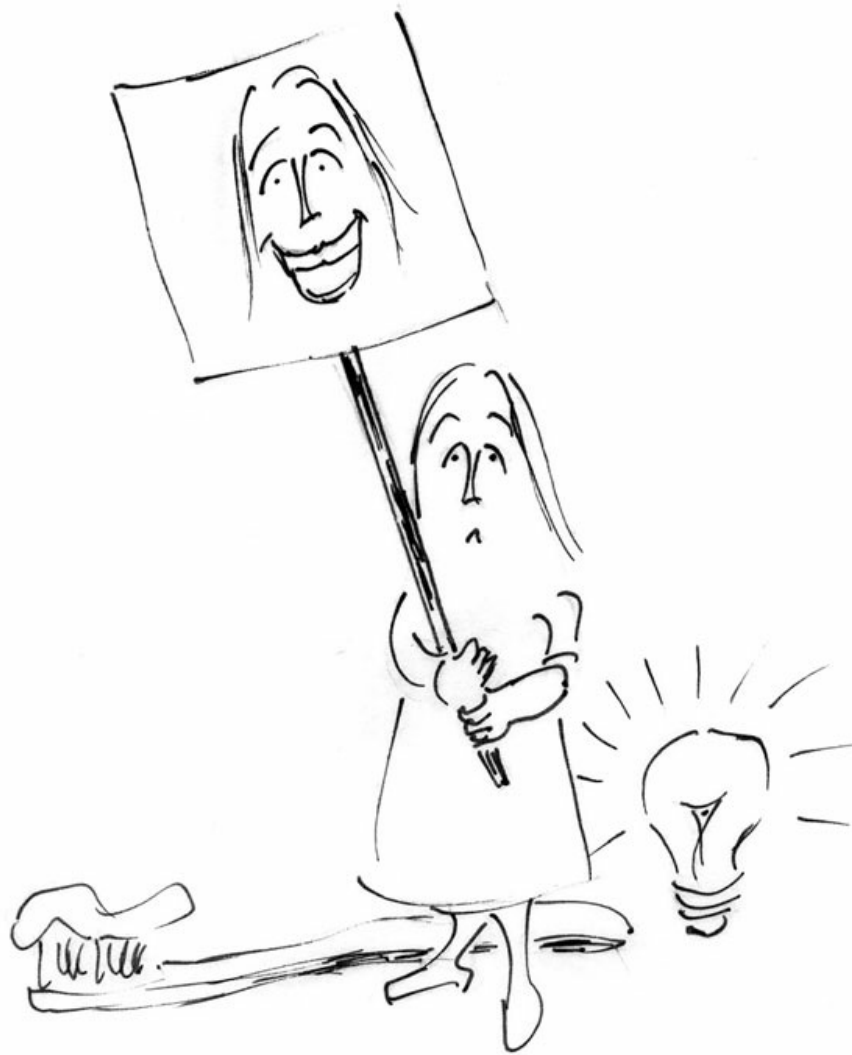
En aquella época me masturbaba a menudo, pero entonces era discreta y me mostraba reacia a plasmar sobre papel mis fantasías onanistas. Ese pudor ha desaparecido. Echada boca arriba en el colchón de espuma sobre la cama que había construido con cajones de naranjas desechados que había encontrado por la calle y una pieza de madera contrachapada cortada a medida, generaba un amante conforme mi mano se convertía en la mano de él o de ella, según mi preferencia del momento, y me retorció y daba vueltas y jadeaba sobre las sábanas que mi madre había comprado para mí en Sears mientras un desconocido con el pelo negro sobre la frente, las caderas extremadamente estrechas y un bonito culo redondo entraba en el compartimento de literas de un tren que iba de Berlín a París, se desvestía abajo y trepaba hasta la cama de arriba, y yo apretaba los hombros contra la dura litera, y, mientras él me miraba atentamente, yo me fijaba en el brillo de su labio superior, porque hacía calor en el tren, y él me daba la vuelta bruscamente y me follaba por detrás, y a mí me encantaba, o una chica rubia que se parecía a Marilyn Monroe se montaba sobre mí en ese mismo compartimento y se desabrochaba despacio la blusa mientras el vagón se zarandeaba sobre los raíles y sonaba el silbato, y entonces yo la tendía boca arriba y le bajaba las bragas, y me recreaba con su culo maravilloso y, en una posición u otra, le tocaba con los dedos el clítoris hasta que ella se corría, y yo con ella —todos nos corríamos—, a veces los tres a la vez cuando optaba por un trío. Yo hacía todos los papeles. Era hombre y era mujer. Era mujer con el hombre y a veces era hombre con la mujer y luego otra vez mujer con la mujer. No tengo ninguna dificultad en recordar mis fantasías masturbatorias porque curiosamente las tengo grabadas. El resto de mi persona ha madurado y cambiado. Ahora soy un pájaro viejo y sabio que ha evolucionado con los sufrimientos y la comprensión que llega con los años, pero la gimnasia erótica



que tenía lugar entonces en mi cabeza y la que ahora se representa son singularmente semejantes. La fantasía sexual es una máquina, no un organismo. Sigo teniendo debilidad por las relaciones sexuales en los trenes. Debe de ser por su ritmo.

«Escribir un libro es, para todo el mundo, como tararear una canción; así pues, señora, límitese usted a estar a tono consigo misma: que éste sea alto o bajo da absolutamente igual.» En la pared encima de mi escritorio tenía colgada esta cita de *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy*, del reverendo Laurence Sterne, como fuente de inspiración y para recordarme que todas las novelas son iguales. Como solía decir mi tía abuela Irma: «Hay para todos los gustos».

Cuando miré el buzón del 2C en el pequeño vestíbulo del edificio, sólo encontré el nombre de L. Brite. L de Lucy, sin duda: Lucy Brite. Era un bonito nombre que bien podía pertenecer a una mujer bonita, aunque triste. *Brite*, «brillo», generaba asociaciones, un resplandor como el del sol, pero también las sonrisas de los anuncios de dentífricos, tan radiantes que hacen parpadear, todo lo contrario de lo que mi vecina comunicaba a través de la pared. También hay un resplandor metafórico, como el brillo intelectual de una persona o de una gran idea momentánea, que se concretiza en la imagen de una bombilla sobre la cabeza de alguien con pequeñas líneas que emanan de ella y que los espectadores deben interpretar como rayos. El nombre me inspiró e hice un pequeño dibujo de una Lucy imaginaria brillando en la oscuridad de su tristeza. Tampoco recordaba el dibujo, hasta que me lo encontré en mi viejo cuaderno.



Durante el día, mi vecina no cantaba que estaba triste. Clavaba y golpeaba en lo que imaginé que era un pequeño proyecto de carpintería. Y mientras trabajaba en ello, silbaba. Lucy Brite silbaba bien, lo que me recordó a mi padre, que desafinaba al cantar pero afinaba a la perfección cuando silbaba, algo que de niña siempre me asombró. ¿Cómo era posible que en la iglesia mi padre gimoteara los himnos con una voz tan monótona que yo tenía que contener una mueca y sin embargo silbara como un mensajero celestial? Silbar para mi padre era una declaración de buen humor, una señal de que por el momento, al menos, la vida lo estaba tratando bien, lo que se hacía extensivo a nosotras, sus hijas, las dos niñas que escuchaban sus versiones sin letra de

*Camptown Races, I've Been Working on the Railroad* o *There is Power in Union* desde el asiento trasero del coche, razón por la que asocio el silbar con una foto de mi padre tomada de espaldas; la franja de pelo moreno bajo su coronilla calva y sus orejas «que se quedaban planas contra la cabeza», como debía ser, según nuestra madre.

Nos gustaba que silbara sentado al volante del primer coche familiar que yo recuerdo, *Clunky*, un Chevy de 1959 marrón y blanco con un bollo en el guardabarros que nunca se reparó porque «no interfería de ningún modo en el suave funcionamiento del motor». Mi padre veía el metal ligeramente aplastado desde una perspectiva puramente utilitaria, una visión que mi madre no compartía entonces ni ahora. Antes de emprender un trayecto en coche, ella miraba el flanco de *Clunky* consternada, pero se callaba la afrenta que suponía a sus valores estéticos por respeto al patriarca, que tenía prioridad en todo lo relacionado con el aire libre, un territorio que abarcaba el garaje (paradójicamente, ya que estrictamente hablando está bajo techo), el coche que se resguardaba en él y las numerosas herramientas que colgaban de sus paredes, y que se extendía hacia fuera, hacia la calle y el buzón en dirección a la ciudad y todo lo demás. La sola excepción a la norma del aire libre eran los parterres de caléndulas, zinnias y rosas que rodeaban el lateral de la casa y que eran el dominio exclusivo de nuestra madre.

De niña creía que el mundo entero estaba organizado de ese modo, con las madres la mayor parte del tiempo dentro de las casas y los padres fuera, pero nunca estaba segura de cómo encajábamos en este orden de cosas yo misma o mi hermana, Kari, que nació dos años después que yo y era amante de los caballos, trepadora de árboles, saltadora de vallas y experta en hacer ruedas, y que cuando era necesario salía en defensa del honor de la familia. Todavía veo la cara de Daryl Stankey cuando se incorporó sobre los codos y nos miró desde la grava de Old Dutch Road, a donde lo había lanzado el puñetazo de Kari. Veo sus mejillas mugrientas surcadas de lágrimas y la bola verde pálido de moco justo debajo del orificio izquierdo de su nariz. Me sentí muy orgullosa. Aunque todo el mérito era de mi hermana, la imagen de Daryl derrotado y balbuceante me ha inspirado hasta el día de hoy. Me inspira tanto como las digresiones de Shandy, como Marilyn Monroe o la prosa cáustica de

la filósofa del siglo XVII Anne Conway, a quien he estado leyendo últimamente. El puño de Kari dio en la barbilla de Daryl porque había llamado «matasanos» a nuestro padre médico.

Tal como yo los recuerdo, esos días de silbidos paternos eran cálidos, no fríos, y las ventanillas del coche estaban abiertas de par en par, y el viento nos daba a mí y a Kari, y yo sólo me permitía sacar la nariz, con cuidado de no «asomar la cabeza», sabiendo que podría acabar decapitada. Me imaginaba repetidamente que perdía la cabeza por culpa de un camión que venía a toda velocidad en sentido contrario. Veía cómo la cabeza volaba hacia la carretera después de separarse de mi cuello, ahora un muñón sanguinolento en el cuerpecito patético de una niña pequeña que no volvería a moverse caído sobre el asiento trasero, y la angustiada compasión que sentía por Kari y por mis padres, que se quedaban ahí con mi cuerpo dividido en dos partes macabras, me causaba espasmos en el estómago y una sensación de mareo y náuseas tan intensas que tenía que echarme hacia delante en el asiento, cerrar los ojos y respirar hondo hasta que me recobraba. El placer de salir volando con el viento a casi cien kilómetros por hora competía con mi imaginación, que iba por delante de mí al encuentro de posibles horrores. Yo controlaba con firmeza mis ansias de gratificación momentánea: mi cabeza se quedaba en el coche. Sobre mis fantasías, en cambio, ejercía poco o ningún control.

Sería falso decir que me acordaba de mi padre cuando me sentaba a mi escritorio en la calle Ciento nueve fumando cigarrillos y tratando de escribir mi historia quijotesca. No tengo memoria de haber pensado en él entonces, de hecho escribí muy poco acerca de cualquiera de mis padres en el diario. La asociación por medio del silbido entre el primer hombre de mi vida y mi vecina invisible se me ocurre ahora. Mi padre lleva doce años muerto, pero en 1978 todavía rebosaba de energía, seguía ejerciendo la medicina y estaba asqueado con los republicanos. Su silbido era bien recibido, ya que era propenso a lo que su tía Irma llamaba «humor negro», y mientras aquél duraba, éste parecía desaparecer. En esos momentos puntuales, no nos veía ni nos escuchaba a ninguno de nosotros. Me parecía que se agitaba con tormentos impronunciados y que éstos podían salir de él con un estallido, que era capaz de vomitar lava, pero nunca lo hizo.

Qué pensó de la hija que se fue de casa en una misión literaria sigue siendo un secreto que se llevó consigo, junto con otros muchos, a la tumba del cementerio de la iglesia de Saint Paul de Webster, pero, pese a que nunca dijo nada, sospecho que no vio con buenos ojos que me dedicara un año a escribir. Él era hijo de un médico rural que hacía las rondas en coche en verano y a caballo y trineo en invierno, cuando las carreteras estaban obstruidas por la nieve, y estaba firmemente aferrado a las verdades rurales, en contraposición a las urbanas; a un concepto de vecindad sin vallas; a la frugalidad al estilo de la Depresión y a un recelo ante la riqueza; a la connivencia de agricultores y trabajadores (y algún que otro médico) para construir un mundo mejor, más socialista que capitalista; al trabajo colectivo de todo tipo, como arrancar en familia las malas hierbas del huerto, y a una idea eterna de una vida útil. Para mi padre, el arte por el arte carecía por completo de sentido.

Lucy Brite sentía predilección por silbar baladas irlandesas, que suelen ser tristes, y yo reconocía algunas. *The Wind That Shakes the Barley* era una de ellas. Sus canciones rezumaban sentimentalismo melódico y, pese a no tener letra, me hacían pensar en muchachos hermosos, amores truncados, citas perdidas y carreteras sinuosas en el más verde de los países verdes que nunca fueron conquistados o si lo fueron llegaron a un punto muerto que culminó en noble rebelión y tragedia, porque es una desgracia que mueran jóvenes, ya sea por un amor perdido o por disturbios políticos, y esos temas impronunciables pero melancólicos aumentaron el dolor que yo llevaba a todas partes justo debajo de mi caja torácica, aunque nunca supe qué lo había causado; un recuerdo físico de mi vulnerabilidad e infinita culpa, supongo, una muestra físicamente implantada de las innumerables heridas sin nombre que me habían infligido en el pasado y que yo había infligido a otros, heridas que sin duda regresarían en el futuro. Existe en Occidente la falsa idea de que el ser humano es un ser aislado que decide su camino y lo recorre solo. De hecho, siempre estamos en algún lugar y ese lugar siempre está en nosotros. Ya era malo escuchar a Lucy repetir «estoy triste» una y otra vez, pero escuchar música, incluso los nítidos sonidos de un silbador, llega más hondo. La música penetra la piel y el músculo y acaba adhiriéndose a los huesos. Puede alterar el estado anímico del optimismo a la melancolía y desplazar un pensamiento de la

contemplación aérea a la sudorosa lujuria de entrechocar de caderas. En eso la música se parece al tiempo atmosférico: la luz del sol levanta el espíritu y los días de lluvia lo asedian con pensamientos de desánimo. Por lo que se refiere a la música, los seres humanos están indefensos, son sacudidos, levantados y dejados caer y dados la vuelta en atolondrada confusión. Todo depende de la melodía.

Si Lucy Brite hubiera estado con alguien y hubiera escogido canciones menos fúnebres para silbar, no me habrían invadido sentimientos que se mezclaban con la historia de Feathers y los vívidos sueños que empezaban a empañar su lógica. No estaba segura de en qué parte de la historia iría el sueño, pero lo redacté de todos modos para él y lo puse en el cuaderno.

Ian Feathers abre una puerta en su sueño y se encuentra en el dormitorio de Frieda Frail de noche. Cómo sabe que esta habitación pertenece a la mujer muerta es el secreto del sueño. Pero lo sabe, y recorre la habitación con el frío distanciamiento de un detective experimentado buscando pistas. La cama, la mesilla de noche, la lámpara y la alfombra que cubre el suelo están imbuidas de una cualidad que lo perturba. «Demasiado perfecto», piensa. Tienen la homogeneidad irreal de la foto de una habitación en un anuncio. Ian se acerca a la ventana para mirar el césped y la acera, y se fija en que hay una llave en el alféizar. Mientras la mira, la llave tiembla ligeramente como si tuviera vida. Él la cubre con una mano, siente un temblor debajo de la palma, pero cierra el puño firmemente alrededor de ella. Cuando se vuelve, descubre una puerta que no estaba allí antes, la abre con la llave viviente y ve a una chica con un letrero de cartón en la espalda en el que se lee I. F. F. El letrero, de entrada, lo confunde, y luego le hace comprender que ha cometido un delito y se apodera de él un terrible sentimiento de culpa. Pero ¿qué delito? «¿Qué he hecho?», piensa. La chica sube unas escaleras saltando de cuatro en cuatro los peldaños, y con cada salto se le levanta el vestido sobre la cabeza y él ve fugazmente su cuerpo desnudo debajo. Tiene una erección. El sueño se convierte en un sueño húmedo e Ian Feathers se despierta.

Lucy no silbaba baladas sobre una «criatura sola y desamparada». Y menos mal. El 6 de septiembre por la noche, sus «estoy triste» se vieron interrumpidos por un repentino estallido que puse por escrito en mi cuaderno mientras pegaba la oreja a la pared. Parecía estar hablando con alguien mediante aullidos fuertes y furiosos, y me pregunté si tal vez hablaba por teléfono, pero cuando terminó su breve acusación no la oí colgar el auricular.

«Te creías con derecho, con derecho, con derecho a hacerme daño. Te creías que era tu perra, a la que podías patear. Yo también lo creía. No dije una palabra. Vuelve por la noche. Tú vuelves. Sucede de nuevo. ¡No puedo respirar! Y Lindy está muerta. La ventana. Veo la caída.» No necesito el cuaderno para recordar lo que oí o sentí. Me puse rígida contra la pared. Y luego Lucy dijo en voz alta y enfática: «¿Me estás escuchando?». Me aparté bruscamente de mi puesto. Yo escuchaba, y la frase me recorrió como un electroshock.

## 2

La joven que pasaba las tardes en la Hungarian Pastry Shop a principios de septiembre de 1978 no acudía allí únicamente para escapar de los confines de su pequeño y oscuro piso o de los cantos de su vecina, planear el resto de su novela o intentar desentrañar las *Investigaciones lógicas*, de Edmund Husserl, cuyas misteriosas frases leía una y otra vez. Iba a la Hungarian Pastry Shop y se sentaba a una mesa que le parecía bien situada porque le permitía ver claramente la puerta y a todas las personas que entraban y salían del establecimiento. Desde ese ventajoso lugar, podía levantar fácilmente la vista de su café y de su libro para fijarla en cualquier desconocido interesante. Allí pasaba el rato ociosa, y era conocida por malgastar su dinero en capuchinos y cruasanes, ya que vivía en un estado de suspense perpetuo. Ella, como su héroe, Feathers, pasaba gran parte del tiempo en modo subjuntivo, proyectándose hacia casos hipotéticos y las innumerables posibilidades gloriosas que la aguardaban: compañía agradable, cuando no una pasión ardiente.

En este sentido, mi yo anterior y yo diferimos. A los veintitrés años me era imposible saber que la terrible frase «la vida es breve» significaba algo, mientras que a los sesenta y uno sé que tengo mucho menos por delante que detrás de mí, y si antes no sentía mucha curiosidad por mí misma tal como era, se me despierta ahora como encarnación de las esperanzas y los errores que tuvieron o parecen haber tenido un efecto determinante en la que ahora soy.



Mientras que antes estaba concentrada en correr hacia delante en esa línea del tiempo imaginaria, la que discurre de izquierda a derecha sobre la página y registra la evolución de los organismos a lo largo de los milenios, o los emperadores romanos o la vida de Napoleón (como si el tiempo fuera espacio y no algo totalmente inefable, un movimiento invisible tan enigmático que pensar mucho en él implica perderlo del todo), ahora me interesa entender la relación que existe entre la que era y la que soy, lo que significa dar la vuelta y seguir la línea del tiempo en dirección contraria, porque no puedo imaginar el tiempo sin metáforas espaciales —sin hacia delante y hacia atrás, sin carreteras detrás y por delante de mí, como si lo recorriera a pie—, pero entonces mi espacio tiene tan sólo tres tristes dimensiones euclidianas. La cuarta es el tiempo, nos dicen los físicos. En nuestro viejo y simple mundo humano, la joven que levanta la vista cuando oye abrirse la puerta de la Hungarian Pastry Shop en septiembre de 1978 se convierte en una mujer entrada en años que está sentada ahora, en septiembre de 2016, en un despacho de una casa de Brooklyn y teclea la frase que tú, lector, estás leyendo en tu propio presente, uno que yo no puedo identificar. Pero allá en el espacio-tiempo de Minkowski, mi «yo» todavía joven y mi «yo» mucho mayor coexisten, y en esa sorprendente realidad de cuatro dimensiones, las dos podemos encontrarnos, en teoría, y estrecharnos la mano y conversar, porque en el universo de bloque el tiempo no fluye, ni gotea ni se escapa, y si uno viaja hacia el pasado o hacia el futuro, no cambia nada. Mi marido, Walter, me dice que las matemáticas funcionan a la perfección. Y cuando me lo explica, como a menudo hace, yo le pregunto: «¿La idea es que el movimiento del tiempo es una ilusión celular? ¿Qué es la memoria si mi antiguo yo sigue allí fuera en algún lugar, intacto?». A él entonces le gusta mencionar lo que Rudolph Carnap contaba sobre Albert Einstein en sus memorias: «El problema del Ahora preocupaba seriamente a Einstein. Explicaba que la experiencia del Ahora significa algo especial para los hombres, algo distinto del pasado y del futuro, pero esa diferencia fundamental no ocurre ni puede ocurrir en física».

Walter concluye esta anécdota famosa señalando que Carnap no estaba muy de acuerdo, porque él era un positivista lógico inflexible del Círculo de Viena y la preocupación de Einstein por el sentimiento humano lo dejaba

perplejo. Y yo siempre le digo a Walter que ese significativo *ahora* no es nada. Es tan difícil de aprehender como *era* o *será*, y son muchas las ventajas de pensar más allá de las matemáticas, y entonces él me da la razón porque no es inflexible y el problema del tiempo no está resuelto, y ése es simplemente uno de los motivos por los que sigo queriendo tanto a mi marido después de tantos años.

Pero el bloque inmutable de Walter y sus compinches los médicos viene a ser como una biblioteca, ¿no? El mundo 3 de Karl Popper al alcance de todos nosotros. En él podemos saltar de *después* a *antes* a nuestro antojo. Si así lo decido, puedo retirar del estante la *Apología* de Platón o los poemas de la baronesa Elsa von Freytag-Loringhoven, por fin impresos en una bonita edición, y si concibo un extravagante sistema de clasificación para mi biblioteca, los dos podrían estar lomo con lomo. Sócrates se defendió a sí mismo en 399 a. C. y luego se quitó la vida, como es de todos conocido, pero sólo unos pocos saben incluso ahora que la baronesa se refería a menudo al suicidio en sus escritos, que venía de una familia de suicidas, y que, cansada y pobre, podría haberse matado en su frío piso de París en 1927 con una estufa de gas recién comprada. Por lo tanto, en mi biblioteca el Sócrates de Platón puede besar a la baronesa con cicuta todavía en los labios, porque el tiempo no es un problema, pese al hecho de que el feo sabio prefería a los jóvenes y seguramente habría contemplado a la baronesa como un monstruo. La coexistencia temporal también es aplicable a cada libro. Se puede saltar a la página 137 y volver a la 7 veinte veces, pero la historia o el argumento permanece fijo e inalterable de la primera palabra a la última. Y en este libro en particular, el que el lector tiene en las manos, la persona joven y la entrada en años viven codo con codo en las verdades precarias de la memoria.

Aquí soy libre de danzar por encima de las décadas en el pequeño espacio blanco entre párrafos, extenderme largamente en un momento brillante de mi vida o jugar con los tiempos verbales que apuntan hacia delante y hacia atrás. Soy libre de interrumpir mi yo anterior con reflexiones de mi yo posterior, porque la mujer entrada en años tiene una perspectiva de la que carece la joven. Me encuentro conmigo misma tanto en las páginas que ella escribió hace años como en las que estoy escribiendo yo ahora. Una joven está sentada

en la Hungarian Pastry Shop de Amsterdam Avenue con la Ciento uno, y cuando oye abrirse la puerta, levanta la mirada de su libro y la posa sobre el apuesto desconocido que la está cruzando. Me figuro que si alguien se hubiera molestado en mirar la cara de la joven, aunque sólo fuera un instante, habría visto esperanza en ella.



«EL PROBLEMA DEL AHORA PREOCUPABA SERIAMENTE A  
EINSTEIN.»

10 de septiembre de 1978

Querida Página:

Hungarian Pastry Shop hoy, 16.15: un joven risueño con una barba corta y cuidada entra y pide un café. Se sienta a la mesa de al lado, me saluda con un elocuente gesto de la cabeza y sonríe. Noto una constricción al respirar, ese agradable nudo de la posibilidad en la garganta. Bien parecido, castaño, esbelto, de nariz recta y ligeramente pecosa con delicadas fosas que al abrirse dejan ver el rosa pálido de dentro. Los dos dientes frontales se le superponen de un modo casi imperceptible: un defecto favorecedor. Empieza. Intercambiamos nuestros nombres. Aaron, Aaron Blinderman. Me toca a mí. Es un nombre poco común, me dice. ¿De dónde es? Noruego, digo. Ah, noruego. Breve explicación de la historia familiar de inmigrantes por ambos lados en las praderas de Minnesota. Aaron parece satisfecho con mis raíces nórdicas y se embarca en una descripción de su tesis en antropología. Un buen comienzo. A mí me interesa todo. Aaron se mete de lleno en los hua de Nueva Guinea. Yo no sé nada de los hua y así se lo digo. Mi ignorancia le complace, aunque no sé por qué. Inclina la cabeza. Sonríe. Noto que ensancha el pecho. Se toma su tiempo para presentar el entorno melanesio: viviendas, alimentación y herramientas. Estoy aburrída. Sé algo de antropología. He leído a Lévi-Strauss. Entonces él habla de algo que llama Nu, una fuerza dinámica que deambula entre la gente, una especie de principio vital. Esta idea me anima. Le hago preguntas. Al responder utiliza el índice para señalar sus argumentos, sacudiéndolo hacia mí. El dedo casi nunca está quieto. No me gusta. Me dice que, en la cultura hua, las mujeres son contaminantes, a lo que yo replico: «Oh». Esta vez me suelta una perorata, y me fijo en que no puede mirarme a la cara, pese al dedo insistente. Con cada gota del precioso fluido, las mujeres se vuelven más fuertes, más vitales y peligrosas. Los hombres hua combaten incansablemente el impulso sexual porque les drena la vida. Tienen que almacenar su sustancia sólo para conservarla. Aaron afirma categórico que mis pechos deberían conocer esa importante conexión entre el sexo y la muerte. Empiezo a decir algo, pero él continúa. Creo que quiere morir asfixiado entre mis tetas, lo que dudo que sea una práctica hua. No puedo decir: «Por favor, mírame a la cara, Aaron». Probablemente no sabe siquiera que está hablando hacia mis pechos. Tengo paciencia, pero después de más tonterías sobre los hua, siento una opresión en el pecho, un malestar tan agobiante que tengo que huir. Le digo que tengo un compromiso y que

llego tarde. Ha sido un placer hablar contigo, muy interesante, buena suerte, blablablá. Me dispongo a levantarme de la silla, pero Aaron alarga una mano desde su mesa y me agarra la muñeca. «Eres guapa, ¿lo sabes? —sisea—. Realmente guapa.»

Recuerdo que me ardían las mejillas y que he balbuceado algo, pero ahora, sólo unas horas después, no estoy segura de qué le he dicho. Me ha soltado el brazo y me ha mirado con cara suplicante, y yo me he sentido fatal: ese pequeño tirón debajo de las costillas. Le he dado las gracias de nuevo por la conversación. He sonreído. En la puerta le he dicho adiós con la mano. Podía ver la decepción en su cara y me ha traspasado. He sido amable, pero tengo la sensación de haber sido mala. Me siento molida: culpable, avergonzada, humillada, como si esos sentimientos no fueran tan distintos entre sí como parecen y se hubieran fundido en una masa amorfa en mis entrañas. Me he parado en la calle sofocante y me he preguntado si en una hora Aaron podría haber mejorado. Tal vez habría sido mejor escuchar un rato más sus historias sobre los hua sólo para disfrutar de su compañía. Me muero por tener una conversación como es debido. Y la verdad es ésta: si él hubiera mantenido la boca cerrada y la mirada al frente, podría haberme acostado con él sólo por esos dientes adorables.

Los sentimientos negativos se me han quedado dentro y he decidido combatirlos caminando. He ido hasta Broadway y de ahí me he dirigido al centro, sintiéndome hambrienta pero no de comida sino de algo más, de tener a alguien cerca, alguien que ya me conozca y me quiera. Aaron y los hua me han hecho sentir mucho más sola, y he recitado el poema de la Baronesa Mala que descubrí en los archivos:

*Y Dios habló bondadoso a mi corazón—  
Tan bondadoso habló a mi corazón—  
Me dijo: «¡Se te permite pedorrear!».  
Tan bondadoso habló a mi corazón.[1]*

Y he sonreído mientras caminaba y hablaba conmigo misma: *La narración como tránsito*. (Se me ha ocurrido como título de algo.) Las palabras y las frases afloraban y se retiraban, y al cabo de un par de manzanas estaba hablándole a Kari sobre Blinderman, haciendo que pareciera más cómico de lo que ha sido, y luego han llegado pensamientos de mi madre, bueno, pensamientos no. He sentido su mano en mi hombro, unos golpecitos compasivos. Han brotado las palabras «Mamá, tengo miedo», pero me las he sacudido de encima. Los demás transeúntes han empezado a ondularse y he decidido no volver a mi piso. Sabía que me estallaría la cabeza si leía una línea más ese día. ¡Al demonio Husserl! He decidido no volver al piso para leer ni sentarme en otro café a leer, y mientras apretaba el paso y marcaba el compás con el duro y uniforme impacto de mis pies sobre el cemento, me he dado cuenta de que mis pensamientos se habían desviado a Lucy Brite, y de Lucy Brite a la caída de Lindy, y a la muerte de Lindy, a ese

fragmento de una historia que había oído a través de la pared. He intentado sustituir a Lucy y a Lindy por Ian e Isadora, pero no ha funcionado y en lugar de ello he visto una ventana y a un hombre tirando a una niña por ella, y he observado cómo caía al suelo y aterrizaba en un hueco entre dos edificios —tierra de nadie con unas pocas malas hierbas sobre un suelo cuarteado y seco que se esfuerzan débilmente por erguirse hacia la suave luz del sol—, y cuanto más caminaba, más veía, y el tiempo retrocedía para que la historia pudiera empezar antes.

Por alguna razón, la habitación donde ocurre el terrible incidente está vacía. No hay muebles. Un hombre alto con el cabello oscuro y ralo y la cara acalorada y furiosa empuja contra la pared a una niña con un peto. Ella grita y otra niña, un poco mayor —con trenzas largas—, se acerca corriendo y rodea con los brazos la cintura del hombre para apartarlo, y hay una pelea. La chica de las trenzas muerde al hombre en el brazo y le deja las marcas de los dientes, y a partir de ese momento empieza a manarle sangre de cada incisión profunda en la piel y le cae por la mano en líneas rojas brillantes. Las niñas están gritando. El hombre coge a la más pequeña para hacerla callar, pero ella se zafa y corre hacia la ventana, y él la empuja. Su cuerpo yace dos pisos más abajo. Uno de sus brazos está torcido en una postura antinatural y las piernas delgadas dentro del peto de rayas le salen hacia fuera. He hecho una mueca de dolor mientras caminaba, pero he seguido caminando, y mientras caminaba he comprendido que he imaginado el asesinato en la habitación delantera de mi piso, en la que no hay muebles, y que he visto el cuerpo de la niña en el pequeño y feo tramo de tierra entre mi edificio y el de al lado. He intentado expulsar la fantasía.

Si no hubiera encontrado el cine Thalia, todo habría sido diferente, pero al llegar a la calle Noventa y cinco he visto la marquesina y el nombre de una película antigua, *El pecado de Cluny Brown*, dirigida por Ernst Lubitsch, y he entrado y comprado una entrada. La película me ha permitido elevarme y salir de mí misma, y alejarme de la tristeza y los horribles sentimientos contradictorios, y de Aaron Blinderman, de Lucy Brite y de la fallecida Lindy, que parecía haberse convertido en su hermana. A mi lado se ha sentado una mujer algo mayor con una enorme bolsa de la compra en el regazo. Cuando hemos salido del cine, me he fijado en que sus marcados rizos pelirrojos tenían las raíces blancas e iba toda ella vestida de violeta. Incluso llevaba un reloj con la correa violeta. Un auténtico personaje, como habría dicho la tía Irma. Pero mientras estábamos sentadas ahí dentro, viendo en las pantallas las personas enormes, nos hemos reído y hemos guardado silencio al mismo tiempo, y he tenido la impresión de que la señora violeta y yo éramos amigas en la penumbra de la sala. Luego le he sonreído, y ella me ha devuelto una mirada dura y poco amistosa. Por un momento he sentido una punzada de dolor, pero no ha tenido más resonancia que el punteo de una cuerda de guitarra. Me he marchado del cine y he trotado hasta casa revigorizada por la batalla que he librado yo sola, y me he preparado hígado de pollo con cebolla por las proteínas, treinta y nueve

centavos la libra, y me he bebido dos vasos grandes de leche. Ahora te estoy escribiendo a ti sobre mi extraño día con algodón en las orejas, pero todavía oigo a ya sabes quién a través de la pared, y sigo excitada y perturbada, y sólo espero que no cante demasiado fuerte ni grite en mitad de la noche.

Buenas noches, mi querida P. Libellus.

S.

Recuerdo a Blinderman sólo vagamente. Desde luego, no habría podido describirlo de memoria ni reproducir su dedo admonitorio ni su perorata sobre la misoginia de los hua. Confío en el cuaderno para estos detalles. Lo que no he olvidado sobre aquel día es la angustia y la confusión que experimenté después de dejar al estudiante de Antropología, mi deambular atormentado por Broadway y la película que vi en el Thalia y que hizo que me sintiera mucho mejor. También recuerdo claramente a la mujer violeta, aunque no sabría explicar por qué me causó una impresión tan duradera. La cena poco apetecible de hígado de pollo y casi un litro de leche que parece que disfruté ha seguido los pasos de Wanda. Pero puedo decir lo siguiente: aunque no recuerdo al joven Aaron Blinderman con precisión, fue uno de tantos, y esos tantos se han combinado en mi mente convirtiéndose en uno solo, una tipología de hombre que me encontraba una y otra vez, un hombre más o menos joven cuyos ojos continuamente abandonaban mi rostro para desplazarse hacia abajo, un hombre que hablaba y hablaba y no hacía preguntas, un hombre solícito, risueño y sagaz que por razones que se me escapaban parecía creer que yo era incompetente en todos los ámbitos, importantes o no, un hombre que, al final de una velada en la que me arriesgaba a cenar con él en mi esperanza incontenible de encontrar compañía y tal vez amor, era todo manos, saliva y necesidades urgentes, y que de cuando en cuando tenía que ser apartado por la fuerza. Él, esa reducción de muchos hombres en uno solo, parecía inevitablemente traicionado y desconcertado o traicionado y ofendido, ya fuera en mitad de la calle, delante de la puerta de mi piso, sentado a mi lado en un taxi o apretado contra mí en un rincón de un club nocturno con las luces estroboscópicas brillando sobre nosotros.

Seguramente, si ese hombre múltiple me recuerda siquiera, me recordará



como yo lo recuerdo, no a mí, sino el estilo de persona que representaba, una rubia de rostro impenetrable. Y es poco probable que recuerde qué le atrajo de mí más allá de ese estilo. En la mente de ese hombre múltiple yo también me he convertido en una ausencia o un borrón: una de tantas jóvenes atractivas que le cierran la puerta en la cara.

A veces la memoria es un cuchillo.

Mientras leía las páginas de mi viejo cuaderno en el cuarto de huéspedes del complejo para jubilados, después de un día de bolsas de basura, cajas y cinta de embalaje, y de reírme a carcajadas con Kari al ver nuestros primeros dibujos, que examinamos detenidamente en busca de rasgos identificatorios —«Éste es tuyo, lo sé. Yo nunca dibujaba los morros de los perros así»—, había momentos en que tenía que dejarlo en la mesilla de noche y contemplar para serenarme la cómoda de enchapado que imita la madera de roble y las manzanas de cera en el cuenco que había encima. Cuando llegué a las palabras «Aaron alarga una mano desde su mesa y me agarra la muñeca», me eché a temblar. No lo digo en sentido figurado. Me temblaban las manos mientras leía. ¿Qué le hizo pensar a ese gilipollas que tenía derecho a agarrarme de la muñeca? Y yo, o ella (me resulta más fácil decir ella), ¿por qué protegió los delicados sentimientos de alguien cuya actitud autoritaria y descripciones mordaces de las prácticas de esa tribu de Nueva Guinea ya eran de por sí actos hostiles? En lugar de apartar la muñeca de ese papanatas pedante y gritarle algo, ella corre hacia la puerta y, una vez en la calle, no puede comprender por qué se siente herida.

*Empújalo—*

*Patéalo—*

*Atízalo—*

*Arrójalo—*

La baronesa escribió estos versos en un poema titulado «Una docena de cócteles, por favor». Y allí tendida en el cuarto de huéspedes del centro para

jubilados, empujé, pateé, aticé y arrojé a Aaron Blinderman contra la pared del fondo de la Hungarian Pastry Shop, y le agité el dedo, le saqué la lengua, me tiré pedos por si acaso y bramé hacia su cara asombrada que no me pusiera sus malditas manos encima sin mi autorización expresa, y la fantasía de rebeldía me tranquilizó. Todos somos criaturas anhelantes, y anhelamos no sólo hacia delante, también hacia atrás. Reconstruimos, por tanto, la curiosa y tambaleante arquitectura del recuerdo en estructuras más habitables. Sé que nunca arrinconé a Blinderman contra la pared, pero también sé que tengo un sinfín de recuerdos que seguramente son inexactos, recuerdos que he adornado de deseos. Kari recuerda de otro modo, o ella recuerda y yo he olvidado, o viceversa. Ella está convencida de que salvó a nuestra tortuga *Dinky* de las fauces del perro pastor de los Harrington, *Laurence*, y yo estoy segura de que le sujeté el morro mientras me babeaba en las manos y le arranqué a *Dinky* de la boca. Aunque a las dos nos habría gustado protagonizar esa hazaña audaz, es indiscutiblemente cierto que sólo hubo una heroína, como también es cierto que, en los anales de nuestra niñez, la heroína a menudo era Kari y no yo.

Lucy no paraba de hablar. Me compré una radio para poner música, pero cuando empezaba con sus «estoy triste», la apagaba y escuchaba. En una carta a mis padres les había mencionado la ternura que me inspiraba el estetoscopio, y mi madre me lo envió en un pequeño paquete con una nota:

*Cariño mío:*

*Me alegro de que te vaya tan bien. Tu padre sonrió cuando leyó lo del estetoscopio. Todavía tenemos tomates y calabazas, y estoy recogiendo las últimas frambuesas. Ayer tomé un café con Rosemary Peterson y te manda saludos. Ellen está en la Facultad de Derecho. Ayer, cuando salí a dar mi paseo, noté en el aire la llegada del otoño. Las estaciones cambian tan deprisa últimamente que dentro de nada tendremos aquí el invierno. Volví a casa con un manojito de hierbas largas y lo puse en uno de los jarros de cerámica de Lila Hernke. Queda precioso.*

*Cuídate. Te quiere,*

*Mamá*

El estetoscopio amplificaba cada sonido. De pronto era como una mujer ciega en el piso de Lucy Brite. Oía a mi vecina respirar, suspirar y pasearse por la habitación. Escuchaba sus melodías silbadas, sus breves exclamaciones, sus monólogos y a veces su televisor cuando lo encendía, sobre todo reposiciones de *Kojak*. Yo me sentaba en el suelo con un almohadón para la cabeza y una manta debajo para que el roble resultara más blando, y el estetoscopio en los oídos. Tenía a mi lado el cuaderno y *Las aventuras de Peregrine Pickle*, de Smollett, la novela que leía por las noches para entretenerme e inspirarme, pero cuando Lucy empezaba a hablar, dejaba a Smollett a un lado y plantaba la pieza del pecho del estetoscopio en la pared con una ansiedad que me abochornaba. Si alguien me hubiera visto, me habría sentido más que cortada, me habría sentido avergonzada, pero ese acto secreto de espionaje auditivo —un oxímoron que encaja de todos modos con la conducta— me proporcionaba un placer voluptuoso que nunca había conocido y que nunca he olvidado. Con los años he intentado averiguar mis motivos y analizar la sensación casi erótica que acompañaba la escucha furtiva (el término en inglés, *eavesdropping*, viene del escandinavo y está compuesto de *eaves*, «alero», y *dropping*, que puede significar «gotas», «goteo». Del alero de una casa gotea agua que con el tiempo se transmuta en palabras que un oyente clandestino recoge). Mi vecina dejaba caer gotas de una historia más larga, una historia aterradora que yo quería saber, pero eso no era todo; en retrospectiva, creo que mi escucha tenía una cualidad agresiva que en ese momento no supe comprender. Cruzaba un umbral y entraba en las habitaciones de Lucy Brite sólo por medio del oído, y esa invasión indecorosa me excitaba.

A veces Lucy hablaba directamente a un «tú». Tenía un nombre, Ted. Era el hombre que había creído tener derecho a tratarla mal —«tu perra a la que podías patear»—, y a veces ella gemía o soltaba entre jadeos pequeños fragmentos de su pasado o lo que yo imaginaba que eran historias de su niñez. Pero a veces parecía que el «tú» era ella misma. Además, la voz cambiaba. Pasaba de grave a aguda como si encarnara a distintas personas a medida que hablaba. Registré todas ellas como mejor pude, pero me habría gustado saber taquigrafía, los misteriosos guiones y garabatos que había visto utilizar a la señora Stydniki en la consulta de mi padre. Me inventé mi propio sistema de

abreviaturas para poder escribir más deprisa. Me dejaba artículos y preposiciones, y luego los añadía. Mi letra era descuidada. Cuando ella bajaba tanto la voz que yo dejaba de oírla, utilizaba elipsis. Años después de que desapareciera el cuaderno, empecé a desear ver de nuevo esas entradas. Aunque recordaba lo esencial, había olvidado su contenido exacto.

11 de septiembre de 1978

Para Página Libellus, un monólogo de Lucy Brite:

Boda..., boda, Dios mío. [Risas.] Él ya estaba dentro de mí entonces. Y tú no lo querías. Te referiste a él como *eso*. Bueno, lo era. ¡Error! ¡Mal! ¡Mala semilla! El Gran Negociador. El Paraíso Inmobiliario. Había que ocultar el asunto. Las apariencias cuentan. Ya lo creo que cuentan. Tú no parabas de detener el coche para hacer una llamada y poner gasolina. Distes media vuelta dos veces. La gran visita a tus padres. Tu padre era un capullo, Ted. ¿Lo sabes? Y tu madre, la pobre Barb, con ese horrible vestido azul con corpiño, las piernas flacas y la carita arrugada y pálida, tan triste en esa casa con todos sus tapetes. La mujer nunca sonreía. Estoy triste. Estoy triste. Estoy triste ahora. Por suerte había muerto y no tuvo que verlo. No hay optimismo. Eso es lo que habría dicho ella. Mira el lado positivo de la vida, Barb. Papá..., sus piernas..., como una víctima de neurosis de guerra con ese traje horrible. Barb Brite también me ponía mala. No lo sabías, ¿verdad, Ted? Yo no podía ser más encantadora con ella. Bueno, era agradable con todo el mundo, por Dios. Tráeme una copa, Barb [voz grave]. Santo cielo. Y ella corre al mueble bar como un perro tras un palo. Tú ibas a buscar el palo, eras una buscona, su buscona. Lucy [voz grave], esto es el caos. ¿En qué te ocupas todo el día? Luce eso y Luce lo otro. ¿Has sacado el maldito aspirador? ¡Tenemos servicio! ¿Qué haces, tirar polvo alrededor en cuanto ella se va? Dijiste que yo te había cazado. Pero había noches que me querías. Me querías, nunca tenías suficiente de mí, ¿verdad? Me despertaba y allí estabas encima de mí, mordisqueándome los pezones. El médico me recomendó que hiciera reposo para que no viniera. Pero tu hijo vino. Un bebé feo... En la incubadora [voz estridente]. ¿Por qué no te odiaba entonces? No, te quería. De verdad. Sé sincero. Sé sincero. La cazada fui yo. Tú le diste la vuelta. El club. El golf. Zapatos. Zapatos de golf. ¿Dónde están mis zapatos de golf? Portazos. Puños. Él lloraba y lloraba. ¿Sabes lo que creo, Ted? Creo que tú lo deformaste antes de que naciera. Marchitaste el carácter del pequeño Ted hasta que se convirtió en una pasa. Todos los berridos y los gritos. Me echabas la culpa. La mala madre. Lo pusiste por escrito. Yo hago lo que puedo. Hago lo que puedo. [Llanto.] Él odiaba a Lindy. [Ella silba *Ring Around the Rosies*.] La asustabas. Nadie lo sabía excepto nosotros. Teníamos

información privilegiada. Tú eras tan desenvuelto, tan ingenioso, y esa risa que reservabas para los chicos, esa risa morbosa. Gran hombre. Lobo feroz. [De nuevo el silbido: «*Ring around the rosies / Pocket full of posies / Ashes, ashes, we all fall down*».] No te gustaba que trabajara de voluntaria. Ni siquiera te gustaba mi club de lectura. Tú no lees los libros, Luce. Finges que los lees. Eso era lo que me decías. Eras malo, Ted. ¿Por qué eras tan malo? [voz de pito]. Luego empezarás a pedir perdón. Cariño, cariño, cariño. [Silencio durante un largo minuto.] Cuando cayó mi bebé — nuestra preciosa niña, muerta en el patio— no viniste a verme al hospital. Sí, una vez. Recóbrate, Lucy [voz profunda]. Creo que ya estabas con ella. ¡Con ella! Te la estabas tirando en nuestra cama. Veinticinco años y firmé para romper con todo, porque estaba cansada, Ted. Lindy murió y a mí ya no me importaba nada. Tú te aprovechaste de ello. Yo tenía que tomar las pastillas. Sin pastillas. Sin Lucy. Yo tenía a los médicos. Tú tenías a los abogados. Y estabas en la otra punta de la ciudad con esa putilla y todos esos malditos niños. [De nuevo *Ring Around the Rosies* silbado.]

12 de septiembre de 1978

Para Libellus, otro monólogo de Lucy Brite:

Estoy triste. Estoy triste [unas cien veces]. No voy a hablar nunca más contigo. ¡Calla! Tengo hambre. [Pasos, susurro, ruidos inidentificables, suspiros, balada silbada.] Mamá era gruñona. No hagas ese ruido, Lucy. Me duele la cabeza. Bueno, estaba enferma, por el amor de Dios. Tienes porvenir, Lucy. Eres muy guapa. [Risas.] Una figura muy bonita. Tienes porvenir. ¿Quién era ese chico? Lucy, ¿puedo tocarte el pelo? Quiero tocarte el pelo. ¿No era bonito todo entonces? Los tiempos del baile. Piensa en ello. Las películas. Lana Turner con un turbante blanco. Tú tenías uno y te lo ponías con pintalabios rojo pasión. Apenas una niña. Yo era apenas una niña. Era estupendo, cariño, estupendo. [Silencio.]

No te acerques allí. No te acerques [voz grave y dura].

¿Por qué no te alejas de la cocina? [Pausa.] Por esto, gritó ella. Caída. [Silencio.] La cara de él. No. En shock. [Silencio.] Él podría haberla cogido. Dilo. No puedo decirlo. No mires. Fue un accidente. No, Lucy. Tú crees saber algo. Pero ¿qué sabes? [voz grave arrastrando las palabras]. Doctor Stone, no sé [falsa voz aguda e infantil]. Si hablas de ello, Lucy... [de nuevo grave]. [Risas.] ¡Estoy hablando de ello ahora, vieja estúpida! [Silencio de doce segundos.] Ella tenía miedo de su propio hijo. Ya está. Ya lo he dicho. No llores. No estoy llorando. No sé nada. [Ataque de tos, murmullos, ruido de pasos, el clic del televisor. Ruido de una sirena en la televisión.]

P. D. Una cucaracha del tamaño de Gregor Samsa acaba de cruzar el suelo a todo

correr.

13 de septiembre de 1978

Querida Página:

Estoy intentando pensar más en Isadora y menos en Lucy Brite. ¿Qué le pasó a Lindy? Anoche temí que el bicho volviera. Qué tonta. Me quedé despierta preocupándome por los bichos, el dinero (no durará siempre), Lindy y el informe de la policía. ¿Cuántos años tenía Lindy cuando murió? «Tiene miedo de su propio hijo.» ¿Lucy tiene miedo de su propio hijo o se refiere al hijo de otro? Me refugio en la ciudad de Verbum.

## Capítulo 2

Ian conoció a Isadora en una clase de biología, sobre un cerdo que tenían que diseccionar juntos. Fue el temperamento frío de Isadora, la serenidad de su mirada y la firmeza de su pulso al abrir el cadáver del cerdo en la camilla lo que lo impresionó. Admiró el estado de los instrumentos que había entre ellos —limpios y en el orden prescrito— y le gustó que entornara los ojos al cortar con delicadeza la piel y el músculo, dejando ver el órgano de debajo. Aunque hizo todo lo posible para ocultarle a Isadora sus sentimientos, él prefería la pulcritud de las matemáticas y la astronomía a las texturas desagradables y viscosas de la biología. La primera vez que vio los intestinos de un animal le dieron arcadas, y tuvo ataques de náuseas a lo largo de todo el semestre. Él prefería las conversaciones que mantenía con sus amigos cuando el cerdo cada vez más menguado ya no estaba a la vista. Isadora, en cambio, no tenía esos escrúpulos. Era una investigadora apasionada y le encantaba explicar los sistemas anatómicos, que enumeraba por orden alfabético: cardiovascular, circulatorio, digestivo, endocrino, integumentario, linfático, muscular, nervioso, óseo, reproductivo, respiratorio y urinario. Ian empezó a ver claro que cuando los conocimientos de Isadora sobre los rincones y recovecos del cuerpo mortal se sumaran a sus propias aptitudes lógicas perfeccionadas, juntos podrían resolver hasta el asesinato más enigmático. Ese asesinato aún no había sucedido, por supuesto, pero Isadora se mostró perspicaz acerca de la epilepsia de Frieda Frail, e Ian esperaba que fuera capaz de arrojar luz científica sobre el problema de las apariciones periódicas de la difunta. ¿Podía haberlas causado un virus que flotaba por Verbum y que traía consigo alucinaciones de los muertos?

El afecto cada vez mayor que Ian sentía por Isadora se vio fortalecido por la admiración que le inspiraba toda su familia. Se deleitaba con las rarezas de la familia Simon, tan distinta de la suya. Tanto el padre como la madre eran profesores de lengua y literatura inglesas,

especializados en Chaucer y Milton, respectivamente, y en su casa iban y venían las citas de Los cuentos de Canterbury en inglés medieval, que a Ian le sonaban como gruñidos y chasquidos («La sequía de marzo ha penetrado hasta la raíz»), y de El paraíso perdido, una obra que ejercitaba menos la garganta y más los labios y los dientes («... con tus poderosas alas abiertas / te posaste como paloma sobre el vasto abismo...»). Los dos eruditos habían procreado a cuatro hijas y las habían educado en una atmósfera de declamación chauceriana y miltoniana, sin daños evidentes en ninguna de ellas. El profesor Simon era un progenitor especialmente afectuoso y a menudo canturreaba desde su estudio: «¿Dónde, oh, dónde están mis lindas Doras?». Alargaba el lin- de lindas durante dos o tres segundos y lo seguía de un -das en tono bajo, y a continuación elevaba la voz en un culminante dor- que volvía a caer en un último y largo -as mientras reunía a su prole.

Era posible utilizar el nombre abreviado porque Isadora era la mayor de cuatro Doras: Isadora, de catorce años; Theodora, de doce; Andora, de once, y Dora a secas, de nueve. Habían organizado su hermandad por disciplinas: isabiología, teofísica, anhistoria y doraliteratura, y aunque la pequeña Dora se había quedado estancada un buen tiempo en Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas, la familia tenía grandes esperanzas en su tesis sobre Finnegans Wake. La profesora S. había traído al mundo a sus hijas en el transcurso de seis años, sin con ello menoscabar el amor desmesurado que profesaba al poeta ciego, pero Ian advirtió que, a diferencia de su propia madre, la matriarca de la familia Simon tenía una actitud despreocupada hacia el gobierno de la casa, que dejaba en evidencia su costumbre de esconder de una patada los juguetes debajo de los sofás y los sillones, y de tirar toallas húmedas que de algún modo acababan en el armario de los abrigos de la sala de estar. También era proclive a dar órdenes al especialista de Chaucer de un modo que a Ian le parecía sorprendente. «¡Percy, los platos!», decía la profesora S. Y aunque esas pautas cortantes tenían el claro propósito de mover al profesor S. a la acción en las áreas de conflicto doméstico, sus efectos distaban de ser exitosos. Por ejemplo, si la esposa decía: «¡Percy, los cojines!», el marido se quedaba inmóvil, asentía sabiamente como quien oye un oráculo y se escabullía en una dirección u otra, sólo para reaparecer un momento después con un libro en la mano o un periquito en el hombro.

La familia tenía un viejo pastor inglés de tamaño descomunal, Monk, que segregaba enormes cantidades de saliva y se paseaba pesadamente por la casa sacudiendo su gran cabeza lanuda, pero el señor Simon también criaba conejos, pájaros y ratones blancos en grandes jaulas en la sala de estar que, a propósito o sin querer, a menudo andaban sueltos, por lo que había que ir con cuidado al desplazarse de un extremo a otro. Las Doras afirmaban, además, que su padre tenía en el sótano un caimán llamado Geoffrey, en cuya existencia Ian no estaba seguro de si creía, aunque había visto a las niñas evitar escrupulosamente la puerta que conducía a la húmeda y lodosa región donde se suponía que vivía.

El amante de los peregrinos de Canterbury había conducido un tanque durante la guerra europea, e Isadora le confió a Ian que los rigores de la experiencia le habían perturbado el

cerebro, lo que hacía que de vez en cuando «flotara fuera de sí mismo». La política de la familia era pasar por alto esas excursiones periódicas más allá de los confines de sus límites corpóreos. Sólo «cuando iba demasiado lejos» y bajaba la manzana con una expresión confusa o se escondía debajo de la cama, una Dora u otra lo iba a buscar y lo conducía de nuevo a su estudio, donde volvía a concentrarse tranquilamente en lo que las niñas llamaban su «opus». «Lo sabe todo de Chaucer, ¿sabes? —le comentó Isadora a Ian—. Lo pones delante de una clase y le sale sola la lección.»

El señor S. tenía el pelo prematuramente blanco, y lo llevaba ahuecado, alborotado y desigual, un estilo que Ian admiraba y que, para disgusto de su madre, empezó a imitar. «¿Quieres que te confundan con un interno de manicomio?», le preguntó ella. Él se ruborizó, pero la pregunta retórica de su madre sólo lo llevó a reflexionar sobre sus motivos. Tal vez, pese a su amor por la lógica, una parte de él quería parecerse a un poeta loco o incluso a un lunático inofensivo. ¿Acaso Holmes no había fumado opio y tocado el violín entre caso y caso? ¿La severidad en un ámbito no pedía laxitud en otro?

Una tarde, Ian se encontraba tumbado en la mecedora que Theodora había decorado con la tabla periódica de los elementos, contemplando el país de las maravillas que era la sala de los Simon e inhalando el fuerte olor a pájaro y a fiera que flotaba en el aire, y justo cuando su mirada se posó en los bonitos pechos de la Dora mayor que era su amiga particular, pechos que parecían aumentar de tamaño por días, Roger, la cacatúa, graznó tres palabras inmortales que le encantaba repetir, tres palabras que Ian tenía entendido que salían en alguna parte de Los cuentos de Canterbury: «itu ganso engordado!». En ese preciso instante, Dora a secas entró corriendo en la habitación, jadeando y con la cara colorada, para declarar a todo el que la escuchara que había visto con sus propios ojos el fantasma en la ventana, que no era mentira, y que tenían que creerla. Una de dos, o Frieda Frail seguía viva o... ¡existían los fantasmas!

Recuerdo a los Simon y cuánto disfrutaba de su compañía, pero la historia del otro lado de la pared se había ido apoderando de mí hasta convertirse en una especie de narrativa paralela, aunque inconexa, de la novela todavía sin título que estaba escribiendo. La interpretación silbada de *Ring Around The Rosies* de Lucy me había perturbado especialmente. La boba canción me traía a la memoria mis días de desconcierto en el patio de la escuela primaria de Webster, pero como un simple sentimiento, una especie de confusión dolorosa y empañada que evocaba vagamente la grava, el alquitrán y la luz del sol a través de las nubes, las voces cantarinas y la multitud a la que Kari y yo nos referíamos como «los otros niños». Yo estaba más cerca de mi niñez entonces, pero pensaba menos en ella. Ahora vuelve a menudo a mí en lo que mi madre



llama «retazo», no historias sino fragmentos sensuales: sosteniendo el alambre de púas para que Kari pudiera pasar por debajo de la cerca, y la visión que tenía del cielo cuando ella lo sostenía por mí; agachándome con un palo para atizar las boñigas que estaban tan resacas a mediados de verano que eran prácticamente polvo y que no tardarían en desaparecer con el viento; el ruido del arroyo crecido en primavera, y mis manos, rojas a causa del frío, al agarrar la corteza gris casi desprendida del tronco caído que hacía de puente para pasar al otro lado; el conducto subterráneo que se extendía por debajo de la Old Dutch Road, con sus paredes de chapa acanalada y curvada que escalábamos sólo en parte, apoyando un pie tambaleante en un remache metálico y luego en otro; el eco al llamarnos por nuestro nombre o por los nombres de los personajes que interpretábamos, y la magia de nuestros juegos que se filtraba entre las zarzas, la hierba y los guijarros que había debajo del agua. Recuerdo los poderes de la telequinesis que yo tenía en sueños cuando levantaba un tenedor de la mesa y lo apuntaba para que saliera volando por la ventana, y la alegría que me daba mi poder, y recuerdo también mi temor reverencial cuando, ya despierta, iba a sentarme al trono que había detrás de la casa. Las raíces del roble que sobresalían del acantilado escarpado se curvaban formando un asiento real, donde un potentado podía sentarse y contemplar su reino, y quedarse absorto y dejar que sus pensamientos navegaran hacia lo inexpresable y lo sagrado, y entonces ya no era «yo» sino una criatura diseminada en el ruido de las hojas que se agitaban por encima, el húmedo olor de la tierra del arroyo, las ramas empapadas en estado de descomposición y los puntos de luz solar que saltaban entre los tallos de cola de caballo. Ese ser trascendental tenía una cabeza tan liviana como un globo de helio, y se iba elevando, elevando hacia las nubes con bengalas encendidas en su interior. Pero los extraños viajes que hacía sola los mantuve en secreto. Los guardé en un compartimento especial debajo de las costillas, uno que sólo podían ver Dios y los ángeles.

Aunque también tenía miedos. Mis huidas y mis terrores tal vez estaban relacionados. Yo sabía que se cernía algo al pie de las escaleras, estaba segura de ello porque lo sentía, una presencia malévolamente que quería verme

muerta. Y, mientras estaba en lo alto, me reprendía a mí misma con voz maternal, contaba hasta diez o hasta veinte, dependiendo del grado de mi fortaleza, y, ateniéndome estrictamente al voto, dejaba de respirar y bajaba corriendo las escaleras, y saltaba los tres últimos peldaños de una zancada, como si con ella pudiera impedir que él me golpeará; sí, lo recuerdo bien. Era un hombre.

El 14 de septiembre escribí: «Tengo en la cabeza esa melodía horrible que me deja nerviosa y fuera de mí, como si quisiera recordar algo y no pudiera. Hoy los últimos versos, “*Ashes, ashes, we all fall down*”, me han traído la imagen de niños muertos yaciendo entre el tobogán y los columpios. Qué grotesca. Pongo la radio para quitármela de la cabeza, pero vuelve. Hoy caigo sobre la espuma dos veces». Tal vez la niña y la joven no estaban tan alejadas.

Yo nunca había puesto los ojos en Lucy Brite, y eso seguramente la hacía mucho más misteriosa que si me hubiera encontrado primero con ella en Riverside Drive o la hubiera conocido en la biblioteca. Esa mujer era, literalmente, todo palabras. Además, aunque yo tenía amigos en otros lugares, aún no había hecho amigos en Nueva York, lo que significaba que todas mis distracciones —la vecina de al lado, mis libros y mi novela— también eran incorpóreas. Quería ver a la mujer que despotricaba contra Ted y lloraba por Lindy, por lo que estuve atenta, y el 16 de septiembre por la tarde por fin la vi.

Querida Página:

Oí pasos en el pasillo y salí y me encontré al señor Rosales fuera del piso de Lucy Brite, sosteniendo en equilibrio tres paquetes sobre un brazo mientras llamaba a la puerta con la mano libre. Yo comenté que iba abajo para ver si tenía correspondencia, pero no me moví. De hecho, me alegraba de ver al señor Rosales, que me saludó educadamente y parecía de mejor humor que de costumbre porque levantó la vista hasta mi cara con una expresión de extrañeza que opté por tomar como amistosa. Él iba por primera vez con corbata, una prenda de un violeta chocante y cubierta de diminutos cachorros marrones con la lengua rosa pálido colgando de la boca. Debió de notar que la miraba porque la señaló.

—Mi hija, Bianca. El día del padre.

Murmuré unas palabras con las que pretendía transmitir que al llevarla demostraba

un tipo de paternidad benevolente poco común. Luego miré hacia el 2C y dije casi en un susurro:

—Habla mucho y silba. ¿Lo sabe?

El señor Rosales sonrió, asintió y me respondió con un incongruente:

—Buena mujer. Buena mujer. —Llamó de nuevo a la puerta y Lucy abrió.

Hice un esfuerzo por disimular mi agitación al verla, y me propuse conscientemente convertirme en Ian Feathers y escudriñarla con una mirada inquisidora y desafecta mientras estuviera allí. Unos cincuenta y cinco años, calculé. Lo que el mundo llama «una belleza ajada». Finas arrugas alrededor de los ojos y la boca, pintalabios, un principio de papada, pelo castaño recogido en una coleta corta, cuerpo voluptuoso, una chaqueta abotonada hasta el cuello que le llegaba a las caderas, pantalones pitillo y unas bailarinas tronadas.

—¡Luis! —graznó, como si le hubiera llevado rosas—. ¡La correspondencia! —Cogió los paquetes y sonrió como si los dos fuéramos un centenar de admiradores devotos.

Más tarde caí en la cuenta de que medio esperaba que saliera una voz desconocida de ese cuerpo bien cuidado, pero era la voz de los monólogos, es decir, la voz que ella utilizaba cuando no imitaba a nadie. Me llamó la atención que Lucy Brite no tuviera aspecto de loca, que una parte de mí hubiera dado por sentado que lo estaba y esperara encontrar a una mujer atormentada por la muerte de un hijo o sufriendo por la infidelidad de un marido. Aunque muy fugazmente, entreví una habitación con muchos muebles detrás de ella: alfombras, lámparas, estantes, una bonita mesa con dos sillas, al menos un cuadro. Una habitación que debería haber sido muy similar a la mía, pero que parecía una jungla doméstica comparada con mi desierto. Fue entonces cuando ella se volvió hacia mí, y Luis Rosales, cuyo nombre de pila acababa de averiguar, me dijo:

—La señorita Brite, su vecina.

No hizo ademán de dar mi nombre. Puede que no lo recordara. Lucy Brite me lanzó una mirada rápida y dura, y una sonrisa que no dejaba ver los dientes.

—Encantada —dijo con frialdad, y se escabulló detrás de la puerta.

Yo me sentí desorientada. De nuevo en mi piso, recordé la frase de Simone Weil: «La imaginación y la ficción suman más de las tres cuartas partes de nuestra vida real». Weil era un genio, una sabia, una santa ávida y una enunciadora de verdades. ¿Me había llevado un chasco al no descubrir a la señorita Havisham en la casa de al lado? ¿Era lo que quería? Por alguna estúpida razón volvía a tener en la cabeza *Ring Around the Rosies* y me entraron ganas de taparme las orejas. Tomé aire y decidí pensar en el breve encuentro de forma racional. Pedí de nuevo a Ian que acudiera en mi rescate. Había puesto por escrito las palabras de Lucy, ¿no? En la puerta de su casa ella podía haber parecido «normal», fuera lo que fuese lo que significara. El señor Rosales podía tenerla como una «buena mujer», pero ella pasaba gran parte de sus tardes salmodiando «estoy

triste», y hablaba consigo misma, utilizando al menos un par de voces distintas, sobre un accidente, un suicidio o... un asesinato. Ya lo he dicho. Luego vi la imagen de una criatura en el suelo, en el espacio entre mi edificio y el de al lado, y me acerqué a la ventana y me asomé. ¿Quería verlo para asegurarme de que no había caído ningún cuerpo desde un piso superior? ¿Soy yo la que está loca? Me aparté de la ventana y me dirigí a mi cocina, recién decorada con cebos para cucarachas, y allí de pie, contemplando los bichos, oí a Lucy Brite reír. Una de esas carcajadas jadeantes y entrecortadas que aun así tenían verdadero volumen. Y, por alguna razón, una razón que era una sinrazón, su risa logró que me sintiera de nuevo asustada y abandonada.

# 3

17 de septiembre

Mi queridísima y apreciada P.:

He ido a la conferencia. Acabo de volver a casa. Dos y media de la madrugada. ¡Alegría! ¡Una amiga! ¡Artista! ¡Poeta! Se nos han hecho las tantas hablando y me ha abrazado cuando nos despedíamos. Te contaré más mañana. S.

Cuando escribí en el cuaderno este mensaje atolondrado, llevaba exactamente veintidós días viviendo en Manhattan. Lo que la cifra no acaba de transmitir es la sensación de tiempo transcurrido, un tiempo que en la memoria ha adquirido la dilatada cualidad de una fase o una época, un periodo de anhelar que alguien abriera una puerta, entrara en una habitación y pusiera fin a la *Época de Nadie Real*. Pero sólo en retrospectiva soy capaz de dar sentido a mis «tres semanas y un día», porque, mientras las vivía, ni una sola vez admití ante mí misma que, hasta la fecha, mis aventuras en la ciudad habían sido en gran medida imaginarias. Mis personajes I. F. e I. S. habían estado inmersos en su misterio. Yo había escrito pulcramente los títulos de todos los libros que había leído en las páginas de mi cuaderno Mead, y había escuchado en secreto a Lucy Brite. Podría haber escrito y leído en cualquier lugar. Lucy era un ser de carne y hueso que vivía en el 2C, pero sus monólogos inconexos habían derramado imágenes de violencia y torbellino que no existían realmente más allá de los confines de mi cráneo.

El 16 de septiembre, desde el momento en que oí reír a Lucy hasta que salí esa noche, miré por la ventana de mi habitación delantera varias veces para asegurarme de que no había un cadáver entre las malas hierbas. De haber visto uno, estoy segura de que habría perdido el conocimiento al instante; no *esperaba* ver uno. Y, sin embargo, me sentía atraída hacia la ventana para verificar lo que ya sabía: que no había cadáver. El impulso podría haber desarrollado un tic psíquico en mi aislamiento, pero tenía sus raíces en algún miedo indescriptible e impronunciable. La joven que se había instalado en las habitaciones de la calle Ciento nueve Oeste para iniciar una nueva vida habría contemplado como una derrota el reconocimiento consciente de que las cosas no estaban saliendo como había planeado.

Whitney Tilt, la artista-poeta o la poeta-artista, entró en el Ear Inn del centro, en Spring Street, el 16 de septiembre por la tarde con unos zapatos de tacón verdes, medias negras, un vestido ceñido azul cobalto y un gorro amarillo para escuchar a John Ashbery leer sus poemas con otro poeta llamado Michael Lally, cuya obra ninguno de los presentes conocíamos pero que esperábamos admirar, puesto que le habían dado un lugar al lado del maestro vivo, y ella se sentó sola a mi lado, y en cuanto la vi pensé que era maravillosa, o, tal como escribí a Página al día siguiente en una oleada de entusiasmo: «Es guapa, sofisticada, una criatura con un toque de hada». Aunque más tarde comentamos riéndonos que los vientos, o al menos las estrellas, debían de haber estado alineados a nuestro favor, ninguna de las dos creía en el destino. Existen el azar y las secuencias fortuitas de acontecimientos a partir de las cuales pueden establecerse algunas probabilidades. Éstas se reducían en nuestro caso a la poesía. En una ciudad de siete millones de habitantes, la poesía seguía siendo una pasión para un puñado de felices.

Todas las tardes, yo leía en alto poemas en el 2B. Mi voz se convertía en la voz de mis seres queridos y esas declamaciones me daban consuelo.

Leía a Ashbery junto con mis viejos amores, Thomas Wyatt y Shakespeare. Leía a Donne, Clare, Dickinson, Moore, Stevens, Riding y Plath. Leía la prosa de Stein como si fueran poemas. Cantaba Goethe, Hölderlin, Trakl, Celan y

Bachmann en un alemán aprendido en el instituto y en la universidad, y a Baudelaire, Rimbaud, Verlaine y Mallarmé en un francés de tres años de universidad. Entonaba a Anna Ajmátova y a Marina Tsvetáyeva traducidas, y en inglés sonaban solemnes, y luego regresaba a los farfulleos de la baronesa, a quien había rescatado de los archivos, casi aniquilada, y con mi voz quería protegerla del olvido. «Dilo con... / ¡relámpagos! / ¡Oh, trueno! / Corrientes serpenteantes... ¡Chhhfssssss! La palabra misma penetra.»

A veces me mecía en un movimiento yámbico de lado a lado mientras leía, otras veces me balanceaba desde la cintura o me detenía en las pautas desiguales de los contemporáneos. Leía poemas sentada, de pie y caminando de aquí para allá. Quería que la métrica de los grandes me inundara, impregnara mi forma de caminar y dirigiera la música cinética de mis pensamientos. Quería que Ian e Isadora se movieran sobre piernas poéticas y balancearan brazos poéticos. Quería prosa melodiosa, no las frases muertas de las novelas malas que recuerdo haber comprado durante ese primer año en Nueva York porque tenían pegatinas doradas en la portada y en la contraportada personas importantes vociferaban logros «fascinantes» y «líricos», obras promocionadas que abandonaba después de leer diez o veinte páginas al descubrir que iban dando bandazos sobre dos piernas rígidas, lo que me llevaba a suponer que esas personas importantes se hacían favores mutuos o eran unos ignorantes.

Me arreglé para ir al recital de John Ashbery esa tarde. Quería dar la impresión de que llevaba toda la vida viviendo en Nueva York, pero mi conjunto no era el de Whitney Tilt. Yo había sido educada en el dogma de Minnesota de que nadie debe sobresalir, hacerse notar ni mostrarse abiertamente orgulloso de sus logros, y menos de su cara o su figura. Hacer ostentación de los «bienes que Dios nos da», como los llamaba la tía Irma, era indecoroso en el mejor de los casos, e indecente en el peor, de modo que debí de optar por una simple camisa y unos vaqueros para pasar una tarde en el Ear Inn, plenamente consciente de que mis bienes no quedaban ocultos. Mi vestuario era muy limitado, pero sé que mi idea era parecer seria y atractiva al mismo tiempo. Quería arder de inteligencia. Eso me da risa ahora. Los hombres pueden arder de inteligencia. A las mujeres no se les permiten esas

sutilezas, pero yo era ingenua, e imaginé que, además de mirarme, me escucharían, oirían en mis frases la cadencia de una mente poderosa en funcionamiento. Tardé años en comprender que ésa era una premisa falsa, al menos en la mayoría de los casos, que las expectativas son lo mejor de la percepción, y que la cara de una joven es un obstáculo para que se la tome en serio, sobre todo cuando va acompañada de una actitud agresiva.

Yo era joven mucho antes de que la moda de documentarse uno mismo se extendiera por todos los países del mundo, y sólo existen unas pocas fotografías más de ese periodo. Con la excepción del espejo, la fotografía es la única forma de verse uno desde fuera, y el espejo ya no puede mostrarme el aspecto que tenía entonces, pero recuerdo que en esos primeros años en la ciudad de vez en cuando me sorprendía de mí misma. Cuando dejaba a unos amigos en un restaurante para ir al aseo, y me lavaba las manos, encontraba mi reflejo en el espejo y recuerdo que pensaba: «No tenía ni idea de que fueses tan guapa». A menudo hay un desequilibrio entre el interior y el exterior. Perdemos nuestros rostros en los vaivenes de la vida, y nuestros antiguos rostros son aún más escurridizos. Si no me hubieran dicho que era yo, ¿podría señalarme como el bebé de la fotografía?

Nos acompaña una voz interior que empezó a hablarnos hace mucho tiempo, en los primeros años de la infancia, y guarda silencio en la inconsciencia, en el sueño sin sueños y en la muerte. Cuando estamos vivos y despiertos actúa como portavoz del yo, y es la persona parlanchina que mejor conocemos, y aunque a menudo es llevada a engaño, nos explica sin cesar los acontecimientos a medida que suceden. Es conmovedor recordar a la joven que no hacía tanto había dejado atrás la adolescencia y a la que le sorprendía su propio rostro porque sus facciones, por encantadoras que fueran, tenían una cualidad extraña, tal vez insípida. La narradora interna que entonces llevaba a todas partes conmigo ya se había formado a partir de cientos de libros, de sus historias y personajes, sus argumentos, conceptos y categorías, sus voces autoritarias que pronunciaban eso o aquello y sus voces menos autoritarias que interrumpían ese monólogo interior para soltar una palabra aquí y allá, y debido a la verdad indiscutible de que no pueden asumirse como propias las palabras de nadie, en un sentido genuino de «propias», siempre me pregunto



quién está hablando en realidad allí dentro.

Sin embargo, rostro y voz pueden crear cacofonía en lugar de armonía, y a veces el mundo conspira para aniquilar al orador que llevamos dentro a fin de provocar una pelea entre ambos. Ahora, cuando me sorprendo de mí misma, me asusto de un semblante que ha echado a correr por delante de mí: «¿Tan vieja soy realmente?». Pero cuando en aquellos tiempos salía de mi piso para dar un paseo y reflexionar sobre algo, escuchando no una sino dos voces interiores inmersas en un diálogo animado, y me olvidaba totalmente del espejo y de su reflejo, a menudo me arrancaba de mi amnesia una mirada omnipresente que no pertenecía a nadie en particular sino a muchos hombres a la vez, y que me acompañaba por la calle. Y recuerdo que todo ese seguimiento de mi cuerpo moviéndose tenía un efecto de rigidez en mis extremidades, porque convertía un simple paseo en una actuación no deseada, y me hacía la sorda cuando llegaban ráfagas de comentarios obscenos de un lado u otro. Supongo que querían que me ruborizara. Yo no lo hacía. También recuerdo que a veces algún desconocido por la calle me obligaba a sonreír. «¿Por qué estás tan seria, nena? ¡Sonríe!» Yo sonreía obediente y seguía andando.

Sin embargo, una tarde me pillaron por sorpresa. Regresaba a casa por Broadway y un hombre que caminaba hacia mí levantó educadamente el índice con una pregunta en los ojos. Pensé que quería saber cómo ir a alguna parte o qué hora era, pero, en cuanto me detuve, acercó la cara a la mía y, enseñando los dientes, me gruñó con una rabia inconmensurable: «¡Maldita hija de puta, cerda, zorra asquerosa!». No recuerdo qué apariencia tenía, diría que era blanco y de mediana edad pero no estoy totalmente segura. Sé la manzana en la que me encontraba, entre la Ciento catorce y la Ciento quince, en el lado oeste. Tengo un recuerdo vívido del momento del día, del cielo que oscurecía y del paso ininterrumpido de los transeúntes a ambos lados de nosotros, la mayoría, de regreso a casa, y vuelvo a estar en shock. Eché la cabeza hacia atrás, me aparté rápidamente y empecé a bajar a grandes zancadas la manzana, con el corazón palpitante. No corrí. Sé que me pregunté por qué me había escogido a mí. ¿Había visto en mi aspecto algo que aborrecía? ¿Le había parecido un blanco vulnerable o sólo escogía al azar a las mujeres para gritarles horrores?

No escribí sobre ello en el cuaderno.

Por lo que se refiere a mi aspecto de aquel 16 de septiembre por la tarde, sólo estoy segura de dos cosas: cuando salí de mi piso para dirigirme al Ear Inn, llevaba los labios pintados de color rojo sangre —ir osadamente pintarrajeada era un pequeño signo de rebelión personal que había adoptado mucho antes de llegar a Manhattan contra la norma de no destacar en ninguna parte y por ninguna razón—, y calzaba unas botas camperas de piel de serpiente negra que Kari me había ayudado a costear y que me infundían una sensación de dureza y masculinidad; y recordé que cuando la elegante Whitney Tilt tomó asiento a mi lado, me alegré de llevar al menos esas elegantes botas.

Conservo un recuerdo nítido del momento en que crucé la puerta esa noche. Los olores a alcohol, humo de cigarrillo viejo y reciente y detergente Pine-Sol de los bares sórdidos. Casi puedo olerlos de nuevo. Veo unas luces difusas a mi izquierda mientras miro las sillas colocadas sin orden ni concierto para el recital. Soy tímida, pero me siento en la parte delantera porque también estoy ansiosa. Llega Whitney, y le doy un repaso de pies a cabeza y me digo que es encantadora. Se sienta. Nos sonreímos. Ella estira las piernas hacia delante. Parecen casi tan largas como las mías —es alta— y se queda mirando sus zapatos verdes mientras gira los tacones y entrechoca las puntas varias veces. Algo muy insignificante, y sin embargo recuerdo perfectamente esos golpecitos con las puntas, como recuerdo la piel tersa de su cuello, los rizos oscuros que parecían flotar por debajo del gorro amarillo, y su perfume, que podría describirse como un umbral.

Cuando el hombre del momento empieza a hablar, explica que el poema que se dispone a leer, «Letanía», ocupa dos columnas. Al estar dividido en dos, aún no ha decidido cómo va a leerlo, y a mis espaldas alguien grita «más fuerte» cuando ya lleva dos o tres versos leídos, pero el poeta contesta que no puede elevar más la voz, lo que resulta desconcertante, y mientras continúa, me veo obligada a admitir que me decepciona su voz plana al leer un poema que me doy cuenta de que es bueno, muy bueno de hecho, y tengo que reconocer que, cuando lo leo en voz alta en casa, leo mejor que el mismo autor. Me acoplo al timbre fino y seductor, cierro los ojos y me concentro en

las palabras y me abro camino a través de los poemas en un estado de resuelto consenso. Pero hay algo más: noto que la joven sentada a mi lado escucha con atención sin necesidad de mirarla siquiera. Percibo su presencia aguda y tensa como un campo de fuerza humana.

No recuerdo cuál de las dos habló primero, y la entrada del diario de diez páginas que escribí al día siguiente no da ese detalle. Sé que, tras varios minutos de conversación educada, ella dijo: «Larguémonos de aquí». Yo asentí y traté de disimular el estallido de emoción que experimenté mientras caminábamos hacia el sur en dirección al Magoos, donde nos sentamos a una pequeña mesa situada frente a la barra. Todavía era temprano y no había mucha gente en el local, pero fue allí donde surgió nuestra amistad. Nunca se ha interrumpido, aunque Whitney ahora vive en Berlín y pueden pasar muchos meses sin que nos pongamos en contacto. Tenemos una hija cada una —la mía se llama Freya y la suya, Ella, por Ella Baker, no por Ella Fitzgerald— y son amigas entre ellas. Los años transcurridos han aclarado y confundido lo que éramos la una para la otra entonces. Cuando encontré el diario, le envié un correo electrónico con lo que había escrito sobre ella el día que nos conocimos:

«Whitney Tilt. Licenciada en Radcliffe. Estudiante del Máster de Escritura Creativa en Columbia. Creció en Filadelfia. Ojos castaños ribeteados de kohl. Sostenía mi mirada más tiempo de lo normal entre dos personas prácticamente desconocidas. Yo tenía que desviar a menudo la mía. Cejas perfiladas, como dos trazos perfectos de un maestro calígrafo, nariz tirando a chata, y boca de labios gruesos que se curvan hacia arriba con desdén impregnado de ironía. Cuando se ríe, echa la cabeza hacia atrás y levanta los ojos hacia el cielo; es magnífica. Gesticula con sus largos dedos mientras habla, como si despidiera de su regia presencia a muchos idiotas, y después de encender un cigarrillo apaga la cerilla con un solo movimiento de muñeca. Un *staccato* en todos los sentidos. Sus precisas y apocopadas sílabas se acumulan en frases bien compuestas con puntos y aparte. Casi podía verlas flotar ante mí mientras me hablaba. Me sentí torpe y poco refinada. Ella es la ciudad. Es Nueva York. La he encontrado.»

Ella me contestó: «Esto es lo que escribí sobre ti en mi diario, no al día siguiente sino una semana después: “Hoy me he tomado un café con Minnesota. Cuando la he visto, he pensado que era una de esas rubias frías e insípidas que recorren la ciudad en busca de cultura. Me he equivocado. Hoy se ha explayado sobre Simone Weil, alargando las vocales con ese divertido acento del Medio Oeste que tiene y se ha entusiasmado tanto con algo que escribió esa mística sobre la gracia que tenía la voz tomada a causa de la emoción. Cuando se ha recobrado, se ha disculpado por conmoverse, y luego se ha disculpado por disculparse, porque ¿no deberíamos conovernos con lo que leemos?”. Tu vieja, y quiero decir VIEJA, amiga, Whit».

Me veo a mí misma como un absurdo.

El padre de Whitney, James Tilt, murió el año pasado a los noventa años. Era abogado y se hizo juez, y según su hija fue un hombre lúcido e intimidante hasta el final. Tenía la voz potente de un actor y opiniones claramente liberales, y, como mi propio padre, cuando hablaba, esperaba que lo escucharas con toda tu atención. Con la sola excepción de una tía que se convirtió en apostadora profesional, Whitney tenía a los Tilt como un grupo aburrido. «Eso era cuanto ambicionaba mi madre: ni emociones ni excentricidades.» La madre de Whitney, Clara, todavía vive, pero débil, quejumbrosa y atenta a la culpabilidad de su hija que, como lo expresa ésta, «toca como si fuera el piano». Clara creció arropada, rica y confusa porque su madre, Mini, vivía como una aventurera. Mini nació en una familia espectacularmente rica en Búfalo, Nueva York, a finales de siglo. A los dieciocho años se casó y se divorció, y huyó a Italia, donde se contagió de la política radical y de una particular rama de antimodernismo, de ese anhelo de regresar a la intensidad y pureza de un mundo despojado de sus capas «civilizadoras» neurasténicas. Conoció en Roma a su segundo marido, otro estadounidense, y juntos regresaron a Nueva York y se instalaron en Park Avenue, donde Mini abrió su salón a bohemios, cerebros y artistas de todas las tendencias y opiniones. Se permitió tener amantes, vestía con túnicas floridas y tocados de flores, y cuando se cansó de su cónyuge, se divorció, y al cabo de

unos meses se casó precipitadamente con un pintor francés de poca categoría, Jean-Claude Lefebvre, a quien se llevó a Taos, Nuevo México, un destino de moda entre la alta sociedad viajera y un paisaje prometedor para un hombre con un pincel. Fue allí donde conoció a un indio pueblo llamado Charles, que también estaba casado. Se enamoraron perdidamente, lo que causó un escándalo en la tribu, pero tuvo un efecto vigorizador en Jean-Claude, que amenazó a Charles con una pistola, un acto que impresionó tanto a Mini que se arrojó de nuevo a los flacos brazos de su tercer marido. Regresaron a Nueva York, y poco después de la debacle de Taos, durante el periodo conyugal eufórico aunque breve que siguió, fue concebida su única hija, Clara.

No me enteré de esas historias aquella noche, sólo de uno o dos fragmentos sueltos. Jean-Claude murió antes de que Whitney naciera. Ella recuerda a su abuela como una mujer menuda y elegantemente vestida que apestaba a perfume y disfrutaba yendo descalza cuando hacía buen tiempo. «Oh, la hierba entre los dedos de los pies —canturreaba a su nieta—. Me encanta la sensación de la hierba entre los dedos de los pies.» Mini murió cuando Whitney tenía ocho años. «Si algo sé, es que la vida de Mini es la de una millonaria. Sin dinero, su historia es imposible», me dijo Whitney años después.

Todos tenemos nuestras historias fantasma. Las mías están protagonizadas por granjeros noruegos rudos que llegaron para labrar las tierras de las praderas con sus esposas campechanas y provistas de hachas, sus hijos rubios de mejillas sonrosadas, el pecho fornido, etcétera, y todo era verdad hasta cierto punto, pero en el verano de 1872 mi tatarabuela por parte paterna se volvió loca bajo el vasto y turbulento cielo de Minnesota. Helga creía que su marido estaba envenenándola, y, aunque era ella la que preparaba todas las comidas de la familia, la idea delirante persistió. Helga revolvía, olía y servía la comida, pero seguía convencida de que Ulf tenía métodos secretos e incluso sobrenaturales para deshacerse de ella. A fin de protegerse de lo inevitable, dejó de comer, y contrajo una bronquitis, y apenas unos días después «se fue al otro mundo».

Estoy citando a la vieja señora Heglund, quien utilizó esas palabras una tarde que estuve sentada a su lado, con una taza de té en el regazo, en la reunión de Artes Nórdicas de mi madre. Yo tenía catorce años. A sus noventa y seis, la señora Heglund estaba lúcida, y conocía la historia por su madre. Los Heglund habían vivido a un kilómetro y medio de distancia de Helga y Ulf. «Mi madre decía que era una mujer delicada con una bonita melena y una figura esbelta que leía el periódico de cabo a rabo y recortaba los artículos que le gustaban, entendía bastante de política y daba las puntadas más pequeñas y perfectas que jamás se han visto. Ella y mi madre eran amigas, ¿sabes?» Mi taza de té sólo tintineó en el platito una vez, al oírle contar lo que yo desconocía por completo, pero en lugar de decir: «Oh, qué horrible historia», asentí con tristeza y guardé silencio.

No le hablé a Whitney de mi primo psicótico hasta más tarde. Mientras el bar empezaba a llenarse de personas de distintas edades, vestidas de manera informal o tan retraída que me intrigó —una mujer con un sombrero con velo—, entretuve a mi nueva amiga con historias sobre nuestros vecinos los Harrington, dos profesores que vivían un poco más arriba de Old Dutch Road con su perro *Laurence*, por Laurence Sterne, su cacatúa *George*, por George Eliot, y su hija Edith, por Edith Wharton, y cómo cuando tenía once años mi amiga Edith llegó al colegio con un grueso vendaje en la cabeza e informó con orgullo de que se había caído por la ventana de su casa al intentar rescatar un pájaro herido de la rama de un árbol, y recibió palabras compasivas de compañeros y profesores por igual, hasta que tres días después se subió a las barras del patio de recreo y, olvidándose de todo, se descolgó del revés y el vendaje se le resbaló, y resultó que el horrible corte en la frente que había descrito con todo lujo de detalles no existía.

Oí la risa de Whitney por encima del estruendo del bar, y me olvidé por completo de mí en el franco alborozo de su rostro, que enseguida se apoderó del mío, dándole todo el brillo que necesitaba.

Mi nueva amiga componía poemas, pero también creaba objetos-poema a partir de cosas desechadas que encontraba por la calle, en parques, callejones

y cubos de la basura. El hallazgo hacía el poema, decía. Por ejemplo, había rescatado de un cubo de la basura del SoHo una muñeca maltrecha, con la cara y los brazos cubiertos de rayas caóticas de rotulador. En la barriga de la muñeca escribió: «Hablo a una ruina urbana / recuperada por azar torcido. / Pon la oreja en la boca / pon el cerebro en el ojo / y permanece a la escucha: un llanto».

Descubrimos que a las dos nos había encantado *El cuarto de Giovanni*, de James Baldwin, y *El bosque de la noche*, de Djuna Barnes, y las dos sabíamos que «Jimmy» estaba en Saint-Paul-de-Vence, Francia, viviendo en una vieja casa provenzal, pero que cuando era adolescente solía visitar a su mentor, el pintor Beauford Delaney, en el número 181 de Greene Street, a sólo unas manzanas al sur de donde estábamos sentadas en el Magoos, y que «Djuna», gran amiga de la baronesa, también seguía viva y que se escondía en la Patchin Place del Village, un callejón que salía de la calle Diez, al norte del viejo estudio de Delaney. En el callejón también habían vivido Theodore Dreiser, e. e. cummings y John Reed, aunque ellos no nos importaban tanto. Y nunca hemos dejado de jugar a ese juego de tiempo, espacio y cuerpos fantasmales hechos de palabras e imágenes. Baldwin, Barnes, Delaney y la baronesa están todos muertos, pero Whitney y yo hemos trazado su recorrido por Nueva York, París y Berlín, y convertido esas ciudades en bibliotecas imaginarias de los muertos locuaces.

Hacia medianoche le hablé de Lucy Brite. De entrada me callé lo del estetoscopio, un elemento de la historia que me parecía realmente perverso, pero, cuando más tarde se lo confesé, descubrí que lo encontraba desternillante. Mientras yo hablaba, Whitney se echó hacia delante, con los codos apoyados en la mesa, los nudillos firmemente apretados en los pómulos y una expresión concentrada en la cara. Me escuchaba como yo había escuchado a Ashbery. Cuando acabé de contarle mi historia, ella extendió los brazos, levantó la mirada al techo y entonó: «*Amsah*». Esta vez me tocó a mí reír, y mientras me reía aliviada sentí una sensación de ligereza. Por un instante Whitney había roto el hechizo de Lucy Brite, convirtiéndola en una simple vecina excéntrica, aunque silbara, gimiera y farfullara a través de la

pared.

Pero Whitney siguió hablando. Creía que Lucy Brite tenía un gran potencial ficticio, y que podía sentirme afortunada por haber dado con una «novela policiaca ya hecha» con un marido brutal, un hermano esquivo y el cuerpo sin vida de una hija. No le dije a Whitney que su distanciamiento me parecía moralmente alarmante. Sin entrar en detalles, yo ya le había comentado que estaba escribiendo una novela protagonizada por dos jóvenes detectives, y ella tocaba un tema que yo ya había lanzado. También me había referido a Cervantes, y en cuanto el nombre del gran escritor flotó entre las dos, me sentí avergonzada. «¡Debí de parecer tan pretenciosa...!», era la frase que escribí al día siguiente en el diario. Pero a ella no pareció importarle mi vanidad. «¡Tengo una idea! —Whitney estaba absorta analizando el material para mi *próxima* novela—. ¿Y si fuera ella la asesina? —me preguntó alegremente—. ¿No sería un gran giro? Ya sabes, está parlotando sobre el marido o el hermano perverso y resulta que fue ella quien tiró a la niña por la ventana.»

Bajé la vista a mi regazo. De repente tenía lágrimas en los ojos, lágrimas que no tenían sentido, pero la ligereza que había sentido hacía unos instantes se había desvanecido. Si el cuaderno prueba algo, es que mis emociones eran mucho más volátiles cuando era joven. En sus páginas paso de un extremo a otro. Subo y bajo como una pelota de emociones que rebota. Me había reído con el «*Amsah*», pero la idea de que Lucy tirara el bebé por la ventana me pareció horrible. Whitney alargó el brazo por encima de la mesa, me cogió la mano y me dio un apretón. Ese gesto compasivo pudo conmigo. Sentí un jadeo convulsivo que me subía por la garganta, oí un desagradable ruido como de arcada y empecé a llorar. «Vamos, Minnesota —dijo ella—, salgamos a caminar.» Pagó las cervezas y regresó a la mesa, y cogidas del brazo salimos a la noche. En la calle, lloré a lágrima viva. Sorbí, me atraganté, grazné, temblé y me cayeron mocos y saliva en las manos, y conseguí balbucear que lo sentía, y que no acertaba a imaginar lo que me había ocurrido, y luego le dije de nuevo que lo sentía, y ella respondió que me callara y que llorara si quería, y sus palabras me parecieron tan increíblemente amables que lloré aún más fuerte. Pero, al cabo de unos minutos, mi primer llanto en Nueva York cesó, y



yo había adquirido un apodo que perduraría: Minnesota.

Whitney vivía en un loft del SoHo, y caminamos en el aire todavía cálido de las calles desiertas y mal iluminadas en dirección a él. Me ofreció un Kleenex y un espejo que sacó de su bolso y me sequé la cara roja y mojada. Al día siguiente, con el recuerdo todavía fresco en la cabeza, puse por escrito todas las vicisitudes de la velada, pero estoy reescribiendo a Whitney y a mí misma desde el extraño lugar que llamamos «ahora» porque me permite contemplar a las dos jóvenes que caminaban por West Broadway desde una perspectiva que no tenía hace años. Me recobré rápidamente de mi estallido de llanto, pero no he dejado de preguntarme qué se rompió en mi interior aquella noche. Puede que fuera el verbo *tirar* que utilizó Whitney, cuyo objeto suele ser la basura. La niña tirada por una ventana se había convertido en una imagen tan potente que me sorprendí buscando cuerpos debajo de la ventana. Empujar. Patear. Atizar. Arrojar. Anhelos brutales.

Mientras estoy sentada ante mi escritorio en la relativa tranquilidad de mi barrio de Brooklyn, oigo pasar un avión, y el reloj rojo de pronto se ha vuelto audible. Mis libros son una confusión de colores en la periferia de mi visión. Los pájaros de principios de noviembre pían una sucesión de notas agudas y el ruido del tráfico a lo lejos imita el ruido del viento. Walter sigue dormido. Intento no pensar en la crueldad de las elecciones presidenciales. Oigo la rugiente ira de la multitud blanca que escupe y grita a la mujer. La abominación. La expulsan. La empujan con violencia. Y Lindy cae al suelo en ese extraño espacio interior donde recuerdo lo que nunca he visto. Una y otra vez, el pesado cuerpo de la hija cae por la ventana de un piso. Lo que falta de la historia es el sujeto que empuja, patea, atiza y arroja: el asesino.

De Mead:

Nuestra conversación volvió a girar sobre poetas y artistas, lo que habíamos leído y lo que queríamos leer. Whitney citó de memoria a May Miller, una poetisa a la que yo nunca había leído y de la que memoricé estos versos: «La lógica es una flor injertada / en un parterre inmutable». Estaría bien que Isadora los utilizara como réplica a Ian. Mañana iré a la librería de Salter y compraré los libros de esta poetisa, o alguno de sus libros. Dinero. Acuérdate de tener cuidado con el dinero.

Antes de que nos separáramos esa noche, Whitney se dio cuenta de que había sonado cínica al hablar de Lucy Brite. Emocionada con la posible trama, había dicho lo primero que se le había ocurrido. Yo le dije que no creía que Lucy Brite me hubiera provocado ese ataque de llanto, que no tenía ni idea de por qué había reaccionado de ese modo, y era cierto, y entonces ella dijo algo que nunca he olvidado. No necesito acudir al diario para recordar las palabras exactas. «Hay algo brutal y frío en mí», me dijo.

Casi al final de la larga entrada del 17 de septiembre, escribí: «No sé explicarlo, Página, pero sus palabras me pusieron contenta. Nunca he conocido a nadie como ella. Por alguna razón, ese “brutal y frío” sonó a palabras celestiales, y yo también quise sentirme brutal y fría. Quería que las dos vagáramos por la ciudad de Nueva York cogidas del brazo, sintiéndonos brutales y frías».

## 4

Cada historia lleva dentro de sí múltiples historias. Pongamos que Nuestro Héroe Clásico, o NHC, está yendo a Londres en un coche de punto y se ha detenido en una posada para pasar la noche. (El lector puede rellenar todos los detalles de la posada a partir de las innumerables posadas tan profusamente descritas en las novelas del pasado.) Aquí NHC se encuentra con un misterioso personaje que cojea. (Como lectora juvenil, yo tenía debilidad por las cojeras, los parches y las cicatrices.) Ahora bien, como el argumento todavía se está desarrollando, el lector no sabe si el Misterioso Caballero Cojo, o MCC, es una pista falsa o una pieza crucial en la historia de nuestro héroe. El hecho de no saberlo es precisamente lo que convierte en significativos los movimientos furtivos del MCC arriba y abajo por las escaleras con una llave asida con fuerza en la mano. Pero ¿qué pasa si la narración deja a NHC roncando en la cama de la posada y viaja con el MCC hasta Bath? El MCC es ahora el héroe de la novela.

Es posible que la mayoría de los lectores se opongan a un cambio de héroe a mitad de historia. En cierta manera, este salto crearía una frustración innecesaria, sobre todo entre los lectores irritables a los que les gusta que la trama sea tan clásica como sus héroes. Una perspectiva así da por hecho que el autor de una novela «escoge» su argumento.

El autor es el cerebro, un Sherlock Holmes (SH) entre bastidores que ha aprendido lo suficiente para no salir huyendo a Bath con el Misterioso

Caballero Cojo. Aunque podría sostenerse que la vida siempre nos está distraiendo de una historia a otra, ¿no? La experiencia me ha enseñado que la teoría de SH es errónea. No sé quién está escribiendo exactamente, pero a menudo tengo la impresión de que no soy yo.

A veces, a la desesperada, asociamos una historia con otra porque aplaca nuestra avidez de significado. Y si estamos navegando las extrañas regiones de la memoria, como siempre hacemos, entonces cabe esperar que saltemos de un héroe a otro o de un momento de la vida a otro. Por ejemplo, ¿y si, lejos de desaparecer del todo, Nuestro Héroe Clásico Abandonado se encuentra en otra historia? ¿Qué pasa si en mitad de la noche desliza un sobre por debajo de su puerta, se despierta y encuentra en él una llave, abre con ella una puerta y entra en una novela ambientada en Nueva York entre los años 1978 y 1979? Pero, en vez de un héroe, ahora es un personaje insignificante.



## EL MISTERIOSO CABALLERO COJO

En la historia de mi vida, Malcolm Silver hizo brevemente el papel de héroe antes de que pasara a ser un personaje menor, se fundiera en otro personaje y desapareciera de la vista. Vi la cabeza de Malcolm antes que el resto de su cuerpo a principios de octubre en una reunión de la revista *Semiotext(e)*, dirigida por un profesor de Columbia, creo. Fui con Whitney y su amigo Gus Scavelli, que acabó siendo mi amigo también. Gus esperaba establecerse como crítico de cine, un sagaz analista del «complejo lenguaje visual» de la forma, pero entretanto se ganaba modestamente la vida reseñando películas para distintas publicaciones de la ciudad. Ir al cine con Gus era una aventura porque era proclive a comentar las escenas a susurros —«Atenta a esta toma; aquí viene; un gran fundido; ¿lo has visto? Mírale la cara; vaselina en el objetivo»—, pero debo regresar a la cabeza de Malcolm o Gus abrirá otra puerta que por el momento mantengo cerrada.

Me sentía como una desconocida en la fiesta. Yo había visto en la librería de Salter el número de *Semiotext(e)* titulado «Schizo-Culture», con su elegante cubierta y las fotos granuladas y perturbadoras del interior. Por lo que pude ver, su contenido celebraba una forma de esquizofrenia que nada tenía que ver con la que sufría mi prima segunda Alma, que era de las que te hacen acurrucar en la esquina de la habitación y gritar de terror porque los duendecillos quieren verte muerta. No, era una locura mucho más abstracta y filosófica que la enfermedad que afligía a Alma, con sus ojos desorbitados y sus gestos bruscos. La vivienda del profesor no presentaba signos de insurrección ni de psicosis. Era lo más parecido al piso de un académico de clase media alta, forrado de libros y bien equipado. Mientras yo asimilaba todo eso y reflexionaba sobre su significado, vi que un joven me miraba fijamente. Tenía los ojos a la altura de los míos, y su mirada —dura, crítica, altanera— enseguida prendió fuego en mi entrepierna.

La gran cabeza del joven reposaba sobre un cuerpo delgado y musculoso que parecía ligeramente desproporcionado. Tenía el pelo moreno, muy corto y rizado, los pómulos marcados, la piel pálida y tersa, y una expresión seria. Sus ojos eran enormes, y, cuando se volvió, observé cómo hablaba con una

pelirroja y llegué a la conclusión de que parpadeaba menos que la mayoría de las personas. Me sentí como si un busto de mármol expuesto en el Museo Metropolitano se hubiera vuelto para inspeccionarme y a continuación alejarse. Dirigí mis pasos hacia él, me detuve a su lado y me presenté. Él señaló con la cabeza a la pelirroja, que llevaba un pañuelo de seda alrededor del cuello, y pronunció su nombre, que al instante olvidé o tal vez nunca registré. En mi memoria ella sólo es un color de cabello y un pañuelo. El gesto de él era formal, pero que hubiera contacto entre nosotros me dejó sin aliento. Estudiaba Filosofía en New School. ¿Y de dónde había salido? «Estudié con Foucault —respondió— en París.» Yo no había leído a Foucault entonces y no sabía nada más que su nombre, aval de pensamientos elevados. En el cuaderno donde plasmé estos detalles escribí en un lenguaje que llamo *novelés*: «Entonces Malcolm Silver miró el reloj, lanzó un leve silbido de sorpresa mientras apretaba momentáneamente sus labios rojos, se apartó de mí con brusquedad, levantó la mano en un desgano gesto de adiós y desapareció».

Después de esa reunión, cada vez que la puerta se abría me imaginaba a Malcolm Silver cruzándola. Inventé discursos para él y para mí sobre temas filosóficos. Leí el libro de Foucault sobre la locura, que me sorprendió por romántico y exagerado en su retórica, pero sabía que podía equivocarme. Y me masturbé con vigor recordando la cabeza maravillosa y el cuerpo atractivo.

En la variedad clásica o en la coja, el héroe me absorbió entonces como no lo hace ahora. La lujuria era un elemento dominante de la obsesión de mi héroe. El celibato no deseado había convertido mi lujuria en dolor, un sufrimiento anhelante que llevaba allá adonde iba mientras esperaba alivio. Mi problema no eran los pretendientes. Daban vueltas alrededor de mí, respiraban, sonreían y me lanzaban miradas elocuentes. Pero ninguno era lo suficientemente héroe para curar mi enfermedad. Si hubiera actuado de forma impulsiva, habría salido a la calle tras el filósofo joven, habría saltado sobre su espalda y lo habría tirado al suelo, pero era demasiado educada para correr detrás de un hombre. Además, todavía recuerdo el día que intenté algo con un chico en la universidad. Estábamos sentados sobre un lecho de hojas de otoño secas cuando me abalancé sobre él para besarlo. Detrás del Magnus Student

Center se elevaba la luna y el aire era fresco. Pero en cuanto lo besé, el objeto de mi deseo se vino abajo. «Se supone que eso lo tengo que hacer yo», me dijo.

La lujuria nunca es pura; la forjan y moldean las fuerzas mutantes de la ficción, que soplan sobre nosotros como seguramente los vientos de la pradera doblan y tuercen los árboles a su antojo. No recuerdo cómo se llamaba, pero era un chico alto, rubio y bien plantado, que es lo mismo que decir convencional, tan convencional que rechazó a una chica a la que llevaba semanas cortejando sólo porque había infringido la regla de que el hombre toma la iniciativa, hiriéndolo en su orgullo, lo que a su vez enfrió la erección que yo había visto segundos antes en su entrepierna. La excitación tiene su propia lógica, aunque nunca he acabado de entenderla, y hojeando mi cuaderno veo que el Misterioso Caballero Cojo de la sonrisa fría y el secreto cruel, el que se apoderó de la otra historia que he contado más arriba y fue a Bath, me dominaba de formas que yo no estaba dispuesta a admitir y que no comprendía. El MCC puede estar asociado con la persona arrogante de Malcolm Silver, que huyó momentos después de conocernos, un hecho que sólo lo hizo más deseable, pero también puede estar asociado con otro cero a la izquierda: el marido de Lucy Brite, Ted. «Pero había noches que me querías. Nunca tenías suficiente de mí.»

20 de septiembre de 1978

Anoche Lucy volvió a despertarme. «¡No! ¡No!», gritaba. Y luego, después de unos pocos sonidos agudos e ininteligibles, dijo bien fuerte en una voz grave que podría haber sido una imitación de la de Ted: «Soñé que te mataba». Tardé un rato en volver a dormirme.

Hojeando el cuaderno, veo que la segunda fase de «mi nueva vida» empujó a Lucy Brite a los márgenes de mi conciencia, porque las puertas se abrieron, y las crucé y entré en habitaciones privadas de Nueva York que hasta entonces habían estado cerradas para mí. Veo mi antiguo yo entrar en pisos, grandes y pequeños, elegantes y sórdidos, normalmente con Whitney porque llego como



«la amiga». Yo no entendía entonces que la amiga educada que sonrío en la fiesta y que habla con ése o aquél no es la misma persona que vuelve a casa y pone por escrito en su Mead lo que ha visto, oído, olido y tocado. La escritora es otra persona. Sólo sobre papel, para Página, lo brutal y frío empieza a obtener permiso para aparecer. Lo brutal y frío llega como pequeños hipos a la escritura. Es sobre papel donde empiezo a vengarme en silencio del guion maestro, el guion que durante años y años dictaron para mí, una voz apenas audible al oído que yo insistía en obedecer.

25 de septiembre de 1978

Querida Página:

Escena: concurrida fiesta de presentación de un libro en un piso oscuro de la calle Cien Oeste.

Un hombre se acerca. Rostro atractivo. Dentadura un poco amarillenta. Expresión radiante. Se sienta y se inclina, nariz con nariz. Philip Hightower. Apretujada entre Hightower y el poeta delgado de zapatos negros acabados en punta que habla de la Facultad de Filología en tonos bajos y ondulantes. Hightower es evangélico. Múltiples gestos ascendentes, y utiliza varias veces la palabra *REVOLUCIONARIO*. No, nunca he oído hablar de Werner Erhard. No me suena ni remotamente. Hightower pone una expresión de sorpresa. Aliento a menta. «E-S-T», deletrea. Menciona a Nietzsche sin ningún propósito. Me explica que los que PAGAN para participar en esos seminarios están encerrados durante dos fines de semana. ¡En sólo cuatro días Hightower se ha convertido en él MISMO! No responde a mi comentario de que uno no suele tener que pagar para eso. Más gestos. Nueva explicación. Deduzco un punto crucial: NADIE PUEDE UTILIZAR EL ASEO. La gran sabiduría que encierra eso me suscita dudas. Aparto la cabeza de la nariz de Hightower. «¡Tienes que hacerlo, tienes que hacerlo!» La palma de su mano aterriza pesadamente en mi rodilla. La aparto. Hightower mueve de un lado a otro la barbilla en sentido horizontal para demostrar su decepción ante mi falta de criterio. Después de sesenta horas de cara humillación, ya no apartaría la mano de Hightower. Voy a «provocar a la vida en lugar de simplemente vivirla». Le hago un gesto a Gus, me levanto y «provoco» mi inmediata partida.

S. H.

30 de septiembre de 1978

Joseph Brodsky se ha metido con uno de los poemas de Whitney en clase. Ella lo ha defendido. Dice que los otros estudiantes de clase son unos peleles cobardes. Él se burla de ellos y los atormenta sin cesar, pero cuando ella le ha hablado con severidad, él ha sonreído. Ahora es su preferida. Whitney dice que los poemas de Brodsky en inglés son «una mierda».

1 de octubre de 1978

Esta noche. Calle Setenta y tantos Este. Un ejército de peones debe de sacar brillo a diario a los adornos de latón del vestíbulo. Portero con charreteras. Subida en ascensor hasta el ático de lujo del East Side, apretujada entre personas de edad avanzada que se han saludado de un modo amistoso, jocosos y ruidosos. Tristes palillos de apio con manteca de cacahuete. Galletas saladas. Perritos calientes. Whitney lo ha llamado el «menú de los WASP». Los que vienen de familias protestantes blancas, antiguas y ricas con apellidos grandiosos no saben lo que hacen. Prefieren los cócteles a la comida. Whitney ha señalado a un hombre de corta estatura que reía y palmeaba una espalda en una esquina. Norman Mailer. Estaba hablando con un hombre alto sobre «las esposas». «Pero es duro para las esposas.» ¿Quiénes son las esposas? ¿No le clavó un cuchillo a una de sus «esposas»?

3 de octubre de 1978

Whitney y yo estamos tumbadas en la cama de West Broadway, y me dice que, cuando era pequeña y se enfadaba, se encerraba en el cuarto de baño y mordía una toalla y golpeaba el suelo con los puños.

5 de octubre de 1978

Alvin y Rosie tienen una bañera en la cocina de su piso de la Segunda Avenida. Alvin tiene cara de muerto de hambre: camiseta rasgada, caja torácica protuberante, cuero, tachuelas. Parloteó sobre la televisión. Incomprensible. Rosie, pelo platino, silenciosa como una tumba sobre un sofá raído. Se le cierran los ojos. Antes de que nos fuéramos, ha abierto la palma y ha dicho: «¿Lude?». Esa gente es idiota.

Whitney ha traducido: la televisión es una banda punk, y Lude es una abreviatura de

Quaalude, un relajante muscular que te deja las extremidades como de goma. Esa gente es idiota.

Tu propia S. H.

Por la noche había un juego que jugar y jugábamos a él. Se llama Chicas Guapas. Es antiguo, pero sus reglas han sido escritas, reescritas y vueltas a reescribir a lo largo de los siglos.

Recuerdo a Whitney silbando fuerte y dando saltos en sujetador y medias en su loft, y pasándose un vestido de lentejuelas por la cabeza mientras gritaba: «¡Esta noche toca Mata Hari, Minnesota!». El frenesí se apoderaba de nosotras y nos disfrazábamos, por lo general con la ropa de ella porque tenía mucha más que yo, y nos pintábamos la cara y nos arreglábamos el pelo como si fuéramos a subir a un escenario para representar el papel de mujeres fatales, arpías o chicas malas que andan sueltas. Cuanto más disparatado era el atuendo, más nos reíamos la una de la otra, y nos lanzábamos a la calle a altas horas de la madrugada y zigzagueábamos entre la multitud que hacía cola para entrar en el Studio 54 hasta que veíamos cómo el hombre al que llamábamos «el discriminador», el gigante que estaba detrás del cordón de terciopelo, lo levantaba para dejarnos pasar, y entonces bailábamos hasta las cuatro, dos chicas-mujer infatigables que se retorcían, giraban, agitaban los brazos y se reían en el estruendo de la discoteca entre los demás disfrazados: los intimidantes travestis, las modelos achispadas, los ricos con trajes italianos y los famosos repantigados en áreas reservadas para ellos.

Yo nunca me habría aventurado a salir ni habría sabido que existía semejante lugar si Whitney no me hubiera arrastrado, pero una vez allí me dejé llevar por su atractivo. La música me bailaba, y no al revés. Sucumbí a su encanto irreflexivo, al ritmo, el sudor y la emoción. Y Whitney estaba en mi visión cuando la busqué con la mirada, la nuca, los labios abiertos y los ojos cerrados, con brillo, plumas o pestañas falsas, o las tres cosas. Ella estaba conmigo en los ritmos impulsores que son el sexo sin sexo, lo que los griegos llamaron *ekstasis*, estar fuera de sí, desplazarse, alejarse de uno mismo, elevarse y fundirse en la pluralidad y el infinito. Así es como entramos en la

mente colectiva, nos convertimos en la colmena, no en la abeja. Recuerdo sentirme cegada con el movimiento corporal, y recordé el cargado alborozo de la liberación en el baile. Whitney y yo éramos incansables en la pista y, una vez que entrábamos en un trance dionisiaco, podíamos seguir sin parar hasta que una de las dos tenía que ir al aseo, y entonces el encanto solía romperse.

Los aseos de señoras eran el inframundo del Studio 54 y la mayoría de sus habitantes llegaban allí por el río Leteo. Recuerdo cabezas bien peinadas inclinadas sobre rayas de coca en el lavabo y dedos de uñas brillantes sujetando con determinación medias de rejilla, recuerdo los cuellos estirados sobre los hombros desnudos para comprobar en el espejo la ropa interior, y todos los tirones de faldas en medio de la aglomeración de mujeres, ese ajuste vital en prendas tan ceñidas que si no tenían cuidado se les subían por detrás. Por supuesto, esos feroces tirones hacia abajo sólo importaban si la imagen que cultivabas no era la de un culo al aire. Vi varios de éstos. La habitación resonaba de sollozos, risitas, aullidos y juramentos. Hedía a perfume acre, vómito y orina. A los sobrios, la habitación los dejaba aún más sobrios, y yo siempre lo estaba. Era demasiado caro beber. Reservaba mi dinero para la nicotina.

Dábamos brincos en el CBGB, en el Max's Kansas City y en el Mudd Club de White Street, donde los chicos eran delgados y las chicas rollizas, y me familiaricé con los códigos, la elegancia del cuero sadomasoquista, los pendientes de cuchillas de afeitar que debían de llevar protección porque dejé de preocuparme por los cuellos vulnerables en la multitud avasalladora. Nunca vi a nadie sangrar.

Las diferencias entre los clubes del centro de la ciudad y los de las afueras, la sociología de la música y los estilos, minuciosamente examinados y analizados por algunos, eran discutibles a mi modo de ver. Cuando no bailaba, observaba sobre todo el *pathos* y me parecía que era el mismo. Los seres vivos están desesperados por que los vean y por verse a sí mismos reflejados en los ojos de los demás, por sentir los consuelos del «nosotros», las agradables caricias de la tribu, y en aquel entonces en que la ciudad de Nueva York se desintegraba, y Ronald Reagan y la plaga del sida aún no habían empezado a causar estragos, ciertos segmentos de los ricos y los pobres de la

ciudad buscaban una ruta fácil hacia la inconsciencia en la embriaguez colectiva y el polvo rápido.

Whitney se quedó un poco decepcionada al ver lo rápido que me adapté a nuestras incursiones nocturnas en la decadencia urbana.

Pero mi amiga empezaba a entender que la vida de la población blanca y rural de los pueblos no es ni nunca ha sido una película de Hollywood dirigida por Frank Capra. Yo le contaba historias.

Empecé con las «rondas» que hacía mi padre cuando yo todavía era niña. Casi nunca lo acompañaba, pero de vez en cuando se daban las circunstancias y me encontraba yendo con él. Recuerdo las tiras de matamoscas negras de moscas muertas que colgaban del techo de una pequeña cocina destartada que olía a col, y la mujer con cara furiosa y fruncida y vestido camisero de algodón que estaba sentada frente a mí, y que me observaba ceñuda mientras mi padre atendía a su marido en la habitación contigua. «Te asustan unas pocas moscas, ¿eh, niña?» Yo negaba con la cabeza. «No ves esas criaturas molestas en la ciudad, ¿verdad?» Yo no contestaba, aunque no vivíamos realmente en una ciudad. Luego ella se levantaba y recogía ruidosamente los platos mientras murmuraba: «Te crees demasiado buena para nosotros, ¿eh?».

Recuerdo a Kari conmigo fuera de una caravana sin ruedas en el parque de caravanas de delante del Dairy Queen una noche, esperando a mi padre, que estaba dentro. Al cabo de unos minutos, una mujer empezó a chillar. Cuando calló, mi padre salió y supimos que el niño había muerto porque los ojos de mi padre lo decían.

Una vez entré en una casa detrás de él y lo vi arrodillarse junto a una mujer con la cara azulada que estaba tumbada de espaldas en el suelo del comedor, cubierto con alfombras de pelo largo. Él la miró con atención, luego la cogió por los dos brazos y la sentó, le metió dos dedos en la boca y sacó un trozo largo de carne que agitó hacia la hija de la mujer, que estaba de pie a su lado. La mujer azulada tosió, jadeó y recuperó tan deprisa la palidez y acto seguido el color rosado que pensé que había presenciado una resurrección. La hija empezó a balbucear con voz aguda y emocionada: «¡Creía que estaba muerta! ¡Creía que estaba muerta!». Mi padre debió de quedarse más rato para examinar a la mujer y hablar con la hija, pero no recuerdo nada más. Sí

recuerdo que mi padre silbaba mientras *Clunky* se precipitaba dando bandazos por el camino del garaje sin pavimentar que salía a la Autopista 19, y que, mientras nos alejábamos de la casa de rancho baja y verde, me guiñó un ojo y me dijo que unas manos rápidas eran los mejores instrumentos de un médico. Recibí el guiño como una prueba de amor.

Entretuve a Whitney con la historia de Lázaro y el pedazo de carne antes de contarle la otra historia, porque devolver a la vida a una mujer y lograr que respire de nuevo es increíblemente sencillo. Mi padre había hecho el papel de médico mago. Yo había mantenido en secreto la otra historia porque me hacía sentir mal, y ni siquiera Kari la conocía. Si se la conté a Whitney fue porque sabía que a ella no le afectaría. Yo tenía diez años, lo que significa que era la primavera de 1965. Malcolm X había muerto asesinado, y por el recuerdo que tengo de los árboles echando brotes diría que ya había ocurrido la violencia del Domingo Sangriento en el puente Edmund Pettus de Selma. Mi madre lloró, y no paró de decir: «¡Eran niños, niños!». De modo que es posible que fuera abril, y yo acababa de salir de mi clase de ballet en el Arts Guild. Mi padre había venido a recogerme, pero estaba de pie con un hombre que agitaba los brazos frenético.

—No te asustes —me dijo—, vamos a ir a toda velocidad.

No recuerdo nada del trayecto. Pero puedo ver la casa en el lado este de la ciudad. En mi recuerdo está pintada de amarillo. Mi padre me dijo que me quedara en el coche.

Estudié las manchas que los dedos de mis pies habían dejado en el interior de las zapatillas de ballet negras y miré a través del parabrisas las ramas de color verde pálido. Recuerdo la trémula luz del sol y la sombra que proyectaban los árboles, y después de mucho rato ya no podía esperar más y me encontré caminando hacia la casa por el lodoso césped, totalmente consciente de que cada paso que daba era prohibido. No recuerdo haber desobedecido a mi padre hasta ese momento. Parece imposible, pero no recuerdo haberlo contrariado nunca de manera consciente. No me recuerdo abriendo la puerta ni traspasando el umbral siquiera, ni qué palabras pensaba ofrecer exactamente como excusa.

En mi mente hay imágenes que han perdurado, pero no puedo responder de

su exactitud. Podrían haberse recrudecido con el tiempo, porque parecen una serie de fotografías. Veo a mi padre inclinado sobre la señora Malacek. La reconocí enseguida porque era del grupo de costura de mi madre, y su hijo Brian Malacek era uno de los chicos estúpidos y malos que yo ignoraba en clase. Pero la madre de Brian, que parecía más joven que las otras madres y llevaba las faldas por encima de las rodillas, siempre me había sonreído. Estaba recostada en el brazo de un sofá, con las piernas desnudas extendidas delante de ella. Se sostenía una toalla en la cara y tenía la camisa desabotonada. Vi sus pechos blancos y turgentes por encima de su sujetador y los pliegues que se le formaban en el vientre, y vi sus muslos ensangrentados y una gran mancha oscura en el almohadón del sofá que tenía debajo, tanta sangre que creo que se me cortó la respiración, aunque no estoy segura. Yo sabía que no debía mirar porque ella no estaba vestida. Era vergonzoso. Me verían. Y entonces oí la voz de mi padre. Le hablaba a la señora Malacek con una voz tan tierna y musical que parecía una canción, pero ella no respondió. Dejó caer la toalla y me miró fijamente con su cara deforme, hinchada y roja, pero en sus ojos no había nada, ni reconocimiento, ni sorpresa, ni dolor, nada. ¿Fue entonces cuando vi a Brian? Porque sé que lo vi. Se había apretujado contra la pared de una esquina y temblaba.

—Espérame en el coche. —Mi padre no parecía enfadado, pero yo me di media vuelta y eché a correr de todos modos.

Había visto algo que no debía ver, pero no sabía qué era exactamente. Esperé mucho rato en el coche. La gente iba y venía, pero mi mente no registraba esas idas y venidas. Cuando mi padre finalmente regresó, tenía la camisa blanca ensangrentada por debajo de la americana. Se sentó al volante, y sentí el horror de la reprimenda que pensé que llegaría. Pero no llegó. Fue como si no lo hubiera desobedecido, como si no hubiera estado dentro de la casa, como si no hubiera visto nada. Podía ver la tensión en el cuerpo de mi padre, los nudillos tensos alrededor del volante, y cuando pisaba el freno con fuerza en las señales de stop, yo quería llorar. Pero me concentré en la línea blanca del centro de la carretera, y tomamos de nuevo la Old Dutch Road, pasamos por delante del cobertizo de Swansen y giramos hacia la derecha para entrar en el camino de grava de nuestra casa. Frenó bruscamente fuera del

garaje y, poco después de apagar el motor, bajó la cabeza sobre el volante y murmuró en voz baja y atragantada: «El hijo de puta».

En torno a ese duro recuerdo no hay nada inmediatamente antes o después. No recuerdo la clase de ballet ni lo que hice cuando llegué a casa. Pero sé que uno de esos días de colegio sorprendí a Brian mirándome en clase y, llena de compasión y vergüenza, le sonreí, pero no con una gran sonrisa, sino con una pequeña que pretendía ser delicada. Al poco tiempo se desató su venganza. La malicia que antes había difundido hacia cualquiera, halló un solo blanco. Durante semanas, el chico flaco del pelo al rape con un remolino y las uñas llenas de mugre me siguió por los pasillos y me acosó en el patio, y, mientras me seguía, imitaba cada palabra, gesto o expresión que hacía yo. Brian se convirtió en una imagen especular y sobredimensionada de mí misma, un reflejo que me convertía en una boba remilgada.

Al día siguiente de contarle a Whitney la historia, escribí en el cuaderno:

Whitney y yo hemos hablado largo y tendido de mi error: la sonrisa. Ella dice que Brian luchó por su dignidad de la única manera que conocía. Atacaba a la chica que había irrumpido en su casa y había visto no sólo a su madre medio desnuda y ensangrentada, sino a él temblando en un rincón. Whitney se preguntaba si no había habido un rictus de superioridad en mi sonrisa. «Santa Minnesota», me ha llamado. Ha logrado que me sintiera lodo moral, pero ¿sé realmente lo que sentí cuando tenía diez años y sonreí a Brian Malacek?

Y luego me ha preguntado: «¿Quién era el hombre?».

«¿Qué hombre?», he dicho.

«El hombre que llevó a tu padre a la casa. ¿Quién era?»

Catorce años después del incidente, me doy cuenta de que nunca he prestado la debida atención a ese hombre. Busco en mi memoria. Agita los brazos fuera del Arts Guild, pero no tiene rostro ni edad; todos los adultos me parecían viejos entonces. Debimos de seguir su coche. Él se metió corriendo en la casa, ¿no? ¿Lo recuerdo entrando realmente en ella? ¿O estoy proporcionando una imagen como respuesta?

«¿Crees que era el padre de Brian?», me ha dicho Whitney.

Página, es curiosa la forma de pensar de Whitney. A mí nunca se me ocurrió que el hombre pudiera ser el padre de Brian, pero entonces nunca había visto al padre de Brian, sólo a la madre. Según Whitney, el hombre desesperado que agitaba las manos quizá



había maltratado o incluso violado a la mujer en un ataque de ira, y luego, asustado de su propia violencia, había acudido al médico. Por otra parte, el hombre podría haber sido un vecino o un amigo que había oído gritos, y, una vez llevó al médico hasta la pobre mujer ensangrentada, desapareció de escena. O quizá, ha añadido Whitney dando de nuevo la vuelta al argumento, era su amante. «Quizá el señor Malacek había descubierto que la señora Malacek tenía una aventura.»

Un hombre cruza corriendo una puerta y desaparece. ¿Sale por la puerta trasera? Si hubiera salido alguien por la delantera, yo lo recordaría, ¿no? ¿O el hombre se retiró a una habitación de la casa porque vivía allí?

¿Y la policía? Página, ¿dónde estaba la policía? No había ningún coche patrulla, ¿no? ¿Se negó ella a presentar cargos contra él? Whitney cree que debería llamar a mi padre ahora mismo y preguntarle por la señora Malacek, para averiguar qué pasó.

Nunca lo hice.

Años después, cuando mi padre ya había muerto, le recordé a Whitney la historia, pero ella la había olvidado.

Mi silencio era miedo. Temía a los héroes, a los villanos y a los necios, temía saber quién era quién.

¿Y quién es la niña que está de pie en el pasillo y mira hacia la habitación y ve a la mujer que sangra y que no lleva ropa interior, que ve los ojos que no ven y al niño que tiembla en la esquina? ¿Una testigo muda? ¿Un fantasma? ¿Nadie? «Soy Nadie, ¿quién eres tú?» ¿Puede Nadie escribir la historia? «El caso de la madre de Brian Malacek», escrito por una Señora. Por una Niña. Anónimo.

Mientras sigo trabajando en la novela todavía sin título, me fijo en que Isadora Simon ha empezado a empujar de forma continuada a Ian Feathers para que salga de la página.

Isadora cada vez ocupa más espacio y el pobre Ian va menguando de formas con las que yo no contaba. Parece que no tengo más opción que continuar con ella en lugar de con él. El fantasma de Frieda Frail es un problema añadido. Tengo que decidirme sobre la naturaleza del fantasma en un sentido u otro. ¿El giro final de mi historia es que los molinos son realmente gigantes?

Isadora e Ian decidieron interrogar a las tres testigos de Frieda Frail. Primero tomaron

testimonio a Dora, y luego localizaron a Martin Pesky, copropietario del Red Owl Grocery Store, en su oficina. El señor Pesky se prestó a ser interrogado porque los adolescentes le habían mentido diciéndole que estaban haciendo un trabajo para el colegio sobre la colocación de los productos en la venta al detalle y su efecto en los consumidores. El señor Pesky soltó entusiasmado una perorata sobre los trucos que se utilizaban para que los compradores gastaran más de lo previsto. «Barras de chocolate, chicles y el National Enquirer junto a la caja registradora. La gente tiene que pasar un tiempo muerto detrás de otro cliente, ¡y es allí cuando entran las ganas! ¡Más dinero para la caja!» Pero cuando Isadora desvió con delicadeza la conversación hacia el fantasma, afirmando que quería esclarecer si su hermana Dora había tenido alucinaciones, el empresario se vio invadido por el repentino deseo de aliviar una picazón errante. A la pregunta «¿Podría describir con detalle qué vio, señor Pesky?» le siguió un vigoroso rascado de muslo mientras murmuraba que debió de ver a otra persona, y cuando Isadora señaló: «Frieda y usted estaban comprometidos, ¿no es cierto?», el señor Pesky se vio poseído por la necesidad de atacar su propio cuero cabelludo calvo con las uñas, y negó con vehemencia cualquier compromiso formal. Los dos se habían «visto un poco». Pero la pregunta que lo hizo enfadar fue la última que le formuló Isadora: «Estaba al corriente de la epilepsia de Frieda, ¿verdad?». Al oír esas palabras, el tendero abrió los ojos como platos y gritó: «¡Largo de aquí, chicos entrometidos! ¡Marchaos ahora mismo!».

En cuanto salieron de la oficina de Pesky y recorrieron un pasillo de detergentes para la ropa, Ian le dijo a Isadora:

—Soy un cerebro, Watson. El resto es mero apéndice.

—Oh, deja estar a Sherlock un rato, ¿quieres, Ian? —replicó Isadora en voz alta, pero enseguida lamentó su arrebató de impaciencia, porque su amigo pareció desinflarse.

Se le hundieron la barbilla, los hombros y el pecho, con lo que adquirió el aspecto de un penitente religioso encorvado, y ella le dio unas palmaditas en la mano y le pidió disculpas, luego miró las anotaciones que había tomado del testimonio de Dora a secas, quien, considerándolo todo, había sido una testigo excelente pese a sus devaneos a lo gato de Cheshire, que eran de esperar.

Isadora quería a Ian a su manera. Él era, en palabras de su madre, «un chico encantador», y ella sabía que era demasiado bondadoso, no importaba lo que él dijera de sí mismo, para convertirse en una mera máquina de Turing. También sabía que Ian la deseaba, probablemente tanto como ella deseaba a Kurt Linder, dos años mayor, el chico de caderas esbeltas, un mechón que le caía sobre la frente y una expresión perpleja que sólo abandonaba cuando sonreía. Cuando vio a Kurt en el pasillo del colegio, se quedó paralizada de deseo. Sin embargo, su gran amor no le hacía caso, y ella, que estaba adquiriendo rápidamente lo que sólo puede llamarse sabiduría, comprendió que las flechas de la Lujuria vuelan hacia un blanco a lo loco, sin motivo ni justificación.

Incluso en la tierra de Conan Doyle, el amor era importante. Isadora había llegado a comprender que, en esas famosas novelas, el gran idilio era entre los dos hombres, el médico

y el genio. Watson está casado durante un tiempo, pero al morir su esposa retorna a su amor verdadero. La casera, la señora Hudson, es pulcra, pero permanece tan al margen de todos los sucesos importantes que nunca se describe su yo corporal. Las otras mujeres se desvanecen misteriosamente entre las sombras, susurran un par de palabras o mueren acuchilladas, alcanzadas por un tiro o envenenadas (aunque Isadora creía que Violet Hunter, Kitty Winter e Irene Adler eran excepciones a la regla), pero como Ian se veía como Holmes, en Isadora había recaído el papel del ayudante permanente y subalterno: Watson. Cuando se embarcaron en el caso Frail cuatro meses atrás, ella sólo tenía catorce años y abrazó con entusiasmo su papel de compañera. Ahora que había cumplido quince, se le quedaba pequeña esa figura, y con el fin de analizar su «personaje» había empezado a releer con atención los textos sagrados de Ian.

Creía haber encontrado la respuesta en La aventura de los tres estudiantes. El fiel Watson recibe un tiro en mitad de la historia, una herida superficial que ella se imaginaba examinando, limpiando y vendando con gran cuidado, pero esa fantasía nada tenía que ver con la revelación, que llegaba con el comentario de Watson cuando ve lo afectado que está Holmes con la herida: «Valió la pena una herida —valieron la pena muchas heridas— para conocer la profundidad de la lealtad y el amor que yacía detrás de esa fría máscara». Como Isadora no se había limitado a leer sobre anatomía, sino que también había leído muchas novelas de los dos últimos siglos, estaba atenta a las agotadoras convenciones del amor.

«¡Oh, herida feliz! —pensó con cinismo—. ¡Ojalá hubiera más! ¡Saber que el objeto de mi corazón corresponde a mi afecto es lo único que importa!» ¡Por Dios, Watson es la embelesada enamorada! Nuestra heroína descansaba en su alcoba estudiando una grieta en el techo de yeso cuando se preguntó si quería asumir el papel de Sherlock Holmes en lugar del suyo y ponerse esa máscara de fría superioridad. Al fin y al cabo, Watson era el médico y el escritor. Sin Watson no habría historias de Holmes. En cuanto a la cuestión del amor, ¿acaso no estaba ella embelesada con Kurt? ¿No estaba Ian embelesado con ella? Cavilaba sobre esas preguntas cuando sonó el teléfono del segundo piso de la residencia de los Simon y salió al pasillo para contestar. Era Ian. «Mi querido Watson —dijo—, requiero inmediatamente de su presencia.»

De Mead:

7 de octubre de 1978

Volví a ver al joven pálido. No lo he mencionado, pero es la tercera vez en diez días que lo veo cerca del edificio. Parece enfermo, tuberculoso, una Trilby en versión masculina que se consume. Su palidez es extrema y debajo de los ojos tiene profundos cercos violetas. Todo lo que hace es estar ahí de pie, frotándose los brazos en el frío y

mirando ansioso la puerta, como si esperara a alguien, pero cuando paso por su lado me escudriña como si quisiera derribarme con la mirada.

10 de octubre de 1978

El joven pálido parece haber fijado su residencia en el exterior del edificio. Me pregunto qué querrá. No sé cuántos años tiene, no muchos más que yo. No mendiga, pero en su mirada hay una terrible expresión suplicante.

11 de octubre de 1978

Anoche me quedé en casa y escribí. Tengo que juntar dinero. Lucy silbaba y daba vueltas. Luego salió un par de horas. No lo hace a menudo. Cuando regresó se puso enseguida a hablar. Saqué el estetoscopio y escuché. Apunté fragmentos, pero no sé qué sentido darles:

«Nada en sus ojos. ¿Sabes a qué me refiero? Un extraterrestre. Una criatura espantosa. Una criatura. ¿Por qué mataste a ese pobre animalillo? Oh, de nuevo la sonrisa. Si Lindy lo supiera, no lo diría. No lo diría. No puedo sacármelo de la cabeza. Arrancarlo. Una lobotomía. Uy, eso es tan antiguo... Ya no se hacen. ¿Cómo te desembarazas de una idea? Ayúdame. Ayúdame. No me mientas. Quiero la verdad. Tienes que decirme la verdad. ¿Lo sabías? ¿Lo hiciste? Estoy muy triste. Estoy muy triste. Él ya no está. No. Ha muerto para mí, ha muerto para mí. ¿Cómo se llama una mujer cuyos hijos han muerto? ¡Debería tener un nombre! [Eleva la voz.] Aterrada toda mi vida. Aterrada de Jimmy. Aterrada de Ted, Ted y Ted. Contoneo el culo. Sonrío. Lucy, la que atrae miradas de admiración, oh, Lucy, eres una diva. [Ruidos raspantes. Risa.] Te odio. Cerdo. Te estás engordando. Será mejor que dejes de tomar tantas Mallomars». [Llanto.]

Lucy estaba hablando por teléfono con alguien llamado Patty. Patty hablaba mucho, porque Lucy dijo muy poco durante minutos seguidos. Luego gimió: «Patty, no sé qué hacer. ¡No puedo soportarlo más! Tengo que saber». Volvió a escuchar a Patty e hizo pequeños sonidos gimientes.

Página, Lucy me está irritando. Su cobardía. ¡Oh, felices heridas! ¡Disparadme de nuevo! Pero yo seguía escuchando, ¿no? Pensé en MS. (No, en mi manuscrito no.)

¿Soy capaz de verla claramente ahora? Veo a S. H. tumbada en posición fetal cerca de la pared con su estetoscopio, escuchando la historia a medida que se revela a retazos. No, no es nuestro héroe clásico. Ella no es Sherlock

Holmes. No, ella está estancada en una narración que es anterior a su existencia. Estoy creando una imagen de ella ahora; no la recuerdo realmente. La lectura de mi cuaderno ha generado la imagen de un personaje: la escritora como una joven en pijama, acurrucada en el suelo. El pijama podría ser el de franela a rayas rosas que le regaló su madre, el que se encogió tanto en la secadora que los pantalones no le llegaban a los tobillos. Recuerdo el pijama.

Y veo al Misterioso Caballero Cojo subiendo la escalera porque ha tomado las riendas de la historia. En la mano tiene una llave. Lo que la escritora aún no sabe es que tendrá que saltar sobre él y tirarlo al suelo. Tendrá que arrebatarse la llave de su puño cerrado y utilizarla para abrir una puerta.

## 5

Cuando Malcolm Silver cruzó la puerta del East Hall Lounge de la Maison Française de la Universidad de Columbia el 1 de noviembre de 1978 un par de minutos antes de las seis para asistir a una conferencia de Paul de Man, «Shelley desfigurado: La imagen de Jean-Jacques Rousseau en “El triunfo de la vida”», yo ya había encontrado asiento. El héroe clásico aunque temporal se sentó en la fila de delante y yo escribí en mi cuaderno que tenía «una vista de su nuca y del fino vello que crecía en su hueco».

La presencia de Silver casi al alcance de mi mano me provocó un ardor de baja intensidad en los genitales que intenté pasar por alto mientras oía al profesor De Man analizar un poema que yo conocía bastante bien, aunque ya no recuerdo cómo dividió el texto o qué partes dejó de lado para examinarlo más minuciosamente, sólo que la técnica que empleó me pareció insulsa, y me sorprendí aburrida, y es posible que mi mente se desviara al mismo «Triunfo de la vida» inacabado, y de ahí pasara a «Don Juan», otro poema inacabado, éste compuesto por Byron en *ottava rima*, un poema en el que el héroe naufraga y se ve arrastrado hasta la orilla de una isla, pero *Don Juan* también era el nombre del velero de Shelley que se vio inmerso en una tormenta repentina en el golfo de La Spezia el 8 de julio de 1822 y se hundió, y hasta diez días más tarde no apareció el cuerpo del poeta ahogado en la orilla, pero los peces ya le habían devorado la cara y las manos, e identificaron el cadáver por la ropa y por el libro de poemas de Keats que todavía llevaba en el

bolsillo y, después de enterrarlo bajo la arena con arreglo a las regulaciones italianas sobre la cuarentena, lo desenterraron de nuevo y lo incineraron en una pira funeraria en la playa.

Al morir a los veintinueve años, Shelley se convirtió en un mártir literario porque el mundo ama a los poetas, actores y novelistas que mueren jóvenes y nunca les cuelgan los carrillos, ni se vuelven achaparrados ni artríticos. Y los aman aún más cuando son seres atormentados, sufren alucinaciones y tienen tendencias suicidas, porque el artista sereno y razonable, de los cuales hay muchos, no transmite los mismos escalofríos. Y así adornamos sus jóvenes cadáveres con oro, los sostenemos bajo la luz y los vemos brillar.

También es posible que pensara en Mary Shelley, quien tres semanas antes de que se ahogara su marido se metió en una bañera llena de hielo para detener una fuerte hemorragia provocada por un aborto espontáneo en el que casi perdió la vida. Habían muerto tres de sus cuatro hijos y la autora de *Frankenstein* no deseaba tener más. No sé realmente qué pensé en ese momento porque no apunté mis ensoñaciones. Pero al describir hace un instante a Mary Shelley sumergida en agua helada me he preguntado por la señora Malacek, sobre la que escribí en el cuarto capítulo. Me he preguntado si lo que vi era resultado de una paliza o un aborto. Dudo que a los diez años yo supiera qué era un aborto.

Todos habíamos acudido al East Hall Lounge para aprender del gran hombre y escuchar sus frases elevadas y sinuosas aunque estrictas. Es una escena que conozco bien y que se ha repetido una y otra vez en mi vida: la de los atentos acólitos, docenas, cientos, incluso miles de ellos, con la barbilla alzada hacia el genio o el hombre del pueblo que habla desde el atril con su marcado acento francés, alemán, español, italiano, mandarín, inglés o estadounidense. El hablar del hombre puede ser abstruso o lúcido. Puede ser refinado o burdo. Inocuo o siniestro. Puede presentar la figura ciega de Rousseau en Shelley o deslumbrar a su público intentando unir la gravedad cuántica de los bucles y las cuerdas. Puede leer fragmentos de su última novela o hacer ostentación de sus ideas racistas. El público puede guardar silencio o responder con aplausos, gritos o violencia. Pero el secreto del gran hombre nunca reside en lo que dice: vive en el hechizo colectivo que el mismo

público ha forjado, en la aprobación de su grandeza, en su amor. En él la multitud halla una percepción de sí misma que no hallará en ninguna parte más, y esa sensación es contagiosa. Aquel día estaba allí, en la sala. Yo lo noté.

Nadie sabía que Paul de Man, un prestigioso catedrático de Literatura Comparada en la Universidad de Yale, estaba mancillado por el fascismo. Hasta unos años después de su muerte nadie supo que había escrito artículos antisemitas para *Le Soir* cuando Bélgica estaba bajo control nazi, ni que había falsificado sus títulos académicos, robado dinero, abandonado a sus hijos, cometido bigamia y mentido para eludir un sinfín de momentos difíciles con las autoridades. En pocas palabras, el 1 de noviembre de 1978 nadie del público sabía que Paul de Man era un psicópata.

Apunté diligentemente en mi Mead el título de la conferencia, el nombre del conferenciante y la atmósfera de veneración del público:

Lo querían. Su conversación me sonó a *explication de texte* sin llegar al significado final. Era inteligente y penetrante, pero a duras penas una revelación. ¿Tengo un problema? ¿Qué se me está escapando? ¿Soy estúpida? Él tenía ese tono fatigado que da sueño. A ratos lo escuchaba y a ratos observaba la nuca de Malcolm Silver. Me daba miedo mirarlo fijamente. M. S. podría haberlo notado. Y luego la chica que yo tenía delante, con el pelo recogido en un moño alto con uno de esos chismes de cuero con un palo que lo atraviesa, movió sin querer su bolsa de comestibles con un pie y una lata de Campbell's Soup (crema de champiñones) salió rodando con sorprendente velocidad y pasó entre mis piernas y por debajo de la silla hacia el fondo de la sala, donde chocó con algo... ¿La pata de una silla? ¿La pared?

Yo quise reírme, pero, por lo que vi, nadie se burló ni sonrió siquiera. Nadie se movió, ni tosió ni apartó la mirada. Todos estaban bajo su hechizo.

Y cuando todo terminó, M. S. me habló. ¡Aleluya! Me habló sobre la teoría crítica, Bacon y Bentham, y me recomendó que leyera *Vigilar y castigar*, y me sentí mareada a causa de la felicidad. ¡Por supuesto que lo leeré! ¡Oh, Página, querida Página, hemos quedado para mañana!





NADIE SABÍA QUE PAUL DE MAN, UN PRESTIGIOSO  
CATEDRÁTICO DE LITERATURA COMPARADA, ESTABA  
MANCILLADO POR EL FASCISMO.

La pobre chica enamorada e impaciente. ¡Por supuesto que lo leería! Leería a Foucault, Derrida, Lacan, Kristeva y Barthes, y a lumbreras menores como De Man, porque estaban muy de moda en ese momento, y el siguiente otoño empezaría sus estudios de posgrado, e inclinada sobre libro tras libro (la mayoría, no tan de moda) en la sala de lectura de la Butler Library, leería, escribiría y fumaría hasta acabarlos, y en la primavera de 1986 defendería su tesis doctoral sobre los maravillosos bailes pronominales del incomparable Charles Dickens frente a un comité de seis hombres blancos, canosos y taciturnos, sólo un año antes de que saliera a la luz el pasado de Paul de Man y se celebrara un simposio sobre cómo manejar el dolor y la vergüenza de todo ello, pero mientras ella estaba allí de pie en una sala de la Maison Française, embebiéndose de la desfiguración metafórica de Shelley a través de Rousseau y contemplando tal vez la desfiguración real del pobre Shelley causada por el mar, la sal y los peces, ella, que aún no había cumplido veinticuatro años, no sabía nada del naufragio póstumo del conferenciante, ni de los amigos que él esperaba que lo rescataran de la ignominia en esas profundas aguas que llamamos posteridad. No, ella estaba embelesada con un estudiante de Filosofía que había estudiado con Michel Foucault en París.

Ojalá hubiera apuntado los detalles de ese estado de embeleso que duró diez semanas, pero no lo hice. Supongo que opté por vivir. Los pasajes que existen son crípticos o exclamativos. Las palabras del cuaderno ahora me resultan familiares, pero siempre me quedo con ganas de más. Cuando intento penetrarlas, y experimento la inmediatez de hueso, músculo y significado, no lo consigo. Recuerdo y olvido. Hojeo las páginas, y aunque sé lo que vendrá, no puedo recuperar el ahora. Es un ahora marchito.

Entre el 2 de noviembre y el 15 de enero escribí en el cuaderno un largo pasaje sobre el gran hombre de Jonestown que ejercía tal influencia sobre sus

seguidores que envió a novecientos a la muerte en un campo de la Guyana. Describí la silla azul que Malcolm y yo descubrimos entre la basura en la calle Ochenta y tres Oeste y que llevamos a mi piso, una silla que al cabo de unos días empezó a soltar un extraño olor que con el tiempo dejé de notar. Transcribí nuevos monólogos de Lucy, y reflexioné sobre Whitney, Gus y Fanny, la nueva y llamativa compañera de piso de Whitney, una artista de performance que se había instalado en el segundo dormitorio del loft. También me admiré de lo profundamente que había dormido en Minnesota cuando fui a pasar las Navidades, e hice una larga lista de títulos de libros, algunos con un comentario sobre lo leído. Pero todo el lamentable y extasiado *affaire de coeur* entre S. H. y M. S. se reduce a nueve entradas enigmáticas:

6 de noviembre

Demasiado gráfico. ¡¡¡Se necesita una venda para los ojos, tapones para los oídos, una pinza para la nariz y guantes gruesos!!!

12 de noviembre

Crudo. El mundo es crudo. ¡Oh, querida cabeza azul! Llamó «regia» a Whit. Dudo que fuera con buena intención.

17 de noviembre

¡La baronesa al rescate!: «“Cuidado con la sangre”, replico yo. “¡Estoy enferma! / ¡Abrazame, deprisa!”». Enferma en lo más vivo, vieja y ahogándose.

8 de diciembre

¡Cuerpos prodigiosos! Nuestros cuerpos. ¡YO-TÚ, TÚ-YO, TY!

10 de diciembre

Remoto. Resistente. Enmascarado.

12 de diciembre

Rodé en él. Sonriendo.

15 de diciembre

Dolor.

10 de enero

Indulto.

15 de enero

Mujer-mendiga.

La historia es vieja y puede convertirse rápidamente en una película muda, aunque sólo para adultos: Chico encuentra a Chica. Felicidad. Sudor. Saliva. Lenguas en movimiento, arriba y abajo. Dentro y fuera, también arriba y abajo. Oh, felices rebotes cuando estallan los orgasmos: uno, dos, tres, cuatro (cuatro para Ella, uno para Él). Pero al Chico le asusta el amor apabullante de la Chica. Se aparta. Sale por la puerta. La Chica persigue la maravillosa sensación, lo que significa que persigue al Chico por las calles de la ciudad. El Chico echa a correr. La Chica también corre. El Chico desaparece colina arriba. La Chica se detiene al pie de la colina, da media vuelta y regresa a paso tranquilo a casa mientras llora desconsolada sobre un gran pañuelo blanco. Pero, ahora que ya no tiene a la Chica pisándole los talones, el Chico se detiene, se vuelve, recorre con la mirada el paisaje desde lo alto de la colina y se lleva una mano al corazón con una expresión nostálgica en sus grandes ojos. Descubre que echa de menos a la Chica. Baja corriendo la

colina y no para de correr hasta llegar a su piso. Reencuentro. Felicidad. Sudor. Saliva. Felices rebotes. Más persecución, carrera, media vuelta, paso tranquilo, llanto y felices rebotes. Una y otra vez: persecución, carrera, media vuelta, paso tranquilo, llanto, rebotes, llanto, rebotes, llanto. Es demasiado. La película se estropea y la rueda de correr y llorar deja de girar.

Pero ¿qué es lo que recuerdo realmente? Cuando evoco los dos meses y medio que estuvimos juntos, encuentro fragmentos de recuerdos de varios tipos que no siguen un orden determinado: veo la luz del sol que entra por la ventana del dormitorio, huelo el radiador del piso de abajo, ese olor a invierno de vapor calentado en las habitaciones de Nueva York que tanto me gusta. Y a partir de ese recuerdo de cristal radiante y del olor del calor que resopla y a veces silba en las tuberías, soy capaz de recuperar algo de mi estado embriagado, las vueltas entre las sábanas, los jadeos y la humedad de perderse en el cuerpo de otro, el asombro del tacto, y de eso no puedo arrepentirme. Él preparó café en un tipo de cafetera que yo nunca había visto. Echó agua en la pieza inferior, comprobó si el nivel era el correcto, puso unas cucharadas de café en el pequeño contenedor redondo que encajaba a la perfección, lo aplanó con el dorso de la cuchara, enroscó las dos grandes piezas y colocó el artefacto sobre el fogón. Lo veo con su albornoz, las rodillas dobladas, los dedos en el mando ajustando la llama. «Comes con prisas para llegar al café y al cigarrillo», me comentó en una ocasión. Yo no sabía eso de mí y me pregunté si era cierto. Él mandaba sus camisas blancas a lavar y planchar, y, cuando las llevaba, se dejaba dos botones superiores desabrochados. Su cuerpo no era peludo, pero tampoco lampiño, y su piel no era rosa pálido sino aceitunada. Usaba calzoncillos ajustados, era estrecho de cintura y se le marcaban las costillas. Nunca hablaba deprisa y no se reía mucho, pero cuando lo hacía yo me reía con él porque me producía un placer jadeante. Recuerdo que llevaba zapatos de ante marrón y pantalones con raya. Bailaba mal, muy rígido, y no me gustaba verlo porque se le notaba muy pendiente de sí mismo.

Al comienzo de todo había una novia que podría haber sido holandesa y haber vivido en *Ámsterdam*, y cuyo nombre estoy segura de que empezaba por

B. Él tenía una foto enmarcada de ella en bikini en una playa francesa, y yo me consolaba viendo su pelo decolorado y su bronceado chocolate con leche, pero él hablaba de ella con reverencia. Por otra parte, la novia estaba al otro lado del océano y yo en Nueva York, y él estaba en mi cama o yo en la suya, de modo que me preocupaba poco B. No estoy segura de cuántas semanas llevábamos juntos cuando la ya ausente B desapareció de nuestra conversación, pero él le escribió una carta y después de eso no volvió a mencionarla.

Me dio uno de sus trabajos para que lo leyera. Me pareció una prosa llena de nudos terribles y me entraron ganas de agarrar un lápiz rojo y ponerme a desenredarlos inmediatamente, pero temí que se ofendiera. Además, me frenó la confianza serena que aparentaba tener en su poder de raciocinio. Murmuré algo sobre la opacidad del estilo y le sugerí que hiciera alguna aclaración por el bien del lector, lo que hizo que sonriera con condescendencia, pero no dije nada a pesar de que me dolió profundamente. Al profesor al que había presentado el trabajo, el hombre erudito e invisible de la Nueva Escuela cuyo nombre he olvidado, también debían de traerle sin cuidado los nudos porque calificó el trabajo de «brillante». Aprendí una lección.

Ian e Isadora y el caso que los ocupaba divertieron a mi héroe del momento, que dictaminó que yo tenía talento e ingenio, pero después de reflexionar he comprendido que él no tenía acceso a mis bromas e ironías porque sabía poco del arte de la novela o de cómo se originaba. A Malcolm no le fascinaban los giros y las vueltas que podía tomar con el tiempo, no sentía pasión por mi querido camaleón y su repertorio de trucos, ni le decían nada sus proezas rítmicas, que tan pronto caminaba como saltaba, o avanzaba muy despacio y, sin previo aviso, daba una voltereta en el aire.

Yo, S. H., la estudiante insaciable de todas las bibliotecas, leí todos los volúmenes que él me recomendó sobre su adorada psicocultura, y todas las obras traducidas de su Svengali, Foucault, pero también *Historia del ojo*, de Bataille, *La Venus de las pieles*, de Sacher-Masoch, *Justine o los infortunios de la virtud*, de Sade, *Diario del ladrón*, de Genet, y poemas tardíos y disparatados de Artaud. Él en cambio no leyó ninguno de los libros que a mí me gustaban, una verdad que resuena en mis oídos como toque a rebato cuando

la oigo ahora. La baronesa le parecía alocada y simpática, por ejemplo, pero no creo que la tomara en serio, o que comprendiera mi fascinación por George Elliot, Simone Weil o Djuna Barnes.

Me recuerdo de pie en su piso con el abrigo puesto, escuchándolo hablar a su manera parsimoniosa y serena, con la mirada fija en la fotografía de una mujer envuelta en vendas que colgaba de la pared. Sólo se le veían los ojos. Recuerdo el fuerte malestar, la inconfundible presión que sentí en el pecho cuando él dijo que el tabú contra el sexo entre adultos y niños era una «idea burguesa». Y yo respondí a voz en grito: «No, no lo es, porque las personas mayores tienen todo el poder, ¡y siempre lo tendrán!». Una réplica de la que él se mofó con su labio curvado. Lo dejé y eché a andar por la Tercera Avenida, y mientras andaba y andaba me sentí mal y confusa, y después de varias horas andando y pensando me encontré de nuevo en su puerta.

Si Malcolm me ocupó tanto espacio mental fue porque, por lo general, era un chico amable además de limpio. Viniendo como venía de una familia judía de clase media de las afueras de Cleveland cuyo padre regentaba un negocio prosaico, no me cuadraba que saliera en defensa de los adultos frente a los niños de cinco años. Y era un amante atento que, por lo que yo sé, no necesitaba cuerdas ni látigos ni accesorios de ninguna clase en medio de los rebotes celestiales.

Más de una década después de que M. S. saliera por mi puerta y me dejara desplomada sobre mi cama de cajones de naranjas, desconsolada y ahogada en lágrimas, leí tres frases en un libro titulado *Amo a Dick*, de Chris Kraus, que había estado casada con Sylvère Lotringer, el profesor de Columbia que fundó *Semiotex(e)*. Me acuerdo de él porque iba vestido todo de cuero en lugar de llevarlo sólo en las coderas como la mayoría de sus colegas. La autora de *Amo a Dick* y de otras obras de relieve entró en escena (mucho después de que yo la dejara) para editar una serie de libros, la mayoría escritos por mujeres, pero el tiempo no parecía haber modificado el aspecto ni los gustos de los discípulos del profesor. «La mayoría de los fans de Sylvère —escribió ella— eran jóvenes blancos atraídos por los elementos más “transgresores” de la modernidad y las ciencias heroicas del sacrificio humano y la tortura tal como los legitimaba Georges Bataille. En sus cuadernos de notas pegaban con celo

fotocopias de la famosa foto de la “Muerte de los cien pedazos” que Bataille incluye en *Las lágrimas de Eros*: una serie de placas en gelatina del suplicio de un regicida que antropólogos franceses tomaron en China en 1902. En la atormentada expresión de la víctima mientras el verdugo le serraba el último miembro, los chicos de Bataille veían cierta beatitud.»

Recuerdo *Las lágrimas de Eros* y la fotografía por lo que me horrorizaron y porque Malcolm insistió en hablar en profundidad de sus significados trascendentales. En ese momento no tenía ni idea de que mi novio era múltiples personas. Pero sí era consciente de que los libros habían desempeñado un papel en nuestro *amour*. Sin los libros no habría habido idilio. Nunca he derramado lágrimas de Eros por un chico estúpido y analfabeto. Además, el idilio se fue a pique en parte porque cada uno escribía a su manera y, como el caballero adorable e iluso y la pobre y desorientada Emma Bovary, ambos estábamos ebrios de ideas, y ahí se libraba la batalla de los libros. (Que nadie piense ni por un instante que yo me consideraba más bovariana que quijotesca, todo lo contrario.) Malcolm no iba a cortar los miembros de nadie con sierra. Le gustaba imaginar que era un tipo peligroso sin serlo en realidad, sólo porque se contemplaba sobre todo por fuera, y había decidido que un estímulo de insurrección puramente desde esa perspectiva distanciada te intelectual era un atractivo añadido a su personalidad. Yo me esforzaba por ser altruista, santa y buena persona porque vivía sobre todo dentro de mí, y a partir de esta perspectiva me descubría aterrada por la rabia, la hostilidad y los impulsos violentos que a veces notaba que se agitaban en mi interior.

Así, al acercarme al final de la historia de mi vieja pasión por Malcolm Silver, informo de un sueño que no es mío sino de Malcolm. Me lo contó cuando nuestra relación tocaba a su fin. Después de despertar juntos en su cama y de desayunar en su pequeña mesa, comentó que esa noche había soñado que yo asesinaba a alguien y lo descuartizaba en el piso. Explicó que en el sueño él estaba desesperado por protegerme y ocultar a la policía los trozos del cuerpo cuarteado. Me lo contó hace tanto tiempo que puede que haya olvidado algún detalle, pero recuerdo claramente que comentó que había encontrado la cabeza de mi víctima en su papelera.



Es cierto que el piso de Malcolm era más agradable y tenía más muebles que el mío, pero mientras duró la relación yo me quedé a dormir más veces en el centro que él en las afueras porque no le gustaba oír a Lucy. La primera vez que la oyó fue durante las últimas horas de la tarde, y estábamos desnudos y entrelazados en mi cama. Me apartó y se sentó, y dijo jadeando: «¿Qué demonios es eso?».

A Malcolm le inquietó Lucy. Le horrorizaron en especial sus dos voces: la aguda y la grave. «¿Por qué no aporreas la pared y le dices que se calle? ¿A qué esperas para quejarte?» Me costaba responder esas preguntas. Yo le había mencionado en una ocasión al señor Rosales que Lucy silbaba y hablaba, pero nunca se me ocurrió tomar medidas al respecto. Había dado cabida a su voz porque me había acostumbrado a ella. Mi actitud acomodaticia implicaba necesariamente cierta elasticidad del alma, la sensación de que el parloteo de Lucy, sus audibles diálogos interiores, me pertenecían como oyente: «¿Estás escuchando?». Era como si yo ya hubiera respondido: «Estoy escuchando, Lucy». Tal vez debería haber sabido que, por mucho que anhelara la boca, las manos, los miembros y la polla de Malcolm y me gustaran las largas conversaciones que manteníamos sobre distintos temas, él no era un verdadero confidente, y sí era mucho más impresionable que yo en el llamado mundo real, lo que hacía imposible contarle la historia de Lucy que había compartido con Whitney la noche que nos conocimos, y menos aún explicarle que al pegar el oído amplificado a la pared había registrado todas las palabras de Lucy en el cuaderno, o que el fantasma del cuerpo caído de Lindy permanecía conmigo, flotando en esa inefable frontera entre lo inconsciente y lo consciente, una ira que me asustaba pero que también necesitaba. Los fantasmas son poco articulados. No tienen huesos.

Enigmas. Paradojas. Tramas desconcertantes. Puertas que se abren y se cierran y a veces dan un portazo cuando el viento sacude la casa. Pasos. Una mujer silba y otra mujer canta. Un hombre silba mientras conduce. En invierno anochece temprano. Después de leer y cantar las canciones de cuna, mi madre me besa y yo inhalo su olor. El olor de la divinidad, del éxtasis, de la gracia es una combinación de jabón, polvos sueltos y piel caliente de madre, y

entonces ella cruza la habitación para dar un beso a Kari y deja la lámpara del pasillo encendida y la puerta entreabierta..., un poco más, sólo un poco más. ¿Ahora está bien? Sí, sí, está bien.

La pared de al lado de la cama se está rajando en una larga y desigual línea y ésta se convierte ahora en un hueco enorme. Estoy gritando. Este terror es un cuchillo. La casa se está desmoronando. Estoy tratando de sostener la pared. Me he arrojado yo misma contra ella y presiono con el cuerpo. Mi madre entra corriendo y me aparta de la pared. Ahora Kari está gritando. Mi madre me envuelve en sus brazos, me mece con fuerza, me acaricia insistentemente la cara y me habla con la voz dulce que utiliza con las niñas de sus ojos. Nosotras somos las niñas de sus ojos. Y a continuación corre hacia Kari y la mece a ella, y en cuestión de minutos ya nadie grita.

Recuerdo ese sueño, terror nocturno o alucinación con singular claridad. Yo tenía cinco años. Casi veinte años más tarde, la niña desesperada por impedir que la pared se derrumbara ya es mayor. Ha dejado a sus padres para buscarse la vida en la ciudad, y está convencida de que el año que se ha dado a sí misma, el curso académico 1978-1979, es crucial para su destino. Se imagina que está escribiendo su futuro. Le encantan las escenas de las viejas películas en las que se levanta un viento de la nada que arranca uno a uno los meses de un calendario colgado de la pared: septiembre, octubre, noviembre, diciembre. Las páginas suelen arremolinarse con un acompañamiento musical. Pasa el tiempo. Cuando la joven se acerca a su vigésimo cuarto cumpleaños en la historia que estoy escribiendo, yo, su autora, ya he celebrado mis sesenta y dos. Es aterrador estar aquí en el presente, en febrero de 2017. La casa se está viniendo abajo. El secreto del gran hombre no radica en sus palabras. Eso no podría ocurrir aquí, dicen, no puede ocurrir aquí.

Hacia mediados de enero de 1979, yo volvía a dormir en casa sin Malcolm Silver pero con la silla azul del extraño olor que habíamos encontrado juntos en la calle. Como sabe todo el que ha llorado por amor o por la muerte de alguien, una persona ausente es a menudo más grande que una

real, y el anhelo del Malcolm Silver que había salido de mi vida se complicó por la vergüenza que sentía de mí misma, la Chica llorona, la que lo había dejado y luego había vuelto con él y se había disculpado por nada, se había disculpado por haber deseado tanto al Chico, aunque ella misma despreciara a la Chica desconsolada que había llegado a pronunciar entre sollozos las palabras «¡Pero te quiero! ¡Te quiero!» y que en general se había portado mal. ¿Cómo de mal se había portado? ¿Lo había llamado después de que él le dijera que no quería hablar con ella? No lo recuerdo y no lo puse por escrito. Cuando me concentro y proyecto hacia dentro mi segundo par de ojos, no aquellos con los que veo el mundo más allá de mi piel sino los que están hechos para evocar el pasado en imágenes flotantes, no consigo traer a la memoria una sola imagen, sólo un sentimiento. Lo que recuerdo sin gran detalle es que ella, la que yo era antes, se sintió incitada por el demonio de la perversidad, una criatura diminuta que saltaba en su pecho y le provocaba una comezón, y que cuando ésta llegaba tenía que rascarse hasta que se dejaba la piel en carne viva.

El 18 de enero escribí en el cuaderno: «Broadway en West Broadway ayer por la noche». Y a diferencia de la cadena de recuerdos de Malcolm Silver, esas palabras sobre los Broadways van acompañadas de imágenes. Veo a Whitney abrazándome y acariciándome burlescamente debajo de la barbilla con el dedo índice para arrancarme de mi estado de ánimo taciturno y obstinado. Me reprende: «¡Te gusta estar triste! ¡Te gusta! ¡Te gusta! Pobre Minnesota. ¡Oh, oh! ¡Dejadla con su dolor, que se regodee en él!». Y la veo delante de mí, entonando con una voz nasal ridícula una canción improvisada titulada *De peces está lleno el mar* (un homenaje a la tía Irma, la reina de los clichés), y la veo mover rítmicamente las palmas y los dedos extendidos a menos de un palmo de mi cara mientras golpea ligeramente los pies en una ridícula interpretación de ese género ya absurdo de por sí, el musical de Broadway, y es imposible no reírse. Me dije que debía recordarla, recordar a la querida «Tilty» cantando y bailando, y tal vez ésa es la razón por la que me he acordado. Whit acababa de romper con un elocuente estudiante de Medicina de Nigeria con el que llevaba tres meses saliendo. La relación había languidecido por razones que ella describió como «culturales». Si ese hombre

le había hecho daño, Whitney no dio muestras de ello. Su serenidad hizo que me avergonzara, y recuerdo que me levanté del borde de la cama y canturreé con ella: «De peces está lleno el mar», y más tarde esa misma noche, mientras estábamos las dos de pie frente a la ventana del loft de West Broadway mirando la calle, ella dijo: «Podemos comérmolos, si queremos».

Desde el día en que me instalé en el número 309 de la calle Ciento nueve Oeste, mi vecina Lucy Brite había caminado en círculos alrededor de su dolor como un perro dando vueltas en el césped antes de tumbarse para echarse una siesta. Había inspeccionado una y otra vez el mismo territorio: la cocina. La ventana. El patio. El cuerpo de Lindy en la acera. El hospital. Los médicos a los que aborrecía. Había gritado a Ted y luego había gritado como él, y el Ted interpretado por ella se había vuelto más despiadado, si cabe. La había llamado «gusano», «puerca» y «una patética zorra», pero a medida que los vituperios entre «ellos» aumentaban, los «*amsahs*» disminuían, y hacia finales de enero se había producido un cambio sustancial en mi vecina. Salía más a menudo del piso y en ocasiones regresaba entrada la noche. Hablaba por teléfono con Patty y con dos personas más, cuyos nombres, si los oí correctamente, sonaban tan ridículos como Polilla y Tojo. Durante un par de meses no paró de mencionar a un hombre llamado Sam Haynes. «Soy yo — susurraba con complicidad—. Soy yo, Lucy.»

A principios de febrero estalló una fuerte ventisca que vació las calles de coches. Me recuerdo plantada fuera del Citibank, viendo cómo mis conciudadanos neoyorquinos se deslizaban sobre esquís de fondo o anadeaban con raquetas de nieve por Broadway. Cuando salí del banco aquel día fui consciente de lo grave que era mi situación económica. Bajo los efectos del embeleso había gastado de forma irreflexiva, sacando del cajero automático billetes de veinte sin consultar el saldo. Era preciso tomar medidas severas. Eso significaba no más cafés y cruasanes en la Hungarian Pastry Shop ni salidas a cenar con amigos. Significaba empezar a comerse las latas de judías, sopas y paquetes de pasta del armario hasta vaciarlo. Significaba revender libros en Salter. Significaba merodear por los *happy hours* de Broadway en los que servían pequeñas salchichas de Frankfurt y taquitos de queso.

Significaba sudor frío por el alquiler de marzo. Significaba preguntar por trabajos de camarera. (No contrataban.) Significaba ir con regularidad al tablón de ofertas de empleo del Dodge Hall de la Universidad de Columbia y llamar a números de teléfono para descubrir que los puestos ya estaban ocupados. Llegó el día en que tenía el dinero para pagar el alquiler de marzo en el banco, pero nada de dinero con que comer durante el mes. Pensándolo ahora, sé que fui tonta por no llamar a mis padres o explicarle mis apuros a Whitney. También sé que las dos opciones me parecían imposibles entonces. Era admitir que había fracasado.

15 de febrero de 1979

Querida Página:

Hoy he salido a dar un paseo por Riverside Park porque estaba como una moto... tan nerviosa que no podía escribir. ¡Mi pobre libro! ¿Cómo voy a escribir una comedia en semejante estado? Ni siquiera puedo permitirme pagar unos *noodles*. Anoche volví al *happy hour*, pero la mujer de la barra empieza a sospechar. No me atreví a comer más de dos trozos de queso mientras me bebía mi Coca-Cola muy despacio. No había nada en casa para desayunar, como sabes, ni nada para comer. No puedo tocar el dinero del alquiler. Fuera hacía frío, pero he dejado que la brisa procedente del río soplara sobre mí y el paseo ha tenido un efecto beneficioso. Mis pensamientos han ido a parar a Hamsun por motivos obvios (*Hambre*) y a Dostoievski, la gran influencia del noruego, y luego he pensado en casa, no en el piso donde vivo si no en mi verdadera casa, y en las vistas del campo desde la ventana delantera, los buzones a lo largo de Old Dutch Road con sus banderitas rojas, y las cartas alegres que he estado enviando al número 1 de Rural Route, y me han entrado ganas de rendirme, Página, de rendirme, tumbarme y llorar durante un mes. No he llorado nada, ¿sabes? Desde esos dos días en que estuve llorando sin parar después de romper con M. S., se me han secado las lágrimas. Me he mostrado dura como una roca, una maldita estoica. Whitney se ha ido de vacaciones de invierno con su familia, y me alegro, porque me he ahorrado dar explicaciones. Está en una isla del Caribe. Me la imagino guapísima con su pareo. De todos modos, anoche no paré de caminar, y de pronto lo vi: un sándwich de jamón y queso con una hoja de lechuga verde pálido y una rodaja entera de tomate, rezumando todo él mayonesa, en una papelera. La papelera estaba llena, pero el sándwich reposaba pulcramente en un lecho de papel de cera. Lo examiné. Tenía mordiscos, es cierto, pero quedaba una buena porción. Miré alrededor. Una pareja pasó por mi lado y fingí que buscaba algo en el

bolso. No muy lejos había una mujer sentada en un banco, pero parecía distraída.

Me incliné sobre el sándwich y me di cuenta de que retirarlo exigía evitar una colilla que ya había desparramado ceniza sobre el papel de cera. Lo que había imaginado que sería un gesto hábil e instantáneo se convirtió en una tarea más laboriosa. Inclinada sobre la papelera, aparté con cuidado la ceniza del papel opaco y acto seguido envolví el sándwich en él. Estaba emocionada, Página. Podía saborearlo. Pero cuando levanté la cabeza vi que la mujer del banco se había puesto de pie y me observaba con una mueca de asco. Nuestras miradas se encontraron, y noté que me temblaban los labios y se me saltaban las lágrimas de la vergüenza, y eché a correr. Corrí con el sándwich hasta mi piso, y, en cuanto estuve dentro, me lo metí en la boca y mastiqué con fuerza, y estaba buenísimo, pero lloré mientras me lo comía porque me sentía muy avergonzada. Ahí la tienes. Mi degradación. S. H.

16 de febrero de 1979

He vuelto a hacer las rondas por los bares y los restaurantes. Hasta ahora, nada. No me siento muy fuerte. *Floja* es la palabra. Dolor de cabeza. Ha llamado Kari. Está como loca con su último año en la universidad. Le encantan sus clases de genética. Parece que hace mucho tiempo que yo también estaba allí, en otro mundo. Le he mentido. Ha llamado Gus. También le he mentido. Soy una gran embustera. Tengo que esconderme.

Aquí está Simone Weil hablando del problema: «Una desgracia demasiado grande coloca al ser humano por debajo de la piedad: asco, horror, desprecio.

»La piedad descende hasta una cierta altura, pero no más abajo. ¿Cómo hace la caridad para descender más abajo?

»¿Tienen piedad de sí mismos quienes han caído tan bajo?».

¿Tengo piedad de mí misma? Estoy aquí sentada haciéndome esta pregunta.

Hoy he bebido tanta agua que se agita en mi estómago cuando camino.

17 de febrero de 1979

Hoy el joven pálido estaba fuera, y al verlo me he dado cuenta de que llevaba semanas desaparecido. En cuanto lo he visto, he tenido la sensación de mirar en un espejo, y he sabido que he cambiado. Le he sonreído y él me ha devuelto la sonrisa; una sonrisa pequeña y triste, sólo con un lado de la boca. He pasado de largo porque anochecía. Verás, he salido a la caza de comida con mi linterna.

He tenido que hurgar un poco para descubrir mi cena, pero mientras iba de papelera en papelera, apuntando el haz de luz a los restos y líquidos derramados, y tocando con la

linterna las latas, los periódicos, las colillas y los envases en busca de comestibles escondidos, he comprendido qué necesito: otra historia. La historia se titula: *La detective introspectiva*. La heroína de la nueva historia investiga cuestiones filosóficas de la vida real. Ella, la Detective Introspectiva, también conocida por sus iniciales en inglés, ID —¿no resulta increíblemente freudiano y oportuno?—, se ve impulsada por el estómago vacío a llevar a cabo experimentos conductuales en el mismo umbral al que Simone Weil se refirió con su franqueza incisiva: ese límite donde acaba la piedad y empieza la caridad. Las aventuras de ID van más allá del simple experimento mental. No hay petulancia, ni sofá, ni piruetas mentales sin riesgo para esa chica: está viviendo la pregunta. SE HA CONVERTIDO EN LA PREGUNTA EN SÍ. ID me ha parecido más que reconfortante. Me ha llenado de ALEGRÍA.

Y, mi querida Página, lo he conseguido: ¡tres trozos de pizza sin tocar en una caja en una de las papeleras del parque! Nadie me ha visto cuando he atisbado por debajo de la tapa de cartón y he visto mi premio. Nadie me ha visto cerrar la caja y estrechar el tesoro en mis brazos. Y, mientras subía con garbo por Riverside Drive y me metía en la calle Ciento nueve, me han visto hordas de personas, pero ¿qué crees que habrán pensado? Habrán pensado que he pedido mi pizza de queso en la pizzería, que he pagado por ella, y que yo, una joven libre y despreocupada con billetes de diez y veinte en la cartera, regresaba a casa para darme un festín de pan horneado, tomate y queso espeso y derretido. Me sentía eufórica, y, una vez en casa, me he calentado uno de los trozos perfectos y prístinos en el horno, y me lo he comido. Me lo he comido y estaba riquísimo.

Al cabo de una hora me he comido el segundo trozo.

Horas atrás, antes de estar saciada de pizza, he comprobado el patio de luces para asegurarme de que no había ningún CADÁVER espatarrado al fondo. Llevaba un tiempo sin hacerlo. Es algo compulsivo. Se debe a que Lucy me perturba. Creo que está tramando una VENGANZA. No tengo ni idea de qué piensa hacer o cómo tiene previsto hacerlo, pero hay otras personas involucradas. Entre ellas, Patty. La Detective Introspectiva está investigando el caso. ¿No es curioso? Ian e Isadora están dormidos encima de mi escritorio. No puedo escribirlos. Mis adolescentes de Verbum no están a la altura de la tarea en este momento. Quiero seguirlos, pero estoy siguiendo a Lucy. La situación dará la vuelta cuando tenga trabajo y dinero. Entonces despertaré a los dos chicos y estarán de nuevo en movimiento, pero tengo los nervios de punta y la respiración demasiado agitada. Mohammed me ha dicho que regrese mañana. Puede que haya algo para mí. También he llamado a tres números para preguntar por tres trabajos de investigación. Dos ya habían sido ocupados. He llamado al tercero, pero no han contestado. Lo intentaré de nuevo mañana. Algo saldrá. Son las diez y media y Lucy está callada. No oigo su voz ni la televisión. Puede que ya duerma, aunque esta noche ha hablado por teléfono. Gran parte lo ha susurrado y no puedo oír la otra parte de la

conversación, de modo que la transcripción está llena de huecos, pero aquí lo tienes, Página. Cuánto me gustaría que me dieras tu opinión:

«Soy yo otra vez, Patty. ¿Cómo estás? [Silencio.] Lo sé. Ha llegado... apariencia de sombras. Cuando termine te avisaré. [Silencio.] El jardinero lisiado es el siguiente, sí, entiendo que... [inaudible] Viejo amanecer, Sam Haynes, sí. Ya sabes, quiero castigarlo... [Largo silencio escuchando.] Vivo para ello. ¿Para qué crees que hablé contigo? [susurro]. ¿Para qué son los interruptores entonces?... No, no, escúchame. ¿Y si es culpable? No puedo vivir sin saberlo. No puedo vivir. [Silencio.] Tenemos que hacerla volver para que nos lo diga. Tenemos que volver a llamarla. [Silencio escuchando.] Tengo fotos, documentación. Muñecas. ¿Tienes muñecas? [Silencio, respiración.] Mmm. Ella cruzó el puente. Me lo repetiré a mí misma. Cruzó el puente. [Pausa.] Eso es todo. [Pausa.] Sí, lo prometo. Me ayuda. [Silencio escuchando, murmullos musicales.] ¿Puedes arrancarme el miedo? [susurros]. Sí, puede que me ayude. La niña mágica, ya, ya, mañana a las tres... [susurro inaudible]... eh, Lena loca, Lena loca, Lena loca... [risas]. Adiós, no, no me olvidaré. Aceite de lavanda en agua destilada, tomillo, dos cucharadas y media de vodka. Está bien. Sí». Ha colgado y ha silbado, no una melodía triste sino algo con una nota optimista, y ha vuelto a marcar. «Soy yo. Estoy preparada para mañana. Sí, he ensayado. Puede la tentación. [?] Está aquí en el cuaderno [susurro]. No, es cierto. [Silencio.] Hasta mañana entonces, querida hermana.»

Estoy medio persuadida de seguir a Lucy a esa cita de las tres. Me quedan tres viajes de metro.

P. D. Me he comido el tercer trozo de pizza. No podía dejarlo en la nevera y torturarme. Me ayudará a dormir. Buenas noches, Página. Te quiere, Minnesota.

No, nunca he olvidado cómo revolví en la basura buscando algo para comer y, sí, todavía me duele recordar la cara de la mujer del parque porque su asco es el mío, y el ardor de la vergüenza trasciende el tiempo. Y sí, ahora siento piedad por esa chica, y voy más allá de la piedad hasta la caridad porque ella era joven y se nota que, por debajo del tono alegre y frágil, y de todas esas letras mayúsculas, hay un llanto al borde de la histeria inducido por el hambre, el aislamiento autoimpuesto y un orgullo estúpido. Sus circunstancias desesperadas no duraron, y salta a la vista que ella tampoco creyó que durarían. El color de su piel y su clase social la inocularon de ese pesimismo. Al día siguiente llamó al número que había cogido del tablón de anuncios de Columbia y le contestó una mujer que la citó para esa misma



tarde, y cuando dejó el espléndido dúplex de la Quinta Avenida con vistas a Central Park y con una escultura de Yves Klein azul cobalto de una mujer sin piernas, brazos ni cabeza —sólo órganos sexuales— sobre un pedestal en la esquina de una habitación, donde se había sentado en el borde de un suntuoso sofá blanco de poca altura con una taza de té aromático en las manos y se había comido siete galletas de cereales (cinco mientras la entrevistadora se ausentó para atender el teléfono), ya tenía una nueva jefa: la señora Elena Bergthaler.

# 6

*1 de febrero de 2017*

—He estado viendo la televisión —dijo mi madre ayer cuando hablamos por teléfono—. ¿Es posible que ese hombre sea presidente? Es tan grosero y vulgar... Lo que dice no tiene sentido.

—Es un bufón cateto y arrogante.

Mi madre chasqueó la lengua y suspiró.

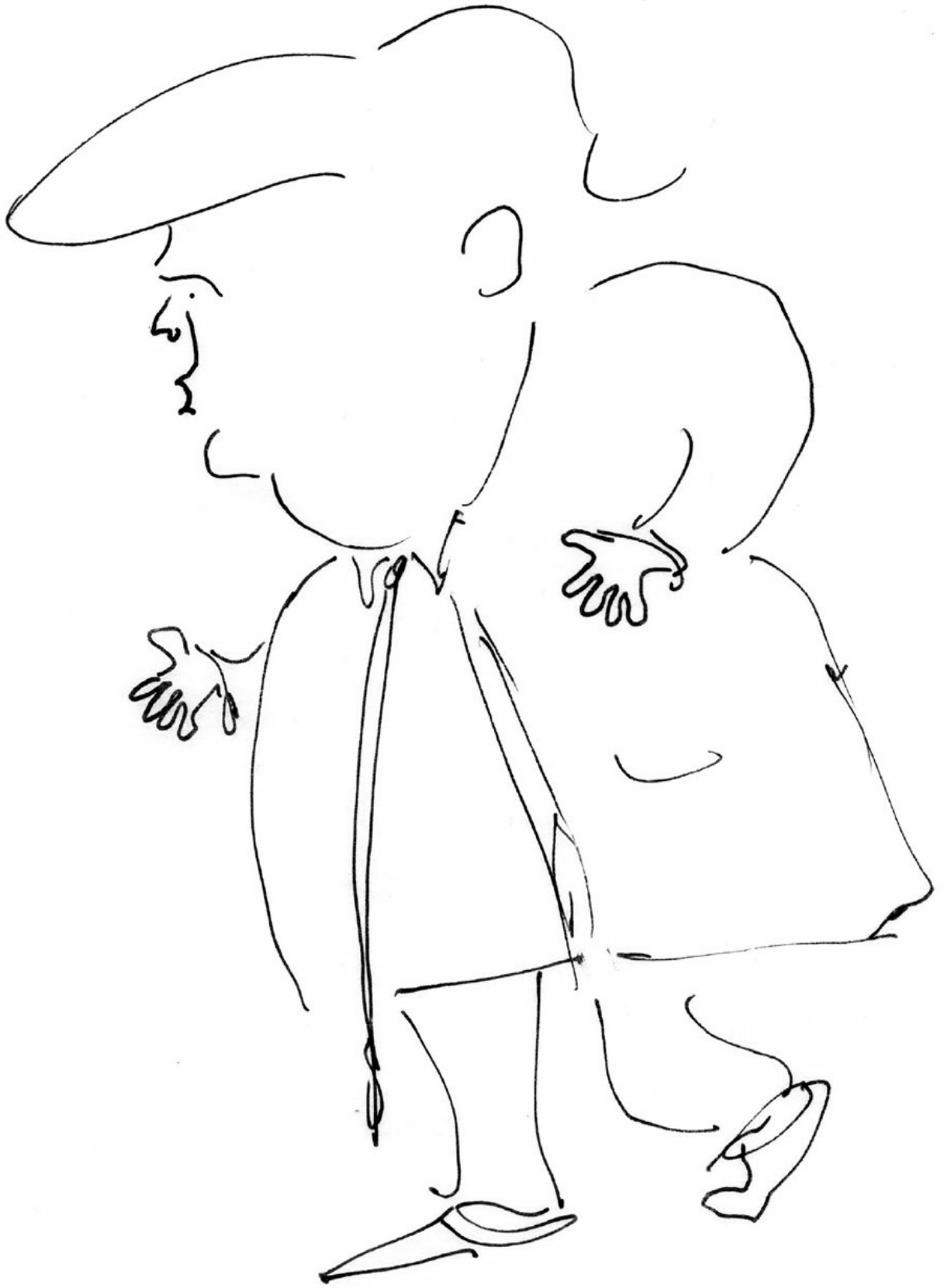
—Antes seguía de cerca la política. Ahora se me olvida todo. Debe de ser cosa de la edad. ¿Cuántos años tengo?

—Tienes casi noventa y cuatro.

Mi madre se rio.

—Eso sí que es ser viejo, cariño. Viejo de verdad. Me tumbo aquí y miro por la ventana. Dormito y sueño. —Tomó aire y añadió con voz alarmada—: No estás perdiendo el pelo, ¿verdad?

La tranquilizo diciendo que todavía me sale pelo de la cabeza.



¿ES POSIBLE QUE ESE HOMBRE SEA PRESIDENTE?

—Debo de haberlo soñado. ¿Sabes?, a veces no estoy segura de si he soñado algo o ha ocurrido de verdad. —Guardó silencio unos minutos—. Pienso en mamá. —Otro silencio—. A veces me despierto y creo que sigue viva. —Esperé—. Y pienso en vosotras cuando erais pequeñas. Erais muy bonitas. Me quedo mirando las fotos que tengo encima del armario. —De nuevo unos minutos de silencio—. ¿Te he hablado del día que estábamos desayunando en casa? Oscar estaba en alguna parte de Filipinas, no sabíamos dónde, y hacía mucho que no nos llegaba una carta suya. Leíamos los periódicos. Mi padre no estaba bien del corazón, ¿sabes? En aquella época le faltaba el resuello. Lo que más le costaba eran las escaleras. Bueno, pues estábamos los tres sentados a la mesa un domingo. La situación de la guerra había mejorado. Eso lo sé. Mi padre se había terminado su café y mi madre se disponía a llenarle de nuevo la taza cuando él se fijó en que había una pequeña grieta en ella, una grieta más o menos del grosor de un pelo, y dijo: «Deberías habértela quedado tú. Está rajada». Eso no era propio de mi padre. No era un comentario amable. Más tarde mi madre me llevó aparte y dijo: «¿Sabes?, él jamás me habría dicho eso si no estuviera enfermo y Oscar estuviera en casa».

—No, no conocía esa historia —respondí yo.

—Sí, la taza rajada. No perdía líquido, pues la grieta era del grosor de un pelo. Yo quería a mi padre, pero me decepcionó cuando dijo eso. Nunca lo he olvidado. Ojalá lo hubieras conocido. Ojalá hubieras conocido a mamá. Murieron demasiado jóvenes. En fin, cariño. Es curioso cómo vuelven estas historias, ¿no? Hay veces que creo que mamá todavía está viva, sobre todo cuando me despierto después de dar una cabezada. A veces estoy confusa, pero es que soy vieja. Te mando besos y abrazos por el teléfono. ¿Y Freya, está bien?

—Sí, le va bien, se está tomando en serio la música. La oímos cantar la semana pasada. Pronto sacará un álbum.

—¿Tiene a alguien especial?

—No, ahora no.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintinueve.

Oí una suave nota por el teléfono, que no era ni un suspiro ni un murmullo, sino un «mmm» poco comprometedor.

—Y... —Mi madre guardó silencio unos instantes—. Tu marido, ¿cómo se llama?

—Walter.

—Por supuesto, el querido Walter. ¿Continúa en Rockefeller y le va bien en su importante empleo de... matemático y biólogo, si no me equivoco?

—No, no te equivocas y sí, le va bien.

—¿Y tu libro, cariño? ¿Sigues escribiéndolo?

—Sí. Va saliendo.

—Bueno, cariño, te mando besos y abrazos telefónicos hasta Brooklyn. — Y mientras escuchaba su voz pensé que Kari y yo seguimos siendo sus niñas, y su tono cantarín me transportó a la época en que ella tenía poderes sobrenaturales.

Le dije que la quería y colgué.

La madre a la que encontré sentada en el suelo de la cocina sin moverse cuando asesinaron a Kennedy, la madre que amenazó con irse a vivir a Canadá si ganaba Goldwater, la madre que agitaba el puño hacia la imagen de George Wallace en la televisión, la madre que marchó a mi lado para protestar contra la guerra de Vietnam, la madre que siguió las intrincadas minucias de los juicios del Watergate, la madre que hace tan sólo unos años me informó de las misteriosas actividades de los políticos de su distrito de las que yo apenas sabía nada, esa madre ha desaparecido y ha sido reemplazada por otra que enciende el televisor para ver una masa de imágenes fluctuantes y oír sonidos indescifrables con significados emocionales confusos. «¿Es posible que ese hombre sea presidente?»

El cerebro de mi madre ha perdido el tramo del ahora, esa brecha temporal que nos transporta del pasado inmediato al presente inmediato con la expectativa del futuro inmediato, todo totalmente inaprensible, retrocediendo y reapareciendo a un ritmo que está más allá de nuestra comprensión. Vivimos a una velocidad perceptual que me lleva a preguntarme por qué no saltamos por

los aires. Es esta inestable e impenetrable secuencia de la experiencia lo que mi madre ya no registra, y es tan apropiado como irónico que no retenga los datos del nuevo hombre en el poder, y que, al echarse hacia delante y mirar con los ojos entornados las imágenes en su pequeño televisor de pantalla plana, su memoria fragmentada no dé sentido a lo que es, de hecho, una obscenidad política.

Un rechoncho y chiflado déspota en potencia corre de un extremo al otro del campo de croquet gritando: «¡Que les corten la cabeza!». Ahora vivimos en el país de las maravillas. No importa que él carezca de decoro, que sus frases sean groseras y desagradables, o que mienta. Es un gran hombre, el héroe del pueblo, y a ellos, los que llamamos «el pueblo», les encanta su pavoneo, su furia y sus gritos de que-os-den-pandilla-de-urbanitas-chic-que-os-creéis-que-sois-demasiado-buenos-para-nosotros, para Estados Unidos, para la gente de verdad, los blancos que estamos aquí en las llanuras. Sí, la gente de verdad está extasiada con los superlativos inútiles que grita a las cámaras apuntadas siempre a él mientras se preocupa en público del tamaño, el tamaño de su victoria, el tamaño de sus multitudes, el tamaño de sus manos, el tamaño de su polla. La gente lo ama.

«Te crees demasiado buena para nosotros, ¿eh?» La niña, que está sentada en la cocina con las manos juntas en el regazo mientras espera que su padre salga del dormitorio, no responde, porque sabe que la mujer con la cara chupada y arrugada y la nariz puntiaguda no le está haciendo una pregunta, y sería una grosería responder una pregunta que no es una pregunta, pero no olvida la rabia y el odio que trasluce la voz de la mujer al pronunciar esas palabras, siente vergüenza por la mujer, y cuando la siente también la hace suya. Le conté a mi madre que Freya y yo participamos en la manifestación que hubo en Washington al día siguiente de la investidura, pero ella no se acuerda. La casa se está cayendo a pedazos, madre. La pared se ha agrietado: el mundo de las pesadillas se ha fundido con el mundo de vigilia. No es lo que dice él, es lo que sienten ellos, los adoradores, cuando lo oyen. El sentimiento se propaga como una enfermedad a través de la multitud. La multitud es sentimiento, y el gran hombre representa el camino de la vergüenza al orgullo.

No puedo presagiar qué nos aguarda. Sólo puedo remitirme a lo que solía

decir el viejo señor Jensen sentado en el tocón que había delante de su cobertizo: «No pinta bien». En cuanto a mi lectura del pasado, también es preciso tener cautela en ese frente. Soy una narradora sofisticada, madura y erudita, en general amable aunque puedo ser cruel, y tan proclive al engaño como cualquiera pese a que intento ser honesta conmigo misma y admito que hay lagunas en mi propia historia. Estoy tarareando mi canción a mi manera, señora, mientras me abro paso por avenidas y callejones y entro en edificios donde subo en el ascensor o por las escaleras y abro y cierro puertas y, sí, pego la oreja a las paredes, bolígrafo y cuaderno en mano.

Dejamos a nuestra joven heroína, Minnesota, en la calle Setenta y cuatro Este a finales de febrero de 1979.

De Mead:

La señora Bergthaler es una mujer de una solitud y una dulzura poco frecuentes, que tiene la costumbre de juntar las manos justo debajo de la barbilla para comunicar alegría y sorpresa. «Deme el abrigo, querida.» Unos vigorosos tirones acaban liberándome los brazos. La puerta del armario se abre silenciosamente para albergar un chaquetón tronado y una bufanda roja al lado de abrigos largos de pieles, y se cierra. Mucha cháchara sobre las bolsas que hay amontonadas en el pasillo. Debo fingir que las grandes bolsas de ropa vieja para donar no existen. No debo volver a pensar en ellas, ya que pronto serán desalojadas por un asistente llamado Kyle, «un muchacho encantador» que podría tocar un timbre en la siguiente hora e interrumpirnos, pero en el transcurso de tres minutos las dos (si su forma de ser es creíble) nos hemos convertido en íntimas conspiradoras (ella ha entrelazado el codo con el mío y me ha dado unas palmaditas en la muñeca con la mano libre), y si Kyle, el encantador muchacho encargado de las bolsas, llega a la puerta, no tardará ni un segundo en hacerlo, porque a pesar de la inmensa carga de trabajo y responsabilidades que agobiaría hasta al ser humano más organizado, la señora Bergthaler tiene todo bajo control. Y después de que mi empleadora en potencia me haya empujado literalmente —poniéndome las manos con firmeza sobre los hombros— hasta sentarme en el sofá más grande que he visto fuera de *Architectural Digest*, me comunica su impaciencia por saber todo acerca de mí. Pero, antes de que yo pueda abrir la boca para responder, ella pide té a una persona escondida en la cocina llamada Lilibeth y sigue hablando. ¿Y no es de Giacometti el cuadro de la mujer menuda que hay detrás de la estatua de Klein? ¿Y quién habría imaginado que unos limones en un bol azul sobre una mesa podían ser tan bonitos? Pero incluso esa luz

cuesta dinero, Página, esa brillante luz del día que entra por la ventana e ilumina los limones. Espero que seas consciente de este hecho. En la ciudad, la luz escasea y está reservada exclusivamente para los que pueden permitirse pagar por ella. El resto de los mortales nos arrastramos silenciosos entre las sombras junto a las cucarachas.

Ya he olvidado lo que ha dicho la señora Bergthaler mientras buscaba las gafas para leer mi currículum porque su verborrea y su gesticulación me han dejado tan mareada que no podía dar sentido a lo que decía. Sé que ha mencionado *The Gin Game*. Ha visto tres veces la obra en Broadway antes de que la quitaran, «tan maravillosa, tan maravillosa y profunda...». Y un relato corto que ha leído en *The New Yorker*, también «maravilloso, sencillamente maravilloso». Y ha lanzado en dirección a mí varios nombres que no me han sonado, pero cuando han pasado por mi lado he pensado que tal vez quería ponerme a prueba. (Me he callado que vi la obra y me pareció mala, aunque estaba bien interpretada, y que, por lo que se refiere a la literatura, tengo a la principal revista de la ciudad como divulgadora de la más petulante mediocridad.) Ha habido tanto de la señora Bergthaler esa tarde, Página, y tan poco de mí, que he hecho lo que solía hacer de niña: ponerme rígida y observar en silencio.

Una vez que mi anfitriona se ha colocado las gafas y ha dado indicaciones a la menuda y ágil Lilibeth, que he deducido que era filipina, para que dejara la bandeja del té en la mesa, ella misma se ha dejado caer frente a mí en una magnífica silla verde musgo, ha levantado la cabeza y de nuevo ha querido «saber todo de mí», y yo me he puesto a hablarle de mis intereses en la literatura y la filosofía, y del año que me he dado para escribir, pero al cabo de unos segundos la señora se ha recostado en la silla y se le han caído los párpados a media asta, y ha mirado por debajo de ellos y sonreído de tal forma que era como si de repente me hubieran deportado. La he remitido al resumen de dos páginas de los logros de mi vida, y he cogido una galleta mientras ella tenía la cabeza gacha, y luego otra, esforzándome por masticar sin hacer un solo ruido de placer.

En el silencio que se ha producido mientras yo masticaba y ella leía, me he fijado en la piel de su cara, tersa y pálida, en contraste con la del cuello y las manos, que está arrugada y llena de manchas. He llegado a la conclusión de que la cara es más joven que el resto de su persona. Una mujer tensa y adusta, sin un gramo de grasa y con un peinado exagerado de aspecto caro. He examinado el corte perfecto de su chaqueta de cachemir violeta y el cuello de la blusa de seda azul que asoma dentro, y he inhalado el agradable olor que emana de ella, a coníferas, cítricos y bergamota. (Supongo.) La señora Bergthaler ha abierto mucho los ojos al leer en voz alta «*summa cum laude*», y los ha entornado con suspicacia mientras intentaba ubicar Saint Magnus («¿Dónde dice que se encuentra su *college*?»). Y al momento ha asentido con aprobación y ha dicho: «Oh, una beca en Columbia el próximo otoño», lo que he interpretado como: si esa augusta institución que figura entre las universidades de la Ivy League ha aceptado la autenticidad de la *summa*, ¿por qué yo no? Debe de haber llegado a la conclusión de que



la persona que describían esas dos páginas impresas, galardonada con el Gran Premio del Medio Oeste al Mejor Trabajo Universitario sobre Filosofía, estaba capacitada para llamar a la carnicería y a la peluquería, hacer recados y organizar su escritorio, porque ha sonreído con efusión dejando ver la mayoría de sus dientes perfectos, e, inclinándose hacia delante, me ha contratado como su asistente a tiempo parcial por seis dólares la hora.

Después de atender una llamada telefónica en la habitación contigua que me ha permitido ingerir cinco galletas más, ha tocado un tema de una naturaleza más delicada, otro posible trabajo pero más lucrativo. «Confío en que no te escandalices fácilmente», ha añadido. Le he asegurado que podían enviarme mil voltios de corriente alterna por el cuerpo sin provocar el menor efecto en mí. La señora B. ha parecido perpleja durante tres o cuatro segundos, luego ha juntado las manos de nuevo bajo la barbilla y ha soltado: «Es broma, ¿verdad?».

A los pocos segundos de mi intento humorístico ha aparecido Kyle, el «muchacho encantador», que ha resultado ser un adolescente ceñudo con acné en las mejillas y, mientras me lo imaginaba llevándose las bolsas, he visualizado todo un armario de prendas de seda y cachemir saliendo por la puerta hasta el ascensor, y he dejado que mi corazón oculto se estremeciera.

El trabajo extra, el que está mejor remunerado pero que podría escandalizarme, consiste en un libro, o mejor dicho, el comienzo de uno. La señora Bergthaler ha escrito sesenta páginas de unas memorias con el ingenioso título *Mi fascinante vida*, pero, el proyecto no está yendo bien. «Sé lo que quiero contar, pero cuando me siento ante la máquina de escribir, las palabras no me salen fácilmente y cambio de opinión. Sólo tecleo con dos dedos, ¿sabes? Pero no paro de utilizar esas cintas blancas para corregir los errores. Es terrible. Y tengo historias increíbles que contar. ¿Sabes?, mi padre siempre decía que yo tenía brío.» A la señora B. le gusta la palabra *brío* —y su adjetivo, *briosa*— y la ha utilizado varias veces para describirse a sí misma y lo que le gustaría comunicar al mundo en su libro, pero, cuanto más la utiliza, menos significado parece tener, se vuelve más abstracta y por tanto extraña, y me sorprende maravillada ante las cuatro letras y su sonido. En el pasado se ha asociado a menudo con las animadoras, las chicas que sonríen, saltan, hacen volteretas y se desgañitan por el equipo. ¿Hay chicos briosos? Por supuesto. ¿Y hombres briosos? No, no se utiliza tanto con los adultos, a no ser que se tome en un sentido totalmente distinto, para referirse a la sustancia viscosa que los hombres hua tan desesperados están por conservar. ¿Acaso brioso no es sinónimo de peleón pero menos combativo? ¿Y *peleón* no es una de esas palabras que también se asocian con mujeres, niñas y perros pequeños? Ahí sentada, escuchando a la señora Bergthaler, he comprendido que yo no quiero brío, y no quiero que nadie me llame briosa, pues *brío* y *briosa* son palabras condescendientes, incluso degradantes. Por otra parte, es posible que en boca de su padre fuera una palabra

cariñosa. Tal vez la pronunciaba en un tono muy afectuoso y con una sonrisa de aprobación y, en la mente de la señora B., la palabra ha adquirido un significado más noble, similar a «coraje».

Me he ido con la idea de que la historia que espera contar mi empleadora es de esas que combinan brío y escándalo. Los «escándalos» tienen que ver con sus cuatro maridos, sus viajes por el continente y sus protegidos, en otras palabras, con relaciones sexuales con parientes, amigos y desconocidos. Y ahí entro yo. Necesita ayuda editorial para sus briosas y escandalosas aventuras. Quiere que le revise diez páginas para pasado mañana y le comente todo el manuscrito. Me ha dado cien dólares. ¡Cien dólares! Un pequeño anticipo, me ha dicho. ¡Oh, bendito anticipo! «Y, por favor —ha añadido—, llámame Elena.» Yo le he respondido que puede llamarme Minnesota. Y ella ha comentado que es un «apodo adorable», y con los cien dólares en el bolsillo me he sentido adorable, sencillamente adorable. *Mi fascinante vida* podría salvarme la vida. Si le gusta mi trabajo, ganaré más. ¡Cientos de billetes de cien dólares podrían llover sobre mi cabeza! ¡Oh, Página, he resucitado! ¿Quién lo habría pensado? ¡La Detective Introspectiva de Riverside Park se transforma de la noche a la mañana en Adorable, la bebedora de té y comedora de galletas de la Quinta Avenida!

Con cariño, S. H.

La percepción retrospectiva da forma a lo amorfo a medida que uno lo vive. El hombre que sale una mañana por la puerta de su casa y en el cruce de peatones es arrollado por un automóvil que se ha saltado un semáforo en rojo y vive para contar la historia, pero, con una cojera y un dolor crónico en la pierna que le aplastan ese día, dará al accidente una importancia decisiva en la historia de su vida porque el hombre que salió del edificio silbando con su maletín esa aciaga mañana, ese hombre entero, sano y perfecto dejó de existir al cabo de unos minutos. Pero digamos que, después de su desafortunado accidente, el hombre conoce a una mujer o a un hombre (según sus preferencias), un fisioterapeuta que lo somete a un tratamiento para que vuelva a tener la pierna en condiciones y, mientras masajea suavemente el miembro dañado, el amor ocurre y, sólo para que sea una buena historia, digamos que ese amor entre el hombre y la mujer, o el hombre y el hombre, resulta ser duradero, y su sola existencia nunca podrá desligarse de la pierna lesionada o incluso del dolor que persiste año tras año en ella.

No somos más que la acumulación de lo que Alfred North Whitehead

llama *gotas de experiencia*, y mientras estoy sentada aquí escribiéndote a ti, mi amigo imaginario, sé que los sufrimientos y las injusticias de la vida —las piernas estropeadas, los dientes perdidos y las observaciones crueles—, pero también las alegrías —una rodilla o un muslo acariciado con ternura, la palabra *brío* pronunciada de tal manera que se convierte en una expresión de cariño o cinco billetes de veinte dólares que aparecen en el momento en que uno más los necesita—, son parte de nosotros aunque no los recordemos muy bien o incluso los hayamos olvidado para siempre. Son parte del misterioso tira y afloja de un universo que no es estático, sino que está todo él en movimiento hasta sus últimos cuartos cuánticos embrujados y las incertidumbres que pulsan con los ritmos de la mente o de un tipo de mente. Y justo anoche, acostada al lado de Walter, que respiraba lenta y acompasadamente, estaba tan cerca de entregarme al sueño que el oscuro dormitorio empezó a despojarse de su presencia, y tuve la extraña intuición de haber percibido la agitación y oído el susurro de múltiples afinidades, extendidas y distendidas hacia dentro y hacia fuera sin una ubicación fija, y se me ocurre ahora que lo que había leído de Whitehead poco antes ese día volvía a mí en esos latidos de asombro.

He viajado por miles de libros en la biblioteca, he entrado y salido de innumerables habitaciones mentales y recorrido pasillos que no sabía que existían, sólo para encontrar al fondo más puertas que abrir. Siempre hay otra puerta y otra habitación. Y también he estado escribiendo, hace décadas que lo hago, y, mientras escribo, camino, porque escribir es transitar por una narración, y me ha llevado a las calles de la ciudad y a los caminos rurales donde piso de nuevo la tierra de mi niñez. Contemplo hilera tras hilera de plantas de maíz erguidas o lánguidas según la época del año y tomo nota de las distancias entre los postes telefónicos que nos ponen en contacto por medio de cables negros que se comban. A veces los cables están punteados con los cuerpos minúsculos y firmes de los gorriones que, al oír un ruido —un disparo o el motor de un coche al encenderse— se desperdigán en un instante y salpican el cielo. He tenido que recorrer el mundo entero varias veces sin moverme de mi asiento para comenzar a expresar lo que de niña ya sabía y sentía en el atareado zumbido de mi sistema nervioso sintonizado con una

persona, un árbol, un pájaro, el horizonte, la luna y el sol. Pero el don de narrar historias y el don adicional de poner por escrito esas historias se encuentran sin duda entre las innumerables formas en que se ha manifestado el tiempo dentro de mí.

Siempre pensaré en las memorias de Elena Bergthaler, *La debutante rebelde*, que se publicaron en la primavera de 1982, como el primer libro mío que vio la luz. Ni una sola frase de la autobiografía de 286 páginas pertenecía a la autora cuyo nombre ocupaba un lugar tan destacado en la cubierta. Las frases de mi jefa se derrumbaban; el lenguaje era desabrido, la puntuación, atroz, y la construcción de las oraciones, anárquica. Cuando me llevé las sesenta páginas a casa descubrí que había pasado tanto tiempo cuidando y regando el ilustre árbol familiar Bergthaler, con sus raíces judías en Alemania y sus brotes burgueses en Estados Unidos, que ella no nacía hasta la página 59. (Después de cuatro matrimonios, Elena había eliminado todos sus anteriores nombres y vuelto a su patronímica.) Yo reduje el preámbulo a un párrafo con el halagador argumento de que era su historia la que quería conocer el lector. Bastaba con que éste supiera que el vendedor ambulante de la primera generación se convertía en el tendero de la segunda y que el tendero de la segunda se convertía en el dueño de unos grandes almacenes de la tercera, y que, pese a la cantidad de dinero que le había llovido y se le había escurrido de las manos mientras seguía engendrando descendencia, el clan Bergthaler todavía tenía millones cuando la briosa heredera nació. Aunque no fue el exitazo que ella esperaba, el libro tuvo una buena acogida. *The New York Times* lo elogió por su «despreocupado encanto», «humor autocrítico» y sus «observaciones crudas y a menudo mordaces de la sociedad neoyorquina».

Trabajar para Elena Bergthaler me fue muy útil. Con el dinero que gané complementé mi estipendio una vez que empecé el posgrado en otoño. Además, ella me daba «pluses» sin ningún motivo, y me invitaba a comer y de vez en cuando a cenar. Lanzaba suéteres de cachemir y blusas de seda en mi dirección cuando las prendas confeccionadas con esas preciosas fibras no le gustaban o se había cansado de ellas. Aunque nunca fuimos amigas, le estoy muy agradecida. Al menos un año después de que termine el libro que tú,

lector, tienes ahora en las manos (a pesar de las digresiones, las anécdotas y los desplazamientos a años posteriores en busca de aclaraciones, la historia en su conjunto no va más allá de septiembre de 1979), Elena y yo estábamos sentadas en su estudio. Puedo ver la luz en la habitación. Creo que era primavera. Yo leía en voz alta un pasaje que había escrito la noche anterior sobre uno de sus amantes de París cuando ella tenía veintiún años, un conde francés al que había descubierto frente al lavabo del cuarto de baño de su habitación en el Crillon, lavando cuidadosamente un condón después de estar con ella. La pobre se había sentido justificadamente avergonzada en ese momento, pero al escuchar la historia, tendida en su diván, en 1980, se rio realmente con ganas, hasta que se le saltaron las lágrimas. Lo recuerdo como uno de los momentos de alegre camaradería entre nosotras.

La noche de la espléndida fiesta de presentación del libro que Elena dio en su propio honor en la primavera de 1982, comprendí que mi empleadora me había subsumido en su yo mucho más grande y más rico, y que por más que admirara cómo había plasmado su vida o los ingeniosos giros y saltos que mi prosa había dado en su nombre, había comprado abiertamente mis esfuerzos. Esa noche me presentó a la risueña multitud como su mecanógrafa al tacto: «Yo sólo sé darle al teclado con dos dedos, pero esta joven es un genio». Mi jefa dejó claro a todas esas personas blancas y bien vestidas que me sonreían que, sin mis servicios como secretaria, la ingente tarea jamás se habría terminado. «¡Eso! ¡Eso!»

Una cosa es permanecer totalmente en el anonimato. Ser un fantasma entre bastidores con un secreto, sonreír para tus adentros y enorgullecerte de la labor realizada que es el resultado directo de tus propios esfuerzos. Pero que me presentara públicamente como la mecanógrafa del libro, una maga de dedos ligeros, fue una humillación para la que no me había preparado. En retrospectiva, creo que la táctica refleja una maldad inconsciente, no consciente. Creo sinceramente que Elena Berghaler me admiraba y que yo le caía bien. También hubo momentos en que la intimidé. «¿Quién es Christopher Smart? —me soltó una vez—. Me ha taladrado con él.» Escondido en algún lugar entre la sopa subliminal de su mente, ella debía de saber que, al declararme públicamente su mecanógrafa, me estaba forzando a salir de su

vida de manera voluntaria, con lo que ya no tendría que despedirme. Elena odiaba dejar ir a la gente. Poco después de la fiesta abandoné el trabajo. Como regalo de despedida me dio una pulsera de oro, que perdí tres o cuatro meses más tarde. Se me cayó de la muñeca.

Pero la joven que salió eufórica a la Quinta Avenida con cien dólares en la cartera no tenía ni idea de cómo acabaría su nuevo empleo. Lo único que sabía ese brillante y gélido día de febrero era que la habían salvado de la penuria, y lo primero que hizo fue correr hasta una cabina telefónica y llamar a Whitney, que ya había vuelto de sus vacaciones, para darle la noticia, y en cuanto colgó se subió de un salto, sí, de un salto, al tren número 6, se bajó en Spring Street y corrió —cuánto corría entonces con sus largas piernas y sus jóvenes pulmones (a pesar de que fumaba)— hasta West Broadway, y Whitney le abrió la puerta por el interfono, y ella subió los escalones dando brincos, y allí estaba Whitney, intensamente bronceada, y se abrazaron, rieron, dieron vueltas y volvieron a abrazarse. Y estuvieron toda la noche levantadas, hablando de poesía y de arte, y Whitney desenvolvió un objeto que había descubierto en la isla de Antigua, un cencerro de cabra oxidado con un sonido agudo y hueco que tocaron por turnos en el loft, y cada vez que lo tocaban se desternillaban de risa, no porque tuviera gracia el sonido del cencerro sino por las ganas de reír. Minnesota pasó la noche con su amiga, y al día siguiente, cuando volvió a su casa, al 2B, escribió en Mead:

Creo que soy la persona más feliz del mundo. Hoy ni siquiera me duele pensar en Malcolm. No lo quería para toda la vida. Si él no me hubiera dejado, lo habría hecho yo. Había algo tenso en él. Whitney me dijo que nunca le había caído bien en realidad. Le leí unos versos de Laura Riding:

*Hoy parece ahora.  
Con la realidad futura llega el tiempo.  
Con la mente llega un mundo.  
Con el corazón llega una atmósfera.  
Con el rostro llega un espejo,  
como con el cuerpo un miedo.*

Sé que el tiempo atmosférico cambia, pero hoy la atmósfera en mi corazón es

balsámica. Anoche estábamos Whitney y yo acurrucadas en la cama, y, cuando me he despertado esta mañana, ella me había rodeado la cintura con un brazo y me abrazaba la espalda. He tenido que apartarle la mano para levantarme y preparar café. He pensado en Kari. Cuando una de las dos tenía miedo, dormíamos juntas en mi cama o en la suya. Pronto le escribiré una carta larga. Y una buena noticia: mis detectives están despiertos. El pobre Ian y la pobre Isadora necesitan un progenitor con el estómago lleno. Necesitan una madre gorda y feliz con un buen empleo que gane dinero y los mantenga. Te quiero, señorita Página Mead. ¡Te quiero con locura! S. H.

En lugar de ir corriendo a ver a Ian, Isadora le pidió que fuera él a su casa, y se propuso no sacar el tema de quién era Holmes y quién Watson, a pesar de que temía atizarlo en la cabeza con lo primero que encontrara si le oía decir «Elemental, mi querido Watson» una vez más. Había empezado a evitar la casa de Ian. Aunque la señora Feathers siempre se quitaba «de en medio» para no «molestar a la juventud», anunciaba su paradero a intervalos tan regulares —«Me mantendré ocupada en la cocina», «No os preocupéis por mí. Tengo que limpiar el polvo en el comedor», «Sólo quiero saber si os distrae que riegue las plantas de la ventana»— que su quitarse de en medio se convertía en un desesperante estar en medio.

La señora Feathers se alborotaba, revoloteaba e iba de un lugar a otro inquieta, y era propensa a embarcarse en monólogos interiores sobre su discreción extrema con la «juventud», pero los pronunciaba con voz aguda como monólogos exteriores que se desviaban hacia temas no relacionados, como las facturas del dentista, el precio cada vez más alto de las galletas de chocolate del Red Owl, y la nueva obra de teatro del Arts Guild, protagonizada por Ronald Flury y Jeannie Valek, que siempre protagonizaban todo, ¿y no les parecía que deberían dar a alguien más una oportunidad, por el amor de Dios? Cuando no estaba inmersa en uno de sus monólogos con digresiones, vagaba por la casa para luchar con los impertinentes enemigos del orden: abrigos apoyados en descarado desafío sobre la barandilla, libros de la biblioteca esparcidos despreocupadamente por el sofá, envoltorios plateados de chicle tan estrujados que costaba verlos sobre la mesa de centro y boles con restos de helado incrustados dentro que la atormentaban desde el fondo del fregadero, hasta que los agarraba con firmeza y les lavaba las bobas sonrisas de la cara.

Lo cierto era que Isadora a menudo envidiaba a Ian por su casa impoluta, bien barrida y sin polvo, donde todo estaba en el sitio que se le había asignado. Tenía especial debilidad por la bolsita de lavanda que había en un estante blanco del cuarto de baño, y le gustaba acercar la nariz a la considerada hierba que se esforzaba por disimular los olores poco decorosos. Lo que le molestaba de la casa de Ian no era la limpieza, ni los soliloquios de la señora Feathers, sino una expresión particular en los ojos de ésta que sólo le dirigía a ella, una mirada de preocupación que rayaba en la desaprobación. Estaba allí incluso cuando entonaba unas elegantes palabras de bienvenida: «Hola, Isadora, ¿cómo están tus padres?». Si Ian e Isadora se retiraban al cuarto de él para estudiar matemáticas, biología o lengua juntos o para discutir

sobre el caso Frail, siempre con la puerta entreabierta, la señora Feathers merodeaba por el pasillo, llamaba suavemente o se asomaba por el resquicio y gemía con notas trémulas: «¿Galletas?». Y cuando la cabeza y el cuello maternos se habían introducido en ese espacio liminal entre la decencia y la indecencia, la castidad y el abandono sexual, los ojos entornados no se volvían sobre su vástago, sino sobre su compañera.

La ironía no le pasó por alto a Isadora: la señora Feathers la responsabilizaba a ella de la lujuria de Ian, y no a él, aunque la suya propia apuntara en otra dirección. La mujer probablemente se había oído el ensimismado y embelesado entusiasmo de su hijo por la joven señorita Simon de los pechos turgentes. Sin embargo, la idea de que su chico alto, perspicaz y miope obsesionado con Sherlock pudiera ser responsable de su propia concupiscencia no entraba en el cerebro de la señora Feathers que, como su apellido indicaba, era de pluma. No, Isadora, con sus curvas, sus grandes ojos y su bonita boca rosada, era sin duda quien tenía la culpa.

Una vez instalados cómodamente en la hedionda sala de estar de los Simon, también conocida como la casa de las fieras, Ian e Isadora quedaban fuera del alcance de las atenciones de la señora Feathers, pero eso no significaba que nadie los molestara. El alboroto era algo intrínseco al hogar de los Simon. Sólo significaba que el alboroto no iba dirigido a ellos. Los alborotadores no eran espías. Antes de que Isadora pudiera preguntar a Ian qué era lo que no podía esperar, Theodora pasó corriendo por su lado con una combinación negra raída que podría haber pertenecido a la profesora, una pantalla de lámpara con borlas sobre la cabeza y una pinza de tender en su nariz respingona, en el papel de una emperatriz de Bizancio del siglo VI a la que probablemente no debía su nombre, casada con Justiniano I e inmortalizada en la Anécdota de Procopio como una fémina ambiciosa, lujuriosa e inteligente. La seguía su obsequiosa súbdita, Andora, con la cabeza inclinada en actitud sacra sobre un libro que reposaba en sus palmas abiertas y planas mientras entonaba a voz en cuello un fragmento del texto histórico en cuestión: «No había un ápice de modestia en la atrevida muchacha, y nadie la vio titubear: ningún rol era demasiado escandaloso para ella, aceptándolo sin ruborizarse. Ella era de la clase de comediantes que encanta a la audiencia dejándose abofetear y recibir golpes en las mejillas, y hace que se parta de risa levantando sus faldas y enseñando a los espectadores esos secretos femeninos delanteros y traseros que la costumbre aparta de los ojos del sexo opuesto».

En el mismo instante en que Andora pronunció la palabra ojos, entró corriendo en la habitación un sombrero tejano cubierto de varias guirnaldas hawaianas hechas con papel crepé rosa, azul y amarillo sobre un par de piernecillas con leotardos negros deformados en la zona de las rodillas. El sombrero le arrebató el libro a Andora y chilló: «¡Mamá ha dicho que la Anécdota ni tocarla!». A continuación marchó dignamente por la habitación, se arrodilló junto al estante, estudió el orden y colocó el volumen en su sitio. La emperatriz y su acólita se abalanzaron entonces sobre el enorme sombrero, que de pronto soltó su carga. Dora a secas salió disparada de la habitación perseguida por las dos Doras mayores hasta el comedor, donde



éstas estallaron en un ataque de risa histérica por encima de la mequetrefe chillona, y las tres rodaron por el suelo como si fueran cachorros en lugar de niñas. Enseguida se les sumó Monk, que les lamió las caras excitado, con lo que aumentaron las carcajadas histéricas.

Pero el pobre Ian no se había movido ni un ápice desde el excitante pasaje de «Mamá ha dicho que la Anécdota ni tocarla», un libro del que hasta entonces no había sabido nada y que parecía haber hecho añicos su conciencia. Un par de minutos antes se había ruborizado en el sofá y, aun sin ver el tono que adquiriría su tez, sintió tal ardor en las mejillas que se vio obligado a volverle la cara a Isadora y a meditar sobre un enigma lógico. Ay, era demasiado tarde para la lógica. La Atrevida Muchacha se había colado en su cabeza y ya se había acomodado en ella. Aunque en las semanas que siguieron a la fijación de su residencia, ella a veces se doblaba y contoneaba su trasero desnudo en los recesos del colegio, era de noche cuando más violentamente activa estaba, haciendo exhibiciones gimnásticas que seguramente habrían infundido pánico a su madre. De modo que ese festival nocturno de meneos de Ian, protagonizado por la atrevida romana lasciva de mediados del siglo VI, lo inauguraron Theodora Simon y su hermana Andora, la amante de la historia, muchos siglos después a través de la biblioteca familiar de los Simon y, más concretamente, de un volumen de observaciones de Procopio que hacían levantar las cejas, por no decir el pene.

Sin saberlo, Ian se descubrió como un soldado raso en «la batalla de los libros», como la llamó el pío deán de la catedral de San Patricio de Dublín, Jonathan Swift, que entre 1713 y 1745 escribió muchos sermones solemnes, además de otras obras. El gran literato, una verdadera torre fálica de ingenio y sabiduría, describió el antiquísimo conflicto en los siguientes términos: «Por lo tanto, los Libros de Controversia entre todos los demás, habitados por los Espíritus más turbulentos, siempre se han cobrado en un Estante separado del resto; y, por temor a una violencia mutua entre ellos, nuestros Ancestros creían prudente asegurar la Paz con fuertes Cadenas de Hierro». Por algún error atroz, la Atrevida Muchacha no había sido encadenada a un muro de cemento en el sótano de los Simon para hacer compañía al mítico caimán Geoffrey bajo tierra, como correspondería, sino que había estado viviendo a sus anchas en el piso superior entre las P de la sección clásica, junto a volúmenes mucho menos controvertidos como las Elegías de Propertio y los discursos cristianos de Prudencio. El gran detective de mente excepcional residía a cierta distancia de la Muchacha, y, como ninguno de los Simon lo estaba leyendo en ese momento, se encontraba inactivo entre caso y caso, lo que significaba que se hallaba recostado en un diván del número 221B de Baker Street, aturdido por la cocaína y, por tanto, vulnerable al abuso.

Para plantear la cuestión filosófica de la posición exacta de los libros, es necesario preguntar sin rodeos: ¿dónde viven? Nuestro sabio dublinés habla de los Espíritus y dice la verdad. Un libro en el estante está dormido; lo que perdura es su Espíritu, y sólo si se ha leído y habita en el cerebro de su lector. Y los cerebros son diferentes entre sí, lo que significa que, cuando se lee un libro, éste también toma formas diferentes, formas que pueden o no parecerse a las palabras impresas en sus páginas. Aunque el cerebro de Ian se había formado con los genes

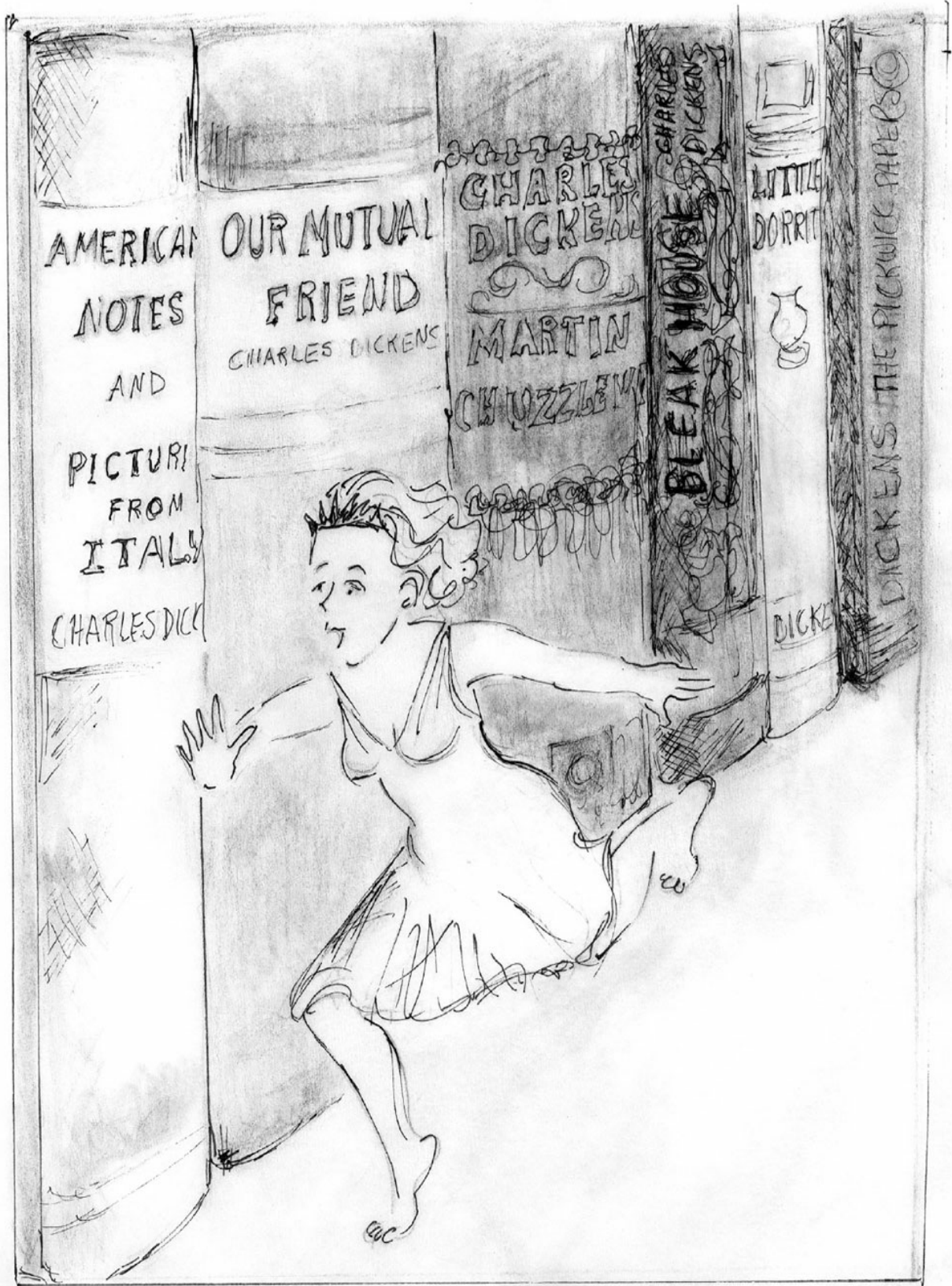
Feathers y Whortle (la señora F. se había apellidado Whortle de soltera) y dentro del útero sin duda nervioso (aunque ordenado) de la madre de Ian también se había visto moldeado por ese asexual Cerebro con Piernas que nunca sería padre, Sherlock Holmes. Ian sabía que Holmes era un personaje ficticio. Él no era uno de los creyentes ingenuos que insistían en que S. H. había caminado realmente sobre la Tierra, pero el héroe deductivo, inductivo y abductivo había constituido durante mucho tiempo una parte íntima de él, y deseaba fervientemente mantener al hombre elevado en la limpia atmósfera de la Razón y la Ciencia, ese dominio puro que no ha sido tocado por la carne femenina maquinadora. Además, como era al personaje a quien él amaba, había prestado poca atención a su autor, sir Arthur, y no le había gustado nada que Isadora le dijera que Conan Doyle había creído firmemente en el espiritismo y había sido miembro militante de la Sociedad para la Investigación Psíquica, lo que olía vagamente a comunismo (una ideología sumamente repulsiva para su padre), aunque los Espíritus de uno no tenían nada que ver con los Espíritus del otro.

Mientras Ian estaba sentado al lado de Isadora en el sofá escuchando los ladridos roncós de Monk, los gritos frenéticos de las tres Doras y las emocionadas repeticiones de «¡tu ganso engordado!» de Roger la cacatúa, miró los estantes que cubrían las cuatro paredes de la casa de las fieras con la única excepción de las tres ventanas que daban a la calle, y vio cómo las Obras completas de Sherlock Holmes colisionaban con la Anécdota en el campo de batalla de su mente. Esos choques eran inevitables. Cuanto más lee uno, más promiscuo es el viaje de un libro a otro. Emma Bovary fantasea con París en Ruan. Lllaman a la puerta, y ¿quién entra en el santuario de su alcoba sino el Caballero de la triste figura con una bacía de barbero sobre la cabeza, seguido de cerca por la joven Catherine Morland de La abadía de Northanger?

Los lectores veteranos llegan a esperar esas intrusiones, pero Ian todavía era joven, y, pese a ser muy leído, sus lecturas se habían reducido a novelas policíacas, lógica simbólica y matemáticas (sobre todo, álgebra); a Ian le encantaban los grupos, los anillos y los campos. De modo que podemos disculpar el estupor de nuestro brillante pero limitado muchacho (aunque la sacudida había ocurrido en su propio cerebro) al observar cómo la Atrevida Muchacha abandonaba la P, donde la había dejado ceremoniosamente el sombrero, y trepaba con gran agilidad de un estante a otro hasta que llegaba a la D, y allí, después de dejar atrás a Dickens, encontraba la dirección que buscaba, subía lentamente las escaleras del número 221B de Baker Street, se desnudaba delante del detective desprevenido que descansaba en un estado aturullado pero satisfecho sobre el diván, hacía su baile desvergonzado exhibiéndose por delante y por detrás, se montaba sobre el gran hombre y lo devoraba. Es cierto que pilló a Sherlock por sorpresa. Es cierto que al gran detective la idea de resistirse se le pasó por la cabeza, esa cabeza prodigiosa que, lejos de hacer conjeturas, se había llenado de datos y más datos, pero la máquina maravillosa que había dentro de ella, y que supuestamente estaba desprovista de las «cualidades emocionales antagónicas a un razonamiento lúcido», no estuvo a la altura de la emperatriz.

Por esa razón, cuando Isadora se volvió hacia Ian y dijo: «¿Qué era lo que tenías que

decirme con tanta urgencia?», él la miró con el rostro encendido y una expresión de desconcierto, y respondió: «No me acuerdo».



... Y ALLÍ, DESPUÉS DE DEJAR ATRÁS A DICKENS,  
ENCONTRABA LA DIRECCIÓN QUE BUSCABA...

# 7

¿Puede el pasado servir para esconderse del presente? ¿El libro que estás leyendo en estos momentos representa mi búsqueda de un destino llamado *Entonces*? Dime dónde termina el recuerdo y dónde empieza la imaginación. Dime por qué te necesito conmigo como compañero de viaje, mi otro yo amable y arisco a la vez, mi consorte durante el tiempo que dure el libro. ¿Cómo es que siento tus pasos a mi lado mientras escribo? ¿Por qué casi te oigo silbar mientras caminamos? No lo sé. No lo sé. No lo sé. Pero ahí está: mi amor por los desconocidos.

Cualquier libro supone el paso de la inmediatez a la reflexión. Cualquier libro comprende un deseo perverso de cargarse el tiempo, de burlar su tirón inevitable. Blablablá y dumdadidúm. ¿Qué busco? ¿Adónde voy? ¿Estoy buscando en vano el momento en que el futuro que es ahora el pasado me hizo señas con su cara amplia y vacía, y yo me encogí, tropecé o corrí en la dirección equivocada? ¿Mis recuerdos, dolorosos y alegres, proporcionan una prueba endeble de mi existencia? ¿Las vueltas de la memoria, ese ir de los ocho años a los veinte y de los veinte a los cincuenta y uno, crean la ilusión de más tiempo? ¿Son una forma de engañarme a mí misma haciéndome creer que la mortalidad se puede posponer una y otra vez? Recuerda que Sherezade era un ratón de biblioteca. Leía filosofía, historia, ciencia y poesía, y el ritmo de sus historias la mantenía viva noche tras noche porque el gran hombre la escuchaba, y mientras la escuchaba viajaba hacia delante y hacia atrás en el

tiempo y recorría muchos caminos hasta que se convertía en otra persona, y entonces llega un momento en que se han contado todas las historias y el libro se acaba. No hay historia sin alguien que la escuche, señora. La necesito como mi testigo íntimo, pues sin usted ninguna de mis historias será real.

Casi todos los días, mi madre me dice que no está preparada para morir. Luego añade:

—Pero no quiero vivir tanto y acabar convertida en una anciana consumida a la que no le queda una neurona. No quiero eso. —(No, yo tampoco quiero eso, madre)—. ¿Cuántos años tengo? —me pregunta de nuevo.

—Noventa y cuatro.

—¿Cuántos tienes tú entonces?

—Sesenta y dos.

Y me dice que no puede ser que su hija sea tan mayor. Me dice que yo era un bebé precioso, y que ella siempre ha pensado que la niñez es demasiado corta. Cómo disfrutó esa época de nuestras vidas, de la mía y de la de Kari, y luego, como para corregir la idealización, recuerda mis convulsiones cuando yo tenía un año, la llamada urgente a mi padre, su desesperación, los latidos del corazón «no sólo en el pecho, en la cabeza», mi cuerpo aferrado al de ella mientras sentía cómo me sacudía, pero, antes de que mi padre llegara a casa, la crisis terminó. Menos mal, dice, menos mal. Qué alivio sintió, oh, qué alivio. Y yo recuerdo que perdí a Freya en el zoo de Central Park cuando tenía tres años. Pensé que estaba con Walter y él pensó que estaba conmigo, y durante cinco minutos no estaba en ninguna parte. Se ha extraviado o se la han llevado, y me adelanto mentalmente a los acontecimientos y nos veo a los dos en la comisaría, y veo los días, las semanas, los meses que seguirán. No puedo respirar. Entonces la descubro hablando con voz fuerte y expresiva con una mujer que se ha agachado para escucharla.

Ayer, pocos minutos después colgar el teléfono a mi madre, contemplé los narcisos que han salido en el jardín trasero de nuestra casa de Brooklyn, y me acordé de las primaveras de mi niñez, que en la memoria tienen una emoción y una violencia ausentes aquí y ahora. Cuando soplaban los vientos de marzo, lo hacían con tal fuerza en mi cara que debía inclinarme para mantener el

equilibrio al caminar, y cuando finalmente se derretía la abundante nieve del largo invierno, saturaba la tierra y convertía el césped en un pantano en el que Kari y yo salíamos a navegar. ¿Ocurrió cada primavera o sólo fueron tres, cuatro o cinco primaveras? Se nos hundían los pies tan profundamente en el barro cubierto de hierba que no podíamos avanzar, y la inmovilidad era una aventura. Veo una bota de goma, vertical y sin dueño, y mi pie parcialmente desnudo, con el calcetín enrollado alrededor de los dedos y agitándose en el aire por encima de los brotes verdes embarrados.

Recuerdo la primera sanguinaria que encontré en el bosque que había detrás de la casa y el jugo color carmesí que me manchó las manos. Me estremecí ante la extrañeza de cosas que estaban vivas y de flores que sangraban, y llevé las frágiles flores blancas a mi madre, y ella nos alabó mucho a ellas y a mí. Entonces yo vivía para sus besos, que eran abundantes. En esos tiempos, si se mostraba áspera o irritable por lo que fuera, la aspereza y la irritabilidad raspaban el interior de mi pecho como si sus palabras tuvieran púas y espinas. Y cuando los brotes comenzaban a salir, notaba en mi propio cuerpo cómo salían, y eso también dolía un poco. Y cuando las lilas florecían en tonos que iban de un violeta intenso a un azul lavanda pálido, su perfume me asaltaba las fosas nasales y me dejaba ebria y tambaleante, y me acercaba a ellas con cautela, inhalaba y me apartaba, inhalaba y me apartaba.

Mi padre está en su estudio leyendo un libro sobre medicina una tarde de una de esas primaveras. Lo sé porque en el recuerdo estoy mirando por la gran ventana que da al césped verde y a las lilas en flor. Estoy interrumpiendo a mi padre porque me he aprendido de memoria los huesos del cuerpo con la *Anatomía de Gray*. Sostengo el esqueleto de goma hacia él y recito los nombres, pronunciando mal *fémur* porque no sé dónde va el acento, y mi padre sonrío. «Oh, serás una buena enfermera», dice amablemente. Y yo finjo no haber recibido el golpe en el estómago que han supuesto sus palabras. Me deja perpleja que no sepa que quiero ser médico. Quiero hacer las rondas. Quiero arrancar grandes trozos de carne de la boca de mujeres postradas y arreglar los fémures de los hijos de los granjeros que se han caído del pajar. Quiero llevar mi maletín negro. Quiero dar palmaditas en el hombro a los ancianos y tranquilizarlos sobre su presión arterial. Quiero menear la cabeza sobre los



cuerpos de las personas que no he podido salvar. Quiero tener a mi propia señora Stydniki en la consulta, que levante la vista y me diga: «Sí, doctor H.; no, doctor H.». Quiero ser un héroe. No soy un héroe. Soy una chica, y eso es amargo.

Pero entonces no era capaz de plasmar en palabras la amarga sensación, aunque todavía puedo ver por la ventana las lilas: las flores de mi derrota. ¿Fue en ese momento o antes o después cuando la diminuta semilla amarga comenzó a crecer dentro de mí? Nadie me quitará los nombres de los huesos, los músculos o las constelaciones del cielo. Nadie me dirá que los conocimientos que he demostrado tener son un juego de críos, que no van en serio porque es una niña quien juega. Leeré mucho más que tú, padre. Leeré sin parar todos los libros de tu estudio y todos los libros de la biblioteca de la escuela y todos los libros de todas las bibliotecas del mundo entero, y creceré tanto que seré un gigante sobre la Tierra. La niña desdichada que se quedó en la habitación con su esqueleto, condenada a ser una enfermera, no habría podido decirlo. Ella nunca lo habría pensado siquiera, porque las palabras eran impronunciables y los pensamientos, inconcebibles. No sabía que era una hereje, pero sintió el ardor de las feas emociones heréticas.

La niña consumía historias de injusticias con una determinación y una energía que seguramente daban una pista de lo que le pasaba, pero sus padres no repararon en ello, o, si lo hicieron, no dijeron nada, y ¿quién sabe lo que se cuece en la cabeza de una cría? Leyó el diario de Anne Frank, y en su mente se convirtió al judaísmo e intentó imaginar el sufrimiento que Anne no cuenta. ¿Y no fue alrededor de esa época cuando vio una película titulada *Hand in Hand* sobre un muchacho católico y una muchacha judía? No recuerdo bien el argumento. Pero ella, S. H., se quedó tan conmovida por la belleza de la amistad y la crueldad del mundo que salió tambaleante de la proyección especial en el Arts Guild, casi sin poder respirar.

Leía todos los libros que encontraba sobre los abolicionistas, incluso cuando eran demasiado complicados para ella. Durante un mes llevó a todas partes *De la esclavitud a la libertad*, de Booker T. Washington, que había leído sin entenderlo, o no del todo. (Todavía recuerdo los largos análisis en las escuelas politécnicas.) Frederick Douglass era demasiado elevado; ¿qué

decía realmente el gran hombre? Descubrió *Harriet Tubman: Conductor on the Underground Railroad*, de Ann Petry, en la biblioteca de la facultad, con una bonita Harriet con un vestido blanco immaculado y un rifle en la cubierta. Recuerdo la portada. Recuerdo el rifle. Ella lo leyó tres veces y soñó que era Harriet Tubman, grandiosa en su rectitud mientras conducía a los esclavos a la libertad. Esa extraña niñita era una multitud. Era Juana de Arco sobre su corcel blanco, y era Florence Nightingale durante la guerra de Crimea, con las manos hundidas en heridas abdominales y sangre hasta los codos, y era David Copperfield herido y humillado por el señor Murdstone. Era una Jane Eyre asustada en el cuarto rojo, y era Dantès matándose de hambre en su desesperación, lista para morir en la prisión, desprovista de esperanza, olvidada y sola, hasta que oye el ruido de alguien cavando, el ruido de su renacimiento.

Vio a la señora Malacek ensangrentada poco antes de que el ritmo de sus lecturas se convirtiera en una obsesión. Sin duda era la sangre de la señora Malacek la que corría por los cuerpos de los soldados y los esclavos agonizantes sobre los que leía, pero también había sangre suya. Ella era la infeliz cuya dignidad y humanidad habían sido asaltadas. Una y otra vez moría de una muerte noble luchando por la causa en un barranco cubierto de hierba, en un sucio camastro militar o en su lecho de enferma de sábanas blancas y planchadas. Era un chico y era una chica. Era una mujer y era un hombre. Era el joven soldado que moría de un profundo corte en el costado o una pierna amputada. Era incinerada como hereje, la pobre Juana reducida a carbonilla y ceniza, o moría pálida, hermosa y tuberculosa con un par de manchas rojas en las mejillas y, una vez muerta, resonaban por toda la tierra historias sobre su bondad y su grandeza.

Es fácil ridiculizar a la persona que fuiste, condenar a la niña blanca de una pequeña ciudad de blancos en lo que se llamaba la pradera y sus ridículas fantasías de sufrimiento injusto. ¡Oh, herida feliz! ¿Qué sabía ella? Y es aún más fácil reírse, hasta que nos caigan las lágrimas por nuestro rostro colectivo, de las historias y poemas sobre huérfanos agraviados, niñas que mueren de hambre y esclavos valientes que ella escribía en secreto. Soy más amable con ella ahora que antes. Cervantes es amable con su pobre caballero

al final, ¿no? Yo lloré con su muerte. Un hombre triste. Cuerdo de nuevo. Cervantes es tan amable como cruel es Flaubert. El francés tortura a su criatura y luego la disecciona con el frío alborozo de un cirujano sádico que hunde el bisturí en la carne del cadáver de una mujer y la corta a lo largo desde el pubis hasta la caja torácica. Y el mundo aplaude. Canta. Me pregunto si sería tan divertido si Emma fuera Étienne.

Siento lástima por la niña que fui y que, bien mirado, es una criatura de mi imaginación; ella misma era una criatura imaginativa, como lo son todos los lectores. Bailamos al son de los demás, ¿no? Nos convertimos en ellos cuando nos quedamos totalmente inmóviles, nos recostamos en nuestra silla y nos abrimos paso en sus vidas. Yo soy tú. Tú eres yo. Y algunos de esos extranjeros deciden quedarse, seguramente mientras dure. Algunos son pacíficos y silenciosos. Otros son ruidosos y brutos. Ahora veo que ella necesitaba escribir, necesitaba liberar la presión que la batalla de los libros había provocado en su joven cuerpo, y si de sus garabatos salieron efusiones románticas ingenuas, no es nada nuevo. La autora del cuaderno Mead, la madre de Ian e Isadora, había estado escribiendo durante gran parte de su juventud, garabateando y dibujando en sus diarios, cuadernos y trozos de papel que metía en sobres.

Pero debemos volver a nuestra historia. Sigue siendo el comienzo de la primavera. El mes de marzo en Nueva York fue frío ese año, y la ciudad tardó en rebrotar. La narradora del cuaderno se queja de ello. 15 de marzo de 1979: «Tiempo de mierda, con granizo y lluvia». Pero el tono general de las entradas está marcado por una cadencia y un ritmo que traslucen una actitud prepotente.

17 de marzo de 1979

Página, estoy aprendiendo el baile de la ciudad; es el claqué, por si no lo sabías, y combina cambios de peso de una pierna a otra y saltos sobre el mismo pie. Sé seguir el ritmo tan bien como el mejor. He estado practicando mi cara de superioridad y desdén delante del espejo. Hay que bajar la vista y volver un poco la cabeza hacia un lado, y asegurarte de no sonreír, o si sonríes, que la sonrisa nazca en las comisuras de la boca

con ironía. Por supuesto, reservo esta cara para los cretinos. Nunca la utilizo con mis amigos de verdad, la banda de los cinco. A Whitney le sale natural, por supuesto.

No tengo ningún recuerdo de esas «prácticas». Y me pregunto si la escritora se lo está inventando y se pavonea, pero en el cuaderno en lugar de en el espejo. No puedo saberlo. La banda de los cinco se había constituido hacía poco y estaba formada por Whitney Tilt, Gus Scavelli, Fanny Cumberland (la extravagante compañera de piso anteriormente mencionada), Jacob Ackermann (físico) y yo. (Más sobre la banda y su consolidación en el capítulo octavo.)

A esas alturas, Minnesota ha pagado el alquiler de marzo. Escribe sobre su cuenta bancaria, que ahora consulta con regularidad. En los márgenes del cuaderno hay cálculos. Trabaja en el libro que todavía llama *Mi fascinante vida* y se preocupa por el rumbo que están tomando sus adolescentes. Lee a Wittgenstein con detenimiento. Siempre tiene presente a Whitney. «Whitney está escribiendo un poema-máquina del tiempo; es una espiral.» Nuestra heroína vuelve a caer sobre la espuma a menudo con distintos fantasmas y está atenta a ver si aparece un héroe en la vida real que llene el aire de carne. Encuentra carne en lugar de un héroe el día 18.

19 de marzo

Informe de la cita: estudiante de Derecho de veinticuatro años, D. T. Alto y esbelto con bonitos brazos, piernas largas y culo prieto y redondeado. Ojos suplicantes, nariz ligeramente ganchuda. Buena dentadura. Agradable conversación sobre la jerga legal en torno a la comida china. Me lleva a un piso diminuto. Me tiende en un sofá bajo color crema con una gran mancha de café, me desnuda metódicamente, cuelga con pulcritud cada una de mis prendas en la silla más cercana y coloca mis miembros desnudos a su gusto. Yo sonrío todo el tiempo. D. T., todavía vestido, se arrodilla a mi lado en el suelo. Parece que me ha confundido con un instrumento de cuerda. Toca delicada y entusiastamente. Las suaves puntas de sus dedos danzan cerca de mi clítoris dormido. Tengo miedo de reírme, pero cierro los ojos. Por fin, su técnica da resultado en una pequeña explosión. Se baja la bragueta, se satisface y todo se acaba.

No puedo llenar las dos iniciales con un nombre y un apellido. Sólo veo penumbra y sofá, y recuerdo vagamente cómo participé divertida en la idea erótica del joven, que no coincidía para nada con la mía. Me sometí a su ritual de buen grado porque era amable, atractivo e inocuo. Yo había tenido muchos amantes antes de conocer a Walter Feld, pero he olvidado a casi todos, y la ironía es que ellos, en otro tiempo personas sólidas que jadeaban y se esforzaban (o tocaban con delicadeza), son ahora un desfile de fantasmas de aire sin rostro y sin nombre con quienes choqué en una ciudad donde eran frecuentes los choques fáciles y fugaces. ¿Es posible celebrar o lamentar lo que ha desaparecido de la mente?

Por otra parte, está muy presente en mi memoria Lucy Brite, incluso tal como era entonces, una persona a la que apenas había visto y con quien nunca había mantenido una conversación real. Escuchaba mientras ella se lanzaba de un lado a otro de su piso, silbando y tarareando, oía el agua de la ducha, el tintineo de perchas, sus pasos pequeños y rápidos hacia la puerta. Tres veces en una semana abrí unos dedos la mía y la vi salir del C en una nube de perfume, con un grueso sobre de papel marrón apretado contra el pecho y envuelta en una larga capa con capucha que ondeaba detrás de ella al caminar. «Mi querida Página, es como si Lucy se hubiera convertido en una de esas señoras furtivas de una novela decimonónica que sale sigilosa en mitad de la noche para entregar cartas a un amante o a un hijo nacido fuera del matrimonio y perdido hace mucho. ¿Adónde va?»

Para Página, registrado el 27 de marzo

«Patty, soy yo. ¿Podemos hablar ahora? [Escucha.] Mmm. No lo entiendo. Eres demasiado profunda para mí, ¿sabes? [Escucha.] Lo repito. El poder del aire: torbellinos, sal y agua. Vocales largas. Estoy aprendiendo. [Escucha.] Venganza, amiga. [Escucha, suspira.] Estoy intentándolo. No sé cómo me las he arreglado sin ti. [Escucha.] Tengo el cuchillo. No, hace un par de días que no lo veo. Le dije que me dejara en paz. [Escucha.] No quiero tener nada con él. Fue un error volver a hablar con él, Patty. No lo tengo. [Escucha.] Estoy de acuerdo. Sí, para el bate. [Escucha.] Tienes razón. Lo sé. Lo sé. Estoy esforzándome, dominándome. [Escucha.] La que era de joven. Haciendo bum [¿o bumerán? Inaudible.] Sangre, la sangre, sí. La probé. Tal como dijiste,

antes de atarlo. ¿Están las demás? [Escucha.] ¿Polilla? ¿Tojo? La luz de la luna. ¿Hace falta? [Escucha.] La aguja. Ted. [Escucha y ríe.] ¡Átalo, amordázalo, córtale los huevos! [Risa. Escucha durante mucho rato. Murmullos.] Sí, lo veo todo con la imaginación. Lindy. [Le falla la voz, silencio.] Pronuncio su nombre. Lo pronuncio. ¿Por qué no pensaron en eso los médicos? Son tan tontos... Cortos de luces. [Silencio. Susurros: inaudibles.] ¡Estoy ensayando! ¡Por supuesto que estoy ensayando! El círculo. [Escucha.] No, quiero al jardinero. Todos los días sin falta, cariño. Estoy en ello. [Largo silencio escuchando.] Toca la cuerda. Visualiza la cuerda. Haz el nudo. [Escucha.] Adiós, cariño.

28 de marzo de 1979

Esta mañana he estado nerviosa. Cuchillos y cuerdas. El jardinero lisiado arrastra la pierna bajo un enrejado cubierto de rosas. Resaca de terror mientras fumo demasiados cigarrillos y añado tres páginas más a *Mi fascinante vida*. Elena habla y agita las manos. La llamo «la gran gesticuladora». Escribo. Mi personaje Elena tiene un parecido familiar con la Elena que me cuenta historias, pero no mucho más. He pulido bastante sus contornos, pero ella no se ha dado cuenta. El libro es una novela en episodios, una obra de ficción como lo es toda autobiografía, y sin embargo recelo de los recuerdos de esa mujer. Creo que miente. Si de ella dependiera, la narradora del libro (ella o yo o una fusión de las dos, según se mire) estaría describiendo sin cesar el aspecto de la heroína como «esbelta», «encantadora», «con grandes ojos oscuros». Cuando le señalé que eso es una imposibilidad fenomenológica, que nadie se ve a sí mismo cuando entra en una habitación, ella frunció el entrecejo pero no insistió. De todas maneras, mientras viajaba en barco con ella y sus padres rumbo a Londres en la primavera de 1931, reflexioné sobre la fecha, una fecha cargada de horror inminente, y me descubrí atraída por la misteriosa familia de Lucy: a los dos Teds y a Lindy muerta en el patio. El enigmático parloteo de Lucy es mi pesadilla.

Cuando quedé con Whitney en el Cupping Room del centro alrededor de las cinco de la tarde, ella me miró, entornó los ojos y me dijo: «¿Qué te pasa?». Mientras le contaba mi aventura de espía, se me cayó el tenedor de la mesa, y el sonido metálico al golpear el suelo me recorrió los nervios de la mano hasta el brazo. Whitney siguió mirándome en silencio. Le leí la transcripción de la llamada telefónica de la noche anterior, pero bajé mucho la voz para que la gente a nuestro alrededor no me oyera, y cuando terminé, Whitney me quitó el cuaderno de las manos y me leyó el texto en alto, enunciando las palabras como si formaran parte de un poema o una obra de teatro del absurdo. Los dos hombres de la mesa de al lado me miraron y sonrieron. Le dije que estaba siendo «poco compasiva». Entonces Whitney se inclinó hacia mí y dijo que si no

me conociera tan bien pensaría que me había «inventado» toda esa historia disparatada, pero sabía que yo no haría algo así, y había querido que yo oyera las palabras, las oyera de verdad, y luego añadió: «Tu vecina parece un hada loca en una versión demencial de *El sueño de una noche de verano*». Me dijo que me había acalorado sin motivo, y luego añadió: «Ensayar. Ha dicho “ensayar”. ¿Y si están ensayando una obra de teatro? ¿Lo has pensado alguna vez? Puede que la obra se titule *El jardinero lisiado*. Puede que haya salido de casa con el guion. Puede que The Circle, el círculo, sea el nombre del teatro. Hay un montón de teatros pequeños en Nueva York».

Tenía razón, por supuesto. Era una explicación plausible. Whitney es aguda. Y, sin embargo, ella no es la que escucha a través de la pared. Ella no oyó la emoción en la voz de Lucy cuando habló de atar, amordazar y cortarles los huevos. No oyó cómo Lucy pronunció «Lindy».

29 de marzo de 1979

Esta mañana en la portada del *Times* he leído el titular: «ESCAPE DE RADIACIÓN EN UN ACCIDENTE EN UNA PLANTA NUCLEAR DE PENNSILVANIA». Durante un par de minutos me he sentido irreal. Oía la ciudad más allá del patio de luces. ¿No deberían haber evacuado a la gente de los alrededores? El lugar se llama Three Mile Island. Un bonito nombre se ha vuelto horrible.

1 de abril de 1979

Página, hoy es sábado por la noche. Podríamos morir poco a poco por exposición, todos los habitantes de Nueva York podríamos enfermar despacio de un mal u otro, y morir, una evacuación masiva de almas que deja atrás millones de cadáveres pudriéndose. Nadie quiere pensar en ello. Me preparo *rigatoni* y me quedo en casa leyendo. Hacia las siete he oído que llegaba gente al piso de al lado. Son las once y ya se han ido, pero Lucy ha tenido visita. Hablaban unos con otros al principio y no he podido captarlos como es debido. Aquí van fragmentos:

«¡Tinto para mí! Blanco para Patty.» [Tintineo de copas, susurros, risas.]

«No, coge tú el queso.»

Lucy: «Oh, Dios mío, Polilla, no acapares el paté. Ponlo aquí».

[Risas. Hablan unos con otros] «Es un cojín precioso, Lucy. El bordado.»

Lucy: «Mi prima de Tulsa... [Más conversación de los otros: ininteligible.]

Alguien con voz aguda y dulce: «¿Va a venir Patty?».

[Estruendo emocionado. Gritos. Risas. Todo mujeres.]

Voz ronca pero baja e imponente: «Recordad: la madre es la ballena de la filosofía occidental, siempre temblando bajo la superficie. Toda la maldita tradición constituye una negación de los orígenes».

Lucy: «Realmente no sé qué significa eso».

Voz chillona: «Melville. *Moby Dick*».

Otra voz: «En esa novela no hay mujeres. Ninguna digna de mención».

Voz chillona: «La madre ballena. Eso es, cariño». [Continúa con voz aguda y frenética:] «Por supuesto, todos podríamos ser arrasados por el escape de radiación, por el amor de Dios. La gran madre debería cargarse a esos hijos de puta antes de que nos maten a todos. Me pone enferma, me vuelve loca. [Exclamaciones, parloteo.] Está bien, ¿estáis preparadas para el corte? ¿Quién tiene el cuchillo? ¿Dónde está ese bicho? Sé que lo he traído. Vamos, hombrecito. Vamos a atarte fuerte [voz cantarina]. ¡Ya es hora! ¿Dónde estás, tesoro? Tojo, te digo que estaba dentro de la bolsa».

Se hacen callar.

Lucy: «No tan fuerte. Las paredes son de papel aquí».

Voz dulce: «Lo tengo. Lo tengo. ¿Tienes el cuchillo?».

Silencio repentino. Susurros.

Voz ronca: «Derrama tu radiación sobre nosotros. La rueda gira...».

Alguien sisea: «La radio. Guarda el secreto».

Voz dulce: «Estoy desnuda».

[Risas. Se hacen callar. Silbido de lobo. Risas.]

Han encendido la radio. Emisora de jazz. Un tambor. Alguien está tocando el tambor. Alguien está tocando el tambor en la habitación, no viene de la radio.

Página, no he podido oír bien después de eso. La música de la radio y la percusión interferían. Voces atronadoras: salmodias y cantos, periodos sólo de música. No se acababa nunca, y me he cansado. He dejado de escuchar porque tenía los brazos cansados de aguantar el estetoscopio, y me ha empezado a doler la cadera contra el suelo duro. Hacia las nueve he oído a una persona gritar por encima de Chet Baker. Creo que era Lucy. «¡Sostenla!», ha chillado alguien.

Más cantos. Las palabras eran confusas. Gemidos. Una voz: «Estoy asustada. ¿No morirá?».

Y entonces lo que fuera que estaba ocurriendo ha parado. Alguien ha apagado la radio. Las mujeres han susurrado unas con otras. Una de ellas ha murmurado algo. Ruido de pasos. La puerta se ha abierto y se ha cerrado. Despedidas musicales: «Adiós, cariño. Te quiero, hermana. Yo también te quiero. Que duermas bien. Ya no hay por qué preocuparse. Todo está bien».

Entonces Lucy camina. El agua del grifo. Lucy se acuesta. Oigo una sirena, el ululato de Nueva York. Va disminuyendo de volumen. Cuento hasta once. Ya no se oye. El otro día Fanny mencionó el Roling. Te masajean hasta que gritas. Gus contó que tenía un



amigo que se sometió a una «terapia de ataque». Le gritaron insultos hasta que se retorció y lloró. Dijo que era para gente de clase media alta que busca la humillación. Probablemente tiene razón. Una temática urbana: urbanitas descargando a gritos sus monstruos. Hay una palabra para ello: *abreacción*. Sigo oyendo la voz profunda y ronca de la mujer: «La madre es la ballena de la filosofía occidental». Es una frase intrigante, pero en Melville hay un cachalote albino. Whitney se equivoca: Lucy no está ensayando una obra de teatro. «Vamos, hombrecito.» Me evoca duendes y hadas. ¿Qué significa todo eso? Espero poder dormir. Me pregunto lo que opinará Whitney mañana.

Con cariño, S. H.

Las hadas bailan bajo la lámpara que cuelga por encima de nuestra puerta. Es de noche, y a través de la pantalla veo su movimiento agitado mientras sopla sobre la casa un viento todavía caliente por el sol. «Se sienten atraídas hacia la luz», dice mi padre desde arriba. ¿Es un recuerdo? Lo lleno. Lo lleno. Pero todavía puedo caminar por la vieja casa, vendida hace años al hombre con tatuajes al morir mi padre, y vendida de nuevo a dos ecologistas con tres hijos. Me muevo paso a paso por las habitaciones. Recordar es navegar, es repetición, es una rueda, y me meto en el vestíbulo y veo los abrigos y las cazadoras colgados a mi izquierda, y el estante de encima con gorros de lana, las boinas de mi padre, la bufanda de mohair blanco de mi madre y varios guantes sueltos, y entro en la cocina y allí está la mesa de roble, y detrás de ella una encimera con cuatro taburetes pintados de rojo, y cierro los ojos a la luz que brilla a través de la ventana, una luz que cambia con la estación, una luz que vuelve a ser la que era en primavera, verano, otoño e invierno, y si rodeo la encimera, paso por delante de los fogones y me detengo junto al alféizar puedo leer la temperatura en el termómetro que hay al otro lado del cristal. En los primeros tres meses del año puede bajar a veintiocho, treinta o treinta y dos grados bajo cero, y cuando el cielo está despejado la nieve centellea con cientos de miles de diamantes que hacen que parpadee al mirar afuera los montones de nieve blanca y los bosques más allá, y entonces siento el canto dentro de mí, un conjuro en mis oídos: los elfos, hadas o duendes me están hablando. Y lo dejo todo e intento rezar por ellos a Dios, y espero que me dejen.

El 7 de abril salí del edificio para dirigirme, como de costumbre, al piso de Elena, y a mi derecha vi a Lucy y al pálido joven absortos en una acalorada conversación. Recuerdo la postura erguida y rígida de Lucy vista por detrás y lo pequeña que se la veía a su lado; la cabeza apenas llegaba a los hombros de él, pero fue la cara del joven pálido, inclinada hacia ella, lo que se me quedó grabado. Tenía los ojos llorosos y una expresión desencajada. Tomé aire rápidamente para calmarme, y cuando giraba a la izquierda para dirigirme al metro oí la voz de Lucy elevarse a mis espaldas. «¡Ya te he dicho que se acabó!» El grito agudo pareció golpearme la parte posterior del cráneo y resonarme en los oídos mientras bajaba por la calle, y con él llegó la sospecha de que había una relación amorosa entre ellos. A pesar de la diferencia de edad, las palabras eran íntimas. «Se acabó.» Eso es lo que se dice, ¿no? «Se acabó.» Dejémoslo aquí. Ya basta. Separación a la vista. Esto es el final. Démoslo por terminado. Que te vaya bien. Tú sigue tu camino que yo seguiré el mío. Largo. Esfúmate. No quiero volver a ver tu careto por aquí. Ahora estamos separados, hemos roto, somos independientes el uno del otro por y para siempre. «Te estoy avisando: si sales por esa puerta, no vuelvas más.» Es lo que dicen en las películas. «Si sales por esa puerta, no vuelvas más.»

La tía Irma solía decir: «Nunca digas nunca jamás». Pero aquí está el secreto: Nunca también implica espacio y tiempo, aunque esas coordenadas a menudo se olvidan. Puede ser lo Olvidado en sí mismo. Al llegar al final de la calle, gire a la derecha y luego camine medio kilómetro hasta llegar a la casa abandonada a su izquierda. La verá. Está cerrada con tablas. Dicen que en ella vive de okupa una mujer. Yo nunca la he visto, pero dicen que camina con una ligera cojera y que ha visto maravillas y terrores. Dicen que salió de una historia para meterse en otra.

## 8

Yo era el único miembro del grupo que había oído a mi vecina a través de la pared, la única que la había visto. Para mis amigos, Lucy Brite no era un ser humano sino muchas páginas de incoherencias transcritas en mi cuaderno a lo largo de varios meses, de las cuales muy pocas tenían una base sólida en hechos conocidos. Lindy, Ted, Ted hijo y los médicos impotentes eran criaturas de los monólogos de Lucy que luego reaparecían en las conversaciones telefónicas que ella mantenía con la misteriosa Patty. Yo estaba segura de haber visto y oído a Lucy en la acera con el joven pálido. Sabía con certeza que Patty y al menos otras dos mujeres habían estado en el piso de Lucy y que mientras estaban allí había ocurrido algo relacionado con tambores, un hombrecillo, torbellinos, ballenas madre, un cuchillo y una cuerda.

Cada uno de mis amigos inventó un posible relato para explicar lo que le estaba sucediendo a mi vecina. Los hechos eran los mismos, era la imaginación lo que variaba. Por insensible que parezca, contar la historia de Lucy se convirtió en un juego al que nos entregábamos para divertirnos. Aunque me remordía la conciencia por utilizarla como si fuera una pelota de tenis, hallé alivio en las distintas teorías que nos lanzábamos unos a otros, porque no quería vivir yo sola con el misterio. Necesitaba que mis amigos me sacaran de la violencia que se escondía detrás de la historia fragmentada que continuaba desplegándose en el 2C.

En mi memoria, me veo a menudo sentada con todos alrededor de la mesa del loft de Whitney a altas horas de la noche. El cabo de una vela se ha consumido en un platito y hay cera líquida alrededor de la mecha casi ahogada, y al levantar la vista veo su luz trémula refractada en la curva de una copa de vino y observo cómo el humo del cigarrillo flota por encima de nuestras cabezas. Me gustaría escuchar ahora lo que decimos, oír nuestras voces, la mía entre ellas. Me pregunto si las discusiones rimbombantes con las que disfrutaba a los veinticuatro años no me parecerían menos rigurosas ahora. La verdad es que no recuerdo una sola cena sino varias, que se han disuelto en la memoria: 1979, 1980, 1981 y 1982 se han mezclado en mi mente porque las cenas se sucedieron una detrás de otra en la misma habitación.

No puedo evocar los rostros de mis amigos con mayor precisión de la que lograría si reprodujera nuestras conversaciones, aunque sí describir las características de cada uno en líneas generales. El lenguaje afianza la memoria visual, y una vez que la imagen se ha desintegrado, las palabras sobreviven. Pero la imagen de los cinco es menos importante para mí que el sentimiento de grupo, un aire de satisfacción que no pertenecía a uno sino que se creaba entre todos. Estábamos satisfechos con nosotros mismos, y esa satisfacción derivaba de la medida justa de autoconciencia; ni tanta como para agarrotar nuestros gestos y palabras, ni tan poca como para que no fuéramos conscientes de que formábamos un grupo de jóvenes artistas e intelectuales animado, romántico y desaliñado.

Cuando estábamos juntos, lo que aún no habíamos realizado en nuestra vida pero sin duda realizaríamos tenía el poder de un conjuro. Éramos jóvenes que estábamos por hacer, y nos habíamos engullido el futuro entero, o lo que es lo mismo, dependíamos de lo que imaginábamos que seríamos en el futuro, y como nos impresionábamos los unos a los otros, estábamos iluminados por nuestra admiración mutua. Aunque los seres humanos siempre están proyectándose hacia el mañana, el tiempo adopta con los años la forma de un embudo. La abertura en la distancia disminuye y el conducto se estrecha. Lo posible pasa a ser probable. Actualmente me aferro a lo inmediato. Escribo mirando a la muerte.

La única manera en que puedo entrar en el viejo loft de Whitney es como un fantasma de mí misma. Veo a todos sentados alrededor de la mesa, pero no soy capaz de revivir el contento tan particular que sentíamos porque estaba fundado en expectativas que se han desvanecido desde entonces. En el cuaderno me refiero a «la banda de los cinco», que intercalo con otro término más afectuoso.

15 de abril de 1979

No utilizo la expresión con ellos. Carece de ironía y apesta a sentimentalismo decimonónico. Para ser totalmente sincera, huele al mismísimo Dickens, pero contigo, Página, me siento totalmente libre para llamarlos los «Íntimos». Cené con los Íntimos anoche. Todos tienen una postura diferente acerca de la historia de Lucy. Me pregunto qué pensaría ella si supiera que hay cinco detectives de salón trabajando en su caso. S. H.

No daba más detalles sobre la cena.

Mientras medito sobre las numerosas cenas fundidas en una sola, veo a Jacob Ackermann recostado en su silla, las mangas del suéter enrolladas hasta los codos y un Gitane entre los dedos. Jacob es nuestro físico de Princeton, de veintiocho años, rubio con la tez rubicunda, nacido y criado en París, un judío con raíces en Palestina que viste a menudo con estrechos vaqueros blancos y zapatillas de deporte. Whitney lo conoció en la Castelli Gallery de West Broadway, donde discutieron sobre Jasper Johns con afecto mutuo. Él conducía entonces un viejo descapotable azul y blanco de una marca estadounidense que me gustaría recordar. Ninguno comprendíamos qué hacía realmente Jacob en Princeton, pero nos encantaba la idea de que trabajaba para desentrañar pequeños secretos de nuestro enorme universo.

Jacob fue el primero que utilizó en mi presencia la palabra *quark*. Describió los fermiones como partículas «borrosas», y me habló de Murray Gell-Mann, que había profetizado su existencia y había sacado el nombre de *Finnegans Wake*. Jacob también mencionó seis tipos de quarks diferentes: *up*

(arriba), *down* (abajo), *top* (cima), *bottom* (fondo), *charm* (encantados) y *strange* (extraños). El lenguaje me recordó menos a Joyce y más a Lewis Carroll, y en ese momento la física en sí pareció existir al otro lado del espejo. Cuatro años después, Jacob me presentaría a otro físico, Walter Feld, diciendo: «Está a la izquierda de la cuerda», un comentario desconcertante que el mismo Walter me aclararía poco después, pero en 1979 «Walter Feld» ni siquiera era un nombre para mí, y no ocupaba espacio ni tiempo como referente en mi mundo.

En una de esas cenas en el centro, Jacob me informó de que, en el ámbito de la física teórica, uno tenía que haber conseguido un logro antes de los treinta años, tenía que haber hecho algo importante si no quería verse relegado a un segundo plano. Él había publicado un gran trabajo, pero me dio a entender que tenía que continuar con algo mejor, y comprendí que, como los cuerpos de los bailarines, la mente de esos físicos no podía permitirse envejecer, lo que me llevó a preguntarme por qué cierto tipo de pensamientos parecía darse bien en los cerebros jóvenes mientras que otros necesitaban años de cuidados para madurar.

Tardé un tiempo en comprender que, para Jacob, dependía en gran medida de tocar la nota adecuada en una conversación que mezclara sinceridad y cinismo, cumplidos y humor. También descubrí que, como muchos de sus compatriotas, consideraba que el coqueteo era un arte. En Francia la frase elegante a veces es preferible a las contorsiones acrobáticas de la carne. Bromeando con él recordé que yo había viajado hasta allí desde el Medio Oeste, una sensación de distancia que me gustaba. Recuerdo claramente que una vez me preguntó con moderada tristeza: «¿Por qué llevas esos pantalones?». Bajé la mirada a los pantalones caqui que siempre me habían encantado y de pronto me decepcionaron.

No es de extrañar que la postura de Jacob ante la historia de Lucy mezclara lo jocoso con lo racional. Según él, era una loca que desvariaba. También declaró que los dos Teds, Lindy, el jardinero lisiado, Sam Haynes y los niños mágicos eran productos de una psicosis. ¿No había mencionado constantemente «el hospital» y «los médicos»? Jacob sostenía que Lucy había estado hablando por teléfono con su indulgente psiquiatra, Patrick no sé

cuántos. Cuando lo desafié a revisar su teoría para justificar los «Se acabó» de la acera y las mujeres gimiendo de la habitación contigua, él sonrió y respondió que ya se sabía que los delirios eran contagiosos, y citó como ejemplo la docena de personas que insistieron en que habían visto derramar tres lágrimas de sangre a una estatua de la Virgen en la plaza de un pueblo italiano. (Creo que eso me llevó a pensar en Frieda Frail y en mis dificultades para decidir qué hacer con ella, pero en realidad no lo recuerdo.) Reaccioné con indignación. Había visto al joven pálido fuera del edificio y llevaba meses escuchando a Lucy. No estaba alucinando. Luego me dio unas palmaditas en el hombro y me dijo: «Sé que no estás loca, Minnesota, pero ¿eres o no una *romancière*?».

Ni siquiera entonces quedó claro que Jacob considerara a Lucy una psicótica. Le gustaba provocar por provocar, había sido maoísta hacía unos años (un hecho que me horrorizó, pero que él parecía creer que tenía atractivo), y a pesar de su agilidad en el ámbito de la física teórica, no destacaba por su penetración psicológica. *Romancière*, el femenino de *romancier*, está impregnado inevitablemente de la condescendencia que los franceses han mostrado durante siglos hacia los escritores que no tienen los genitales que corresponde, y ésa es la razón por la que esa frase nunca se me ha olvidado.

Me encantaba jugar con Jacob, y disfrutaba del rápido toma y daca de nuestra conversación, aunque nunca estaba a su altura. Todavía somos amigos. Ese comentario aparentemente inofensivo me dolió porque en él identifiqué una música paternalista que me resultaba familiar. Jacob no tenía ni tiene la costumbre de mirarme por encima del hombro, pero en ese instante su voz se confundió con otras voces que yo había oído a lo largo de mi todavía corta vida. Si ese tono en particular hubiera sonado sólo una vez en mi presencia o hubiera pertenecido a una sola persona, estoy segura de que se habría borrado de mi memoria, pero esas notas degradantes se han convertido a lo largo de los años en un estribillo nauseabundo.

Y escúchame bien: en la repetición maldita, el tiempo pierde el rumbo. Salta hacia atrás y hacia delante, rebota arriba y abajo. Flota hasta la superficie y se hunde hasta el fondo y da vueltas alrededor de una rueda. La

melodía resuena, reverbera y alcanza un crescendo, y de pronto resulta realmente difícil aguantarla. «Serás una buena enfermera.»

Cerré la puerta a August Scavelli en el capítulo cuarto para abalanzarme sobre Malcolm Silver, el héroe clásico que ha desaparecido por completo de este libro. Ahora colocaré a Gus delante de mí en la mesa imaginaria-recordada y haré que Whitney se siente a su lado, y evocaré la brisa que tantas veces sopló sobre nosotros a través de la ventana abierta a West Broadway. La calle tenía un olor característico, sólo puedo suponer que a gasolina, tubo de escape, sudor humano, tinta, basura, comida y excrementos de perro, aunque también muchas cosas más, hasta que la mezcla se vuelve indescriptible.

El Gus robusto y de pelo blanco que todavía conozco ha ofuscado su yo más joven, pero en aquella época no era ni gordo ni flaco. Su cuerpo tenía la agradable blandura de los que se alimentan bien y se cuidan. Con una buena mata de pelo oscuro cuidadosamente peinado, la piel aceitunada y gafas sobre los ojos marrones, poseía una memoria privilegiada y pronunciaba sus comentarios como si se trataran de rápidos y detallados boletines repletos de nombres y fechas, ya fueran de su héroe del momento, Wim Wenders, el genio de Eisenstein o Jimmy Cagney, el significado emocional de los ángulos de la cámara o los ingredientes de la lasaña de su madre. Gus se crio en Toms River, en la costa de Jersey, con sus padres, sus seis hermanos y hermanas y su abuelo paterno, que despotricaba en italiano cuando las relaciones familiares se volvían tempestuosas, lo que sucedía a menudo. Según Gus, su pasión por el cine había nacido de la enfermedad. El verano que cumplió nueve años comenzó a sentirse pesado y raro, y le dijo a su madre que se notaba las «rodillas cansadas». Ella le sostuvo la cara con ambas manos, que según Gus era el gesto materno para centrarse en uno de sus siete hijos, y advirtió que los labios de su cuarto vástago estaban lívidos. La señora Scavelli se apresuró a llevar a Gus al médico, que le diagnosticó una anemia poco común pero pasajera, y después de eso tuvo que guardar cama durante dos largos meses mientras sus hermanas y hermanos entraban y salían corriendo de la casa, empujando la puerta mosquitera y cerrándola detrás de ellos al ir y venir de los juegos, los amigos y la playa. Sé lo de la puerta mosquitera porque a Gus



le gustaba adornar sus historias con detalles. Sabíamos que a su madre le daba tanta pena que ese verano lo consintió, atiborrándolo de helado y *cannoli* en la cama, y que, como innumerables niños que de mayores han sido artistas e intelectuales, él se descubrió habitando en otros mundos.

Vio todas las películas que pudo en la televisión y satisfizo su obsesión con el programa *Million Dollar Movie*, que exhibía la misma película dos veces al día durante una semana. Como podía verlas una y otra vez, antes de dormirse rebobinaba mentalmente las escenas que más le gustaban. «Me paseaba por ellas», nos decía con los ojos brillantes de recuerdos y humor. En su opinión, la primera reina del cine era Fay Wray, el objeto de amor del gran gorila, King Kong, y la víctima que gritaba y se retorció en sus manos. La película era una broma recurrente entre nosotros y nos divertíamos discutiendo sobre sus significados perversos. Para bien o para mal, Hollywood proyecta sobre la pantalla muchísimas fantasías, miedos y prejuicios, una mezcla a menudo grotesca de piedad y locura norteamericanas, especialmente sobre el sexo y la raza. Fue Gus quien me contó que, en 1925, Samuel Goldwyn había intentado atraer a Sigmund Freud a California con una oferta de cien mil dólares. Pero el autor de *La interpretación de los sueños* no quiso tener nada que ver con la fábrica de sueños.

Whitney apodó a Gus «doctor Plenitud», porque era proclive a dar más información de la estrictamente necesaria o deseada hasta llegar a la cuestión de fondo: las fechas exactas del estreno de una película, el segundo nombre de un actor, los hábitos alimentarios de un director, los errores en la continuidad y los desastres en el plató. Aunque esas rutas laterales y secundarias casi siempre eran interesantes, a veces no lograba encontrar el camino de vuelta a la carretera principal. Whitney señalaba continuamente defectos en las personas que más le gustaban, y esa estrategia grosera la hacía más increíble si cabe para sus amigos. Sospecho que era porque sus críticas se fundaban en una mezcla de perspicacia e intimidación y, en lugar de ofendernos, cuando las flechas alcanzaban sus blancos humanos nos hacía sentir especiales — diferentes de los demás— y, por lo tanto, comprendidos.

Sin embargo, Gus no se limitaba al cine. Se sentía atraído por el sueño colectivo en sus múltiples formas y le interesaban mucho las modas pasajeras.

Defendió la hipótesis de que Lucy era miembro de algún culto psicoterapéutico lunático, y mencionó las modas psíquicas que habían surgido y desaparecido: las colonias nudistas, la neurastenia, los copos de avena y la eugenesia. En ese momento estaban en boga el método Rolfing, el grito primal, el seminario E. S. T. y la terapia Z. Nos regalaba los oídos con historias de su prima Maria, que se había hecho miembro de la secta Moon. Gus insistía en que las personas que uno menos se esperaba eran vulnerables a la atracción del idealismo, la emoción intensa y los líderes carismáticos. Un ejemplo era Jonestown. Jones había ofrecido a sus seguidores una visión de la integración racial. Habían acudido para crear un nuevo mundo en Guyana. Gus también mencionaba a los sullivanianos, que tenían su cuartel general en edificios del Upper West Side. Conocía a la hermana de uno de ellos. Su hermano había cortado toda relación con ella y con sus padres, pero después del accidente de Three Mile Island había roto el voto para llamarla y advertirle que se marchara de Nueva York. Le informó de que él mismo se dirigía a Florida con el resto de «la familia», de que toda la parte septentrional de la Costa Este estaba a punto de «explotar».

Gus creía que Lucy había caído en manos de algún psicoterapeuta estafador. ¿No había hablado de dinero? La mayoría de esos cultos se mantenían con los ahorros de sus seguidores. Las supercherías por el teléfono y los cantos que había oído a través de la pared le parecían una prueba definitiva. ¿Y quién era el pálido joven? Un miembro que había infringido las reglas y al que habían expulsado, y que, desprovisto de su comuna, imploraba a los demás que lo admitieran de nuevo.

Whitney defendió la tesis de que *El jardinero lisiado* era una obra de teatro, pero para dar cabida a la información adicional obtenida a través de la pared, la embelleció ligeramente citando a Stanislavski. ¿No había defendido él la «memoria afectiva» como vehículo para meterte en un papel? ¿No habían llevado esa idea bastante lejos muchos grupos? Era sabido que los profesores de interpretación instaban a sus alumnos a «expresarse», ¿no? ¿Eso no significaba a menudo gritar y chillar? Patty era la profesora de Lucy. Últimamente Lucy ya no repetía una y otra vez «Estoy triste». Salía de casa e

iba por ahí con un sobre marrón —el guion—, ¿no era cierto? Se la veía más contenta, menos autocompasiva. Invitaba a su piso a amigas, que eran actrices. ¿No «entonaban suaves himnos a la frígida luna»? ¿No sonaban como actrices dramáticas incoherentes todas esas mujeres? Al joven pálido tal vez lo habían expulsado del grupo y quería volver a entrar. Seguramente eso era lo que había pasado. Tal vez bebía o se drogaba. O se había saltado demasiados ensayos y, arrepentido, suplicaba que lo perdonaran. Whitney creía que lo que realmente buscaba Lucy era vengarse de su exmarido y que Patty «exploraba» esos sentimientos feroces para el papel de Lucy.

¿Y qué pensaba Fanny? «Lucy quiere ver a ese gilipollas muerto. ¿No está claro?» Fanny pronunció esas frases el 23 de abril de 1979. Estoy segura porque las escribí en Mead esa misma noche. Fanny, a quien también llamábamos Tiny, «diminuta» —medía metro cincuenta y cinco—, tenía el pelo castaño y corto, la cara en forma de corazón, una gran nariz pecosa, una boca siempre rosa de pintalabios y un cuerpo con las proporciones de una joven estrella en ciernes. Sus curvas le habían asegurado trabajo como *stripper* y bailarina erótica mientras obtenía su licenciatura en Psicología en la Universidad de Nueva York. A los cuatro amigos les gustaba la idea de que el quinto miembro del grupo se hubiera desembarazado de las restricciones burguesas del decoro de una forma tan audaz, llegando a cubrirse los pezones con *pasties*. Fanny había ganado mucho dinero como bailarina y lo guardaba para el futuro, aunque confieso que nunca me ha gustado la idea de que un hombre de mediana edad se recostara en una cabina y se empalmara debajo de los pantalones de su traje mientras una Fanny apenas vestida se contoneaba sobre él.

Al dejar la escuela, Fanny se había convertido en una artista del performance con inclinación por la desnudez contundente. Se colgaba cascabeles de los pechos, escribía sobre su cuerpo, se arrastraba por el suelo, graznaba, gemía y maullaba y recitaba textos en voz alta. Declamaba a menudo fragmentos de *El Anti-Edipo* de Gilles Deleuze y Félix Guattari, un libro que había manejado tanto y con tanto cariño que había perdido y luego recuperado con celo y pegamento las cubiertas. El ejemplar también sufría de las tripas,

que acabaron muy arrugadas por su costumbre de bañarse con los dos filósofos. Las frases que citaba de los antifreudianos nunca dejaban de infundir ánimos a sus pequeñas audiencias formadas en su mayoría de jóvenes: «¡Me cago en todo vuestro teatro simbólico, imaginario y humillante!».

La inteligencia de Fanny era asombrosa, pero funcionaba de forma intermitente. Se resistía al método, a la lógica y a toda forma de estudio lento. Abordaba el aprendizaje por medio del método relámpago. Leía sin parar para ser alcanzada por los rayos electrizantes de la verdad, sobre la que a continuación meditaba durante meses. Ella y yo discutíamos sobre su veneración por D&G, como le gustaba llamarlos. «¡Minnesota! ¡Relájate! ¿No lo pillas? Quiero destrozar cosas y patear culos.» Mientras que Jacob se mantenía a una distancia desconcertada de la «obra» de Fanny, Gus intentaba combatirla. El chico que a los nueve años se había rendido ante Fay Wray, una «mujer menuda» donde las hubiera, no siempre era capaz de disimular su incomodidad, y recuerdo que una vez le habló con aspereza. «Si crees que por llevar cascabeles en los pezones vas a echar abajo el capitalismo, piensa más.» Fanny fingía que era dura, pero los desaires le dolían, y más si venían de Gus, pues yo sospechaba que en el fondo estaba enamorada de él.

Uno de los grandes misterios es dónde termina la performance y dónde comienza la vida. Fanny no había resuelto ese dilema, tampoco el resto de nosotros, pero ella tenía un don del que nosotros carecíamos. Amaba al público, aunque sería más exacto decir que amaba el amor que éste le profesaba. Era capaz de llevar a una multitud de un alto nivel de excitación a un silencio asombrado, y este poder tenía un efecto embriagador en ella. Y, como todos, interpretaba papeles fuera del escenario en los que podía ser igual de cautivadora: cachonda beligerante, intelectual seria y cómica profesional. Su pluralidad le permitía utilizar su aspecto físico de maneras que a Whitney y a mí nos estaban negadas. Yo era guapa, Whitney era una belleza, y Fanny, que no era ninguna de las dos cosas, tenía glamur, la magia de un narcisismo particular. El amor propio de Fanny rezumaba autosuficiencia y abundancia, como si tuviera más que suficiente y disfrutara repartiéndolo. Y en aquella época casi todo el mundo parecía quererlo.

Nunca olvidaré el rostro extasiado de Fanny después de una performance

que dio en el loft de un amigo. Tenía las pupilas enormes de pura concentración y la boca tirante en una expresión enloquecida —a medio camino entre mueca y sonrisa—, y arrojó su cuerpo sudoroso en mis brazos, riéndose a carcajadas, e intentó levantarme del suelo, lo que logró hacer brevemente porque era fuerte. Se había enganchado la cola de un burro en su tanga y vi cómo ésta se sacudía sobre el suelo de poliuretano de madera clara mientras ella daba brinco. Es curioso lo nítidamente que recuerdo la cola.

Una y otra vez me he encontrado evocando a Fanny. La veo en el escenario, con la boca bien abierta mientras grita una frase de Nietzsche o de Mae West, saca el culo y ríe a carcajadas, sólo con una chistera y un enorme *merken*, también conocido como peluca de pubis, que creaba la impresión de llevar un animal pegado. La oigo gritar: «¡No me comeré los guisantes por esos putos niños de China!». La veo con un falo gigante en las manos mientras golpea un muñeco bebé sobre el suelo. La profunda incomodidad que creaba era todo el propósito, por supuesto. Yo tenía claro que, si hubiera actuado como ella, mis padres habrían llorado de vergüenza. Los suyos estaban divorciados y Fanny casi nunca hablaba de ellos. En una ocasión, sólo en una, dijo respondiendo a un comentario mío: «¿Mi viejo? Es muy sencillo. Me odia».

Debo añadir que Fanny era descuidada. Dejaba la ropa tirada por el loft. Se relamía cuando comía cereales, que era a menudo. Se bebía toda la naranjada sin pensar en su compañera de piso. Se hurgaba la nariz delante de nosotras y, cuando gruñíamos asqueadas, nos soltaba obscenidades. Se mordía y masticaba las uñas hasta que le sangraban, y si Whitney mostraba su desagrado y le sugería que se hiciera la manicura, ella le sacaba la lengua y gemía: «Sí, mamá» y «No, mamá». Habló abiertamente de que le encantaba olerse el dedo después de metérselo en el «ano». En aquella época era muy cariñosa. Nos abrazaba, nos besaba, nos hacía cosquillas y nos hacía reír. Queríamos a Fanny, pero en aquel momento nuestra amiga bajita, belicosa y rebelde sobrepasaba nuestra comprensión.

Tiny no era valiente. Solía vomitar antes de una performance. Salía del cuarto de baño pálida y con una sonrisa tímida, y decía: «Bueno, ya está». Por definición, el valiente no puede tener coraje, pero Fanny tenía mucho. Sólo

ahora alcanzo a ver que, a su lado, Whitney y yo éramos dos jóvenes decorosas aunque ambiciosas que por regla general nos ceñíamos a las normas. Esa mesa de cinco ha cambiado de significado entre 1979 y 2017. *Recordar es cambiar*. Nuestra Tiny se ha vuelto más alta y sabia: «Lucy quiere ver a ese gilipollas muerto».

A diferencia de Carolee Schneemann, Marina Abramović o Karen Finley, Fanny nunca ha sido famosa, ni siquiera pseudofamosa. Tenía la energía, pero carecía del temple necesario para sacar adelante un espectáculo que venía a ser una o múltiples versiones de su «yo». Además, le entraban ataques de pánico en los que lloraba mucho y tenía fiebres altas que ningún médico podía explicar. Recuerdo que una vez que alcanzó los cuarenta grados le llevé un paño frío y, mientras se lo ponía en la frente, ella empezó a balbucear que me quería. «Te quiero, Minnesota, porque eres buena.» Whitney también lo oyó, estaba sentada en la cama de Fanny del piso superior, y me miró a la cara y dijo con los labios: «Santa».

Cuando paseo la mirada por los platos de postre con trozos de pastel a medio comer y por las copas con un par de dedos de vino tinto que brilla de un rojo rubí a la luz de las velas, mi visión interior se vuelve borrosa y oigo el sonido de nuestra conversación y nuestra risa como a cierta distancia. ¿Qué decíamos? Vuelvo la mirada hacia la puerta y veo cómo se abre. Entra una mujer en la habitación. Lleva un sujetador de latas y un sello de correos cuidadosamente pegado en la mejilla. Tiene la cabeza afeitada y se ha pintado el cuero cabelludo de rojo. Ya le he presentado a Fanny a la baronesa y está enamorada de ella. La llama Elsa la «Abuela», «la Rompedora» y «la Barda Apasionada». Un año después incorpora a su repertorio una frase suya: «¡Ululo dulce ukelele!».

La baronesa era una mujer fatal que tiraba a los chicos al suelo cuando la invadía el deseo y los golpeaba hasta que sangraban. Era una bestia atrevida con ingenio. Asustó a Marcel Duchamp y a William Carlos Williams. Yo vi a los dos hombrecillos huir hacia las colinas. «Vamos, hombrecito. Te ataremos bien fuerte.» La baronesa era una mujer fálica amante de los equívocos, en

Pittsburgh la arrestaron por ir con traje de hombre y fumar un cigarrillo. Cuando era adolescente, su padre la atacó, y ella le devolvió el golpe con fuerza y se marchó de su casa para siempre. Su madre había muerto. Cuando Ida-Marie Plötz perdió la cabeza, su marido la encerró en un manicomio donde murió de cáncer de útero. Elsa acusaba al gran hombre, su violento y autocrático padre. Estaba convencida de que el origen de la enfermedad de su madre había sido una sífilis no tratada. Fue toda la vida una vengadora de la muerte de su madre.

*Mi espíritu vulgar es innato—  
Un legado de mi Dada—  
Su cruda broma depositó en mí  
la chispa de la obscenidad.*

*El legado de mi noble madre  
melancolía—pasión—fervor—  
refrenados por las riendas de la gentilmujer  
exiliada del castillo—gentileza arruinada*

Los Íntimos están sentados alrededor de la mesa en el loft de Whitney. Están todos vivos y todos siguen siendo jóvenes y prometedores. Elsa también está aquí, rodeando con un brazo a Fanny. Tal vez se estén besando. Las dos se acuestan con chicos y chicas indistintamente. Fanny y yo nos besamos una vez para ver qué tal era, pero yo me reí y ahí quedó todo. ¿Te llevaste un chasco, Fanny? A lo mejor no te importó. Parece que me gustan más las chicas en mis fantasías que en la vida real.

Estoy escribiendo no sólo para contar. También lo hago para descubrir. Whitney sabe lo que quiero porque le he hablado de lo «brutal y frío». La oigo reír. La Muchacha Atrevida trepa por la estantería. Fanny está acostada con un paño frío en la frente. Gus reflexiona sobre el abuso flagrante y chapucero del primer plano. Jacob pronuncia la palabra *romancière*: la pequeña *romancière*. Alguien quiere ver muerto a ese cretino.

No queda mucho tiempo y apenas dinero. Tal vez tiene hambre. La

baronesa está escribiendo una carta. «Queridísima Djuna, mi libro de poesía... ¡Oh! Lo que podría ser... serviría para mantenerme —como mínimo *flotando* —, ¡ojalá lo viera pronto! Djuna, es una necesidad imperiosa para mí...»  
No hay libro. No lo habrá hasta 2010.



MÁSCARA MORTUORIA DE LA BARONESA, Reproducida en *transiton*, 11, febrero de 1928



## 9

Estoy en Minnesota. Es temprano por la mañana. La ventana está abierta y huele a primavera. Ayer, en el taxi que me llevó del aeropuerto a Webster, dejé que los verdes del cálido mes de mayo me iluminaran por dentro, y sentí las suaves ondulaciones del paisaje extenso y llano, y las prominencias que se sucedían a intervalos regulares, los graneros, los silos, las casas, los remolques y las vallas publicitarias que anunciaban comida, moteles y a Jesús a lo largo de la carretera. La música visual de mi tierra.

Escribo hasta el mediodía, y entonces recorro un pasillo silencioso y luego otro hasta las Sunflower Suites. Pulso el botón de apertura de la puerta y cruzó la sala común donde el televisor está siempre encendido, la mayoría de las veces en el canal de naturaleza, y veo fugazmente las mandíbulas abiertas y goteantes de un mamífero alrededor del cuerpo destrozado de su presa, o un calamar oceánico que se retuerce y entra y sale del follaje submarino mientras una voz en off masculina explica las curiosidades del reino animal, normalmente en términos antropomórficos. Empujo la puerta para abrirla, saludo a mi madre con un beso y me dispongo a acompañarla. Me siento en una silla al lado de la cama donde está acostada. Contemplamos las orquídeas y las fotografías de la pared, y a veces los cuadros de la familia, y hablamos. Mi madre dormita de vez en cuando y al despertarse pregunta con voz angustiada: «¿Sigues aquí? —Y cuando le aseguro que sí, dice—: Me alegro tanto de que todavía estés aquí, cariño...». Sigo aquí. El lunes me habré ido.

Me pregunta por este libro y le digo que voy por la mitad. «¿Estás escribiendo sobre tu vida, tu propia vida?» Sólo sobre un año, le respondo. «¿Crees que lo entenderé?» Y le digo que sí, y que ella sale en el libro. «Nada malo sobre tu madre, espero.» No, nada malo, le contesto, y unos minutos después me pregunta de nuevo sobre el libro y le digo que estoy trabajando en él, y sí, son unas memorias, pero los recuerdos no son fijos. Siempre he creído que la memoria y la imaginación son una sola facultad. «No sé qué quieres decir», confiesa ella. Empiezo a explicárselo y mi madre suspira. «Lees mucho, ¿sabes?, pero luego te acuerdas de lo que has leído. ¿Cómo lo haces para acordarte de todo?» Y hablamos más. Y entonces me pregunta: «¿Y cómo va tu libro?». Se lo explico y ella responde: «Ah, sí, creo que me lo dijiste ayer, ¿verdad?». ¿Está perdiendo el tiempo o la noción del tiempo? ¿Es lo mismo?

Cuando los minutos y los días se diluyen, ¿pierde la existencia sus atributos temporales? ¿«Es», «era» y «será» chocan y caen en un saco de tiempo indiferenciado? ¿Pierde secuencia la lectura de la hora? Me tumbo con ella en su cama y le acaricio la mano, una mano que se parece a la mía. Debo tener cuidado con su artritis. «¿Cuántos años tengo? ¿Setenta?» «Noventa y cuatro», la corrijo. Mi madre se ríe. «Qué vergüenza. ¿Sabes?, cuando te lo he preguntado creía realmente que tenía setenta. ¡Hace veinticuatro años! ¿No es curioso? En ese momento lo creía.» Y me digo que la aritmética no le falla.

Veo a mi madre salir de casa con impermeable y botas de lluvia para dar su paseo diario por los bosques y sus alrededores, y observo cómo camina a lo largo del riachuelo, agachándose para arrancar una flor, recoger una hoja caída o reunir un ramillete de hierbas largas, según la época del año, y cómo cruza el agua a través de un árbol caído, con pequeños pasos resueltos y los brazos extendidos para mantener el equilibrio, y admiro cómo, una vez que llega al otro lado, sube el empinado terraplén, agarrándose a las raíces y utilizándolas de puntos de apoyo para los pies. Ahora está cruzando el prado abierto. Es una figura pequeña, delgada y vigorosa bajo la vastedad del cielo que se prolonga gris y húmedo. «Echo de menos el brío al caminar», me dijo ayer. Fue ayer. Madre, yo también lo echo de menos.

Nunca le he hablado de la noche del 7 de mayo de 1979. Y aunque viva lo suficiente para ver publicado este libro, lo tendrá en la mesilla de noche como un talismán de la escritura de su hija. Nunca lo leerá, porque cuando llega al final de una página, los significados de esa página han desaparecido. Este pensamiento me reconforta. Registré la secuencia de los acontecimientos en el cuaderno al día siguiente de que ocurrieran.

8 de mayo de 1979

Quiero contarle tal como ocurrió. Quiero hacer inteligible, en la medida de lo posible, la noche de ayer. Haré lo que pueda. A última hora Whitney, Fanny y yo decidimos ir a una fiesta en Prince Street porque Fanny estaba convencida de que Meredith Monk estaría en ella. No estaba. Yo me puse mis pantalones nuevos azul cobalto que me había comprado en el Loehmann's de Brooklyn, rebajados tres veces, de 200 a 39,99 dólares, con una blusa blanca sencilla pero con buen corte, otra ganga, y el jersey rosa que mi madre me había tejido para mi cumpleaños. Llevaba el pelo recogido. Doy estos detalles porque luego serán importantes. Un loft enorme, cables eléctricos colgando por todas partes, paredes de ladrillo, suelo machacado. En cuanto llegamos, Fanny reconoció a un hombre calvo y se fue corriendo hacia él. «¡Freddy!» A Whitney se le acercó Mark Gold, el pintor. Tiene como mínimo cincuenta años. Yo he hablado con él en varias ocasiones. Se inclina con una sonrisa lasciva y habla de sus exposiciones y de todos los artistas famosos que conoce.

Fue entonces cuando vi al hombre en cuestión. Chaqueta azul marino amplia y camisa azul con botones en el cuello, metro noventa como mínimo, con pinta de venir de la parte alta de la ciudad. Más o menos mi edad, calculo. Jeffrey, Jeff. Con una de esas caras de mandíbula cuadrada que al instante te hace pensar en hombres líderes; nariz recta, ojos castaños, gestos relajados. Guapo. ¿Me fijé en algo más? No. Estoy intentando recordar de qué hablamos al principio. De Italia. Él acababa de volver de Milán. ¿Por qué había ido? Su madre vive allí. Es italiana. Él habla italiano. Le pedí que dijera algo en italiano, un idioma que no conozco. Lo hizo, pero no recuerdo qué dijo. Yo le conté que había estado en Florencia cuando tenía dieciocho años. Hablamos de la Uffizi. Le conté que me había puesto enferma después de dos horas de visita: demasiados cuadros a la vez. Sufrí una sobredosis de belleza, mareada por el color. Él se rio. ¿Me gustó su risa? No estoy segura. Cuesta recuperar las opiniones de entonces. Él me preguntó si quería tomar algo. Respondí que sí y él me condujo a la barra asiéndome con delicadeza del codo. Piensa detenidamente. Sí, el gesto me gustó. Me pareció resuelto.

Haz memoria y trata de recordar todo lo posible. Su padre es estadounidense, vive aquí en Nueva York, pero no dijo gran cosa de él. Su madre había trabajado toda su vida en el negocio de la moda, pero lo ha dejado para dedicarse a la observación de las aves. Ahora vuela a destinos remotos para buscar ciertas especies y, según su hijo, vive en un estado de perfecta felicidad ornitológica. Más conversación. Jeff no se inclina ni sonrío con lascivia. ¿Le hablé de mí? Muy poco. Mi trabajo para Elena, nada más. Me propuso que lo acompañara a otra fiesta al norte de la ciudad. Titubeé. Sé que titubeé. ¿Qué hora era? Las diez y media, las once tal vez. ¿Tuve un mal presentimiento? No, seguro que no. Acepté. Imaginé que lo besaba, que abrazaba su cuerpo fornido y ágil. Lo imaginé desnudo. Eso es un hecho. Esperaba que acabáramos en la cama. Le dije que tenía que avisar a mis amigas de que me iba. Busqué a Whitney en la habitación y la encontré sentada en el suelo con Amanda Blake, que trabaja en la Sonnabend Gallery. Amanda llevaba un mono violeta con hombreras. Veo el color junto a la camisa negra de Whitney, sus caras vueltas hacia mí. Cuando señalé a Jeff, Whitney soltó un débil silbido y dijo: «La vida es aventura».

Fuera en la calle hacía más frío de lo que esperaba. Lo veo sosteniéndome la puerta del taxi abierta. Recuerdo sus piernas al lado de las mías en el asiento trasero del taxi y su manaza con las uñas largas sobre una de mis rodillas. La situación todavía prometía entonces. La ventanilla de mi lado estaba abierta y entraba aire frío. Empecé a subirla con la manivela, pero él extendió un brazo por delante de mi cuerpo y acabó de hacerlo por mí. «¿Mejor así?» Y yo asentí. Jeff había ido a Yale. ¿Me facilitó voluntariamente esa información? Es posible. Había estudiado Historia y Economía. He olvidado casi toda la conversación que mantuvimos, pero sé que cité a Marx: «El dinero es la confusión y la mezcla universal de todas las cosas, por ende, el mundo del revés». Y le expliqué que había renunciado al marxismo a los dieciséis años, pero que eso no significaba que Marx no tuviera reflexiones perspicaces. Y él respondió: «Eres una chica peculiar». ¿Un signo de condescendencia? ¿Por qué me hacía peculiar ese comentario?

También recuerdo que dijo que había estado en el «equipo de remo de peso pesado» de la universidad. Yo sabía algo de remo —chicos ingleses con pantalones cortos, uno, dos, uno, dos—, pero el término «remo de peso pesado o abierto» lo desconocía. Como en el boxeo, se refiere al peso de los atletas. Él habló con fervor de la competición anual entre Yale y Harvard en «el Támesis», un río que siempre ha significado Londres para mí, pero por lo visto ése está en Connecticut, y mientras lo miraba en la penumbra del taxi, de perfil y a ratos de cara, viendo cómo se iluminaba y volvía a oscurecerse con el tráfico en movimiento, pensé que el recuerdo del remo le había arrancado un sentimiento por primera vez desde que lo había conocido.

No me quedé con el nombre de la calle. Sé que estaba en el East Side, y que probablemente no quedaba lejos del río East, porque el taxista enfiló por la Drive. ¿Por

qué no me molesté en fijarme en la dirección? No prestaba atención. Cuando voy sola, estoy atenta. Además, no conozco esa parte de la ciudad. Le tendí diez dólares para la carrera del taxi, pero él me apartó la mano. «No, no. Te he invitado yo.» ¿Me molestó? No, estaba encantada de ahorrarme diez dólares. Tomamos el ascensor hasta la novena planta. Todavía veo el botón: el disco de bronce. ¿De qué hablamos? Me comentó que parecía una modelo pero que no hablaba como una de ellas. La gente siempre me dice que parezco una modelo porque soy alta y delgada. Era un comentario aburrido. De pronto lamenté que fuera tan aburrido. Pero estoy acostumbrada a que me miren sin verme. ¿Por qué será? También me fijé en que se había hecho un pequeño corte en la mejilla al afeitarse y que se le había hinchado ligeramente.

Ya dentro del piso, en la gran habitación había poca luz. Tenía vistas de los edificios cercanos, una geometría regular de ventanas iluminadas. Varias lámparas de mesa cuadradas colocadas estratégicamente emitían una fría luz blanca, y se oían murmullos de conversación, risas y música baja e inofensiva. Jeff me presentó a «Rick», un hombre que apareció de pronto a nuestro lado, de baja estatura y con una pequeña tripa redonda sin ser grueso. Recuerdo que la tela de su camisa cara le tiraba sobre la panza, dejando ver piel y algo de vello. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y olía ligeramente a colonia. Era simpático de esa forma lacónica e impersonal, como forzada, con la que he llegado a familiarizarme en Nueva York, y tenía una voz aguda, casi femenina. Me ofreció una copa de champán. La acepté y miré por la ventana. Jeff se había acercado a un gran sofá de módulos y se sentó al lado de un chico rubio al que parecía conocer bien. Todavía veo al joven con la boca muy abierta: «Oh, Dios mío, Catherine Bales. ¡Cómo iba a olvidar esa noche!». A Jeff se le iluminaron los ojos de regocijo al recordar a Catherine Bales. Me gustó menos. El chico rubio del comentario de Catherine Bales dejó caer el puño sobre la gran mesa cuadrada de cristal que tenía delante para enfatizar sus palabras, y un jarrón vibró sobre la superficie transparente. «Cuidado con el cristal, querido», dijo una pelirroja con una melena corta y lisa al estilo de Louise Brooks.

¿Me recuerdo aburrida, cansada o ambas cosas? Empezaba a sentirme sola e inquieta. No es nada nuevo. Lo llamo «la sensación de los márgenes». O tal vez es la sensación del abismo: se abre una brecha entre el lugar donde me encuentro y yo, una gran línea divisoria que va en aumento y que no puede franquearse. ¿Qué es lo que me separa de tantas personas? ¿Es una inclinación mental? Me acerqué a la mesa y me fijé en que había unas rayas de cocaína cuidadosamente cortadas y aisladas sobre un trozo de papel de plata. Observé cómo un hombre con el pelo castaño esnifaba el fino polvo blanco a través de un billete de cien dólares y a continuación le pasaba el billete a la pelirroja de melena lisa, que se inclinó e hizo lo mismo, y mientras ella bajaba la cabeza me fijé en que llevaba un vestido abierto por la espalda. Le vi la abultada hilera de vértebras y de pronto me invadió una sensación de vulnerabilidad, no sé si por ella o por mí.

Cuando terminó me señaló con la cabeza, pero yo hice un gesto de negación. Probablemente sonreí para ocultar la compasión que sentía por ella, así como mi desagrado. La idea de llenarme las fosas nasales de una droga cara con un billete de cien dólares hizo que pensara en «la confusión y la mezcla». Tuve un pensamiento frío y brutal: había caído una vez más en tierra de idiotas, unos idiotas decadentes e insustanciales. ¿Qué hacía aquí el chico medio italiano del «equipo» de Yale? Quizá eran personas del mundo de la moda, del círculo de su madre. La pelirroja de melena lisa tiró de mí para que me sentara a su lado en el sofá y me llamó «cariño». Ví que se le había corrido el maquillaje. Se dio unos golpecitos en un lado de la nariz con la yema de los dedos, esnifó y me soltó una perorata sobre las alegrías de la cocaína, «la droga perfecta. De verdad. Te sientes increíblemente bien. Eres tú misma pero mejor, y no crea adicción».

Noté que Jeff me estudiaba. Parecía alerta. También parecía estarlo el chico cómo-iba-a-olvidar-esa-noche. Le dije a la pelirroja de melena lisa que se equivocaba. «¿A qué te refieres?» Le dije que Freud se había sentido exactamente igual que ella respecto de la droga y que había escrito sobre la cocaína y sus propiedades beneficiosas, pero luego descubrió que era sumamente adictiva y peligrosa, y cambió de opinión. Podía encontrar su artículo en *Cocaine Papers*. Rick sonrió. «Veo que la novia de Jeff es experta en polvos para la nariz.» La palabra *novia* me chirrió. Debería haber replicado: «No soy su novia. Acabamos de conocernos». Pero cuando pienso en ello me pregunto: ¿por qué no se dirigió a mí? ¿Recuerdo cuánta gente había en la fiesta? ¿Veinte? Ya era casi de día, y con la excepción de Rick, la pelirroja de melena lisa y el chico cómo-iba-a-olvidar-esa-noche, los demás son simples formas humanas borrosas y pululantes. Quería irme. Por un momento consideré tomar el metro al centro de la ciudad para ir a buscar a Whit y a Fanny. Pero seguramente ya estaban en casa, durmiendo. Podía permitirme el derroche de coger un taxi que me llevara a la otra punta de la ciudad. Tenía suficiente dinero. La sola idea de hacer tres transbordos en metro a las tantas de la madrugada, con las sacudidas y los chirridos, las luces temblorosas y los vagones ocupados aquí y allá por crápulas medio dormidos, drogados o locos, o las tres cosas, me horrorizaba. De todos modos, me quedé unos minutos más mientras los demás hablaban. ¿De qué hablaban? Pisos. Alquileres. Direcciones. ¿Importa algo? ¿Por qué? Porque quiero recordarlo todo, por eso. Quiero entenderlo.

Me acerqué a Jeff, le di las gracias y le dije que me iba a casa, que estaba cansada. Él se levantó del sofá y se volvió hacia mí. «Si vienes conmigo, te vas conmigo. Te llevaré a tu casa.» Sonrió, pero era una sonrisa falsa. Lo noté.

¿Qué significaban esas palabras? ¿Supe entonces lo que significaban? ¿Por qué me hicieron sentir un poco avergonzada? ¿Había en ellas algo de machista italiano? ¿Quería darme a entender que yo no conocía las reglas? Guardé silencio unos instantes. ¿Por qué? Había llegado con él, es cierto, pero acabábamos de conocernos en una fiesta hacía

apenas unas horas. Le respondí que no hacía falta, pero él insistió. Debo pensar con detenimiento ahora. Debo intentar no leer el pasado a través del presente. «Si vienes conmigo, te vas conmigo.» ¿Interpreté esa frase como una amenaza? La oí con cierta alarma. Entonces ¿por qué me quedé? Hay algo en mí que no entiendo.

Le di las gracias a Rick, le estreché la mano y me dirigí al pasillo que llevaba al ascensor. Detrás de mí oí a Jeff hablar con Rick y el chico esa-noche. «Dale un beso a tu madre», le dijo Rick. Conversación en voz baja. Un minuto después oí a los tres reír, y la áspera melodía de sus voces mezcladas me llevó a pensar que uno de ellos había soltado una broma soez, y me maravillé de cómo, sin oír el contenido de la conversación, era posible adivinar el burdo significado de lo que tres personas se habían dicho. Los hombres se ríen de otra forma cuando las mujeres escuchan, eso es así. Esperé a Jeff fuera del ascensor. Mientras esperaba me sentí incómoda. ¿Por qué lo esperé? Lo esperé porque era educado esperar y soy educada. Pero eso no lo explica. Había otro factor, un factor añadido, que no estaba viendo. Me preocupó que pareciera raro no esperarlo. Él había hecho hincapié en que no se iría de la fiesta sin mí. Se sentiría insultado, tal vez incluso humillado, si me iba por mi cuenta. Pero ¿a mí qué más me daba? Eso tampoco es una explicación satisfactoria. ¿Por qué no me subí al ascensor y desaparecí? ¿A qué se debió mi contención? ¿Por qué me sentía ligada a él?

Durante el trayecto en taxi, él al principio casi no habló, pero yo percibía la tensión, una irritación tirante. Probablemente estaba borracho. Le había visto beber bourbon. Pero no arrastraba las palabras ni se movía con torpeza. Era corpulento y probablemente aguantaba bien el alcohol. Me preguntó malicioso qué estaba leyendo «en estos momentos». ¿Leía a Marx o tal vez a Freud? Ahora esto me parece importante. Daba la impresión de que le irritaba lo que yo leía. Parecía tomárselo como una afrenta personal. No se molestó en ocultar su sarcasmo. Ya se imaginaba que era algo «complejo». Me enfadé y dejé caer que estaba leyendo a Wittgenstein, las *Investigaciones*. Era un libro que había trabajado en profundidad. Lo había leído despacio, tomando anotaciones. Podía citarlo de memoria. Me sentí tentada de hacerlo, pero me contuve. Su atractiva cara empezó a parecerme estúpida, casi corrupta. Se rascó la nariz, y el reflejo de la luz cambiante de los semáforos en su reloj dorado me produjo de pronto mucho rechazo. El taxi era un Checker espacioso. Recuerdo que me acerqué más a la portezuela y miré por la ventana mientras cruzábamos a toda velocidad el parque.

Me alegré tanto de ver el número 309 de la vieja calle Ciento nueve Oeste que si hubiera podido abrazar al querido y feo edificio lo habría hecho. Revolví en el bolso y le ofrecí el mismo billete de diez dólares que había intentado darle antes. Lo rechazó cortante y yo respondí: «Gracias. Buenas noches». Me paso la vida dando las gracias a la gente. ¿Qué me pasa? Bajé rápidamente del coche con las llaves preparadas en la mano. Oí la portezuela cerrarse y el coche arrancar, y respiré alegremente, pero dejé de

hacerlo al oír los pasos rápidos y fuertes del remero de peso pesado detrás de mí. La llave ya había girado en la cerradura y noté cómo la mano de él abría de un empujón la pesada puerta. Saqué la llave de la cerradura con violencia y cerré los dedos alrededor de ella. En el pasillo, me volví hacia él. Le dije que no necesitaba escolta y él respondió: «Te acompañaré hasta tu puerta». ¿Le dije que sí? No, no se lo dije. ¿Asentí? Tampoco. Pero no eché a correr escaleras arriba por delante de él. No llamé a voces al señor Rosales ni bajé corriendo hasta su piso del sótano. ¿Pensé que podría «manejar» la situación? ¿Era porque no quería que se enfadara o que se enfadara aún más de lo que ya estaba? ¿Sabía él entonces lo que iba a hacer?

Cuando introduje la segunda llave en la cerradura del 2B, él pegó el cuerpo a mi espalda y me aplastó contra la puerta. Yo noté sus caderas moviéndose contra mis nalgas y sus dedos en mi pelo mientras tiraba con suavidad de una horquilla. ¿No me entendió? Ahora me pregunto si eran gestos practicados de seducción. Probablemente le habían dado buenos resultados en el pasado. Me volví con brusquedad y levanté la mirada hacia él. Sonreía expectante. Le vi las encías. Su boca me pareció fea con esas encías rojas. Es extraño que tuviera tiempo para pensar en sus encías, pero lo hice. Sentía un nudo de ansiedad en el pecho. «Es hora de que te vayas», le dije. Bajó la vista hacia mí con expresión indulgente, paciente. «Eso no es lo que quieres», dijo. «Lo siento, pero sí que lo es.» Debía de creer que mi voluntad todavía contaba. Introduje la llave en la cerradura y la hice girar, lista para meterme corriendo, cerrar de un portazo y asegurarme de echar la cadena, pero él me puso las manos en las caderas y me empujó dentro, y cerró la puerta detrás de él, aunque sin cerrarla con llave.

Luego empezó un juego extraño. Era como si él no hubiera entrado en mi piso por la fuerza, como si yo no le hubiera pedido que se marchara. «Deja que te ayude con el suéter.» Alargó una mano hacia mí, pero yo me lo quité rápidamente y lo enrollé alrededor de mi brazo. Él sonrió y señaló la habitación con un ademán. «¿Es aquí donde vives? Muy acogedor.» Paseó la mirada por la estantería que tenía a su izquierda y por la que estaba en el otro extremo de la habitación. «Muchos libros. No esperaba otra cosa. —Luego señaló la silla azul—. ¿De dónde la has sacado? ¿De Bloomingdale?» Ahora me parece un comentario hostil. En ese momento me quedé simplemente perpleja. ¿Qué quería decir? Dio varias vueltas por la habitación sin dejar de sonreír.

«Te he pedido que te vayas, por favor», repetí. ¿Añadí algo? ¿Me estoy olvidando algo? No, creo que no. ¿Por qué hablé en voz baja? ¿Por qué estaba tan serena? ¿Por qué dije «por favor»? ¿Pensaba que podría persuadirlo para que se fuera? Se me acercó como si yo no hubiera dicho nada. Deslizó los dedos por mis brazos desde los hombros hasta los codos. Todos mis sentidos parecían funcionar a cámara lenta, como atrapados en un largo bostezo, pero ese peculiar intervalo de tiempo tuvo el efecto de volverlos más penetrantes. Mi visión se volvió más aguda. Examiné los libros del estante que estaban justo a la derecha de su cabeza y me detuve en *Viaje al fin de la noche*. Un



título oportuno, pensé. No comprendo cómo pude pensar tal cosa, pero lo hice. También oía su respiración. ¿Jadeaba?

Me puso una mano en la espalda. «Vamos, nena, bailemos.»

Se la aparté y retrocedí un par de pasos. Yo era todo dignidad. No alcé la voz. Era como si representara un papel y recitara el diálogo de un personaje de una novela. Cada uno había asumido un papel, pero los papeles pertenecían a historias diferentes. «No quiero bailar. Quiero que te vayas. Hace horas que tu comportamiento ha dejado de tener gracia.» Escogí esas palabras. Escogí exactamente esas palabras. Recuerdo cada una de ellas. Oí el ascensor. ¿Bajaba? Se rio enseñando las encías. «Sus dientes son demasiado pequeños», pensé. ¿Por qué no lo había pensado antes? Él no me oía. No me creía.

«Vamos, nena, te estoy sacando a bailar.»

Corrí hasta la puerta y la abrí. ¿Grité? No, pero dije: «Vete.»

Se precipitó detrás de mí y la cerró. Yo me aparté, pero él me persiguió y me agarró por los hombros. Aullé o grazné. Una voz aguda salió de mí, pero no fue un grito. Casi se me había cerrado la garganta, pero luchaba por respirar. Ahora tengo que pensar con claridad porque quiero reconstruir lo que pasó exactamente. No es fácil. Me sujeté los brazos a los costados en un abrazo férreo, me aplastó la cara con la suya y empezó a buscar mi boca con la lengua. Volví la cara y traté de zafarme, y acudieron a mi mente las palabras «camisa de fuerza». Él era una camisa de fuerza. «Quieres hacerlo —me dijo—. Sé que quieres. He visto cómo me mirabas. Estás hambrienta. Quieres hacerlo.» Me eché a llorar. Ese ruido como de otro mundo hizo que me avergonzara en cuanto empezó a salir de mi boca. Me pareció verlo reverberar en el aire.

Me dio la vuelta con violencia, me tapó la boca con una mano y me siseó al oído: «¿Quién coño te has creído que eres? ¿Crees que puedes volverme loco y luego dejarme tirado?». Vuelvo a recordar cada palabra. Se me han quedado grabadas en la conciencia. Me arrastró por el suelo. Perdí un zapato. Noté cómo se me caía del pie, pero no lo vi. Le mordí la palma de la mano con tanta fuerza que me dolieron los dientes. Él gritó. Hasta ahí estoy segura.

Luego debí de estamparme. Él debió de estamparme contra la estantería. Me golpeé la cabeza. Caí. Me deslicé hasta quedarme sentada en el suelo, con los pies descalzos delante de mí. Lo veía a él, la habitación, los libros, todo en blanco y negro. Me fijé en que se había sacado el pene de los pantalones: increíblemente delgado y empalmado. Lo vi con claridad. Fanny lo llama «pene lápiz». Yo nunca había visto ninguno. Su cara furiosa. ¿De dónde salía esa rabia? Jadeaba con la cara roja mientras me miraba con su aborrecible pene saliéndole de la bragueta abierta. El estribillo ya había empezado: «Por favor, no. Por favor, no. Por favor, no». Las lágrimas atascan la voz. Ahora puedo oír los ruegos, las súplicas, la voz sollozante, pero era como si perteneciera a otra persona desafortunada y desesperada. No era mi boca la que se movía. Era la boca de ella. Yo ya no estaba dentro de mí. Esa pobre chica del suelo ya no formaba parte de mí. Estoy

contando la verdad. Y esa verdad me asusta. Ella tenía sentimientos, pero yo no. Ella suplicaba. Yo no.

¿Empezaron los golpes del piso de al lado mientras la chica del suelo gemía «¡Por favor, no!»? Tal vez empezaron antes. Pum. Pum. Pum. Golpes en la puerta. La voz de Lucy con su voz de Ted: «¡Largo de aquí! ¡Llamaré a la policía! ¡Lárgate!».

Vi cómo Jeff se precipitaba hacia la puerta, lívido. Eso es todo lo que veo en mi recuerdo, la chaqueta por encima de sus piernas mientras daba grandes zancadas. La puerta se abrió. Se quedó abierta. Él se había ido. Se había ido y yo me sentía extrañamente impasible.

Luego apareció Lucy por la puerta con una escoba en las manos. Debía de ser el instrumento con que había golpeado la pared. Recuerdo que examiné su túnica morada, sus pantalones rectos negros y el pelo suelto sobre los hombros. Ella era en color. Mi visión en blanco y negro había sido pasajera. Sospecho que cuando él me arrojó contra la estantería se me sacudió el nervio óptico. ¿No había leído en alguna parte algo sobre eso? Lucy se inclinó y miró a un lado y a otro antes de mirarme directamente a los ojos. «¿Estás bien?» Una cara grande y redonda con múltiple papada entró por el marco de la puerta. Estaba rodeada de pelo corto y canoso. Tenía una mirada vehemente, y una boca pequeña y casi sin labios encajada entre profundos carrillos. El cuerpo formidable que pertenecía a la cabeza la siguió. A partir de sus anchos hombros hacia abajo era perfectamente cuadrado en sus proporciones y estaba cubierto por un largo muumuu marrón. La mujer corpulenta le dio a Lucy un ligero empujón en la parte superior de la espalda y entró pesadamente en la habitación. Luego estiró el cuello para mirar hacia atrás y gritó: «Polilla, ¿qué haces escondida en el pasillo? ¡Entra ahora mismo!». Me acordé de la voz ronca. Polilla tenía una cara tan alargada y estrecha como redonda y grande era la de su compañera. Se coló en la habitación con pasos diminutos, balbuciendo: «Patty, Patty, no sabía si se había ido». Patty y Polilla. Polilla era la voz chillona.

Bajé los ojos hacia mi cuerpo. Mis bonitos pantalones nuevos estaban muy arrugados, y vi una mancha oscura en mi muslo. Por razones que aún ahora me desconciertan, me preocuparon las arrugas y la mancha. Pero seguía con los pantalones puestos. Tenía la blusa torcida, con los botones al lado, y la sangre del hombro había traspasado la tela blanca. «Qué lástima. La blusa también», pensé. Me pregunté distraída si podría sacarla con lejía. Pero no estaba asustada por el fugado Jeff. Cuesta exagerar mi indiferencia. Sé que me dije: «Estás viva, no muerta. No te ha violado. No te ha violado», pero no sentía alivio, ni gratitud, nada. Era una simple observación.

Lucy, Polilla y Patty me rodearon alborotadas. Mi atención flaqueó. Sentía náuseas. Me ha pasado antes. Pensé que iba a desmayarme. Había pequeñas luces blancas centelleantes en mi visión periférica. La voz aguda de Polilla. «Está sangrando. Está sangrando. Dios mío, qué pálida está.» Patty se había arrodillado delante de mí y me

tomó la cara entre las manos. Noté que perdía el conocimiento. «Estamos aquí», dijo ella. «Todo va bien.» «No quiero moverme. No quiero moverme.» Nadie iba a obligarme a moverme. La cara de Lucy apareció de nuevo. «Te pondrás bien, niña, ya lo verás.» No me desmayé.

Las tres iban y venían corriendo del piso de Lucy al mío con utensilios. Pese a mi obstinada negativa a moverme, lograron manipular mi cabeza y decidieron que, por suerte, la herida no era grave, sólo un pequeño corte en la nuca. «Mucha sangre, pero nada serio.» Patty me puso encima unos hielos envueltos en una toalla, y a continuación Polilla, con un par de tijeras y esparadrapo, me lo vendó sin dejar de repetir: «¿Te duele? ¿Te hago daño, cariño?». Yo no sentía nada en absoluto. Me pregunté por qué. A Lucy le preocupaba que hubiera sufrido una conmoción. «Tenemos que vigilarla. Si se mareo o vomita, la llevaremos inmediatamente a urgencias.»

Luego hablaron de la policía. Patty iba a llamar. Yo le pedí que no lo hiciera. Sentí unos dedos calientes en mi mano derecha, que estaba helada. Me habló con voz profunda y opaca. «Te han atacado.» «La policía no», insistí yo. Ella estaba a cuatro patas y volvió a impresionarme el tamaño de su cuerpo. Qué mujer más grande. Había acercado la cara a la mía para que pudiera mirarla a los ojos, unos ojos inteligentes, y advertí que tenía la tez lechosa sin ninguna mancha o lunar, una piel perfecta con suaves pliegues de grasa. «No debería haberme subido al taxi con él —le dije—. He sido estúpida. Pero no me ha violado. Lo habéis detenido. Estoy bien, de verdad.»

Tenía muy claros esos hechos, y mis pensamientos discurrían en frases enteras, no en fragmentos. Lucy dijo que ya tendría tiempo para pensar en llamar a la policía. Me habían oído gritar. «Somos testigos», añadió. Polilla revoloteaba junto a mi oído. «Está en estado de shock.» Oí la discusión que siguió sobre qué hacer conmigo. No podían dejarme allí sola. Me llevarían al piso de Lucy. Yo accedí al traslado y entre las tres me ayudaron a levantarme. «Santo cielo, qué larga eres», exclamó Polilla cuando estuve de pie. Me estiró la blusa y me dio dos tímidas palmaditas en el brazo. Lucy me asió del codo derecho y Patty del izquierdo. Empecé a dar un paso mientras las dos mujeres me miraban solícitas y ansiosas, y de pronto vi lo absurdo que era todo. Parecía una comedia. Me eché a reír. «Puedo andar. Estoy bien. —Las aparté. Caminé sin dejar de reírme—. Estoy bien.» Todo el asunto era tan ridículo que rayaba en lo cómico. Pero sí estaba un poco mareada. Mi risa inquietó a las tres mujeres. Patty me dijo con tono severo que parara y obedecí.

En el oscuro cuarto delantero del piso de Lucy había velas encendidas, velas negras. También olía a incienso, lo que me recordó la habitación de Edith Harrington del instituto. Utilizaba las barritas para disimular el olor de los cigarrillos. Las tres mujeres me sentaron en un sofá afelpado que ocupaba casi toda la pared derecha de la sala, encendieron una pequeña lámpara que había a un lado, con la pantalla decorada con campanillas, y reanudaron sus peticiones. Hablaban como si yo no estuviera allí. Tal vez

no estaba. «Necesita algo para dormir.» «Creo que le está volviendo el color. ¿No os parece? Miradle la cara a la luz.» Oí susurros acerca de la policía; que deberían dar parte de lo ocurrido. «Maldito cabrón de mierda.» De Polilla salía un torrente continuo de murmullos, intensamente modulados por los insultos. Yo me sentía sin fuerzas y vacía. La habitación era todo sombras cuadradas en movimiento, pero percibía la presencia de baratijas, cuadros y dibujos en la pared cuyas escenas y figuras no podía distinguir, y de libros apilados en pequeñas mesas con títulos invisibles en los lomos. «Tú quédate ahí sentada y nosotras te acomodamos.» Me quedé sentada. Polilla preparó té en el otro extremo de la habitación y me pareció que tenía las piernas rígidas a causa de un accidente o una enfermedad. Se veía obligada a moverse dando pequeños pasos renqueantes. Recuerdo el vapor que se elevaba del cazo hirviendo mientras Polilla tarareaba y murmuraba. Dejé que Lucy me desnudara como si fuera una niña. Por un momento, con sólo la ropa interior, me miré el ombligo y me sentí patética. Pero enseguida Lucy me pasó por la cabeza un montón de franela arrugada, me metió un brazo en cada manga y tiró de la tela suave y holgada hasta las caderas. Patty fue a buscar una manta y una almohada a la habitación de al lado. Lucy me arropó en el sofá. Polilla me trajo té. Miré el líquido caliente y verde. En su superficie flotaban hojas mustias. «He echado algo en el té, querida, un sedante. Te ayudará a dormir», me dijo Patty.

El pasaje continúa en el cuaderno, pero me detengo en este oportuno intervalo en el que Minnesota, mi yo joven, duerme plácidamente en el sofá de Lucy con la ayuda de un fármaco. La han salvado una escoba y tres mujeres que se creen unas completas desconocidas para ella, y que lo son mucho menos de lo que creen. Si sueña esta noche, no recordará sus sueños. Mientras duerme, le late el corazón, e inspira y expira, y en el 2C un reloj marca los minutos, la Tierra gira sobre su eje invisible y por la mañana el sol saldrá, la ciudad se volverá más ruidosa y las aceras y los trenes se llenarán de gente. Si el pasado no es un lugar que se puede visitar, entonces arrancar verdades de él es como sacar nada de nada. Y el pasado no es un lugar. Y si el pasado no existe más que en las maquinaciones de la física teórica y la ciencia ficción, ¿qué nos queda entonces? ¿Debo creer que todo lo que queda son fluctuantes imágenes mentales en la mente de las personas que desaparecerán con ellas cuando mueran, y los registros históricos, volumen tras volumen de palabras y números?

Minnesota tardará dos días en darse cuenta de que no sabe el apellido del

hombre que la arrojó contra una estantería. Es una muchacha sana y el corte cicatriza rápidamente. Pero durante siete noches seguidas despertará aterrorizada después de soñar. Siempre es el mismo sueño sin imágenes, sólo las sensaciones explosivas de estrellarse de cabeza contra una superficie dura y quedarse sin aliento, y una presencia malévol que avanza hacia ella. Cuando se calma, comprende que está reviviendo el ataque. Ha oído hablar de esta clase de experiencias después de accidentes de avión, accidentes de tráfico y batallas. El sueño dura una semana y luego desaparece. Pasan los años y una noche regresa. Pasan más años y por segunda vez tiene el sueño terrible, y al cabo de varios años irrumpe de nuevo. Tres veces. A su juicio, esta aparición no tiene ni pies ni cabeza. El significado del fantasma reside en lo que ella no puede saber, está enterrado en las verdades calladas de su cuerpo que no tienen a nadie que las pronuncie.

Las contaré yo ahora lo mejor que pueda. «Haré lo que pueda», escribió hace treinta y ocho años. Pero no voy a mentir. El recuerdo me duele, me duele ahora, y así es cómo el pasado se mantiene vivo. No es un lugar sino un movimiento, del entonces al ahora. La violencia de esa noche y el sonido de una voz que repite una y otra vez «por favor, no» resuenan en y a través y a lo largo del tiempo. Y no sólo mi tiempo. Se fusiona y se mezcla con otros tiempos. Nuestros tiempos. La violencia se despertó en mí antes de ver por primera vez a Jeffrey, y está aquí mientras escribo en el cuarto de huéspedes, a sólo unos pasos de donde duerme mi madre. Ella siempre duerme hasta media mañana. Una y otra vez me he preguntado por qué él no me oyó, por qué parecía un personaje de otra historia, por qué su historia sofocó la mía. Una y otra vez he hablado y no me han oído. Una y otra vez me han visto sin verme. La veo ante el viejo escritorio en el pequeño dormitorio del 2B. Ella escribe. Yo escribo:

*Hay un cuchillo y hay una llave.*

*Hay una señora que pone agua a hervir.*

*Abre el libro y el hechizo aprende.*

*Hay una historia que compartir.*

# 10

Me he preguntado muchas veces qué pensó Jeffrey el sin apellido cuando salió corriendo de mi edificio en la calle Ciento nueve Oeste. Me refiero a cuando por fin pudo recobrar el aliento. ¿Repasó mentalmente lo ocurrido esa noche para intentar darle sentido? ¿Tuvo remordimientos? ¿Le sorprendió su propia violencia? Podría estar equivocada, pero me atrevería a decir que no hizo nada de eso. «¿Quién coño te has creído que eres? ¿Crees que puedes volverme loco y luego dejarme tirado?» Estas palabras dan sin duda pistas sobre el misterio de «¿Quién era Jeffrey?». Un joven frustrado, sí, pero también sorprendido, que justo antes de pronunciar esas palabras había mirado casi con ternura a la joven que tenía delante y le había deslizado los dedos delicadamente por los brazos. En sus ojos, ella había visto su convicción, su firme creencia en que ella se ablandaría, se rendiría ante sus encantos y cedería ante técnicas que durante tanto tiempo le habían dado resultado. No importaba que ella le hubiera pedido que se marchara. Era un caso de sordera selectiva antes que universal. Jeffrey había escuchado embelesado al tipo que recordaba la noche con Catherine Bales. He llegado a compadecer a Catherine Bales. Él no oyó a Minnesota porque sus palabras no significaban lo mismo para él. Dentro del 2B colisionan dos historias.

En 1979, el Héroe Clásico sin apellido era unánimemente caucásico. Aunque un siglo atrás los irlandeses y los italianos eran personas de raza negra en Estados Unidos, a finales del siglo XX hacía bastante que eran de raza

blanca, de ahí que el actual Héroe Clásico deambule por las calles de la ciudad con impunidad para disfrutar de la vida como una aventura. Tiene dinero en el bolsillo, estudios en una de las universidades de la Ivy League y buenos recuerdos de remar y salir de copas después con el equipo de peso pesado, y de las proezas sexuales que le corresponden como uno más del equipo, conquistas de las que presume delante de todos para mejorar su prestigio y disfrutar de la admiración del equipo, lo que lo compensará, al menos en parte, del pequeño tamaño de su miembro, y las chicas, oh, las chicas están en su mayoría dispuestas. Se abren de piernas por su pequeño pene, y gimen y gritan al alcanzar el orgasmo, real o fingido. Quieren hacerle feliz y lo consiguen.

Cuando ve a la chica guapa del centro de la ciudad, sabe que ha tenido suerte. «Di algo en italiano.» Benditas las bobas. Pero en el taxi ella cita a Marx y luego a Freud, y lo pone en una situación embarazosa con la remilgada perorata que suelta sobre la cocaína. Por Dios, ¿quién se cree que es? Zorra pretenciosa. Ya le callará la boca cuando se la folle.

O tal vez no piensa eso en absoluto. Tal vez ella lo desconcierta. Ella le dice que se va, pero luego lo espera dócilmente en el ascensor y deja que la lleve a casa. Ella se baja corriendo del taxi, pero cuando él la sigue, deja que la acompañe hasta la puerta. Ella sigue diciendo que no lo desea, pero él sabe más. Mira esa cara, esa boca, ese cuerpo. Mirar es saber. Las palabras son cháchara. Ya ha pasado antes por eso. Ellas cambian de opinión. Siempre cambian de opinión. Y cuando ella no lo hace, él pierde el control. No puede evitarlo. No, no es probable que este joven haya corrido a su casa, se haya tirado sobre la cama de su espacioso apartamento y se haya echado a llorar. Tal vez regresa al lado del chico rubio de la fiesta del otro extremo de la ciudad para presumir y burlarse del «pedazo de culo» que acaba de «tomar», la chica alta que se hace llamar Minnesota, y su amigo y él hablan un poco más, y pasan los minutos y se produce una transformación mágica. La palabra *Minnesota* pierde toda referencia humana y se convierte en un simple nombre propio que de vez en cuando regresa como una broma entre los chicos, un estado de la unión azotado por los vientos huracanados de la risa, junto con «Catherine Bales».

¿Hay piedad en mí para mi Casi Violador? ¿Debo descender por debajo de la piedad? ¿Hay caridad en mí para el Héroe No Tan Clásico o el héroe que se convierte en villano o el villano que por un momento parece un héroe? No, mi alma no es tan grande como la de Simone Weil. No soy una santa. Más que nada, quiero desterrarlo del paisaje de la memoria, aniquilar su presencia en mi mente, pero, como no es posible, le estoy pidiendo que abandone el libro ahora mismo. «Y cierra la puerta al salir», añadido. No volveremos a verlo en carne y hueso. No volverá para defenderse o para contar su versión de los hechos según se desarrollaron. La policía nunca llega porque no se la llama, del mismo modo que nunca se la llamó ni llegó para la señora Malacek. La única persona que está investigando el caso es la Detective Introspectiva, y se encuentra en la escena únicamente después de que se haya cometido el crimen y haya huido el perpetrador, y no se atreve a perseguirlo. Al fin y al cabo, no es más que su segundo caso y carece de experiencia.

Pero yo, la vieja narradora, me estoy preguntando por qué mi antiguo yo esperó. Me avergüenzo tanto de haber esperado... Llevo casi cuatro décadas avergonzándome, y mi humillación no tiene fin. De verdad, me duele intensamente. Es como si todavía esperara en el ascensor a Jeffrey, quien me dijo que, si iba conmigo, se marchaba conmigo. Es como si todavía fuera esa joven parada frente al ascensor, incapaz de moverse. En ese momento debería haber corrido, pero no lo hice. A esas alturas ya me había pasado algo a mí, mejor dicho, a ella. Mucho antes de que saliera despedida hacia atrás y se estampara contra la estantería, mucho antes de que se cayera al suelo y suplicara «por favor, no», ya se había arrojado el hechizo. Y allí está ella, con la cara colorada y humillada para siempre.

Debe de haber una manera de apartarla de ese lugar. Las últimas horas del 7 de mayo de 1979, que se convirtieron en las primeras horas del 8 de mayo de 1979, no podrán retrocederse y las manecillas del reloj siguen dando vueltas y vueltas, y la cara antes bonita y tersa de la persona que esperaba delante del ascensor ahora está arrugada. Pero la mano que agarra la pluma continúa escribiendo en un cuaderno, y el secreto de esa figura inmóvil en el noveno piso de un edificio del East Side de Manhattan podría residir en otro lugar. No olvidemos que un recuerdo siempre está en el presente. No



olvidemos que cada vez que evocamos un recuerdo, éste está sujeto a cambios, pero tampoco olvidemos que esos cambios pueden traer consigo verdades. Viajamos hacia atrás en el tiempo hasta la niña bien educada que se sienta erguida en el banco con los otros miembros del coro infantil. Ella trata de no balancear la pierna durante el sermón, pero ésta parece tener voluntad propia y golpea con el zapato de charol la parte posterior del banco que tiene delante. «Eso es mastabación, ya sabes», le susurra Ellie Thorson. La chica del pie rebelde no sabe qué significa *mastabación*. Sea lo que sea, suena mal y detiene el pie.

Hay muchas reglas que seguir. Dios vigila para asegurarse de que se cumplan. Dios vigila junto con su llameante compañero, el Espíritu Santo, que en cualquier momento se le puede meter en el oído y comenzar a susurrar o cantar con los duendes, porque es un pedazo de fuego que puede ir a cualquier parte en cualquier momento. Ni siquiera tiene cara. El Hijo sí, tiene una cara sufrida y digna de compasión. Le sujetaron las manos y los pies con clavos, y cuando ella piensa en la espantosa historia le duelen los suyos. Jesús es mucho más bondadoso que los otros dos, el Espíritu y el Padre, pero también vigila.

«Estate quieta.» «Junta las manos en el regazo.» «Silencio. Debo estar en silencio.» «En fila, chicos.» «Prohibido hablar en el comedor.» Ella ve la sombra del director proyectada sobre la pared. «Quiero que se comporten como pequeñas damas y caballeros.» Ella escucha y sueña, pero mantiene los ojos clavados en la página: «Corre, Dick, corre». Dick siempre está corriendo. Los niños de su libro de lectura no tienen entrañas y ella siente esta carencia intensamente. Sus estómagos nunca hacen ruidos y sus dientes nunca rechinan. No tienen pensamientos. El minuterero del reloj del aula grande es proclive a las sacudidas bruscas que ella observa con detenimiento. Espera a que le den permiso. Levanta la mano y pregunta: «¿Puedo ir al aseo, por favor?». No hay color en la escuela.

Pero en casa coge el libro de Alicia y estudia los dibujos, y sueña con que cae lentamente por la madriguera, y pasa a la página de esa ilustración que le encanta de la horrible duquesa con una cabeza enorme, el bebé feo que se convertirá en un cerdo y la cruel cocinera que ha echado demasiada pimienta a la sopa, y lee las palabras de la canción que le calienta los muslos con un

placer tan siniestro que tiene que respirar hondo: «Grítale y zurra al niño / si se pone a estornudar». Ella se guarda para sí su alegría sádica, pero la confusión silenciosa de esos sentimientos aumenta, y a veces por la noche los torbellinos de tormento hacen que se retuerza y se agite, y suplique ser liberada de su maldad. Ella es mala, una criatura mala, y en el silencio de la habitación que comparte con Kari, que duerme profundamente en su lado, la ansiedad temblorosa llega hasta tal punto que muerde la funda de la almohada. Escucha el sonido de batir de alas dentro del armario, como si un gran pájaro lesionado se hubiera metido en él. Terror a los ángeles.

Y por la mañana se olvida. Por el resquicio entre las cortinas entra luz, y si es verano, no hay colegio ni tantas reglas. Las horas de un día dan lo bastante de sí para jugar y aburrirse. Mi madre nos lleva a la piscina pública. Oigo los pies corriendo por el trampolín, y el resonante sonido metálico de un salto o zambullida, seguido de un chapoteo en medio del estruendo de voces agudas gritando. Distingo el olor del cloro y siento el cemento húmedo y caliente debajo de mi vientre. Kari se deja caer a mi lado con su traje de baño de dos piezas, la mitad superior a rayas rojas y la inferior rojo liso, y apoya la oreja en la dura superficie. Miro su cara redonda debajo del pelo corto y lacio que gotea agua, y ella me sonrío con satisfecha complicidad porque sabe que pronto nos levantaremos y nos tiraremos una vez más al lado profundo. Siempre estábamos corriendo, saltando y cayendo.

Mi padre me ha sentado en la encimera de la cocina. Me lava la rodilla ensangrentada con agua y jabón. Me la seca con suavidad y me mira a los ojos para ver si me duele. Me explica que hay que limpiar bien «la herida», y la palabra *herida* hace que me sienta importante. Con unas pinzas extrae una piedrecita, un punto negro en el corte, y la sostiene en alto para que yo la examine. Ahí está, una «partícula del suelo del garaje» que hay que sacar, ya que los niños y los suelos no combinan bien. Podría contraer una infección, y no queremos que eso ocurra. Veo la mercromina, rojo oxidado sobre mi piel, la gasa y las tijeras en las manos de mi padre. Mientras corta el esparadrapo y sujeta con firmeza la venda en su sitio me dice que estas cosas hay que hacerlas bien. Luego me rodea la cintura con las manos, me levanta en el aire y me baja con mucha delicadeza al suelo. Cuando me alejo, cojeo para exagerar

mi herida. Soy la niña más feliz del mundo.

No se nos permite comer muchos dulces. Me emociono cuando me siento al lado de Kari con mi chocolatina Hershey y mordisqueo la delgada lámina marrón para que dure, rompiendo cada cuadrado cuidadosamente por la línea para conservar sus pulcras divisiones rectangulares. Ella y yo comparamos el tamaño de las chocolatinas que mamá nos ha dado inesperadamente. Vemos cuál de las dos puede comer más despacio. «Dejadme dar un mordisco», dice mi padre por encima de nosotras. Aparece su mano y aflojo la sujeción de los dedos. Regresa la chocolatina diezmada. Kari y yo contemplamos estas intervenciones como el destino, no muy diferente de la semilla de diente de león que se me metió en el ojo y tardó tanto en salir o los tornados que soplan de vez en cuando sobre Webster y nos obligan a encerrarnos en el sótano. Como mi madre, nos mostramos filosóficas: «Todos sufrimos y todos morimos». Ya muerto mi padre, mi madre, sentada frente a mí, me habla más de él de lo que nunca me ha hablado. «Nunca me consultaba sobre esas salidas de domingo para ir a ver a la tía Irma. Nunca me avisaba con tiempo. Lo veía metiendo la nevera portátil en el maletero. Era la señal para que comenzara a preparar sándwiches. —Entonces a mi madre no le fallaba la memoria—. Me habría gustado que me lo preguntara. —Y añadió—: Claro que una familia no es una democracia.»

Y la tía Irma le habla a mi madre en voz baja de la muerte de su hermana. Lo recuerdo porque se suponía que no debía escuchar. Estoy en la habitación contigua. Ella dice algo sobre «un estertor de la muerte». Sí, dice, mi padre perdió a su madre con apenas doce años, y hay que tenerlo en cuenta para entender sus crisis de humor negro. Evangeline, la madre de mi padre, estuvo enferma durante mucho tiempo antes de que Irma fuera a vivir con su cuñado y su sobrino. Y también está la guerra en Europa. Irma susurra ahora. La de cosas terribles que él debió de ver en Alemania al final de la guerra. Me encantaría ver a mi madre y a Irma, pero no puedo. Pero luego oigo que Irma le susurra a mi madre: «Enfermos, dejó enfermos a algunos. —Y las palabras que dice a continuación se me quedan grabadas para siempre en el cerebro—. Neurosis de guerra».

Hay momentos en que evoco a la niña y la veo con los brazos extendidos y

los ojos tapados con un pañuelo, jugando a la gallina ciega. Mueve las manos en el aire buscando a tientas a los otros niños, que las esquivan. Está mareada porque le han dado muchas vueltas sobre sí misma. Gran parte de la vida ha sido eso, intentar avanzar a tientas. Luego ella se vuelve más alta y lee más, escribe más y dibuja más. Es una estudiante excelente, pero a los profesores no les cae muy bien. Le ponen sobresalientes, pero ella percibe su irritación y resentimiento. Escribe sus poemas y cuentos en casa. Hace otro trabajo sobre las rebeliones de los esclavos porque se siente inspirada, pero el señor Wolf se lo devuelve. No se lo ha pedido. Y el año siguiente, el señor Burdock le entrega un trabajo con una expresión fría y dice: «Este trabajo no es tuyo. No me creo que haya escrito usted esto. No es el trabajo de una chica de dieciséis años. La ha ayudado su padre, ¿verdad?». Ella responde que no. Insiste en que lo ha hecho ella. Él menea la cabeza. Ella llora.

Sí, y recuerdo el día del dentista. Tengo quince años y estoy encorvada sobre un libro en la sala de espera. Es primavera y hace calor. Llevo unos vaqueros cortados y el ventilador runrunea porque se ha estropeado el aire acondicionado. La mujer que está sentada a mi lado examina mis piernas desnudas. La he visto antes, pero no sé quién es. Siento cómo aumenta su desaprobación a medida que ella se hace cada vez más voluminosa en su silla, una mujer globo que puede reventar en cualquier momento. Ella me ha identificado sin preguntarme el nombre. «¿Eres la hija mayor? —Asiento—. Tu padre es un gran doctor y un gran hombre. Uno de los mejores hombres que Webster ha tenido jamás. Espero que lo sepas.» Me habla con aspereza, con rabia, como si yo tuviera la culpa de no saber, como si ella hubiera detectado una malformación en mi carácter que debe corregir de inmediato. Me desmayo. Ellos lo achacan al calor.

No te dejes engañar. Estas historias no son ajenas a la pregunta en cuestión. Son necesarias si queremos entender cómo podemos sacar a nuestra heroína de ese lugar miserable donde espera al hombre que le hará daño, que sigue haciéndole daño, no porque él sea digno de consideración —no lo es—, sino porque la inmovilidad que se apodera de ella se le ha quedado grabada en la memoria como un castigo por lo que ella es: un error, de algún modo un

error, una inadaptada y una advenediza que debe dejar de llamar la atención sobre sí misma. Pero el nudo en el tiempo en el que permanece paralizada obedece su propia ley, y es una ley que destruye la cronología. En otro registro temporal, el tiempo fluye, como le gustaba decir a William James, y hay más que contar.

Minnesota se despertó a las 12.45. Por un instante se sobresaltó al mirar alrededor y ver el camisón floreado con las mangas demasiado cortas, el cuadro de un spaniel marrón y blanco junto a una cesta de fruta que colgaba en la pared, el sofá y las mantas, y de pronto regresó el recuerdo, y con él la vergüenza y el arrepentimiento. Más tarde lo escribió todo en el cuaderno, pero el texto es bastante prolijo y se beneficiará de mi brevedad. Lucy no estaba en la habitación. El piso parecía vacío. En realidad era más grande que el 2B, pero estaba tan abarrotado de muebles y objetos que el espacio se contraía. Ella hizo dos descubrimientos singulares. Sobre una mesa recargada colocada contra una pequeña estantería había un sencillo dibujo enmarcado de un pentagrama, una estrella de cinco puntas dentro de un círculo. Minnesota pensó en los pitagóricos. Sabía que había significado algo para ellos. ¿Era la música de las esferas o se trataba de algo más? Se levantó para acercarse, y trató de recordar lo que sabía sobre él. Los griegos también lo habían usado como un símbolo. Y más tarde lo hicieron los celtas. Lo cogió como si el hecho de sostenerlo en las manos pudiera iluminarla, y al levantarlo de la mesa vio algo más. Encima de una hilera de libros y escondido detrás del dibujo estaba el cuerpo de un hombrecillo de trapo con un traje azul marino. Medía unos veintidós centímetros de longitud y estaba fuertemente atado con una cuerda que iba del cuello a los pies. «Vamos a atarlo fuerte.» «¿Tienes un cuchillo?»

No necesito leer el cuaderno para recordar que el muñeco me produjo un escalofrío. Me incliné sobre él, pero no lo toqué. Quien había cosido su ropa —el atuendo formal de traje y corbata en miniatura, y una camisa blanca debajo con botones diminutos— lo había hecho con pulcritud, pero la cara había sido dibujada toscamente sobre una cabeza de trapo cubierta con un trozo de media de nailon: ojos, nariz simple y una línea recta para la boca. Tenía una mata de pelo castaño que parecía inquietantemente de verdad. Al oír

el ruido de la llave en la cerradura de la puerta dejé rápidamente el dibujo que tenía en las manos y retrocedí hasta el sofá.

Lucy entró con una bolsa de papel marrón que hablaba alegremente de *bagels* y salmón ahumado, y me preguntó cómo me encontraba y me felicitó por lo mucho que había dormido. Silbó mientras sacaba platos y tazas y encendía la cafetera. Todo el tiempo, el horrible hombrecillo estaba escondido en el estante de los libros, un tótem secreto que ahora también era mío, aunque ella no sabía que yo lo había visto y habría resultado inapropiado preguntar: «¿Qué hace ese pequeño muñeco detrás del dibujo? ¿Se supone que es Ted? Y si es así, ¿qué significa?». Pero cuando estudié la cara de Lucy durante el desayuno, sus ojos verdes tenían un resplandor que nunca había visto en ellos, y me quedé prendada de las pequeñas arrugas alrededor de esos ojos brillantes, de su boca, de su pelo lacio y sus gestos graciosos y femeninos. Tenía un cuidado poco común con el queso para untar. Después de poner una pequeña cantidad sobre su tostada con el cuchillo, se tomó tiempo para extenderla delicada y uniformemente, como si fuese crucial que en la capa blanca no hubiera ningún orificio indecoroso que dejara ver el pan desnudo de debajo. A continuación traspasó su salmón con un tenedor, lo dobló sobre el pan y esperó un momento antes de dar un primer mordisco, asintiendo varias veces como si admirara su creación.

Los pantalones azules y la camisa blanca que me preocupó haber estropeado mientras estaba en el suelo en la mañana del 8 de mayo, se habían vuelto repulsivos por la tarde del mismo día. Lucy los desechó y entró en la habitación con un vestido de lino violeta colgado de una percha. Le iba demasiado pequeño, dijo. Había engordado y quería que yo me lo quedara. Lo conservé durante años. Mi vecina, tuviera o no como fetiche un hombrecito atado, se había convertido en «la señora realmente agradable» que el señor Rosales había afirmado que era. Fue Lucy quien había regresado a mi piso mientras yo dormía y había buscado las llaves en mi bolso y cerrado la puerta con llave. Fue ella quien insistió en recorrer conmigo los cuatro pasos que separaban el 2C del 2B y quien me dio unas palmaditas en el brazo y me dijo que estaba «encantadora» con su vestido. Y fue ella quien, cuando entré en el piso y le di las gracias, se volvió y me dijo: «Los cortes y las contusiones no

tienen importancia. Pero los golpes hacen que te sientas como basura, como si no valieras nada. Eso es lo que realmente duele».

Hacia las cinco de la tarde, después de llamar a Whitney y contarte la historia con voz de muerta, que era la única voz con que podía contarla en aquel momento, y después de que quedáramos para cenar y para que luego pasara la noche en su casa, me fijé en que habían deslizado un sobre por debajo de mi puerta.

*Estimada Minnesota:*

*Patty y Polilla requieren el placer de su compañía en la cena del próximo sábado 17 de mayo. A las siete. Yo también estoy invitada, así que si su [sic] está disponible, podemos ir andando juntas. No está lejos.*

*¿Llamo a tu puerta a menos cuarto? Aguardo tu respuesta y espero que te encuentres mejor.*

*Cordialmente,  
tu vecina,  
Lucy*

# 11

Aunque daba gracias a Dios por las Tres Señoras Afortunadas de la Escoba y comparaba con frialdad mi pequeño infortunio con las cosas monstruosas que les ocurrían a otras muchas personas —violación, tortura, linchamiento, guerra, hambre, inundaciones, plagas—, los sermones que me solté tuvieron poco efecto sobre las repeticiones nauseabundas que se habían apoderado de mí, no sólo el sueño que me había despertado siete noches presa de pánico, sino mi obsesivo y meticuloso repaso de las horas que había estado con Jeff. Una y otra vez analizaba minuciosamente la noche, las escenas, la conversación, la violencia, y una y otra vez me sorprendía mi desmedida impotencia y mi cobardía. Y aquí está la ironía: del mismo modo que había perdido el control de la historia con Jeffrey *durante* las horas en cuestión, perdí el control de mis pensamientos *sobre* las horas en cuestión. No quería pensar en el ataque. El problema era que éste no se apartaba de mis pensamientos.

Y me atrevería a decir que así es como el tiempo pierde todo impulso y gira sobre el mismo eje. El problema es antiguo: ¿podría haber cambiado lo que ocurrió? He leído mucho sobre el tema de la propia voluntad. He consultado a san Agustín y a santo Tomás de Aquino, y me he peleado con el famoso demonio en Laplace, cuyo intelecto contempla los continentes de todas partes, y desde esta última perspectiva, guiado por las leyes universales, predice todo lo que está por venir. He perseguido principios de lógica que



colisionaban entre sí y he bailado con el principio de incertidumbre de Heisenberg, pero me quedo con que los seres humanos debemos creer en nuestra propia voluntad, tanto si tenemos como si no. Es preciso que sintamos que actuamos libremente o de lo contrario estamos acabados. Y por eso las ironías continúan: al insistir en que yo tenía la culpa de mi humillación, podía mantener de algún modo que era dueña de mi destino.

Whitney era una amiga fiel y cariñosa, pero los días que siguieron al ataque evité su compasión y me negué a hablar más de él. Le había contado el incidente. Ella sabía lo que había ocurrido, pero eso era todo. Ahora creo que mi resistencia provenía de mi temor a que me viera tal como yo me veía, como una persona débil y repugnante que había esperado, y que por el hecho de esperar se había convertido en la patética mendiga en el suelo. Estaba segura de que ella nunca habría esperado, nunca habría cedido ante la regla de que si vengo con una chica me marcho con ella. Ella habría meneado la cabeza y lo habría despedido con un ademán. Lucy lo sabía. El problema era sentirse como basura. Los moretones y el corte que me había hecho no tenían ninguna importancia. Era el desprecio y la condescendencia del hombre lo que yo no lograba sacudirme de encima, su sonrisa convencida de que mis palabras carecían de valor, no merecían respuesta. En cuanto él me agarró perdí mis fronteras, porque él no creía en ellas. Lo que quedó después de eso fue carne abyecta sin bordes que podía ser penetrada y arrojada lejos. Ése era su plan, ¿no?, si se puede hablar de planes.

Tardé años en restaurar la distancia entre los dos personajes que había en esa habitación y entender que lo que debería haber sido su vergüenza se convirtió en la mía, que lo que yo había hecho mal no era ni de lejos tan malo como lo que él me había hecho a mí. Pero la vergüenza es como una sustancia viscosa con propiedades adhesivas. La burla y la repugnancia que yo había visto en sus ojos infectaron la visión que yo tenía de mí misma, y lo que veía desde su perspectiva me resultaba insoportable. Me había convertido en su criatura, y esa cosa horrible que él había creado era responsable del silencio y la tristeza que se instaló entre Whitney y yo, una grieta que he lamentado hasta el día de hoy. La hemos reparado. La hemos reparado con el tiempo, pero en la noche del 8 de mayo, cuando estaba a su lado en su cama y noté sus dedos en

mi hombro y le oí decir: «No te cierres. No debes cerrarte. ¿No ves que, si lo haces, él habrá ganado?», yo no respondí. En ese momento me pareció que no tenía otra opción. Tuve que endurecer hasta el último rincón de mí misma. Me parecía que, si no lo hacía, si me dejaba ir, si no me mostraba lo más fuerte posible, me disolvería en algo embrionario e irreconocible y me pondría a gritar o me echaría a reír y no pararía jamás.

La criatura amorfa que no podía hablar se escabulló en el sueño. Whitney se despertó cuando me oyó jadear y atragantarme a su lado. Durante varios segundos no supe dónde me encontraba ni quién estaba conmigo.

A pesar de girar sobre el mismo eje, Minnesota escribió. Necesitaba escribir. Hay muchas personas que, a raíz de la muerte de un ser querido, sienten de repente unas ganas incontenibles de escribir. O personas que después de sufrir un derrame cerebral o un ataque de epilepsia descubren que no pueden resistirse a las tentaciones de la página. La escritura como duelo, como enfermedad, como exorcismo, la escritura como venganza. Minnesota había perdido el control de su libro, es cierto. El manuscrito se había desmandado convirtiéndose en un caótico montón de páginas que iba en varias direcciones a la vez. Ella continuaba posponiendo la trama del caso de Frieda Frail porque seguía sin saber qué pensar sobre su fantasma. Y, sin embargo, siguió probando pasajes de la novela inmanejable del cuaderno. Volvió a Verbum, ese pueblecito mítico de la pradera en un momento mítico de mediados del siglo XX, un cuento de hadas que nunca ocurrió pero que apestaba a Webster de todos modos. Ahora veo que intentaba escribir una comedia furiosa, mucho más furiosa de lo que me imaginaba.

La versión de la adolescencia que prefería el señor Feathers era la que Hollywood había promovido en su propia juventud, especialmente en las películas de Andy Hardy que tanto le habían gustado. De hecho, del mismo modo que había disfrutado viéndose como Andy Hardy (interpretado con dinamismo por Mickey Rooney, cuya corta estatura y cara divertida no importaban nada, pues todas las chicas guapas de la ciudad estaban enamoradas de él), ahora le gustaba pensar en sí mismo como el bondadoso juez Hardy (interpretado por Lewis Stone en la pantalla), un hombre que a menudo daba consejos sensatos y paternales a su hijo. Ésa era la narrativa que guiaba la paternidad del señor Feathers, y a ella se atenía, pese a que rara vez

hablaba con su hijo sin estar presente la señora Feathers, y en esos casos era para hacer algún comentario benigno sobre un artículo de la revista Time, una publicación de la que se fiaba para todo lo esotérico y con la que esperaba impresionar a su vástago. Pero el señor Feathers sabía en algún lugar de la geografía de su alma que su hijo era un territorio desconocido, un angustioso espacio en blanco en el mapa que aún quedaba por trazar. Sabía que Ian nada tenía que ver con el muchacho estadounidense risueño, valiente y completo de esas películas, pero eso sólo hacía que se aferrara más firmemente a la reconfortante ilusión de que él era el juez Hardy.

El señor Feathers, por lo tanto, se agobió cuando la señora Feathers dio la alarma sobre Isadora Simon y lo instó a tener una conversación con su hijo sobre «protección». Aunque éste era un tema que nunca se había tocado en el cine, la «protección» pertenecía directamente a la esfera de acción padre-hijo y no tenía nada que ver con las madres. El señor Feathers apenas había reparado en la joven Simon. ¿Qué sabía realmente de ella? La madre de la chica, con quien había coincidido sólo una vez en una reunión sobre la planificación urbanística de Verbum, era una mujer desagradablemente masculina que había soltado largos y ondulantes párrafos de un vocabulario tan pomposo que le había puesto la piel de gallina. Del padre, a quien nunca había visto, se rumoreaba que era una confusa víctima de la última guerra. (Al señor Feathers lo habían llamado a filas, pero por suerte no había salido del país, por lo que había logrado que su visión del mundo no se viera afectada por todo lo extranjero.) Aunque la información que tenía sobre los Simon era escasa, llegó a la conclusión de que Isadora era fruto de un hogar fracasado. Su esposa tenía motivos para preocuparse. En casa de los Simon, los «pantalones» habían emigrado de su legítimo aunque incapacitado dueño a la parte inferior del cuerpo de una persona que no tenía derecho a llevarlos.

Mientras el señor Feathers reflexionaba sobre cómo abordar con su hijo el problema de la protección y saboreaba los recuerdos de cuando él mismo iba de flor en flor (se imaginaba un campo alejado de las «doradas olas de grano» de la canción patriótica, aunque estaba de alguna manera relacionado), Ian retozaba con la Atrevida Muchacha de sus fantasías y suspiraba por la Isadora de carne y hueso. Isadora, por su parte, continuó mirando a Kurt Linder, quien apenas un par de días antes le había dicho con una gran sonrisa: «Hola, Isadora». Eso ocurrió en el pasillo de la escuela, justo delante del comedor de los profesores. Isadora no podía saber que Kurt era promiscuo tanto con sus «Holas» como con sus sonrisas porque sus caminos casi nunca se cruzaban. Lo único que sabía era que su saludo había enviado una corriente eléctrica directamente a sus partes pudendas y que la había arrancado del gran anonimato del pasillo para situarla en el centro del reconocimiento singular. Descrito a menudo por todos los habitantes de la ciudad sin excepción como «un ganador», Kurt Linder ganaba en múltiples deportes, sacaba respetables aunque indulgentes notables en las tareas escolares, conducía a demasiada velocidad y, en la tradición de Andy Hardy, conquistaba el corazón de todas las chicas bonitas y no tan bonitas del instituto de Webster, así como de algunos de los muchachos, aunque a éstos, por supuesto, no se los podía mencionar.

Kurt encarnaba, a su particular estilo norteamericano, la figura de los cuentos conocida como el «simplón». El héroe de Verbum había evitado los libros toda su vida, pero tenía en muy mal concepto la poesía y las novelas, sólo como material impreso para niñas y mariquitas, lo que significaba que había logrado mantener la mente libre de todas las manifestaciones que podían interferir en la actual gloria de sí mismo. A él le gustaban las chicas, como es natural, pero en su bonita cabeza sólo las había de dos clases: las chicas que lo harían y las que no. Aunque le gustaban las chicas que lo harían, especialmente cuando dejaba de ser una hipótesis para convertirse en un hecho, sabía que se suponía que no debían gustarle. Sólo las chicas que no lo harían valían algo, y ninguna chica valía tanto a largo plazo como los «otros chicos», excepto tal vez esa brillante fantasía con quien se imaginaba casándose con toda la ropa puesta en algún momento después de la universidad, el póster de Playboy cuyos ojos se había descrito a sí mismo como «ingenuos» porque su relación con el lenguaje hacía imposible que identificara un cliché aunque cayera pesadamente sobre él.

La literatura, por supuesto, está llena a rebosar de amor. Sin el amante, ¿qué sería de ella? Imaginémosnos que la novela se despojara de las historias de amor. O que los poemas estuvieran desprovistos de sentimiento erótico. O que el soneto careciera de los latidos del amor. ¿Qué sería? ¿Sería? «El amor es lo que me impulsa, / ese aflojador de las extremidades.» Isadora aún no había leído a Safo, pero notaba cómo se le aflojaban los miembros, y la enfermedad que había atacado sus articulaciones nada tenía que ver con la artritis. Sin embargo, ella que nunca había sentido la mordida del amor tan profundamente como cuando Kurt Linder la había ungido con su «Hola» en el pasillo, estaba empapada de tradición amorosa. Tristán e Isolda, la señorita Elizabeth Bennet y el señor Darcy, Jane y Rochester, Cathy y Heathcliff, así como Watson y Holmes habían pasado a formar parte de su propia batalla de los libros. Los perros, los conejos y hasta las moscas pueden sentir lujuria y embestir, pero sólo los seres humanos convierten la lujuria y las embestidas en arte literario y disfrutan leyendo sobre ello. Y de ese modo, con la considerable ayuda de la biblioteca familiar de los Simon, Isadora ya había viajado con la mente mucho más allá de los terrenos donde los intelectos de los señores Feathers y de Kurt Linder probablemente permanecerían amarrados a perpetuidad.

Seguramente Time y Playboy también habían realizado un buen servicio a los ciudadanos de Verbum, pero esas publicaciones tan queridas entre los habitantes del centro de Estados Unidos de mediados de siglo no podían proporcionar las herramientas o los conocimientos necesarios para liberar a los señores Feathers o al favorito de la ciudad, Kurt Linder, de la esclavitud, lo que es lo mismo que decir que la virginal Isadora sabía una o dos cosas sobre el amor por los libros, y una o dos cosas que los Feathers y todo el clan Linder no sabían, porque se hallaban apegados a una visión del amor tan oprimida por los atesorados aunque contradictorios estereotipos que recorrían las páginas de sus revistas que habían perdido por completo la singularidad de la pasión humana.

Sin embargo, ni siquiera la literatura de un orden superior brinda solución al amor no

correspondido. Isadora era joven y, aunque ya había ingerido muchos libros, los suficientes para ser gorda si la literatura fuera literalmente un festín ambulante, las instrucciones que había recibido en ellos acerca de cómo conducirse en los asuntos del corazón distaban mucho de ser coherentes. Isadora había reparado en un montón de objetos de amor femeninos bobos en libros señalados como «clásicos», objetos de amor tan vacíos y absurdos como la chica del mes de febrero. Además, había advertido que en el mundo, o más bien en el mundo más allá de los libros, que consistía sobre todo en la escuela, las chicas admiradas adoptaban una apariencia suave y moldeable incluso cuando estaban hechas de hierro.

La decisión de Isadora de actuar llevada por sus deseos de conquistar al chico modélico de Verbum se debió en parte a una conversación que tuvo con su madre. Aunque no le reveló detalles sobre su problema, su madre, la experta en Milton, no tuvo dificultad en interpretar sus circunloquios. Y pronunció la siguiente verdad: «Si un chico no sabe que una chica está interesada en él, no se le puede reprochar que la ignore». (Isadora no le había mencionado el «Hola, Isadora».) Menos de media hora después de que hubiera hablado su madre, Isadora comenzó a redactar una nota dirigida a Kurt. Rechazó una por demasiado alelada, otra por fría y una tercera por demasiado extensa. Al final se contentó con una cuidadosa y digna pregunta que depositó en su taquilla.

Querido Kurt:

Te escribo porque has despertado mi interés, y he pensado que podríamos quedar y hablar. Si te parece plausible, envíame una nota.

Isadora

En cuanto la carta hubo abandonado su mano, se arrepintió de haber escrito despertado y plausible, pero era demasiado tarde. Al día siguiente recibió la respuesta de Kurt.

Claro. Quedamos en el parque Green Boughs esta noche a las ocho.

Kurt

Sólo podemos hacer conjeturas sobre cómo las otras tres Doras adivinaron que había «un chico» por medio. Podría haber sido la cara ansiosa de Isadora que Theodora entrevió en el espejo del pasillo mientras ella miraba una y otra vez el reloj y juntaba las palmas de las manos, o la fina pero precisa capa de pintalabios que Dora a secas detectó en la boca de su hermana mayor. Fuera cual fuese la pista que había dado pie al descubrimiento, antes de que el reloj de Isadora marcara las 7.50 y ella se dispusiera a salir por la puerta, sus tres hermanas se apiñaron al pie de las escaleras para despedirla con una mezcla de aplausos y abucheos. Theodora agitó un pañuelo y fingió que lloraba en él. Se sonó de manera exagerada e hizo una mueca en dirección a la hermana que partía para expresar su congoja. Andora citó a una de las hermanas Brontë mientras hacía ademanes floridos con el brazo derecho: «Me despido de

ti, pero no me despidió de todos mis mejores pensamientos de ti». Y la menor de las Doras dio brincos cantando: «¡Isadora tiene novio! ¡Isadora tiene novio!».

El reputado novio se había colocado debajo de un árbol, y, en cuanto Isadora distinguió su esbelta figura a la luz de una tarde de primavera, sintió cómo se le aceleraban los distintos aparatos biológicos que tanto tiempo había pasado estudiando, y advirtió en particular cambios dramáticos en la respiración. Kurt tenía esa expresión desconcertada que ella había llegado a conocer y amar. Sonrió y, cuando ella se detuvo delante de él, se dejó caer bruscamente en la hierba. Ella se sentó a su lado y contempló con admiración sus grandes zapatillas de deporte, que debían de ser como mínimo un cuarenta y seis.

Hablar, como todo el mundo sabe, es un vehículo de seducción. Las palabras bien colocadas a menudo son mucho más efectivas que las manos bien colocadas, especialmente cuando dos personas nunca han intercambiado más que un «Hola» en el pasado. En los viejos tiempos, este tipo de charla se llamaba «cortejo». Isadora no era tan anticuada como para pensar que todo el cortejo debía recaer enteramente en él. Ella misma estaba perfectamente preparada para cortejar. Sin embargo, esa noche en particular la pregunta era: ¿a quién cortejaba? En efecto, había dos Kurt Linder: el que Isadora había inventado y el que estaba sentado junto a ella en el césped, una persona muy bien dotada pero carente de elocuencia. Para ser justos con Isadora, ella no había creado a un héroe con habilidades intelectuales. Había creado un héroe de bondad y sentimiento, un héroe que encajaba con la forma en que su «Hola» y su sonrisa la habían hecho sentir aquel día en el pasillo. Sabía que Kurt era convencional, pero habiendo crecido en una familia tan poco convencional con otras tres Doras, Roger, Geoffrey, Monk y la Anécdota, de vez en cuando anhelaba una dosis de convencionalidad para aliviar su «peculiaridad». Se había imaginado caminando por los pasillos con el desgarbado Kurt Linder rodeándole los hombros con el brazo con total despreocupación. Ella había reconocido ante sí misma que, para variar, sería agradable formar parte del mundo que la rodeaba en lugar de permanecer siempre al margen.

Isadora inició la conversación con una pregunta educada que se había preparado de antemano sobre los equipos de Kurt. Le preguntó por el de fútbol, el de baloncesto y el de béisbol, equipos para cubrir todas las temporadas del año, después de lo cual se dispuso a escuchar con atención el discurso de su amado sobre el homo ludens. Sonrió y se preguntó cómo le quedaba el pintalabios desde la perspectiva de él. Kurt se puso a hablar, y mientras hablaba ella advirtió cómo los «hummm» y los «ya sabes» invadían su disertación como otras tantas vaguedades indeseables, pero más preocupante era la petulancia de sus ojos extrañamente extraviados, como si no hablaran con ella sino con la multitud anónima de la que la había arrancado con su «Hola, Isadora». No parecía verla en absoluto. De hecho, no la miraba directamente. Ella empezó a preguntarse qué veía. Hizo un esfuerzo por concentrarse en su brazo, fuerte y atractivo, con su campo de vellos finos de bajo crecimiento, pero los vientos habían empezado a soplar literalmente en otra dirección y bajaron las temperaturas. Isadora sintió fresco. Sintió tanto fresco que pensó en Ian. Pensó en lo preciso que podía ser

cuando explicaba algo, y recordó con dolor cómo se había derrumbado cuando ella le había dicho que parara con las tonterías de Sherlock. «Pobre Ian», pensó.

Mientras tanto, Kurt Linder parloteaba sobre lo gracioso que había estado Jack durante el entrenamiento y reprodujo un chiste flojo que atribuyó a «el entrenador». El entrenador había dicho eso y el entrenador había dicho aquello. Al parecer sentía devoción por su entrenador. Luego pasó a hablar de gamberradas que varios miembros de «el equipo» habían perpetrado a otros miembros del mismo equipo, juegos divertidísimos que consistían en manipular ropa interior masculina, e Isadora se encontró mirando fijamente el césped. Se dio cuenta de que Kurt Linder era aburrido, y en el preciso instante en que pronunciaba para sí esa triste verdad, el aburrido de Kurt Linder decidió que habían hablado suficiente.

Kurt se había prestado encantado a complacer a Isadora con algunas palabras fáciles sobre sí mismo porque sabía que las chicas siempre querían hablar hasta que dejaban de querer, momento en el cual él podría dar el paso y ver lo lejos que iba con el asunto de lo haría o no lo haría. Isadora le había enviado una nota. Y la nota era un señuelo, ¿no? ¿Qué clase de chica le enviaría una nota y se reuniría con él en el parque si no buscaba algo de acción? Sabía que Isadora no encajaba exactamente en la categoría de zorra. No era presa fácil para su «cazador de zorras», como a Jack le gustaba llamar a su pene. Era más bien un ratón de biblioteca, pero Kurt sabía por experiencia que las extremidades de las muchachas inteligentes a veces se aflojaban más deprisa que las de las bobas, aunque él, por supuesto, tampoco había leído a Safo.

Kurt no entendía que, para Isadora, la definición de quedar para «hablar» comprendía también su parte en la conversación. ¿Qué era exactamente ella para Kurt? Sólo una chica. Ése era el problema. Isadora se había imaginado diciendo unas palabras; de hecho, había albergado la esperanza de hablarle a Kurt sobre El viaje del Beagle de Darwin, del que había leído la mitad, pero no iba a ser posible mencionarlo siquiera porque él se inclinó hacia ella y la agarró con firmeza por la parte interna del muslo. Ese gesto la asustó tanto que se levantó de un salto, con lo que él también se puso de pie y, tomándola en sus brazos, se inclinó y comenzó a besuquearla en las inmediaciones de la boca.

La verdad es que ya era demasiado tarde para que Kurt le diera el delicado beso en los labios que Isadora tan cuidadosamente había coloreado de rosa, porque el aburrimiento ya se había instalado entre los dos y del aburrimiento no hay quien te rescate. Pero el repentino giro en sus relaciones, lejos de aburrir a nuestra heroína, encendió su ira. Lo apartó con violencia, ganando con ello varios palmos de distancia, y con toda la fuerza que fue capaz de reunir le propinó un rodillazo en la entrepierna.

## 12

El domingo 12 de mayo a la una de la tarde, la noticia de mi infortunio ocurrido entre el lunes por la noche y el martes por la mañana había completado el círculo: Whitney se lo había contado a Fanny, Fanny a Gus, Gus a Jacob, y Jacob me llamó a casa para soltarme un sermón sobre los monstruos masculinos que vagaban por Nueva York buscando presas femeninas. Podía haber otro asesino en serie como el llamado «hijo de Sam» suelto en las calles, por lo que me recomendaba encarecidamente que llevara un spray en el bolso. De hecho, iba a comprar uno para mí. Yo era demasiado confiada. Tenía que adoptar una actitud defensiva. Tomar clases de artes marciales era una excelente idea. Recuerdo la llamada telefónica. Estaba sentada en mi cama con la voz preocupada de Jacob pegada al oído, y mientras lo escuchaba le iba diciendo que sí. Decía que sí a pesar de no estar de acuerdo con él. Yo seguía atormentada por mi propia culpabilidad, pero su afecto carente de cinismo sumado a su gráfica descripción de una niña abandonada inocente y vulnerable que había sido acosada, zarandeada y por poco violada por un ogro urbano, una doncella que iba a necesitar armas y clases si quería capear los mares embravecidos que tenía por delante, me conmovió profundamente, a pesar de que yo no era esa damisela temblorosa. Cuando colgué el teléfono, las lágrimas me corrían por las mejillas, aunque no hubiera podido decir si eran por ella, por mí o por Jacob. He descubierto que lloro ante la bondad y la compasión, pero no cuando me enfrento a la crueldad y la frialdad. La música



de la bondad me abre a las olas del sentimiento mientras que la disonancia de la crueldad me cierra en banda.

Fanny adoptó otro enfoque, aunque ella también pensó que se requería un arma: «una buena navaja». El domingo por la noche durante la cena llegó a decirme dónde podía comprar ese artículo mortal. La verdad es que hasta que leí acerca de nuestra conversación en el cuaderno, esa noche se había vuelto borrosa. No apunté el nombre del restaurante, pero debió de ser el Kiev de la Segunda Avenida. (Whitney había salido con un fotógrafo llamado George.)

12 de mayo de 1979

Fanny estaba chispeante esta noche, toda ella iluminada. Durante los primeros veinte minutos ha hablado con tanta vehemencia de un ataque de una rata en Anne Street que apenas podía respirar, y he tardado un rato en comprender qué había sucedido realmente. Según ella, el incidente ocurrió el 8 de mayo en el centro de la ciudad. «A esa especie se la conoce como *Rattus norvegicus*. Tus parientes, Minnesota.» Protesté a voz en cuello y Fanny cambió de tono. Ésta es la historia: el 8 de mayo, una docena de ratas de un palmo de longitud de la especie conocida como *Rattus norvegicus* salió de una montaña de basura en Anne Street que llevaba bastante tiempo ardiendo sin llama. La acumulación de porquería en la parte inferior del barrio de Manhattan se debe sobre todo, aunque no exclusivamente, a la huelga de los remolcadores. Cuando los botes dejaron de llevarse de la isla la basura, ésta empezó a amontonarse, y a medida que se amontonaba comenzó a pudrirse, descomponerse y apestar, y el 8 de mayo, doce ratas monstruosas salieron de uno de esos montones putrefactos con las mandíbulas abiertas, persiguieron a una transeúnte por la calle y cuando la alcanzaron le hincaron los dientes en las piernas y comenzaron a devorarlas. Según las fuentes de Fanny, la víctima luchó valerosa contra los roedores con violentos golpes, patadas y bolsazos, después de lo cual finalmente se zafó y echó a correr por la calle gritando y con grandes huecos de carne en las espinillas y las pantorrillas, y sangre rezumando de las heridas. Fanny dijo que fue como un documental de terror. Dijo que todo el mundo hablaba de ello.

Después de soltar esa historia repulsiva y de darse unas palmaditas vigorosas en el pecho para recuperar el aliento, encendió un cigarrillo y se puso meditabunda. Dio una calada a su Camel con una mano y se rascó la parte superior del brazo con la otra, y mientras esperábamos el repollo relleno me explicó que ha surgido una arquitectura paralela de desechos en la ciudad que no para de crecer y que pronto rivalizará con la de los rascacielos. «Tenemos torres de podredumbre habitadas por millones y millones de

ratas, hay muchas más ratas que personas. Las personas se están yendo de la ciudad, Minnesota, pero están instalándose las ratas. Ahora hay dos ciudades, y esas feas bestias saben mucho mejor que nosotros cómo sobrevivir. Dentro de nada nos habrán comido vivos.» Las ratas que yo veía en Webster eran pequeñas, blancas y limpias, como animales de compañía. No tienen nada que ver con los roedores grises e hinchados que vagan por las vías del metro, se deslizan por las paredes de ladrillo o salen inesperadamente de los callejones. Las ratas me han traído a la memoria un viejo sueño. Le he contado a Fanny que cuando todavía estaba en el instituto soñé que al cerrar la puerta de mi habitación una rata se precipitaba hacia ella. Yo la cerraba de golpe, pero el cuerpo se quedaba atrapado y me impedía cerrarla del todo, y la rata empezaba a retorcerse para colarse dentro, exudando grasa a través del resquicio.

Las ratas de verdad han llevado a la rata de mi sueño, y ésta a la rata del equipo de remo con la madre aficionada a observar aves. «El chico de la polla lápiz que intentó violarte —ha dicho Fanny—. Ese tipo es una rata, es peor que cualquiera de las ratas de Anne Street. ¿Sabes lo que necesitas, Minnesota? Una buena navaja para rajar a esa rata hija de puta.»

Ella empezó a llevar una navaja en sus tiempos de bailarina erótica, por si «las cosas se torcían», y tiene una fe ciega en ella. Los hombres huyen. Me ha hablado de un cliente que no quería dejarla en paz, y que cuando ella le enseñó la navaja, no paró de decir: «¡So, nena! ¡So!». Lo ha descrito como un hombre calvo con una gran tripa y anillos, y debía de tener por lo menos sesenta años. «Lo que quisiera saber, Minnesota, es: ¿por qué ese mierda de tío pensó que tenía algo que hacer con una chica tan guapa y lista como yo?» Nos hemos partido de risa, Página. Ahora no parece tan divertido, pero entonces lo era, e inmediatamente después de salir del restaurante, Fanny me ha empujado contra la pared de ladrillo de la esquina y ha sacado la navaja del bolso para enseñármela, y en cuanto la he visto se ha puesto de puntillas, me ha rodeado el cuello con una mano y ha acercado la cabeza a la mía para susurrarme al oído: «Sistemas / igual a acero / en forma / femenina». La baronesa. El delgado filo de la navaja todavía brilla en mi mente. Y ahora, Página, las dos están ligadas para siempre: la baronesa y la promesa de un corte, una puñalada, un tajo. Fanny y yo nos hemos abrazado con fuerza y nos hemos besado en los labios, y ella me ha dado dinero para el taxi como parte de su invitación a cenar. Le he dicho que era demasiado, pero ella ha insistido, de modo que he recorrido la ciudad con un amable taxista nacido en Flatbush que me ha contado que su hijo está en la Facultad de Medicina. Me he armado de valor para preguntarle si podía esperar a que entrara en casa. Ha respondido que habría esperado de todos modos. Lo que me ha llevado a pensar que la mayoría de las personas son buenas. Espero no tener ese sueño esta noche.

Con cariño, S. H.

Sabía que Gus lo sabía, y él sabía que yo sabía que lo sabía, pero cuando hablamos por teléfono, cosa que hicimos al menos un par de veces en los días que siguieron a mi propio ataque de rata, él no lo mencionó. Al cabo de cinco días me invitó al cine, a la sesión de primera hora de la tarde. Yo acepté encantada. Me gustaba estar al lado de Gus en la oscuridad del Thalia a las dos de la tarde. Me gustaba que, cuando no había mucha gente en la sala, podía poner las piernas por encima del asiento de delante, y me gustaba la perspectiva de perderme durante dos horas en el drama de otro. La película se titulaba *Carita de ángel* y era de 1933. Durante los créditos del comienzo, Gus guardó un silencio poco propio de él. No me susurró al oído nada sobre el director de fotografía ni señaló un cambio revelador en la música o un corte interesante.

Lily Powers, alias Carita de Ángel, interpretada por Barbara Stanwyck, es una mujer dura e inteligente de movimientos lánguidos y deliberados a quien admiré desde el momento en que apareció en la pantalla. El padre de Lily es una bestia sin alma, un hombre entre cuyos planes avaros está el de vender a su hija a un político, Ed Sipple, un «pez gordo» de la ciudad, interpretado por Arthur Hohl, un tipo desagradable de pelo grasiento que masca cigarros. Al principio de la película, Ed se acerca sonriente a Lily en el bar clandestino de su padre, se sienta delante de ella y empieza a darle palmaditas y a acariciarle la rodilla. Tras examinar fríamente a su acosador durante unos segundos, Lily toma su taza de café y vierte el contenido sobre la mano del pez gordo, y dice con una voz rezumante de ironía: «Disculpe, me tiembla demasiado la mano cuando lo tengo cerca». Luego se levanta, se estira la falda y con paso lento cruza la habitación y sale. Recuerdo la implacable y vengativa felicidad que se instaló en mi cuerpo mientras la contemplaba. Puede que sonriera. Me volví hacia Gus. Sus ojos buscaron los míos y me sostuvo la mirada durante tal vez tres segundos, mucho tiempo. Con eso bastó.

Pero cuando Whitney me presionaba para que le describiera mi «estado emocional», me descubría incapaz. La silenciosa comprensión que Gus me había transmitido a través de Barbara Stanwyck fue fácil de aceptar para mí. La mirada inquisitiva de Whitney, en cambio, se me hacía insoportable por

alguna razón. Su compasión amenazaba con quebrarme. El día 14 escribí en el cuaderno: «Whitney dice que me estoy castigando sin motivo, pero ¿qué significaba la palabra *motivo* en mi caso? No sé lo que siento ahora. A veces no siento nada. Me he quedado en blanco. Una historia parece haberse fusionado con otra, como si mezclara vidas. Me sorprende yendo una vez más a la ventana para buscar el cuerpo. Debe ser el de Lindy, pero a veces creo que es el mío. Es morbosos. Hoy he restregado de rodillas el suelo del piso con un cepillo. Me he sentido bien. He utilizado lejía. Estoy combatiendo los bichos».

Cuando me desperté el 16 por la mañana, me di cuenta de que por primera vez desde que había tomado la infusión de Patty había dormido toda la noche seguida. «¡No he tenido ninguna pesadilla! —escribí esa tarde en Mead—. Creo que se ha acabado, Página. Si me permites la expresión, ¡creo que hemos pasado página!» Resultó que tenía razón —el sueño cesaría durante años—, pero podría haberme equivocado fácilmente. Mi entusiasmo infundado por haber pasado página tiene algo de patético en retrospectiva, pero también demuestra que la persona con la mente en blanco del día anterior que frotaba de rodillas el suelo y buscaba un cadáver no había caído en la depresión. Y, sin embargo, casi todo lo que escribí el 16 de mayo gira sobre una visita de Lucy. Nunca he olvidado esa visita, pero la recordaba vagamente, me faltaban muchos de los detalles. «Ha venido Lucy. Se ha ido hace unos minutos. Ha sido muy extraño. Voy a escribir todo lo que recuerdo palabra por palabra, si puedo.» En el pasaje que sigue cito extensamente a Lucy. Uso comillas. Es cierto que llevaba meses registrando con lápiz y papel todo lo que decía mi vecina, que su voz se me había metido en la cabeza, pero ¿por qué escribí sobre esa visita como si recordara cada palabra? Es imposible saberlo. No hay una perspectiva definitiva a la que remitirme para responder a esa pregunta. Aunque existieran los magos patriarcales Dios Padre, Zeus y el demonio de Laplace, yo no he sido dotada de su visión. Sospecho que estoy leyendo un texto que muestra mi propia ambición temprana de escribir en otro tono, de experimentar con otro tipo de novela, una inspirada directamente en los acontecimientos del día.

16 de mayo de 1979

Querida Página:

Después de pasar por debajo de su puerta la nota en la que aceptaba la invitación a la cena, no había tenido noticias de ella. Además, ha salido mucho de día y a menudo por la noche. La he oído silbar, pero no hablar. En cuanto he abierto la puerta, he sabido que venía a contarme algo. Tenía una expresión de ansiedad y una mirada llena de determinación. Le he pedido que pasara y ella ha apretado los labios y ha respirado varias veces, como si se dispusiera a revelar algún secreto muy bien guardado pero no estuviera segura de cómo hacerlo.

Después de dar dos o tres pasos vacilantes dentro de la habitación y de que yo la invitara a sentarse en la silla azul, ha mirado bruscamente a un lado y a otro, movimientos que me han hecho pensar en un pájaro, y me ha dicho: «Lo había olvidado». Cuando le he preguntado a qué se refería, ha respondido: «No hay nada aquí. No hay muebles. Sólo libros y papeles». Se ha quedado mirando mi cuaderno, que estaba abierto en el suelo. La página estaba cubierta más que nada de garabatos, caras y formas vegetales enroscadas.

Se ha acercado a la silla y ha olisqueado. Ha comentado que la silla despedía un olor, y le he respondido que ya lo sabía. «Productos químicos. Esta silla podría estar envenenándote.» Se ha sentado en ella de todos modos, ha juntado las manos en el regazo y me ha escudriñado, y ha lanzado otra mirada penetrante a los dibujos. Yo me he sentado en el suelo delante de ella. Ha separado las manos y se las ha mirado como si no le pertenecieran, y en voz baja ha dicho: «Patty quiere saber de qué estás hablando aquí».

Me he quedado mirando sus pantorrillas redondas, luego he levantado la vista hasta su cara. Le he pedido que me explicara a qué se refería. Ella me había oído decir «cosas extrañas sobre lunas y árboles», y se preguntaba a qué venía eso. Patty tenía curiosidad. Ella, Lucy, también estaba intrigada. Me he preguntado cómo se había producido esta disparatada inversión de roles. Lucy era la que había hablado de lunas y de niños mágicos y del jardinero lisiado, y yo era la que la escuchaba hablar de ellos, y no al revés. Tuve esa vieja sensación de flotar, de que ya no soy yo.

Lucy ha intentado ayudarme. «Patty también está interesada en la circunferencia, en los círculos y las esferas. Querría saber por qué hablas de esas cosas.»

Al verme menear la cabeza, ha añadido: «Es la razón por la que Patty cree que podrías ser una de nosotras».

«¿Una de vosotras?»

Lucy se ha llevado bruscamente una mano a la boca, y sin dejarla caer ha murmurado desde detrás: «Olvidalo. Sólo olvidalo».

Lunas. Árboles. Circunferencia. ¿Una de nosotras? No sé cuánto ha durado eso, Página, pero después de reflexionar en silencio sobre los comentarios de Lucy, he

pensado: «Circunferencia, Emily Dickinson. ¡Los poemas!». Me he echado a reír.



LA PÁGINA ESTABA CUBIERTA MÁS QUE NADA DE  
GARABATOS, CARAS Y FORMAS VEGETALES ENROSCADAS.

«Oh, Lucy —le he dicho—. Leo muchos poemas, y a veces me paseo por la habitación y los recito en voz alta. Los ritmos me ayudan en mi trabajo.»

Ha movido los dedos delante de ella en una mala imitación de alguien que teclea. Me ha oído escribir a máquina.

Luego ha entornado los ojos y ha dicho con desdén: «No me importa lo que hagas. Pero haces ruido. Hay algo que se llama pensar en el bienestar de los vecinos».

Me he sentido ofendida. ¿Dónde estaba la señora agradable que me había salvado con su escoba, me había dejado dormir en su sofá y había entrado corriendo con el vestido violeta? Le he dicho que ella también era ruidosa, demasiado, y que yo también la he oído hablar consigo misma, que ha habido noches que me ha costado conciliar el sueño, que mis recitales vespertinos de poesía apenas podían compararse con sus largos soliloquios con voces alternas, y las largas y extrañas llamadas telefónicas, por no hablar de sus gritos en mitad de la noche. No he mencionado la reunión del grupo ni el hombrecillo horrible o el pentagrama, pero me ha faltado poco.

Página, no he levantado la voz, aunque estaba irritada. Sin embargo, mientras me quejaba en voz alta, me he dado cuenta de que nunca habría hablado con tanta libertad con una desconocida y de que tengo una peculiar intimidad con Lucy simplemente porque la he escuchado a escondidas. Es curioso. Apenas conozco a la mujer. Ahora bien, ¿qué significa *conocer*? Tal vez sí que la conozco.

Lucy se ha examinado las rodillas, escondidas bajo la falda azul marino. Ha suspirado dramáticamente y ha hablado hacia el suelo. «Estoy tratando de encajar de nuevo las piezas. Verás, lo perdí todo.»

Entonces se ha puesto a contarme su vida y he fingido que no sabía nada, aunque ella debía de sospechar que yo había deducido partes a través de la pared. ¿Es por eso por lo que ha empezado a hablar y no ha parado? ¿Quería informarme de cuáles eran «las piezas»? Por ella me he enterado de que Lindy murió hace diez años. Tenía quince. Diez años parece mucho tiempo. Lucy ha dicho que «cayó» por la ventana del piso y que su hermano vino gritando después de que cayera, y que ella, Lucy, había sufrido más de lo que nunca pensó que alguien podría sufrir. La he escuchado con compasión, pero luego ha dicho bruscamente que su hijo «también se ha ido». Y cuando he dicho: «¿Ido?», me ha mirado ferozmente y ha ladrado: «Muerto, muerto, muerto». Y sin contarme cómo murió él, ha dicho que ella también estaba muerta. «¿Sabes lo que es catatónico? — Cuando he asentido, me ha ignorado y ha continuado—: Yo era una estatua en una pequeña habitación blanca en el Payne Whitney, que es como se llamaba el manicomio donde me encerraron. Estaba catatónica. No podía hablar ni moverme ni nada. Mientras era una estatua, mi marido me dejó por esa perra estirada de Richmond. Ahora tienen

dos niños, y aquí estoy yo, prácticamente sin un centavo en esta pocilga. Perdona que hable así.»

Lucy nació en Lincoln, Nebraska, un dato nuevo entre los que ya sabía. Le he comentado que yo había pasado por allí con mi familia en una de nuestras salidas de acampada por el oeste y que era el lugar más llano que jamás había visto, y ella ha asentido diciendo: «Vasto, desolado y hermoso», una frase que me ha gustado y que me he dicho que utilizaría. Hablaba de un modo un poco inconexo, pero he deducido que Ted la había arrastrado hasta su habitación después de una cena de negocios en un hotel en el que él era cliente y ella camarera, «pudriéndome en un empleo sin futuro después del instituto». Lucy tenía veintiún años. Siguió un embarazo. El villano, un héroe estándar de la época, que estaba medrando en la empresa, la llevó a Nueva York, se casó con ella y montó su propio negocio relacionado con el sector inmobiliario, y ganó dinero, pero no antes sino durante su matrimonio. «Era todo una fachada. Tienes que parecer rico para hacerte rico. ¿Lo sabías? Iba con trajes buenos, gemelos de oro y zapatos bien lustrados para aparentar. Grandes sonrisas. Educadísimo. Bueno, pues los engañó.» Lucy se lanzaba de un tema a otro. Quiere a Patty. «Tengo una nueva vida gracias a ella.» Cuando le he preguntado qué ha hecho exactamente Patty por ella, ha respondido: «Me ayudó a poner nombre a la sombra y a decir la verdad». Cuando le he dicho que no lo entendía, ha respondido: «¿Recuerdas cuando le dijiste a Patty que nunca deberías haberte subido en un coche con ese canalla?».

Yo no podía respirar, Página. No podía.

«Bueno —ha continuado Lucy—, pues también fue así para mí, pero lo mío duró años y años. ¿Sabes de qué te estoy hablando?»

No he respondido.

«Aún no comprendo por qué se ponía como un loco. Yo lo llamaba Palo de Yesca, no a la cara, por supuesto. Él daba vueltas por el piso, y antes de que pudiera darme cuenta, se encendía. Oh, ese hombre sabía gritar. O más bien chillar, era un loco chillón. Algunos hombres son así. Mi padre no. Era un hombre tranquilo. No hablaba mucho. Deberías haberlo visto con sus perros. Los quería mucho, no quería a la gente ni la mitad de lo que los quería a ellos. Bueno, pues Ted parecía muy agradable al principio, un tipo tradicional, ya sabes, bombones, flores y postales con pájaros. Entonces vivía en Chicago y parecía el no va más. Como puedes imaginarte, también me enamoré de los bombones, las flores y los pájaros. Decía que yo era su pajarito. Pero creo que ya odiaba al bebé antes de que naciera, realmente lo odiaba, porque ese bebé lo ataba a mí, al pajarito de Lucy a la que había preñado. Podría haberme dejado ahí fuera, deshonrada. Ahora es distinto, pero eso fue hace mucho tiempo. Lograban que te sintieras sucia y degradada. ¿Por qué los hombres pueden meter la polla cuando y donde quieren y no pasa nada? Ted tenía un código de honor. No quería que la gente hablara de él. Quería dar una buena imagen y hacer lo correcto. Eso es lo que me decía una y otra vez, que iba a



hacer lo correcto. Y yo lo quería. ¿No es una locura? Realmente lo quería, pero todo estuvo mal desde el principio.» Se ha detenido un momento para pensar.

«Había estudiado en la universidad, pero no venía de una familia con dinero que digamos. Su padre era un contratista al que le fue bastante bien. Ted tenía grandes ideas sobre cómo iban a ser las cosas cuando tuviéramos dinero. Ese club y aquel vino y el aspecto que debía tener yo, con un abrigo de visón. —Ha sonreído—. Y cómo debía hablar. Contrató a una mujer para que me diera clases de dicción y se desembarazara del acento de Nebraska. —Ha levantado la barbilla, se ha vuelto hacia su izquierda y ha agitado una mano—. Me ató por dentro, si sabes lo que quiero decir. Yo no era lo suficientemente buena. Nunca fui suficiente para él excepto en la cama. A mí me traían sin cuidado las clases. La mujer era agradable, Sandra Dietrich. “Ahora, Lucy”, solía decir. “Ahora, Lucy, escucha bien cómo lo pronuncio yo. Pa-a-a-rk Avenue.”»

Me he reído y Lucy me ha sonreído.

«Bueno, ganó dinero en el negocio inmobiliario y llegamos a Pa-a-a-rk Avenue. Yo lo hacía por él, porque creía que era lo correcto. Cada uno entendía a su manera lo que estaba bien y lo que estaba mal. Yo lo atendía y me arrastraba a su alrededor, y nunca le pedí lo que necesitaba porque yo no podía tener ningún tipo de necesidad, y fui haciéndome cada vez más pequeña. —Lucy alzó el pulgar y el índice un poco separados—. Era así de grande. —Ha entornado los ojos mirando el hueco—. Cuanto más pequeña me hacía, más loco se ponía él, y cuanto más loco se ponía, más gritaba, y cuanto más gritaba, más cerca estaba de golpearme. Pero, si soy sincera, no me pegó muchas veces, sólo seis en todos esos años, y cuatro de las seis fueron al final. Pero si él no me hubiera pegado esas seis veces, no me habría vuelto tan pequeña. Verás, es un círculo. Patty dice que hay que enfrentarse a ello de cara. Hay que poner nombre a la sombra.»

Se ha quedado mirando a la pared del otro lado del patio de luces y ha dicho: «Lo quería. No te imaginas lo bonita que era yo de joven». Yo no estaba segura de cómo enlazaba la segunda oración con la primera, pero le he dicho que me lo podía imaginar porque todavía lo era, y Lucy ha sonreído. «Bueno, jugué bien mis cartas. —Se ha encogido de hombros y me ha dedicado una sonrisa amarga—. Nos tenía atemorizados a mí y a los niños la mitad del tiempo. La otra mitad era manso como un cordero. —Me ha mirado—. Búscate un buen hombre.»

«No busco un hombre», he respondido.

«¿Eres lesbiana? ¿Qué hacías entonces con ese imbécil la otra noche?»

He intentado explicarle que no buscaba casarme, que quería estudiar y escribir. Lucy saltaba de un tema a otro. «¿Alguna vez has querido matar a alguien?», me ha preguntado.

Cuando le he dicho que no, que es la verdad, me ha mirado con escepticismo. He tenido que insistir.

«Bueno, a mí me vino poco a poco. Pensaba que perder a Lindy había sido culpa

mía.» (De nuevo he buscado una conexión lógica entre sus dos oraciones pero no la he encontrado). Se ha detenido un instante. «Lindy era la niña más alegre que jamás hayas visto. Todo el mundo la quería porque era bonita y divertida, bailaba por toda la casa con sus disfraces estrafalarios. Tenía una varita mágica que le había comprado yo. Dormía con ella por las noches, y, ¡ay!, que Dios nos ayudara si no la encontrábamos. Al principio tuvo dificultades en la escuela. Le costaba estarse sentada y quieta, pero después de eso todo muy bien. No fue hasta más tarde, es decir, en el instituto, cuando se puso triste. Yo intentaba sacarla de la cama, pero ella me apartaba. Lloraba continuamente, pero al menos podía hablar con ella, no siempre pero a veces. La verdad es que Lindy era la fácil. Teddy, el primero, no estuvo bien desde el principio. Le pregunté al pediatra, pero no me hizo caso. Está bien, está bien, me decía. Pero no era verdad. Yo lo mecía y le daba botes sobre las rodillas, pero él no estaba allí, le pasaba algo. Yo me sentía culpable por ello. Pensé que debía de ser yo. Ted creía que era yo. — Se ha echado hacia delante en la silla y se ha sujetado las rodillas—. Había algo raro en sus ojos.»

Le he preguntado qué quería decir con *raro*. He visto claro que Lucy no iba a parar. El temor que yo había experimentado a través de la pared no se aliviaba por la confesión que estaba escuchando, si eso es lo que era.

«Sus ojos no conectaban —ha respondido Lucy—. ¿Sabes a qué me refiero? No me miraba. ¿Qué haces entonces? ¿Qué podías hacer para arreglarlo? Yo no pude. Creo que tenía cuatro años cuando me dijo: “Odio a papá. Odio a papá”, pero luego estaba encima de él y no lo soltaba, y cuando creció, la emprendió conmigo, igual que su padre. “No sabes hacer nada bien” y esa clase de comentarios. Tenía que mirarlo muy fijamente a los ojos porque me engañaba todo el tiempo. Lo creía y volvía a creerlo. Pero mi hijo es el embustero más grande que he conocido nunca. Él se disculpaba y hasta lloraba, y luego me contaba una larga historia sobre por qué había suspendido el examen, o por qué decían que había copiado, y que eran ellos los que mentían, o me decía por qué lo acusaban de haber robado la raqueta de tenis, y que él no lo había hecho. —Ha tomado aliento—. Y luego le dio una paliza a Randolph Burns en la escuela (¿te imaginas llamar a tu hijo Randolph?) y lo mandó al hospital, y lo expulsaron del Browning, y puedes estar segura, cariño, de que las otras madres con sus cuellos de Peter Pan y sus mocasines para conducir, esas chicas que siempre me habían mirado por encima del hombro, no se tomaron nada bien que mi hijo resultara ser un gamberro.» Lucy tenía la mirada clavada en la pared, pero no ha dejado de hablar.

«El gran Ted solía agarrar al pequeño Ted por el cuello de la camisa para meterlo en la ducha bajo un chorro de agua helada. Lo hizo durante años. —Se ha recostado en la silla azul y se ha dado la vuelta para mirarme—. Y yo no hice nada. ¿Me oyes? Dejé que lo hiciera. Fracasé en el trabajo, en mi trabajo como madre. Él no metía a Lindy en la ducha, pero ella vio cómo se lo hacía a su hermano una y otra vez, y vio cómo me

golpeaba a mí dos veces, y el sonido de su voz casi me mató. —Lucy ha cambiado de voz. Sonaba como una niña—. ”Por favor, papá, no, papá, no.” Y lloraba y lloraba, y yo me arrastraba hasta la cama con ella y la abrazaba, y le decía que lo sentía mucho. Oh, éramos una pequeña gran familia. Y luego, un par de horas después de que me dejara con la nariz ensangrentada, era como si nunca hubiera pasado, y él lavaba los platos en la cocina para demostrar que lo sentía, y contaba chistes y reía, y los niños y yo estábamos enormemente aliviados, y todo volvía a estar bien.»

Lucy ha tomado otra bocanada de aire y ha levantado la vista como si hubiera algún otro oyente cerca del techo. «A veces trato de recordar cuándo cambió todo. Quiero decir cuándo empeoró él. Carolyn Taylor me pidió que me uniera a su club de lectura en el edificio y yo lo hice. Por alguna razón a él no le gustó. Siempre se mofaba de las mujeres y me decía que era demasiado estúpida para leer libros. No he ido a la universidad. ¿Qué sabía yo? La ignorante de Lucy. Y luego, unos meses antes de que Lindy se cayera, comenzó a encerrarse en su estudio del apartamento. Antes de irse a trabajar, sacaba la llave y cerraba la habitación. Decía que no quería que nadie le tocara sus papeles. Un día llegó a casa, encontró un cerco de café en una mesa auxiliar, uno de esos círculos blancos que no puedes quitar, y se puso furioso, cogió la mesa y la guardó en su estudio.»

«Estaba loco», le he dicho.

Lucy ha asentido. «Eso es lo que dijo Patty.»

«Pues tiene razón.»

«Y luego, una por una, comenzó a guardar cosas. Los niños veían demasiada televisión. Guardó el televisor. Yo tenía unos zuecos de Suecia que siempre llevaba por casa. A él no le gustaba el ruido que hacían. Los lanzó al estudio y los encerró allí. Cuando llegaba a casa después del trabajo, se paseaba por el piso con su llavero buscando cosas que encerrar en el estudio. Las cosas simplemente desaparecían. —Ha meneado la cabeza—. Le dije que tenía que parar, que necesitábamos recuperar nuestras cosas, pero él se puso como una fiera y me dio una paliza de verdad. Pensé que me había roto el brazo. Los niños no estaban, gracias a Dios.»

«¿Y quisiste matarlo?», le he preguntado con audacia.

Lucy me ha mirado.

«Oh, no, entonces no, no durante mucho tiempo, no hasta que conocí a Patty. Cuando estás dentro, cuando te embarcas en un matrimonio y tienes a tus hijos, haces lo que puedes. ¿Adónde iba a ir yo sola? Mi madre había muerto. Mi pobre padre a duras penas llegaba a fin de mes. No podía volver corriendo a Lincoln. No tenía dinero propio. Patty dice que no puedes ver la salida cuando estás dentro. En eso tiene razón, pero fuera no había nada, no realmente, no hasta que él me obligó a firmar los papeles y me echó, y aun entonces la mayor parte del tiempo pensé que la culpa era mía.»

Le he preguntado a Lucy cómo murió su hijo.

«Explotó.»

«¿Explotó? ¿En una explosión?»

Lucy se ha mostrado beligerante.

«No quiero hablar de eso, ¿vale?»

«Vale», he respondido escarmentada.

Hemos guardado silencio durante un minuto y entonces ella ha dicho: «Nos gustas. Por eso he venido. Patty quería que hablara contigo antes de la cena de mañana. Nos gustas».

Patty, Patty, Patty, he pensado.

«Esta silla huele fatal —ha dicho Lucy—. Sólo quiero decir una cosa más antes de irme, antes de la cena de mañana.»

He asentido.

Los ojos de Lucy parecían húmedos.

«Ahora tienes que escucharme sin prejuicios, como dice Patty. ¿Sabes lo que me ha salvado de estar muerta el resto de mi vida?»

He negado con la cabeza.

«La varita.»

«¿La de Lindy?»

Lucy se ha atusado el pelo con ambas manos.

«No, cariño —ha continuado—. Una de verdad. Pero las imágenes son importantes. Los símbolos, ya sabes. La encontré en trance, en un círculo de trance. Encontré las imágenes de las dos varitas. Habló a mi yo juvenil. —Me ha mirado con superioridad—. El cerebro tiene dos lados, ¿lo sabías?»

He asentido como una boba.

«Hay maneras secretas de conseguir que los dos lados del cerebro hablen entre sí. Un yo puede hablar con el otro yo en su idioma particular, y entonces podemos conectar con los animales que son y no son como nosotros, y los reptiles, los peces e incluso las plantas, las estaciones que cambian, los campos y las cosechas, y el sol, la luna y las estrellas, todos forman siempre parte de un círculo que gira y gira, y el perímetro del círculo es infinito. Eso lo ves, ¿verdad? Nacemos y morimos, pero hay un ciclo de nacimiento y muerte. Tengo que recordar que tanto Teddy como Lindy estuvieron dentro de mí, y eran como la noche y el día, ¿entiendes? Ahora no puedo hacer nada por mi hijo, pero él también forma parte de toda la imagen. Lindy cruzó el puente. Sólo porque cortaron el cordón no significa que no siga siendo parte de mí, que no esté aquí y allá y en todas partes. —Ha levantado los brazos y ha extendido los dos dedos índices por encima de la cabeza en un gesto que imagino que significaba profundidad—. No hay oscuridad sin luz. ¿Cómo sabríamos qué es la noche si no tuviéramos el día? Ambos van juntos.»

Ha extendido las palmas hacia mí a medida que su voz se volvía más apasionada.

Página, no sabía de qué estaba hablando.

«Nos gustaría que lo pensaras, eso es todo, porque sabemos que tú también lo tienes.»

«¿Qué tengo exactamente?»

«El sentimiento. —Lucy se ha erguido en la silla—. Cuando estaba en el círculo, vi una varita encendida por el fuego en un cielo nocturno, y supe que también era la varita de Lindy, un signo de la cura del sentimiento.»

«¿El sentimiento cura?»

«Sí, cariño —ha dicho—. La magia, el viejo lenguaje. Me está recorriendo en este momento.»

# 13

Una mujer inspira y expira. ¿Estás escuchando? Separa las dos piezas de los oídos del estetoscopio y se las pone a la otra mujer en las orejas. ¿Puedes oír los latidos del corazón? Sí. Sí, los oigo. «¿Cuántos años tengo?», pregunta una anciana. Y su hija responde: «Noventa y cuatro».

La narradora ocupa su puesto en el cielo nocturno y baja la vista hacia la ciudad, hacia todas las ciudades. Algo está pasando. Algo está a punto de pasar. ¿Qué hora es? Es la hora de leer, señora, y es la hora de la historia, que, por supuesto, son horas que no coinciden.

Algo está pasando por la noche en el libro. Está pasando ahora. ¿Recuerdas las estrellas de casa?, le preguntó a su hermana. En Nueva York, las mismas estrellas desaparecen en la ardiente bruma de la luz urbana, ocultas por la arrogancia de la ciudad.

Mucho más abajo hay dos figuras diminutas, dos mujeres que no pueden ver las estrellas. Están cruzando la calle Ciento nueve por la Riverside Drive en dirección sur. Cruzan la calle en nuestro pasado, pero en su presente y mientras caminan yo adopto el tiempo presente porque tú y yo estamos con ellas ahora. Es el 17 de mayo de 1979, la fiesta nacional de Noruega, que, a diferencia de tantas fiestas nacionales, le explica la joven alta que se hace llamar Minnesota a su compañera mucho más baja, Lucy, no es una celebración del frenesí revolucionario, el asalto a las fortalezas, el derramamiento de sangre y los cientos de cadáveres martirizados que se

amontonan por las calles, sino el día en que los noruegos adoptaron una constitución en 1814. Noventa y un años después votaron pacíficamente que sí a la independencia de los suecos. Lucy no sabe nada o muy poco de los noruegos o los suecos, pero asiente mientras las dos se dirigen a pie al piso de Patricia Thistlethwaite y de su querida amiga, Polilla, nacida como Deidre Wood en algún lugar del oeste, aunque Lucy no recuerda exactamente dónde, es decir, en qué estado, sólo que Deidre contrajo la polio y pasó un tiempo en un pulmón de acero muchos años antes de que «diera nombre a la sombra» y se convirtiera en Polilla.

Mientras camina con Lucy, Minnesota recuerda cómo esperaban en fila en el gimnasio de la escuela para recibir el terrón de azúcar impregnado de un líquido rosado que se derretía en la boca para que nunca contrajeran la polio ni necesitaran usar aparatos ortopédicos en las piernas como los que utilizaba Laura Larsen, que trabajaba en la Biblioteca Pública, construida por Andrew Carnegie para mostrar su gran benevolencia hacia las manadas de inmigrantes que habían expulsado a los lakota y construido sus granjas, y a veces habían muerto de hambre o se habían vuelto locos allí fuera en la tierra. Sí, sólo fue cuestión de tiempo que los hijos de esos inmigrantes entraran y salieran de las bibliotecas en las pequeñas ciudades de todo el país.

Las estrellas se ven brumosas y la ciudad asoma, zumba, silba y exhala en una cacofonía de sonidos, y en el preciso momento en que las dos mujeres se detienen en el bordillo de la acera, oyen pasos a sus espaldas, pesados, rápidos y decididos. El ruido es memoria y sobresalta a Minnesota. Las manos le salen disparadas hacia fuera, e inclina la barbilla como si hubiera recibido un golpe en la cabeza. Deja de respirar, y el hombre que ha estado pisándoles los talones las adelanta rápidamente. No era nada, nada de nada, y Minnesota se siente profundamente avergonzada. La amable y buena de Lucy, la Lucy de la escoba y el vestido violeta, no la otra Lucy menos amable y menos buena que monta en cólera por motivos inexplicables, le pone una mano en el brazo, lo rodea con los dedos y da un breve apretón. Luego separa los labios para hablar, titubea y cierra la boca.

Minnesota es asustadiza, se agita enseguida por un ruido, una sombra o incluso un olor pasajero si no parece pertenecer al entorno. El sueño

explosivo ha dejado de visitarla, pero el nerviosismo persistirá, y durante un año rehuirá el cortejo masculino. En lugar de ello caerá sobre la espuma de su colchón barato en la habitación de la cama construida con cajas de naranjas, un escritorio y una estantería, y follará sin correr riesgos con varios fantasmas, más mujeres que hombres en los meses que siguieron a la noche del 7 al 8 de mayo. Sí, algo le está sucediendo a nuestra protagonista. Minnesota no quiere que vuelvan a empujarla. No quiere que la pateen, la aticen o la arrojen, y sin embargo no puede pronunciar estas palabras silenciosamente para sus adentros o en voz alta porque su caso no es lo bastante grave para justificar ese tipo de atención verbal. Piensa en todo el sufrimiento que hay en el mundo. ¿Quién se cree que es? Ni un hueso roto.

Minnesota está buscando una historia, pero ésta no se encuentra entre las que ha escrito. A veces sus personajes vagan por las habitaciones, los caminos y vericuetos donde se desarrolla la historia más extensa, pero es demasiado estrecha de miras para ver la ciudad como un todo. Una narradora le susurra al oído. La joven necesita una llave. Recuérdalo. Recibirá un cuchillo, pero lo que necesita es una llave.

Debo de ser la única invitada que asistió a la cena de esa noche de primavera que todavía está viva. Era joven. Las demás no. El 18 de mayo anoté sus nombres en mi cuaderno como si fueran personajes de *Minnesota en Manhattan* o *El misterio de Lucy Brite*. Mi afán por novelar mi vida puede explicarse en parte por el hecho de que la novela que esperaba terminar se había estancado a falta de una trama que la impulsara, y la desesperación había empezado a rondar las horas que pasaba ante la máquina de escribir. Mi ambición original —minar la artificialidad de Holmes-Ian razonando contra lo imprevisible e irracional del comportamiento humano real— se había derrumbado, no porque fuera una mala idea, sino más bien porque Ian e Isadora parecían tener sus propias ideas acerca de adónde iban y no estaban del todo satisfechos encarnando mis abstracciones. *La debutante rebelde*, en cambio, parecía escribirse sola. Yo tenía un control firme sobre la heroína de ese libro de memorias noveladas. Ella cobraba vida a través de convenciones literarias impuestas mucho tiempo atrás. Era escrita para complacer; su brío



estaba sujeto a la aprobación final de la jefa.

18 de mayo de 1979

Mientras nos dirigíamos a la cena ayer por la noche, supe que Lucy quería decirme algo pero que se contenía. Notaba su inhibición como una opresión en mi propio pecho. Cuando llegamos al edificio de Patty y Polilla en el Riverside Drive, se detuvo bruscamente en la acera, me miró y dijo en voz alta: «Quería habértelo dicho ayer, pero no estaba segura de cómo leer la señal. Ahora lo sé». Miró a su espalda como si alguien pudiera estar escuchando. Hablaba muy deprisa y en voz baja. «¿Sabes la noche en que te quedaste en mi casa? Bueno, pues a la mañana siguiente, cuando entré en la habitación, dormías en el sofá pero no estabas sola. —Lucy parecía tener los ojos húmedos a la luz de la lámpara que había sobre la puerta—. Lindy estaba sentada a tu lado, viendo cómo dormías. Mi Lindy estaba allí, como antes, ilesa, sin daño ninguno, perfecta como solía ser. —Respiró hondo y soltó una exhalación temblorosa—. No estaba enfadada. Tampoco molesta. ¡Me miró y sonrió! —Le temblaban los labios—. No sabes lo que significa para mí. Todo ha cambiado.»

«¿Qué quieres decir?»

«Tú la trajiste de vuelta. Mejor dicho, lo hice yo al ayudarte a ti. ¿No lo ves? Todo cuadra. Ví los círculos, las caras y las parras en tu cuaderno. He tardado un tiempo en encontrar la respuesta, pero anoche recibí otra señal. —Sonrió—. Entonces supe que podía hablarte de Lindy. Todo gira en torno a la noche en que te atacaron. Hice ruido. Grité. Golpeé la pared con la escoba. Salí corriendo a buscarte. Ella me ha perdonado gracias a ti. Ahora hay esperanza. Ha dejado de castigarme.»

«¿Círculos, caras y parras? Sólo son garabatos, Lucy. Nada más.»

«Es lo que tú te crees. Eso no significa que la vieja magia no esté funcionando. Ni que no sea una señal. Simplemente no sabes qué lectura darle.»

«Pero, Lucy, esos dibujos los he hecho yo. ¿Me estás diciendo que no sé qué he dibujado?»

Lucy me sonrió como si consintiera a una niña de cuatro años. «¿Crees que lo que crees que estás haciendo es lo que realmente estás haciendo? Eso es ingenuo, ¿sabes?»

La miré boquiabierta, y noté que mi incomodidad iba en aumento.

«A ver si lo entiendo. ¿Crees que en mi dibujo de círculos, caras y parras había algo relacionado con Lindy? ¿Me estás diciendo que viste su fantasma?»

«Si así es como quieres llamarlo... La palabra *fantasma* suena un poco primitiva. Vi su cuerpo astral.»

Entonces miró el reloj y dijo alegremente: «Dios mío, será mejor que entremos». Agitó los dedos a unos centímetros de las orejas, lo que por lo visto era una señal de

que debíamos darnos prisa. En el ascensor le dije que teníamos que hablar más de «todo esto». Sí, ya hablaríamos, respondió ella, pero en ese momento estábamos yendo a una cena y vi cómo se atusaba el pelo y se pellizcaba las mejillas con la punta de los dedos.

Cuando Polilla abrió la puerta, yo seguía pensando en círculos, caras, parras y fantasmas. Y en Lindy observándome mientras yo dormía. «La has traído de vuelta.» No era cierto. Polilla nos recibía con gritos de «¡Alice! ¡Alice! ¡Abajo! ¡Abajo!», que dirigía al frenético chucho amarillo con una buena dosis de terrier que brincaba, corría en círculos y nos ladraba hasta que me agaché y dejé que me oliera la mano, después de lo cual meneó la cola y me lamió los dedos. Polilla tenía el pelo rizado y gris ligeramente levantado hacia la parte superior de la cabeza y llevaba sobre los hombros un chal de muchos colores con espejitos y abalorios cosidos en él, una prenda que Lucy inmediatamente calificó como «festiva».

Me detuve en el pasillo para mirar un extraño grabado geométrico con una estrella de cinco puntas en el centro e inscripciones latinas que colgaba de la pared, y me pregunté si la imagen era otra maldita señal y qué diablos hacía yo allí. Mi agradecimiento a las Señoras de la Escoba había disminuido. «Ella me ha perdonado gracias a ti.» No, no lo ha hecho.

Polilla gorjeaba sobre lo feliz que estaba de recibirnos en su casa, y que por qué no pasábamos a la sala y fingíamos que no veíamos los montones de libros, porque no había nada que hacer con respecto a ellos. Era inútil razonar con Patty cuando se trataba de libros, y dentro de nada éstos las expulsarían a las dos del piso porque ya no habría espacio para sentarse, comer o dormir. Cuesta saber si yo fruncía el entrecejo o no, pero supongo que sí. La gente muere. No se evapora en cuerpos astrales. Se descompone y se pudre. Cenizas a las cenizas. Tuve que acompasar la respiración. Era un piso amplio. ¿Eran ricas?

Miré a Polilla mientras ella avanzaba tambaleándose a gran velocidad sobre sus rígidas piernas con *Alice* trotando detrás de ella a través del laberinto de volúmenes colocados a lo largo de ambas paredes y apilados en torres pequeñas en el pasillo. Las uñas de la perra repiqueteaban ruidosamente sobre el suelo de parqué, martilleándome las sienas. Era necesario cortárselas. Intenté concentrarme en el presente. Lucy apretó los labios y volvió a atusarse el pelo. Encontré sus gestos muy irritantes y apreté la mandíbula.

Polilla nos condujo a una habitación más oscura que el pasillo, y tardé un minuto en adaptarme a la débil luz de la lámpara, las velas, la bruma de humo de cigarrillos y un tenue olor a hierbas que impregnaba la habitación. Había libros por todas partes, amontonados en el suelo, en mesas y en una hilera de sillas de respaldo recto. Las cuatro paredes estaban repletas de libros, colocados verticalmente en los estantes altos pero también apretujados en sentido horizontal cuando quedaba espacio por encima de ellos. Había una escalera de madera apoyada contra una de las estanterías y sujeta a un

riel, y, a pesar de mi estado de ánimo irritable, deseé en silencio tener una escalera de biblioteca en mi vida futura. El parloteo emocionado de Polilla se intensificó sin ninguna interferencia por nuestra parte, y oí cómo su voz se elevaba en un chillido de renovado ardor. Señaló con un ademán el extremo de la habitación. «Patty, tengo a las dos aquí. ¿No es bonito?» Y a continuación nos preguntó a Lucy y a mí qué vino queríamos —tinto, blanco o rosado; tenían los tres—, y el rosado trasladó a Polilla al verano en Provenza que Patty y ella pasaron juntas, y casi podía oler la fragancia de la lavanda, por Dios, ¡era un olor tan impresionante...!, y Lucy y yo expresamos nuestra preferencia por el rosado, influenciadas por la lavanda imaginaria, y ella se apresuró a complacernos con *Alice* repiqueteando y meneando alegremente la cola detrás de ella.

Cuando me volví, vi a Patty sentada en una silla casi al fondo de la amplia habitación, su gran rostro terso iluminado por una lámpara de pie y el resto de sus formas abultadas en penumbra. El ángulo de la lámpara destacaba los planos de sus blancas mejillas y frente, y vagamente recordé personajes de novelas cuya piel había sido descrita como de mármol o alabastro. Cuando Lucy y yo nos acercamos a ella, el perfume que yo había detectado hacía unos momentos se hizo más intenso: dulce y verde, pero con un deje medicinal que me recordó los cajones de la tía Irma, con un toque de lavanda quizá pero mezclado con otros ingredientes potentes; ¿una vaharada de alcanfor? El olor me llegaba en oleadas, y cada oleada iba acompañada de un tirón en las fosas nasales. Me sentí extrañamente caliente y, unos segundos más tarde, un poco mareada. ¿No lo olían las demás? Tuve un breve recuerdo de hojas flotando en mi té, seguido de un pensamiento confuso sobre que de alguna manera los fantasmas y los olores son semejantes. Lucy estaba de pie a mi lado. La miré. Tenía una expresión satisfecha que aumentó mi irritación. Y de pronto tomé conciencia del acto de tragar: una vez, dos, tres veces. No cuentas, me dije.

Patty, que era quien emanaba el perfume extraño, levantó la vista hacia mí, y me fijé en su piel blanca como la leche y en su mirada serena mientras clavaba los ojos en los míos.

«Quiero enseñarte algo.» Su expresión era amistosa, pero me hice el firme propósito de vaciar mi cara de toda emoción. Después de la extraña confesión de Lucy me notaba a la defensiva. «Es curiosa la cuestión de la interpretación —decía Patty—, ¿no te parece? Todo depende de cómo interpretamos el mundo, y sin embargo siempre estamos malinterpretándolo. Creo que estas malinterpretaciones a menudo dependen de lo que hemos dejado fuera, lo que hemos olvidado. No estamos jugando con una baraja completa, por así decirlo, sino con unas pocas cartas que repartimos como si estuviera completa. Los jugadores tienen que dar sentido al juego y lo consiguen, pero no se dan cuenta de que faltan cartas. No entienden que, si las tuvieran todas, estarían jugando a un juego totalmente diferente.» Asintió sabia.

La metáfora tenía cierto sentido, pero yo no sabía adónde quería ir a parar.

Me sonrió desde su silla. «Digamos que alguien ha escondido todas las reinas, o peor, las ha quemado, pero hace tanto tiempo de eso que nadie sabe que hubo reinas en la baraja.»

«No estoy segura de que cambie mucho el juego sin reinas —repliqué—. Las reglas son arbitrarias, y cambian. Se puede jugar a muchos juegos con menos cartas.»

Asintió. «Pero digamos, en aras del argumento, que la baraja representa el conjunto. Entonces la eliminación de las reinas sí que cambia el juego. —Hizo un gesto hacia una mesa pequeña con una vela encendida—. El tomo verde de encima del montón. He marcado una página para ti. Pero lo que realmente quiero es que veas el pequeño dibujo que hay en ella.»

Mientras volvía la cabeza en dirección al libro me mareé de nuevo, y pensé que probablemente debería sentarme.

«Pero primero —añadió con su voz grave—, permíteme que te presente a mi colega Alistair Frame.» Señaló a su izquierda. En la relativa penumbra vi a un hombre calvo, con sus estrechos pies apoyados en una otomana. Fumaba con una mano y sostenía una copa de vino tinto en la otra. En el cuello llevaba un fular abultado. ¿Por qué no lo había visto?

«¡Mira el libro!» La emoción de Lucy tenía una cualidad trémula.

Cogí el volumen verde y leí en voz alta el título. «*La llave de Salomón.*»

«*Clavicula Salomonis* —entonó Patty a mi lado—. Un grimorio.»

«¿Qué es un grimorio?», pregunté. Mi voz sonó fuerte y clara. Oírla me reconfortó.

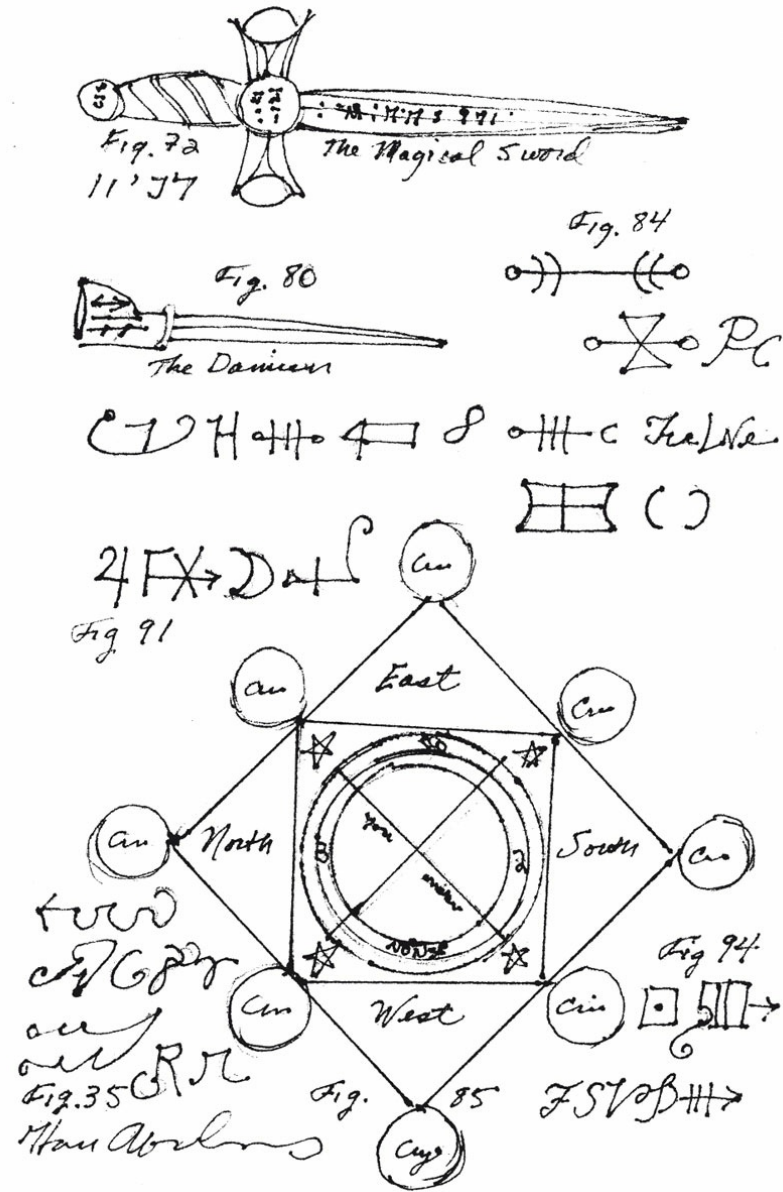
«Magia», respondió Lucy.

Me quedé mirando la portada del libro mientras oía a Patty explicar que se trataba de una traducción de 1889, pero que sus fuentes eran mucho más antiguas. Creo que dijo que del siglo XVI. «El autor afirma que la sabiduría viene directamente de Salomón, pero eso es un disparate. ¿Qué sabía Salomón del cristianismo? Es un grimorio cristiano, un libro de instrucciones que explica cómo hacer hechizos. Hay muchos de esa época.» Yo seguía pensando en las reinas escondidas o quemadas, pero abrí el libro, lo sostuve cerca de la luz de las velas y pasé unas cuantas páginas antes de empezar a leer. Fuera quien fuese el autor del libro, insistía en el tiempo en calma. Recomendaba el tiempo sin viento, el tiempo «sin nubes corriendo de aquí para allá por la faz del cielo». Sin quietud, el hechizo no funcionaría. Volví a la página marcada: «La construcción del círculo». Tomar un cuchillo o una pluma y cortar círculos dentro de círculos, «la segunda línea circunferencial».

Un cuchillo. Un círculo. Una circunferencia. Pensé: «Gus gana. Un culto de círculos y cuchillos». «Ella cree que podrías ser una de nosotras.» No, señoras, yo soy una simple admiradora de Emily Dickinson: «Y hacia atrás se deslizó y yo sola / una mota sobre una Esfera / salí por encima de la Circunferencia».

Lucy me rodeó la cintura con un brazo. «¡Tienes que mirar la foto del libro!

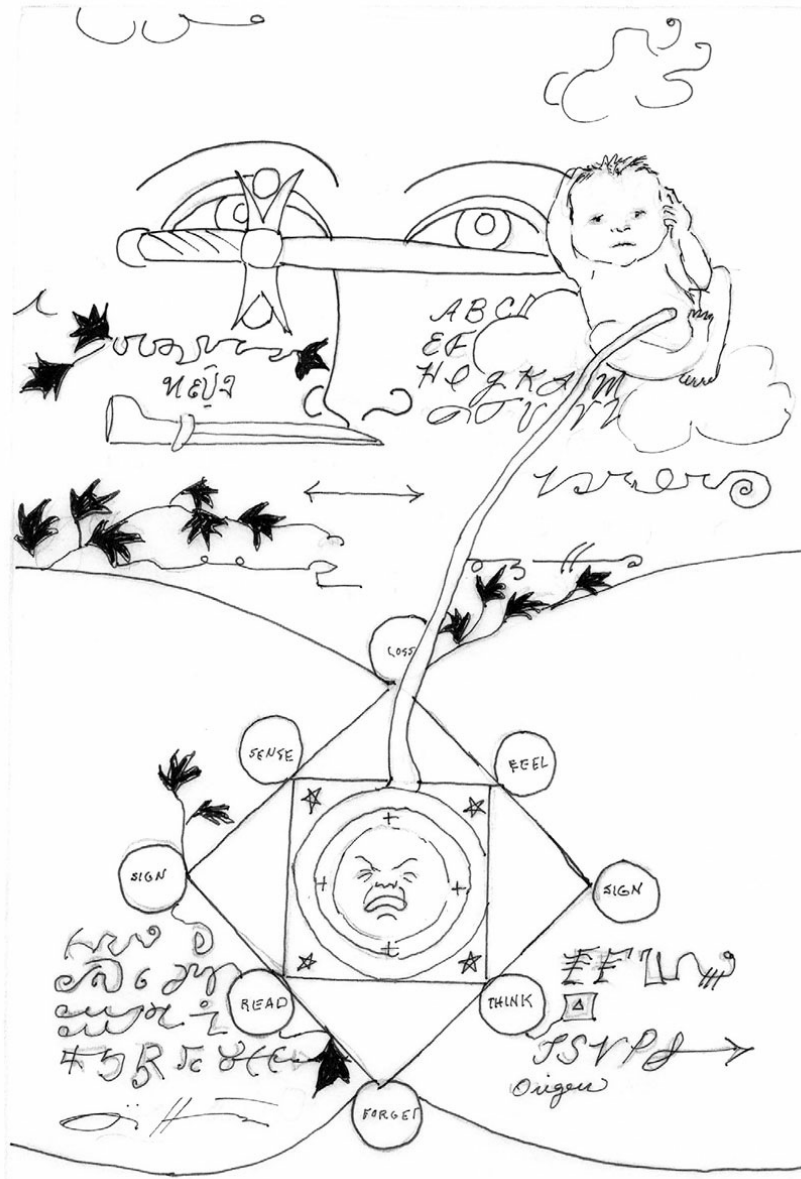
¡Sostenlo bajo la luz!» Bajé la vista hacia una página con dibujos prácticamente ininteligibles.



La voz resonante de Patty retumbó junto a mí con nuevas explicaciones, pero mi vértigo se intensificó. Me llevé el libro al sofá de terciopelo que había frente a Patty y me senté. Lucy me siguió con la vela, sosteniéndola sobre la imagen. Patty seguía hablando. Había encontrado el tomo en una librería de viejo hacía unos diez años, durante lo que llamó «la agitación política». Lo había comprado, y ya en casa descubrió el pequeño dibujo escondido en su interior. «Ese dibujo —dijo— me ayudó a ver lo que

faltaba. No tengo ni idea de quién lo hizo. Podría haber sido una simple lectora atenta que dibujó lo que había descubierto. Doy por hecho que era mujer. Me gusta pensar en el dibujo como la llave que hay detrás de la llave. La llave de Salomón es una tontería. Es una baraja incompleta. La verdadera llave no está ni mucho menos en el libro. Está en ese dibujo. Está ahí, en el sobre de papel glassine.»

Lucy me pasó la vela, luego sacó cuidadosamente el dibujo de su sobre y me lo tendió.



El dibujo era claramente una variación de la ilustración del libro. Sí, había círculos,

parras y la cara de un bebé volador sobre un cordón y el cuadrado; ¿qué era eso? Quería reírme, pero había algo perturbador en la imagen. Vi a Lucy meter el dibujo en el sobre y dejarlo dentro del volumen con cara de satisfacción. Volvió a poner el libro sobre el montón y se acercó para cogerme la vela. Me la arrebató con un poco de brusquedad y con el tirón me cayó cera caliente sobre la mano. Contuve un jadeo y, mientras examinaba el óvalo púrpura que había cerca de la parte inferior de mi pulgar y comenzaba a arrancar la cera coagulada, me sentí molesta. Antes de que supiera lo que estaba sucediendo, las lágrimas me habían calentado las comisuras de los ojos. Cuando miré hacia arriba, vi que Patty me observaba. Tenía una expresión compasiva, demasiado compasiva. ¿Qué quería?

«He llegado a comprender que nuestro pensamiento, el pensamiento occidental, ha supuesto una huida de ambigüedades amalgamadas. Cada persona está formada por dos personas, pero los significados teóricos de la gestación han sido totalmente malinterpretados. La embriología sigue siendo profundamente misteriosa. El cordón umbilical —dijo Patty— o, más correctamente, el cordón placentario, el que conecta a la madre con la placenta y el feto, es la *ur-realidad* de la vida mamífera, de los mamíferos placentarios, una fuerza intermedia o enlace, los tejidos conectivos que prefiguran nuestro parto. Pero la placenta apenas aparece en los libros de medicina. Es una ocurrencia tardía. Es el órgano humano perdido, desterrado del discurso. Está ahí en el dibujo. En todas las otras culturas menos en la nuestra, la placenta desempeña un papel crucial. Es una segunda criatura, un gemelo, un doble del bebé.» Continuó hablando bastante tiempo, explicando cómo se enterraba o se secaba el órgano para utilizarlo como polvo sanador, o se digería por su nutrición espiritual. Me interesaba y me repelía a la vez. Me pregunté qué haría el hua misógino con la placenta.

«Piénsalo —croó Patty. Sonaba como una rana toro. Me encanta cómo suenan las ranas toro—. En el arte occidental no hay imágenes de partos, no las hay hasta el siglo XX, o al menos yo no las he encontrado. Hay miles de madonas sumisas con bebés, crucifixiones, muerte, agonías, batallas y cadáveres en todas partes, pero partos... ninguno. —Me miró—. Las fronteras variables son intolerables. Lo ves, ¿no? Al principio no es una cosa ni la otra sino ambas a la vez. Es la madre y un feto totalmente dependiente; no son dos personas. Eso es ridículo. No son dos hasta muy avanzado el embarazo. Sólo piensa en ello. Cada uno de nosotros comenzamos dentro de otro ser humano, al que estamos unidos a través de la magia de un órgano temporal que la ciencia conoce poco y no se ha molestado en estudiar. Ahora bien, ¿por qué es así?» Patty parecía muy satisfecha consigo misma.

«¿No es curioso? —dijo Lucy—. ¡Todos nacemos! Pero ¿has visto a alguien dar a luz en el Museo Metropolitano?»

«Nunca», repuso Patty, y se rio.

Entonces recordé a Lucy hablando de sus hijos. «Sólo porque cortaron el cordón...»

Dos hijos muertos. Lindy tenía quince años. Su hijo había explotado de alguna manera. ¡Pobre Lucy! Patty tenía poder sobre ella. Y ahora ella veía el fantasma de su hija. Oí uñas caninas acercarse y Polilla nos entregó las copas de vino rosado. Tuve la sensación de que llevaba mucho tiempo en el piso, de que Polilla había hecho el comentario sobre la Provenza y el olor a lavanda días atrás. Oí el líquido rosa. *Alice* comenzó a restregarme el morro en el muslo, dándome a entender que quería que la acariciara. Lo hice, con la mano izquierda, y la perra me miró con sus ojos castaños luminosos y agradecidos.

*Alice* no iba a aborarme con cuerpos astrales, signos, cuchillos, círculos ni placentas. Sólo quería caricias. Bebí un sorbo de vino. Llegaron más invitados. Polilla me presentó a Martin Blume, un hombre corpulento de cincuenta y tantos años que impartía clases de filosofía en la Universidad de Nueva York, con una americana de pana adecuadamente arrugada, cabello gris peinado hacia atrás desde las sienes, nariz grande y recta, y unos ojos que brillaban con ironía. Me estrechó la mano con firmeza y sonrió con un lado de la boca. Yo debí de ver en su expresión una promesa de las horas que teníamos por delante. Allí había una persona que me liberaría de la nube descendente de significados ocultos, fantasmas, signos y órganos humanos temporales.

El profesor bromeó con Polilla sobre su chal, charló con Patty sobre la exposición de David Hockney en el MoMA y cautivó a Lucy interesándose por un collar que yo no me había fijado que llevaba al preguntar: «¿Victoriano?».

Sarah Blume no tenía ninguno de los encantos de su marido. Era una mujer achaparrada con una mirada nerviosa que saltaba de una persona a otra, y, cuando su cónyuge empezaba a hablar, tenía la peculiar costumbre de agachar la cabeza, como si alguna presencia invisible le pegara un manotazo. Varias veces la vi abrir la boca, sólo para renunciar inmediatamente a hablar. Yo quería gritar: «¡Habla, mujer! ¡Habla sin más!». Ella logró pronunciar algunas palabras vacilantes sobre una hija que vivía en Estocolmo y que tenía algún cargo en un instituto. El misterioso Alistair guardaba silencio, sonriendo de forma intermitente y asintiendo amistosamente con la intención de ilustrar que escuchaba con atención. La última persona en unirse a la compañía fue Tojo, una de las mujeres que yo había escuchado a través de la pared. Tenía una estrecha cara arrugada y un cuerpo delgado un poco abultado por la cintura, pero recordaba su dulce voz aguda de la noche del cuchillo y el hombrecillo. Era ella quien había dicho: «Tengo miedo. ¿Morirá?».

Me senté en el sofá y escuché. Al igual que Alistair, sonreía y asentía. A diferencia de él, hice algunos comentarios que me parecieron apropiados. Empezaba a sentirme mejor. Mi mareo había desaparecido. El profesor y la señora Blume habían infundido al entorno un aura relajada y prosaica. Al fin y al cabo, era una cena. Se suponía que la conversación debía ser superficial. Continué acariciando a *Alice*, que se había instalado cerca de mí, pero cada vez que apartaba la mano, me presionaba con el morro pidiendo



más caricias, y su insistencia empezó a irritarme y llevó a Polilla a comentar: «Espero que no te esté molestando. ¡Alice, tumbada!».

*Alice* no se tumbó. Martin Blume, que se había sentado delante de mí, me observaba con expresión divertida. Yo era totalmente consciente de su mirada. Oí a Lucy decirle a Patty: «Lo encontré en el niño mágico, tirado de precio». Sonaba como un lugar, no una persona. Quería preguntar, pero en ese preciso instante el morro de *Alice* se movió agresivamente en dirección a mi entrepierna y, mientras yo apartaba su hocico frío, la voz de Patty retumbó en su tenor ronco: «Te adora. Nunca la había visto así». Cuando levanté la cabeza, el profesor me sonreía; esta vez dejó ver sus dientes perfectos. Volví a notar calor en la cara, y vi cómo Lucy miraba a Blume, registraba su expresión y volvía a adoptar su personalidad altanera y desagradable. Me lanzó una mirada que significaba *compórtate*, como si creyera firmemente que yo había llegado a la cena con la única intención de seducir al perro y/o al hombre.

Una vez sentados alrededor de la larga mesa situada cerca de las ventanas, que estaban ligeramente abiertas para dejar entrar el aire, noté que el vino me había relajado los hombros y me producía una agradable sensación de elevación dentro del cráneo. Patty tomó asiento a la cabecera de la mesa a mi derecha y me pareció algo menos fragante. Tojo se sentó delante de mí, y me fijé en que se enderezaba constantemente las gafas con ambas manos, como si no pudiera colocárselas bien sobre su larga nariz, y que después de cada ajuste hacía un ruidito en la garganta. *Alice*, mi fan, me había seguido al comedor, y se deslizó hábil debajo de la mesa y se acomodó para descansar la cabeza cómodamente en mi regazo. Me alegré de que hubiera perdido interés por mis genitales. Patty me informó de que *Alice* se proponía mirarme con anhelo durante toda la cena para que me compadeciera y acabara dándole mis sobras. Se echó a reír con una profunda risa retumbante. «Es una estrategia eficaz —añadió—. Nuestra *Alice* está bien versada en una retórica de silenciosa persuasión.»

Cuando le comenté a Martin Blume, sentado en diagonal, que comenzaría mis estudios en Columbia en septiembre, pareció confuso. «Pero sólo hay hombres, querida.» Le expliqué que iba a hacer un posgrado en Literatura Comparada, a lo que respondió: «Ahhhhhh». Hablamos un rato y *Tristram Shandy* salió a colación, probablemente porque yo lo mencioné. El tema lo animó, y sonrió y me habló sobre la influencia de Hume en Sterne, que yo ya conocía, pero me gustó cómo lo exponía. Disfruté escuchando palabras que entendía. Nos reímos de lo que tarda Tristram en nacer, hasta el cuarto tomo. Y yo cité la frase que me encantaba sobre el plan temporal de la novela: «digresiva... y al propio tiempo progresiva». Entonces él me miró con ojos benevolentes, y yo sentí su atención como un pequeño sol brillando sobre mí en la mesa. Tenía la cualidad de un recuerdo que no podía ubicar, un recuerdo bueno.

Patty estaba absorta en una conversación con Tojo pero parecía seguir también lo que Blume y yo decíamos, porque me sonrió y comentó: «Veo que hemos vuelto al

parto. Dar a luz un bebé, dar a luz un manuscrito, nueve volúmenes, nueve meses. ¡El libro es un largo parto!». Al cabo de unos momentos bromeó: «Os estoy escuchando. No me sorprende que hayáis dejado totalmente de lado a la señora Shandy». A lo que Blume respondió: «¡Eso nunca! Yo siempre me acuerdo de las señoras», y volvió a su disquisición. Recordé que, en alguna parte del libro, la señora Shandy gritaba: «¿Qué es toda esta historia?». Pensé que estaría bien mencionarlo pero, en ese preciso instante, Lucy, tras lanzarme una mirada rigurosa y crítica, distrajo a Martin Blume con una pregunta, y él se volvió para hablar con ella.

Momentáneamente abandonada, oí la mezcolanza de voces como si la mesa fuera un solo ser con muchas bocas, y, por encima del parloteo, el zumbido constante de los coches al pasar por la West Side Highway. El vino seguía subiéndome a la cabeza, y Alistair, que estaba sentado a mi izquierda, resultó tener voz. Hablaba con Sarah Blume en un tono cortés. Me fijé en la piel rosada de su nuca y en que la lana de su chaqueta estaba pelada. Me pregunté por qué me había sentido tan mal media hora atrás. Noté que la tela de hilo de debajo de mi plato estaba muy arrugada, pero cuando contemplé la mesa como un todo, detecté un área lisa hacia el centro, como si alguien hubiera empezado a planchar el mantel y se hubiera rendido. Tomé nota mental de que la vajilla de loza y la cristalería eran tan finas como elegantes los dos pesados candelabros de plata con cinco velas oscuras que ardían en ellos, que evocaban la imagen de una heroína asustada en un gran salón en blanco y negro con las cortinas ondeando y música de órgano. Sonreí para mí y pensé: «Sí, así es como he estado comportándome, como una médica». Era lo que Kari y yo solíamos decir. Advertí que el arreglo floral que habían puesto de centro de mesa era peculiar: un improvisado ramillete de hierbas, entre ellas salvia, romero parduzco y orégano relativamente fresco, mezclado con rosas rojas con el tallo lánguido. Mi madre habría desaprobado tanto las arrugas del mantel como el centro de mesa, pero yo sentí simpatía por la persona que se había puesto a planchar y lo había dejado, que sospechaba que era Polilla. También sentí una punzada por las rosas, como si no fueran flores sino personas con la cabeza gacha de tristeza o vergüenza. No tenían la culpa de estar un poco demasiado tristes o marchitas para mantenerse erguidas.

Pero ahora debo pensar detenidamente en por qué se torció todo en esa cena, por qué cambió la atmósfera por completo y actué de la manera en que lo hice. Hay muchas cosas que no pueden decirse cuando varias personas se encuentran en la misma habitación. Entre ellas circulan brisas suaves y brisas agitadas, y uno puede acabar en medio de un viento cruzado sin saber por qué. Debe de estar relacionado con la densidad de los recuerdos concentrados en la sala. Cada persona arrastra consigo su pasado hasta una silla y se sienta al lado de otra que también lleva dentro de sí su pasado; padres, tíos, amigos, enemigos, ciudades natales, caminos, buzones, calles, restaurantes, rascacielos y paradas de autobús, todos están presentes en los acontecimientos que han permanecido en su memoria porque les causaron dolor, alegría, miedo o vergüenza, y

cuando vuelvo la vista atrás y pienso en esa cena entiendo que los recuerdos sentados en las sillas junto con los comensales abarcaban a personas fallecidas como Irma, Lindy y Ted hijo, sí, los fantasmas reales transportados hasta el presente de cada mente alrededor de la mesa, y si uno multiplica los pasados, los recuerdos y los fantasmas de todos los que se encuentran en la habitación, entiende que no están callados ni contenidos porque reaparecen, inevitablemente, en la conversación de una forma u otra, y comienzan a mezclarse y a agitar al resto del grupo, se funden unos con otros, y lo que cuenta no son sólo las palabras que intercambian, sino el tono de voz que emplea cada persona, por no hablar de todas las miradas que van y vienen alrededor de la mesa, los gestos y toda la información visible —caras que enrojecen momentáneamente, pequeñas gotas de sudor que se forman sobre los labios superiores y arrugas que sólo aparecen con una sonrisa—, o los pares de ojos que parecen fríos e indiferentes y los que están llenos de interés, o el mismo par de ojos que tan pronto parece distraído como atento, y todas las personas están leyendo, releendo e interpretando todas las señales, grandes y pequeñas, que giran alrededor y no pueden mantenerse separadas de los recuerdos, y me pregunto cómo demonios llevamos la cuenta de eso.

Sé que Lucy contó la horrible historia del hámster durante el postre. La historia del hámster fue la calma antes de la tormenta, pero unos segundos antes había ocurrido el incidente de la mano de Martin Blume en el hombro de su esposa. Lo llamo «el incidente de la mano pesada» porque creo que tuvo un papel decisivo en los acontecimientos y lo cambió todo. Antes de la mano pesada y del hámster se habían tocado muchos temas, la mayoría de los cuales he olvidado. Las intervenciones de Patty fueron memorables pese a su peculiaridad, pero gran parte de la conversación que tuvo lugar durante la cena se ha desvanecido. Sé que *Alice* se quedó dormida a mis pies, pues sentía el movimiento acompasado de su vientre al respirar sobre mis tobillos desnudos. Habíamos comido bien. Todavía veo a Polilla, con su cara alargada y estrecha de barbilla fofa, y sus ojos ansiosos contemplando la mesa, su reino por una noche, mientras nos decía «comed, bebed y sed felices». Ella misma había llevado la aromática pata de cordero a Patty para que la cortara, cosa que ésta hizo con pericia, y a continuación se apresuró a volver a la cocina para buscar una fuente de patatas pequeñas y espárragos. «Oh, mierda, maldita sea», exclamó cuando varias patatas con mantequilla y perejil se salieron del bol y cayeron al suelo al regresar al comedor. *Alice* salió corriendo de debajo de la mesa y se las zampó rápidamente a lengüetazos.

Sé que cuando llegó el postre, una tarta de limón, yo había averiguado que Patty estaba escribiendo un libro titulado *Un estudio sobre la amnesia en Occidente* que trataba sobre las «obras esotéricas» de varias mujeres filósofas, pero también de unos pocos hombres. También descubrí que la amistad de Patty y Martin «se remontaba» a la escuela de posgrado, donde habían cursado el mismo programa, pero ella había abandonado el estudio de la «filosofía general» para dedicarse al «otro lado de las

cosas», un lado de las cosas que su viejo amigo desaprobaba firmemente por ser «competencia de los chiflados», y que Patty defendió con su voz profunda, aunque no estaba claro qué defendía exactamente, excepto que estaba relacionado con «el cuerpo, el sentimiento y la imaginación sagrada», y quizá con el peculiar dibujo, la llave de la llave.

Yo me puse de parte de Martin Blume de la manera más diplomática, discreta y moderada que pude. Me sentía hostil hacia «el otro lado de las cosas», fueran cuales fuesen, porque parecía tan difuso e intangible como los olores a hierbas que flotaban en el aire. Tojo se me había presentado como una artista que pintaba «las fuerzas invisibles de la naturaleza y el espíritu», un proyecto grandioso de muchos colores sobre el que no paró de hablar con su dulce voz aguda entre gestos compulsivos para colocarse bien las gafas y chillidos casi inaudibles. También había averiguado que Astral Alistair era un inglés educado que vendía libros raros y tenía «clientes» por todo el mundo, y que se expresaba casi exclusivamente en términos negativos, un hábito verbal al que tal vez debo la primera impresión que tuve de él, una persona tan seca que temí que se deshiciera en polvo si hablaba con demasiada fuerza en su dirección. «Esa edición en particular no carecía de interés», «No lo llamaría precisamente aburrido, no», «No fue una conferencia deslumbrante, aunque...». El hombre evitaba todo lo positivo en general, pero lo hacía con una actitud afable, y me di cuenta de que para él la negatividad era una forma de modestia.

Sé también que, entre el aperitivo y el postre, Sarah Blume había experimentado un cambio de personalidad. El felpudo se había convertido en alfombra voladora, alentada por Polilla, que había estado sirviendo vino generosamente en su extremo de la mesa, exclamando: «¡Bueno, a la mierda todo!», una frase que hizo que Sarah se desternillara de risa. Lucy también estaba alterada. Había adquirido una mirada vidriosa mientras revoloteaba, arrullaba y sonreía a Martin Blume, quien le devolvía las sonrisas con lo que parecía un genuino placer con la compañía. Se sentía halagado, pero también vi cómo sus ojos iban de Lucy a su esposa, a quien había lanzado numerosas miradas elocuentes. Alistair y yo éramos conscientes de que la risa de Sarah había ido aumentando de decibelios desde el comienzo de la cena, aunque no habíamos dicho nada sobre ello. De todos modos, justo después de que soltara una carcajada que sonó como un aullido, él me miró fijamente durante un par de segundos, como diciendo: «Eso tal vez no era enteramente necesario, ¿no te parece?». Mi visión de Sarah estaba parcialmente bloqueada por el mismo Alistair y el fular que florecía en su cuello, por lo que no pude ver si ella había buscado los ojos de su marido, pero a juzgar por la situación, sus miradas correctivas habían resultado totalmente inútiles.

En algún momento después de eso, Martin se levantó de la mesa y se ausentó, probablemente para ir al aseo. Por el camino se detuvo junto a la silla de su esposa. Confieso que me eché hacia delante para ver qué hacía. Observé cómo le ponía una

mano en el hombro y se lo apretaba, no muy fuerte, y mientras la miraba a ella de perfil por encima del hombro de Alistair, vi que dejaba de sonreír y abría mucho la boca. Me sobresalté: esa mano pesada, el apretón. Mientras observaba, había sentido los dedos en mi hombro junto con la aguda punzada de la vergüenza. ¿Qué había sucedido? Sarah se había portado de un modo alocado, era cierto, y Martin había querido detenerla antes... ¿de qué? ¿Antes de que se riera demasiado fuerte? ¿Antes de que bebiera más de la cuenta? ¿Por qué la mano de él me había parecido tan terrible? ¿Era por lo eficaz que había sido el apretón?

Polilla también guardó silencio mientras veía desaparecer al marido por el pasillo. Lucy, que estaba sentada justo enfrente de Sarah, había visto mejor que yo la pesada mano, y mientras el marido profesor orinaba y Tojo repartía la tarta, se embarcó en un monólogo cargado sobre el tema de no saber quién era realmente la gente. Insistió en que «ellos» pueden engañarte una y otra vez, y al instante comencé a preocuparme sobre lo que quería decir. «Serpientes sonrientes», bramó Lucy a Sarah, que no dijo una palabra. Mientras Lucy escupía las palabras «mentirosos, tramposos, embaucadores», Alistair me lanzó una mirada muy alarmada, que respondí con una de asentimiento. La mesa estaba en silencio. Lucy continuó hablando.

Como era su costumbre, pasaba de un tema a otro unidos por un hilo emocional que sólo ella podía ver. Se le encendieron los ojos de ira, y mientras agitaba las manos, me di cuenta de que los sentimientos y la bebida le habían soltado los gestos. Ya no revoloteaba. Aleteaba. Sobria, sus movimientos siempre habían sido discretos. «¡Se creen que les pertenesces! ¡Se creen que no tienen que preguntar! —Se inclinó sobre su pedazo de tarta y me miró fijamente. Por un instante dejé de respirar, aterrorizada de que contara la historia de mi casi violación en la mesa—. Los cabrones —continuó—. Merecen que los castiguen, los desnuden y los cuelguen por los tobillos boca abajo. Merecen que los pellizquen hasta que les salgan moretones y los pateen con sus propios zapatos de golf.» (¿Nadie más que yo sabía lo de los zapatos de golf?)

«Vamos, Lucy —retumbó Patty a mi lado—. No hemos venido aquí para eso. Ya lo sabes. Nada de daño. Nosotros no hacemos daño.» Su voz profunda y ronca tenía un timbre sosegante.

«Bueno, pero se lo merecen —replicó Lucy—. Eso es lo único que digo. —Y miró hacia Patty y añadió—: Me recuerda al hámster.»

«¿El hámster, Lucy?», preguntó Polilla.

«Una vez conocí a la madre de un niño», respondió Lucy, como si empezara a contar un cuento. Oí los pasos de Martin cuando regresó a la habitación y me recorrió un escalofrío. ¿Qué era? Miedo. ¿Estaba recordando lo ocurrido diez días atrás? ¿No me había asustado en la calle esa misma noche? Toda la alegría me había abandonado.

Lucy continuó con su historia. «Ella quería a ese niño, lo quería, pero algo andaba mal en él. Incluso yo lo había visto a veces. Oh, el crío era un encanto, un chico guapo y

sonriente que siempre te decía que sí a todo. Esto es lo que sucedió. —Guardó silencio unos instantes—. Sus padres le regalaron un hámster para su cumpleaños.» No puedo decir exactamente por qué, pero la cara de Lucy parecía emocionada y resentida al mismo tiempo. Sonrió. La brisa que entraba por la ventana había convertido las velas en elaboradas protuberancias de cera en forma de espiral, y fui víctima de otra oleada de terror. Martin Blume se sentó al lado de Lucy, se volvió hacia ella y la escuchó educadamente.

«Bueno, el niño estaba muy feliz y le daba de comer trocitos de lechuga en su jaula, que se llevaba a todas partes. El hámster se llamaba *Lester*. Y un día la madre del niño encontró a *Lester* muerto en el fondo de la jaula. —Lucy tomó aire y miró hacia un lado y otro de la mesa. Tuve la clara impresión de que disfrutaba acaparando la atención—. El pobre animalito. Son bastante frágiles, ¿sabéis?, pero el pequeño *Lester* estaba requetemuerto. Lo envolvieron en una toalla vieja, y el niño rezó por él y la madre dijo que se encargaría de enterrarlo, pero en realidad fue el niño quien lo sacó con la basura y al cabo de un rato la madre ya se había olvidado de todo. Cinco años más tarde, cuando ella estaba limpiando la habitación del niño, que se había ido de campamento de verano a uno de esos lugares boscosos en plena naturaleza para niños que necesitan ponerse en forma y que costaba un dineral, encontró un papelito pegado en la parte posterior de un cajón. Lo desprendió y lo desdobló. —Junté las manos entre las rodillas por debajo de la mesa. Lucy se atusó el pelo y respiró hondo—. En él ponía: “Hoy he estrangulado a *Lester*. No sé por qué. Quería hacerlo y lo he hecho”.»

Todos guardaron silencio.

«Eso es terrible», dijo Tojo por fin.

Noté cómo el pobre Alistair se ponía rígido a mi lado. Ése no era un tema para personas secas y modestas como él.

Entonces Lucy se echó a reír, con una risa aguda y desesperada que me traspasó justo por debajo de la caja torácica, y la mesa volvió a sumirse en el silencio.

Se hizo evidente que Martin Blume había decidido sacarnos de la tierra de los hámsteres asesinados y encauzar la conversación hacia un tema adecuado para una cena, porque miró a Lucy y asintió sabiamente antes de hablar. «¿Sabes? Hace ya un tiempo que la filosofía se ha enfrentado con el problema de las otras mentes.»

«Son un problema?», preguntó Tojo lúcidamente enderezándose por enésima vez las gafas.

Vi cómo Martin se recostaba y alargaba con toda naturalidad el brazo sobre el respaldo de la silla de la pintora de lo invisible, sentada a su izquierda, en un gesto de relajada colonización. Luego se volvió hacia el resto de nosotros, elevando la voz, y sentí en el pecho una presión repentina. Me estaba pasando algo. Lo miré. Todo lo que había disfrutado y admirado de él había desaparecido. Ya no me gustaba. El hombre comenzó a esbozar con paciencia el problema. Su propia mente —es decir, la mente de

Martin Blume— no es un problema para él, por supuesto; su mente está encerrada dentro de él mismo, por así decirlo, es un contenedor herméticamente cerrado de conocimientos a la manera de Descartes. «Gran parte de mi propio comportamiento lo explico en términos de causalidad a través de acontecimientos mentales», le dijo a Lucy, que había ladeado la cabeza y fruncido los labios. Parecía haber olvidado su estallido pidiendo que los colgaran boca abajo. Había recuperado su feminidad pícaro y teatral. ¿Había olvidado también la mano pesada en el hombro de Sarah? Ésta no había pronunciado una palabra desde entonces. Lo percibí como un silencio candente.

Martin continuó. «Aquí tenéis un ejemplo práctico —entonó lentamente hacia nosotros, sus alumnos sentados alrededor de la mesa—. Cuando me corto el dedo y grito de dolor, sé que estoy dolorido porque siento yo el dolor, pero si te cortas tú y empiezas a gritar: “¡Me duele! ¡Me duele!”, ¿cómo sé que realmente te duele?»

Lucy sonreía halagadora. «Lo sabes porque me ves gritar y te lo estoy diciendo.»

«Exacto —repuso Polilla desde el otro extremo de la mesa—. Es obvio.»

«Ahhh —continuó él, recostándose cómodo mientras apoyaba el brazo derecho sobre el respaldo de la silla de Lucy—, pero podría haber otra explicación totalmente distinta. ¿Cómo puedo saber, por ejemplo, que tu estado mental mientras gritas “¡Oh, me duele! ¡Me duele!” es como mi estado mental? ¿Cómo sé que tienes un estado mental siquiera? Podrías ser una máquina o un extraterrestre de otro planeta. Veréis, existe entre nosotros una asimetría fundamental. La pregunta es: ¿cómo sé que hay otras mentes? ¿Por qué creo que hay otras mentes? ¿Cómo sé que no soy único?»

Me quedé mirando a Martin Blume. Yo había recorrido ese tedioso camino antes y recordaba vagamente haber leído un artículo de un tal Pargetter, a quien había apodado con desprecio el Desmemoriado. Todo el asunto estaba mal planteado desde el principio hasta su fin inconcluso. Tojo se rio y respondió: «¿Estás diciendo que el chico que estranguló a *Lester* podría ser un robot? ¿Eso es lo que los filósofos pensáis?».

Me incliné hacia delante para echar un vistazo a Sarah. Había doblado los brazos y tenía los ojos clavados en la cara de su marido, y los labios firmemente apretados.

Patty meneaba la cabeza. «Martin, estamos hablando de una madre y un hijo. ¿Cómo no va a saber ella que su hijo tiene una mente?»

«Oh, Patty —respondió Blume—. Por favor, nada de filosofías que vengan de las regiones inferiores femeninas. Llevo años escuchando tus opiniones y no son precisamente coherentes ni lógicas.» Yo hice una mueca como diciendo: qué comentario más desagradable. Patty lo miró con una sonrisa ecuánime. No parecía para nada afectada por su hostilidad. Yo estaba asombrada. Luego se volvió hacia mí con una amplia sonrisa de autosatisfacción. Observé que sólo movía la cabeza. El resto de su persona seguía repartido entre su este, Tojo, y su oeste, Lucy. Me estaba hablando a mí. «Supongo que no tiene nada que aportar a este venerable debate filosófico, querida.»

Lo examiné con frialdad. El hombre no podía saberlo, pero había desatado algo

dentro de mí. Durante lo que de pronto me parecía mucho tiempo, había sido zarandeada y azotada por una lluvia de sonrisas condescendientes, comentarios instructivos y sugerencias seductoras que llegaban desde todas las direcciones. Me pregunté en secreto por qué todo el mundo siempre intentaba educarme. No, se había acabado. No dejaría pasar esta oportunidad. *Alice* se despertó. Tal vez yo había movido los pies, pero noté que se levantaba debajo de la mesa.

Cuando hablé, percibí en mi voz las sílabas entrecortadas por la ira. «Acaba de hacer una declaración, pero la ha pronunciado como si fuera una pregunta. Me parece una técnica discutible cuando no reprochable. Al levantar la voz al final de su declaración y añadir un condescendiente “querida”, cree que puede hacer pasar como investigación lo que sólo usted considera un hecho. Me ha dicho que cree, imagina, quizá hasta supone, que no tengo nada que aportar. Al decirlo ha cruzado un puente cuya existencia ha tratado por todos los medios de negar. Ha dado por hecho no sólo que tengo una mente, sino que la que tengo está vacía. Le puedo asegurar que no lo está.»

Noté que *Alice* se alejaba y trotaba ruidosamente hacia Polilla. Martin Blume había dejado de sonreír. Pareció sorprendido y a continuación consternado, lo que tomé como un estímulo. Las palabras acudían a mi boca con fluidez. «En cuanto al problema de las otras mentes, descansa sobre cimientos solipsistas, un modelo cartesiano que sostengo que está mal formulado ya de entrada. Cuando nos enfrentamos con otras personas, podemos preguntarnos: ¿Qué están pensando? ¿Esa sonrisa es melosa o amistosa? ¿Qué esconde? ¿Pero esas preguntas no son cuestiones proposicionales en torno a creer o no creer en la existencia de una mente!»

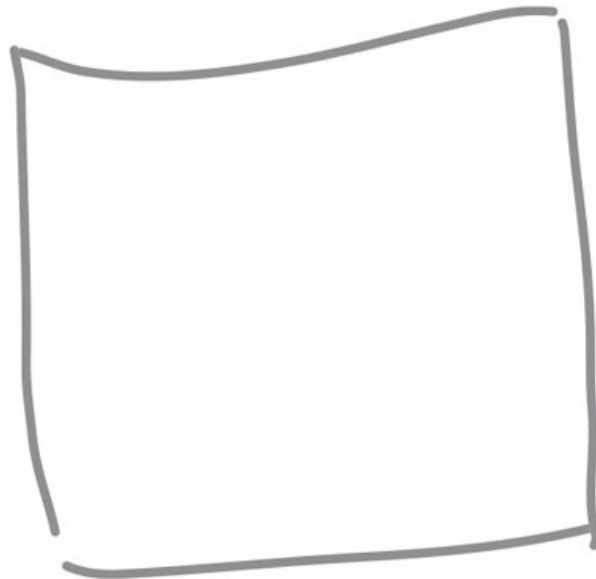
Me había acalorado. Percibí el silencioso suspense a mi alrededor. Me empezaron a temblar las manos sin control y las escondí debajo de la mesa, pero en lugar de bajar la voz, como debería haber hecho, hablé más fuerte. Me incliné hacia él. «Si cree que no conozco los argumentos analógicos, criteriológicos y de entidades teóricas, está equivocado. Los conozco. Todos comienzan con la premisa fundamental del aislamiento mental. Aunque veo a la persona, la veo moverse, hablar y gritar de dolor, no puedo dar por hecho que esa persona tiene una mente. Al parecer, una mente es algo que no pertenece a un cuerpo. Es algo distinto, separado e invisible: “el fantasma de la máquina”. ¿No me está pidiendo que presente pruebas de que otra persona es, de hecho, otra persona? Por otra parte, ¿de dónde sale esa mente interna suya que tanta confianza le inspira? ¿Por qué está tan seguro de su propia mente? El *cogito* de Descartes es una isla construida sobre una fantasía de absoluta autonomía: “Pienso, luego existo”. Pero ¿qué es pensar? ¿Sus pensamientos inciertos sobre la existencia de otras mentes llegan en el momento en que lo sacaron del vientre de su madre? Quizá, a diferencia del resto de nosotros, usted nació adulto. Lo que llama “pensamiento”, es decir, el contenido de su mente, ¿no se ha desarrollado a través de otras personas? Lo que llama “pensamiento” ¿no incluye el lenguaje, y el lenguaje no es algo que se comparte por definición? Sé de



buena fuente que no existe el lenguaje privado. ¿Cree acaso que habría adquirido la autoconciencia necesaria para describir esta famosa asimetría entre su propia mente y la de los demás si no fuera un ser social, si no hubiera tenido ningún contacto con los demás? ¿Realmente cree que existe “yo” sin un “tú”? ¿Cree que su mente puede existir sin su cuerpo o sin los cuerpos y las mentes de los demás?

»Le remito a Wittgenstein —le dije, como si alguien que no era yo, un demonio satírico, se hubiera apoderado de mí y me dictara las palabras. Me precipité hacia delante—. En concreto, las *Investigaciones*. Estoy segura de que recordará el apartado. —Lo miré con lo que creía que era una sonrisa maliciosa, aunque realmente no tengo idea de qué aspecto tenía yo en este punto de mi diatriba—. Wittgenstein escribe, como estoy segura de que recordará: “Creo que él está sufriendo. ¿Debo creer también que no es un autómeta?”. No, profesor Blume, su problema de las otras mentes es una patraña. —¿Estaba gritando? No lo sé. Sólo sé que cité a Ludwig Wittgenstein, a quien había dedicado tantas horas de estudio—: Mi actitud hacia esa otra persona que creo que está sufriendo es una actitud hacia un alma. No soy de la *opinión* de que él tiene un alma. — Por si no hubiera ofendido suficientemente al marido de Sarah, a quien me di cuenta de que había llegado a aborrecer, a continuación lo cité pomposa en alemán—: *Meine Einstellung zu ihm ist eine Einstellung zur Seele. Ich habe nicht die Meinung, dass er eine Seele hat*».

Mi actuación había acabado. Me ardía la cara. Noté que todos los ojos estaban clavados en mí y me sentí mal, muy mal. ¿Qué había hecho? Todavía me temblaban las manos. Sin embargo, algo me impulsó a levantarme. «Perdónenme —dije mientras lo hacía—. Por favor, perdónenme.» Entonces me desmayé.



Me presionaban algo húmedo y frío en el cuello. Oí voces. Oí voces y una puerta cerrarse. Respiraciones fuertes. *Alice* jadeaba cerca de mí. La recordé, y miré por primera vez el techo y me fijé en que no tenía grietas; habían hecho un excelente trabajo al pintarlo. La voz profunda de *Patty*: «Siempre te estamos levantando del suelo, Minnesota». Y en ese momento sentí una vergüenza tan intensa que quise que me tragara la tierra y caer en el olvido, pero me apoyé sobre los codos.

«¡Alistair te atrapó en el aire! —*Polilla* estaba de pie sobre mí con *Tojo* a su lado. Parecían gnomos—. ¿Estás bien, cariño? —decía *Polilla*—. Estás recuperando el color. Caray, eso es hablar y lo demás son tonterías. ¡Deberías haber visto su cara! ¡Seguro que no esperaba que le largaras ese discurso!»

Me senté. *Alice* me lamía, y le acaricié el cuello. *Lucy* estaba sentada en una de las sillas del comedor y me miraba con cierta tristeza. Su peinado había sufrido desperfectos y se había quitado los zapatos. Me quedé mirando las uñas pintadas de sus pies a través de sus medias de nailon mientras *Alistair* me ofrecía un vaso de agua. Me miró con amabilidad y sentí una oleada de gratitud. Me bebí el vaso entero y *Polilla* aplaudió. Luego miré a una y otra, y pregunté: «¿Quién es el jardinero lisiado?»

«El jardinero lisiado? —repitió *Patty*—. No lo sé. Bueno, ¿cómo te encuentras?»

«Pensábamos que lo sabías», terció *Polilla*, sonriéndome.

«No, no lo sé —dije—. No sé nada.»

«Da igual. —Era *Patty*. Estiré el cuello hacia su voz. Estaba sentada en una silla detrás de mí—. Ella tiene el sentimiento. Eso es lo que cuenta.»

Volví a preguntarlo. «¿Qué sentimiento?»

*Polilla* se dobló por la cintura y alargó un brazo hacia mí. «Dame la mano, cariño —dijo. Levanté la mano y *Polilla* la tomó entre las suyas. Su viejo rostro con la barbilla colgante me pareció inefablemente tierno—. Verás —dijo mirando a los demás como si buscara su aprobación—, es muy sencillo. Somos brujas.»

No dije nada, aunque tal vez solté un gritito de asombro.

«Es cierto —añadió *Lucy* desafiante—. Esto es un aquelarre.»

«El aquelarre está conectado con lo invisible —explicó *Tojo*—, con las fuerzas naturales que yo pinto. La mano sabe lo que la cabeza no sabe. ¡Me rodean los colores!» Se mostraba entusiasta. Están locas, pensé. Me deslicé hacia atrás por el suelo para poder ver a *Patty*, que no me había llamado la atención como loca. Me volví hacia ella. Había acomodado su gran cuerpo sobre una *chaise longue* y clavé la vista en las suelas de sus zapatos de cordones. Yo había reparado vagamente en ese asiento poco antes, cuando había entrado en el comedor.

«Tienen toda la razón —murmuró *Patty*. Era imposible no sentirse impresionado por las bajas resonancias de su voz. Me pregunté quién sería ella sin esa voz—. Hemos

restablecido las antiguas creencias paganas y el culto de la gran diosa. Nos oponemos categóricamente a todas las religiones patriarcales, el cristianismo en particular, porque ha forjado Occidente, nos ha forjado a todos y nos ha llevado a odiarnos a nosotros mismos, sangre, hueso, pecho, respiración y vientre. —Patty tenía el discurso bien aprendido—. Estamos en contra del odio del patriarcado hacia el cuerpo, la sensualidad, la naturaleza y la mujer. Creemos en la ecología antigua, la armonía y la sanación. Aprovechamos los poderes de la naturaleza, la luna y sus ciclos sagrados, que se reflejan en el ciclo igualmente sagrado de la fertilidad animal, el nacimiento, la vida y la muerte. La muerte llega y hay que honrarla. Forma parte del círculo. Y nos aferramos a la profunda noción de que los seres humanos, dentro de sí mismos, no tienen un conocimiento hablado o escrito sino un conocimiento ilimitado e infinito que se nutre de verdades comunes sentidas, verdades imposibles de alcanzar para un individuo solo, verdades que solamente son posibles entre nosotros. Debemos practicarlas en secreto, por supuesto, porque la cultura más amplia no está en sintonía con nuestra fe. Nosotros no hacemos proselitismo. Nos buscamos.»

Polilla y Tojo habían sacado sillas de la mesa y se habían sentado a ambos lados de Lucy. Las tres iban asintiendo alegremente como una hilera de muñecos de carnaval con la cabeza de resorte.

Alistair también había acercado una silla a ellas, y fumaba de forma parsimoniosa y contemplativa, y de pronto me entraron ganas de fumarme un cigarrillo. *Alice* se había tumbado a los pies de Polilla.

«¿Usted también es brujo?», le pregunté a Alistair.

«Bueno —respondió él mirando el suelo—. Tal vez no tanto como lo son mis amigas, ya sabe, pero mi interés por el ocultismo no ha sido despreciable.»

«Oh, ya lo creo que es brujo», repuso Lucy.

Quemaron a decenas de miles de brujos, en su mayoría mujeres pero también a hombres. Recordé el terrible libro misógino que utilizaban para procesarlos, *Malleus maleficarum*.

«¿Y no creéis realmente en la magia?», pregunté.

«Por supuesto que sí —respondió Tojo—. Pero no hacemos magia mala.»

«La segunda vuelta de la llave», dijo Patty.

¿La segunda imagen, la segunda vuelta?

«Yo quería que hechizaran a Ted —dijo Lucy. Le sobresalía el labio inferior—. Pero se negaron. Como mucho lo atarían. Tojo hizo el muñeco y confeccionó la ropa, pero fue divertido enrollar la cuerda alrededor de él e ir apretándola.»

El hombrecillo atado.

Patty tomó la palabra. «La magia ya está entre nosotras. Las velas, el *poppet*, las figuras geométricas son símbolos que nos ayudan. Simplemente aprovechamos la energía que ya está allí. No es sobrenatural sino natural. Te hemos invitado esta noche

porque la sentí en ti. Me dio la impresión de que la conocías. Me dio la impresión de que llevabas sintiéndola desde niña, el aire electrificado, las corrientes activas que se mueven de una persona a otra para herir, humillar o sanar. Esa fuerza se puede utilizar, eso es todo. Si hay una *clavis universalis*, una llave universal, está en la agitación del universo en sí, y nosotros no somos observadores. Somos parte de ese movimiento. Como brujos hemos aprendido a utilizar una pequeña porción del poder, eso es todo. Algunas personas están más dotadas que otras. Y a esas personas dotadas las llamo intérpretes de los estados de ánimo. Creo que tú eres una. Verás, el hechizo de atar emplea ese poder natural para impedir que otros hagan daño. Enviamos energía que refrena, que impide a la persona hacer daño a los demás. Lucy ha estado aprendiendo a reconocer su ira, a fantasear con ella y a visualizarla, pero también sabe que ella no debe transformar esos sentimientos en actos vengativos.»

La brujería como terapia, pensé. Gus realmente tiene razón.

«¿Dónde está Sarah? —pregunté, mirando alrededor—. ¿Y, y...? —¿Había olvidado su nombre?—. ¿Su marido?»

«¡Su marido! —exclamó Polilla—. Es gracioso. Martin no lo soportaría. Es un maldito fanfarrón. Patty, nunca he entendido por qué lo aguantas.»

«Me aligera —respondió Patty con voz misteriosa—. Me hace bien. Puede ser perspicaz a pesar de nuestras discrepancias. Lo conozco desde hace mucho tiempo.»

«Es guapo», señaló Lucy.

Polilla hizo una mueca hacia ella y continuó: «Martin y Sarah se han marchado mientras volvías en ti. Ella estaba furiosa con él. Se lo ha llevado a rastras de aquí por haberte hecho enfadar. Lo ha llamado cabrón pomposo. Me he sentido orgullosa de ella.»

«¿Tanto me he enfadado?» Me sentía culpable. La culpa tenía una cualidad asfixiante. ¿Por qué había reaccionado de ese modo? ¿Por qué había montado una escena? Tuve pensamientos confusos sobre el hámster y el trozo de papel, y luego sobre la madre, la ballena oculta de la filosofía nadando bajo la superficie del océano.

«¿No te acuerdas de que te has enfadado?», preguntó Tojo. Esperé que no se colocara bien las gafas, pero lo hizo y soltó un ruidito.

«Sí que me acuerdo. El problema de las otras mentes.»

«¿Has hablado en alemán! —exclamó Polilla—. Patty sabe alemán.»

«¿Son brujos? ¿Sarah y Martin?», pregunté.

«¡Dios mío, no! —respondió Tojo—. Creemos que podemos hacer bien a Sarah. Velamos por ella y le enviamos buenos hechizos. Necesita algo de apoyo. Hemos tratado de atar a Martin, pero hasta ahora no ha tenido mucho efecto. Creo que necesitamos más energía.»

Tojo lanzó a Patty una mirada acusadora.

Luego se habló de dar por terminada la velada. Alistair me ayudó a ponerme de pie.

Polilla me dio palmaditas en los brazos y me estiró el suéter, como si me estuviera arreglando para salir. No me importó. Eran gestos maternos. Patty señaló que había sido una noche larga y más agitada de lo que nadie esperaba, que se había bebido mucho vino, etcétera.

Cuando Lucy y yo estábamos en la puerta, Patty me estrechó la mano con afecto. Me di cuenta de que me asustaba y al mismo tiempo me atraía. Se inclinó hacia mí y me miró a la cara. Inhalé el olor a hierbas. Ella casi susurró: «No des la espalda a tus facultades. No te disculpes por ellas. Tampoco temas tu ira. Puede serte útil. Y recuerda: el mundo ama a los hombres poderosos y odia a las mujeres poderosas. Lo sé. Créeme que lo sé. El mundo te castigará, pero tú debes resistir».

He guardado dentro de mí cada una de sus palabras como si mi conciencia fuera de vidrio y hubiesen sido talladas en ella, pero anoche sólo asentí. Estaba cansada y lo único que sabía era que Patty hablaba en un tono generoso; era lo único que me importaba en ese momento.

Antes de salir miré a *Alice*, que estaba durmiendo cerca de la mesa, y sentí el impulso de acercarme corriendo a ella para despedirme, pero me contuve. Tojo se quedó con Patty y Polilla, y Alistair salió con nosotras al fresco de la noche. Insistió en acompañarnos las pocas manzanas hacia el norte porque no quedaba lejos, y se lo agradecí. Lucy silbaba una bonita melodía que no me sonaba. Creo que es la persona más cambiante que he conocido nunca. Yo no hablé. Soplaba un ligero viento y había luna. Me pregunté cómo le explicaría esa velada a Whitney; también a Fanny, pero sobre todo a Whitney. Podía oírme contándole la historia: fui a cenar con las brujas. ¿Sabías que un grimorio es un libro de magia? Ah, y en la fiesta había un hombre que me gustó y de repente no podía soportarlo. Las otras mentes. Todo giró en torno a las otras mentes. Me enfadé bastante con él y después de reprenderlo me desmayé. Me levanté demasiado deprisa. Ésa sería mi explicación. Me levanté demasiado deprisa. Sí, así es cómo lo contaría. Tenía mucho sentido. Pero cuando he hablado con Whitney hoy por teléfono, me he callado lo del enfado y el desmayo.

Al adentrarnos en la Ciento nueve, alcancé a ver las luces de Broadway y las figuras oscuras de los transeúntes que iban y venían. Recuerdo algo pálido, un folleto tal vez, saltando por la calle cuando soplaba la brisa del río. Alistair dijo que esperaría a que entráramos y luego tomaría un taxi al centro. Saqué la llave, y mientras abría la puerta oí ruido de pasos corriendo a nuestra espalda y la voz de un hombre gritando «¡Hijo!», seguido de «¡Hijo de puta!». Abrí de un empujón y miré a Lucy. Tenía un aspecto lamentable. Se había quedado paralizada a mi lado, con la mirada fija y la boca abierta en una expresión de terror. Alistair le dio unas palmaditas en el brazo. «No ha sido nada — dijo—. Sólo un idiota.»

«Está conmigo — dije, sintiéndome de repente heroica—. Me aseguraré de que esté bien.»

Alistair se despidió un poco de mala gana, murmurando algo en latín —me pareció oír *venire ventus*—, y yo ayudé a Lucy a subir tambaleante las escaleras, preguntándome si el vino le había hecho efecto de golpe. Parecía estar bastante bien mientras silbaba por Riverside Drive. Saqué la llave de su bolso y abrí el 2C. La hice entrar y encendí la luz. Muda y con la mirada fija, ella dejó que le quitara la chaqueta, que colgué con cuidado en el respaldo de una de sus dos sillas de comedor. Entonces le pregunté si quería sentarse. Ella miró a izquierda y derecha, y al frente. Sin previo aviso, se precipitó hacia la silla tapizada que había al lado del sofá, con las manos por delante como si fuera ciega, y las movió con torpeza sobre los reposabrazos a rayas. Me quedé de pie observándola, y la oí decir con voz suave, aguda y estrangulada: «Vuelve. Vuelve, mi amor. Tienes que contármelo, ¿no lo ves? Tienes que contármelo. Sólo tienes que asentir con la cabeza. Eso es todo. Vuelve. ¡Por favor, vuelve!».

En un arranque de compasión, me acerqué a ella y la rodeé con los brazos, y noté cómo se derrumbaba sobre mi cuello. Esperaba que llorara, pero no lo hizo. Dejó que la abrazara durante aproximadamente medio minuto y luego me apartó, declarando que estaba bien y que debía irme a dormir. Le dije que no me importaba quedarme, pero ella insistió en que me marchara. Despierta en la cama con mis pensamientos inconexos, sentí una punzada de dolor. «Sólo tienes que asentir con la cabeza.» No sabría explicar por qué, pero pensé en el pasaje del libro de magia sobre el tiempo en calma. No, las nubes no deben correr de aquí para allá por la faz del cielo. Los vientos han de amainar antes de echar el hechizo. Un silencio debe caer sobre el paisaje. Y entonces pensé en el cielo de mi ciudad natal y su vastedad, y después de eso no recuerdo nada, ni siquiera mis sueños.

# 14

Deslizan una carta por debajo de una puerta. Envían por correo una navaja en una caja marrón corriente dirigida al número 309 de la calle Ciento nueve Oeste, 2B. En un diminuto piso de París, una artista está encorvada sobre una hoja de papel escribiendo a su amiga con la esperanza de que no se pierda su libro de poemas. «¡Djuna, es una necesidad imperiosa para mí!» Años después de su muerte, la lengua de un hombre empezará a moverse para atribuirse su obra, y los ingeniosos juegos de palabras y las grandes carcajadas que retumban en el diafragma de la artista serán metamorfoseados en las secas ocurrencias y las gélidas ironías de él, que serán santificadas por los directores de museos y los historiadores de arte que conmemoran su nombre, resonante de GRANDEZA. Y aun después de que afanosos estudiosos investiguen en los archivos y defiendan con contundencia que es ELLA, y no ÉL, quien está detrás de *La fuente*, creen al GRAN HOMBRE. Pero ella no viviría lo suficiente para saber que el tiempo le ha jugado una mala pasada. Hay más por venir, lector, sobre este altercado con el urinario, esta transubstanciación de un meadero en el Dios Padre del Arte Moderno. Pero acaba de llegar el paquete por correo y dentro hay una nota:

*Querida, queridísima y adorada compinche:*

*Esto es una navaja plegable automática brasileña de hoja tipo estilete de catorce centímetros. Con mecanismo de bloqueo. La fabricaron por las*

*fechas en que naciste. Puede que ella y el recuerdo de la baronesa te protejan.*

*Gordos y babosos besos con lengua,  
Fanny*

El mismo día que encontré el cuaderno Mead entre las pertenencias de mi madre descubrí la hoja de papel con renglones doblada dentro, y cuando la desdoblé y leí el mensaje en el cuarto de huéspedes del complejo para jubilados, recuperé por un brevísimo instante lo que había olvidado por completo, una sensación que había tenido mucho tiempo atrás y que estaba ligada a Fanny, a la navaja, al aire y a la luz, no como la he recordado en retrospectiva sino tal como fue: una felicidad peligrosa, cruda y desmadrada. El recuerdo fue tan dolorosamente inmediato que se me cortó la respiración. Luego el pasado revivido se desvaneció, y me quedé perpleja unos minutos, con la carta en la mano.

¿Me recuerdo sacando la navaja de su envoltorio de papel absorbente? Tal vez, pero también es posible que esté dando forma al recuerdo a partir de las historias que me he contado sobre la navaja que no tardaría en llamar la Baronesa. La navaja debía de estar cerrada y doblada en su funda. En el recuerdo, dejo que mi dedo se deslice por el lado romo y le doy vueltas en las manos. El mango es de asta oscura, y compruebo su peso en la palma abierta. ¿La abrí entonces? ¿La desplegué? No lo sé, pero cuando por fin lo hice, tal vez al día siguiente o al siguiente, vi que tenía grabado en letras diminutas: EIG CUTLERY, ITALY.

Había olvidado que mi antiguo yo se quedó tan confundido con el regalo que ni siquiera se refirió a él como una navaja cuando escribió en el cuaderno. Evitó por completo el nombre: «Fanny me ha enviado un regalo en honor a Elsa. Me da miedo. Primero lo he puesto detrás de unos libros en la estantería de la otra habitación. Eso me ha puesto nerviosa, así que me lo he llevado al dormitorio y lo he escondido detrás de *Don Quijote*, pero también parecía inapropiado. Ahora está detrás de *Cumbres borrascosas*, que es donde le corresponde estar».

«Que es donde le corresponde estar.» Sí, ella comprendió implícitamente



lo que no podía decir explícitamente. Ahora puedo decirlo. Cuando abrió la caja y sacó la navaja, se sintió entusiasmada por motivos que no podía expresar, pero el objeto que tenía en las manos llegó como una oleada de verdad vertiginosa. Durante meses había estado escuchando las diatribas de Lucy, había percibido cómo la abyecta autocompasión de su vecina se transformaba en deseos asesinos. Esas escuchas indebidas la habían afectado, no tanto por tener acceso al parloteo disparatado de una mujer sino porque la historia de Lucy había entreabierto una puerta a un secreto que pertenecía a su propia historia. «¿Alguna vez has querido matar a alguien?» La joven había negado con la cabeza, había insistido en que nunca había sentido ese impulso. No había mentido, pero con la navaja empezaría a arrojar su propio hechizo, no para atar sino para desatar.

En 1979 la joven no podía poner nombre a la sombra, para utilizar el lenguaje de las brujas, y ésa es la razón por la que la navaja saldría de detrás del duro libro de Emily Brontë, un libro muy apropiado para ocultar un arma ilegal porque en sus páginas la brutalidad y la belleza están ligadas con el viento, la climatología, Eros y la lectura. La navaja no dejaría en paz a la joven. Saldría de su escondite y se colaría en el dormitorio y luego en la segunda habitación, como si el objeto sin vida hecho de asta, acero y níquel tuviera voluntad propia. Atraería a la joven una y otra vez porque ardía detrás del tomo de tapas duras verdes, y ella no podía pasarlo por alto, y no tardaría mucho en manejar a la perfección el simple mecanismo de la navaja que desplegaba su hoja mortal al aire, y en averiguar cómo bloquearla con una ganzúa. Pero no registró nada de todo eso en Mead. Su atracción la aterraba demasiado para ponerla por escrito.

Sin embargo, sé que practicó sacar la navaja del bolso lo más rápidamente posible, un gesto al principio lento y torpe, pero que enseguida mejoró. Se ejercitó en guardar la navaja en los bolsillos de las chaquetas y los vaqueros, y se plantó delante del espejo para examinar el bulto que inevitablemente apareció en ellos. Lo disimuló metiéndose también bolígrafos o la delgada funda de las gafas de sol, y cuando se convenció de que la navaja estaba bien escondida, se estremeció de perversa emoción. Entonces se inclinó hacia su propio reflejo y sonrió con dulzura. «Nadie sospechará de esta cara de ángel

—pensó—. Nadie.»

Y al practicar una y otra vez el simple gesto de sacar la navaja del bolso o de un bolsillo y desplegar la hoja mortal, apuñalaba al violador en potencia, quien había dejado de tener nombre hasta en su mente. Pero rebobinó el incidente al completo, la espera, el taxi y el ruido de pies a su espalda, y sintió de nuevo el cuerpo apretado contra el suyo, los dedos enredados en su pelo, las manos deslizándose por sus brazos, y vio la delgada y horrible polla, pero esta vez ella tenía consigo a la Baronesa. Esta vez lo acorralaba contra la pared y le apuntaba con la navaja la nuez de Adán como si fuera Errol Flynn, un héroe de pies ligeros en una película de capa y espada con su estrecha espada, y lo hacía mucho antes de que el monstruo sin nombre tuviera oportunidad de sacar su diminuto miembro, y observaba al hombre alto estremecerse de terror, y su miedo la llenaba de felicidad. Y esta vez lo rajaba justo a lo largo del feo corte de afeitar para darle un susto de muerte, sí, de muerte. Eso era lo que único que quería.

¿Sabía que había otros, otras figuras más vagas o claramente definidas, villanos más o menos escondidos, más o menos culpables, con quienes ella combatía en la desnuda habitación delantera del 2B donde saltaba y apuñalaba el aire con la navaja, rajándolos uno por uno? Cuando revisé la escena desde la posición del narrador, bajé la vista a mi antiguo yo acosado por una imaginaria multitud de malhechores y me pregunté si el sitio ideal de la navaja no estaba detrás de *Don Quijote*, después de todo. «Nosotros no hacemos daño, ya lo sabes», dijo la bruja. El único daño que Minnesota infligió al representar la enloquecida venganza contra los fantasmas incorpóreos de su pasado fue un corte que se hizo ella misma en la mano al guardar la navaja, un tajo limpio que sangró profusamente, empapando el papel absorbente y tiñendo el lavabo de rojo.

Yo nunca salía del 2B sin la Baronesa. Siempre la llevaba encima o la tenía cerca, un pequeño y denso peso en la cadera, una presión en la parte trasera de los vaqueros o un bulto en el bolsillo de la americana de hombre que había adquirido en el Ejército de Salvación a propósito. Ella era mi mentora, mi protectora, mi *poète maudit*, mi *femme fatale*, lista para saltar y

morder con fuerza a la primera de cambio.

*Cuando era  
joven—tonta—  
amé a Marcel Dumierda,  
se portó como un mierda—  
(Una renuncia.)*

Antes de leer lo que había escrito en mi cuaderno perdido durante tanto tiempo, recordaba mi idilio clandestino con la Baronesa. Recordaba que le di las gracias a Fanny por el regalo, pero no le dije que lo guardaba cerca, ni le hablé a Whitney de ello hasta mucho más tarde. Podría haber recitado la secuencia de lo que ocurrió a finales de mayo y principios de junio de 1979 porque me había contado a mí misma la historia, y los modestos acontecimientos están impregnados de intensa emoción, pero también había amnesia, encuentros y conversaciones que habían desaparecido en la vastedad de la memoria junto con la pobre Wanda y su madre.

28 de mayo de 1979

Querida Página, vieja amiga:

Últimos acontecimientos:

1. Ian e Isadora están paralizados.
2. Los Íntimos van soltando una broma tras otra.
3. Fanny se muere de ganas de conocer a «las hermanas malas» y ha estado graznando: «Dobla, dobla la zozobra» desde que se ha desvelado la «verdadera identidad» de Lucy. Le encanta la idea de hacer volar a bebés como si fueran cometas.
4. Whitney me ha reñido por no preguntar más por el jardinero lisiado y ha confeccionado una lista de enemigos para que las señoras los «arreglen» por ella.
5. Jacob reza a la diosa cada noche pidiendo inspiración que lo guíe. Su diosa se parece mucho a Hedy Lamarr. En lugar de *La llave de Salomón* mencionó que la versión física de la *clavis universalis* es «la teoría del todo». Hay muchas teorías similares en el horizonte. Habló de cuerdas, pero nada definitivo aún.
6. Cuando le di la noticia a Gus por teléfono, me dijo que la palabra latina *cultus* significa «adorar». Llamó hace dos días para informarme de que ha habido «un frenesí»

de *revivals* paganos en la zona de la bahía entre un grupo de feministas californiano. También mencionó un libro que acaba de publicarse sobre la nueva brujería titulado *La danza espiral*.

7. Ojalá supiera explicarles que la palabra *bruja*, que parece responder la pregunta —¿quiénes son?—, no responde nada en realidad. Cuando le conté a Whitney el otro día que Lucy suplicaba a la silla vacía, sonrió. Tal vez la desesperación de Lucy parezca divertida vista desde el centro de la ciudad; desde las afueras no lo es. La sonrisa de Whit hizo que me sintiera sola.

8. He estado pensando en la segunda vuelta de la llave. Es tonto, pero no consigo quitarme de la cabeza lo que dijo Patty, disparates pomposos, sí, pero hay algo en ellos que me perturba. No encuentro las palabras. «Recuerda: el mundo ama a los hombres poderosos y odia a las mujeres poderosas.» ¿Es cierto? ¿Por qué me lo dijo a mí?

9. ¿Cómo murió Lindy? Pienso en ello, Página. ¿Qué cree Lucy que le pasó realmente a su hija? ¿Qué le pasó a su hijo?

29 de mayo de 1979

Esta tarde en la Hungarian Pastry Shop, Whitney me ha leído su poema «Pedo» en honor de la baronesa y en deshonor de Allen Ginsberg. Está harta de «la Gran G» que se pavoneaba por toda la ciudad como un semidiós, con adoradores a la zaga y cámaras rodando. «He visto los mejores culos de mi generación soltar pedos, estallidos pestilentes y gaseosos.» No es ni mucho menos la primera persona que parodia «Aullido». Tal vez no me he reído lo bastante fuerte. Tal vez nunca me ha importado lo suficiente Ginsberg, para empezar. Yo siempre he sido herética. La verdad es que me habría reído más hace unas semanas. Ahora se está desbaratando todo, Página, y no sé qué hacer. «¿Qué te pasa, Minnesota? —me ha preguntado Whitney—. No eres tú misma.»

Le he preguntado a Whitney qué quería decir con «tú misma». A lo mejor uno mismo es un puñado de pequeñas historias pegadas al azar que utilizamos para reconfortarnos. Quizá son los fragmentos rotos de Hume, y ¿cómo voy a saber yo de qué habla? Y entonces lo he soltado: he admitido por primera vez que no sé cómo escribir mi novela. Le he dicho que he llegado a varios callejones sin salida. Ni siquiera sé qué es lo que no funciona. He fracasado.

Y ella ha dicho: «No es el libro». He vuelto la cabeza y no he respondido. Me he sentido dura. La Baronesa estaba en mi bolso debajo de los Kleenex, y podía sentir su feroz presencia a unos centímetros de mi codo. Whitney ha vuelto a decir con voz más suave: «No es el libro». He mirado fijamente la espuma marrón pálido de mi taza.

«Soy yo. ¿Recuerdas? Tu vieja amiga Whitney Tilt. Nos conocimos hace mucho en

el Ear Inn.»

Yo no quería mirarla. Me he quedado allí sentada, con cara pétrea, y luego me ha asaltado un pensamiento que me ha asustado: «Nunca la recuperaré. Nunca recuperaré a la persona que conoció a Whitney en el Ear Inn».

Ahora me voy a dormir. Tengo mucho que pensar sobre mañana. ¿Quieres recuperar a esa persona?

Te quiere, Mi No Misma.

No, Whitney tenía razón. Yo, la vieja escritora, puedo verlo ahora. No era el libro. Era la rabia y la vergüenza, y era la baronesa, a quien necesitaba desesperadamente. La baronesa era más bruja que las brujas. Escribió: «Alboroto de la ciudad, viento en el tímpano». La baronesa cabalgó «a lomos de la luna». Levantó la vista y vio una «hermana horrible» en el cielo. ¿Dónde está ahora la baronesa? Vive en sus poemas, *Body Sweats*, una recopilación publicada setenta y tres años después. Vive en sus cartas, papeles, *collages* y fotos en los archivos de la Universidad de Maryland. Vive en una biografía de Irene Gammel. Vive como un personaje de *El bosque de la noche* de Djuna Barnes.

Se estremece, tiembla, canta y se tira pedos en los objetos que la sobrevivieron, en *Enduring Ornament* y en *Limbswish*; en las fotografías de su arte ya perdido; en el objeto del gallo pavoneándose titulado *Retrato de Marcel Duchamp*. Oh, cuánto la decepcionó él. En una carta a Jane Heap, escribió: «Falsa e indigna frivolidad de risa tonta, eso es lo único que puede dar Marcel ahora. ¿Qué le importa el “arte”?». Está en las dos tomas que se conservan de una película estropeada de Man Ray y Marcel Duchamp, *La baronesa se afeita el pubis*. «Marcel, Marcel, te amo como las abejas la miel, Marcel.»

El grito de amor se elevó y cayó hasta aterrizar en «Dumierda».

Pero hay pistas, querido lector, en *El caso del urinario robado* hay muchas pistas. Consideremos la cuestión de la fontanería. Ella se refería al poeta William Carlos Williams como W. C., por *water closet*, inodoro. Admiraba las tuberías y los desagües corpóreos. «Si puedo comer puedo eliminar, es lógico, por eso como. Mi maquinaria está construida de esa manera. La tuya también... ¿Por qué debería yo, una ingeniera orgullosa, avergonzarme de mi

maquinaria?» Le fascinaban los elaborados tractos intestinales y urinarios de la ciudad. Se deleitaba con las asociaciones escatológicas, tan indecorosas e impropias de una señorita. Se postraba ante las alcantarillas que corrían. Iba por ahí arrastrando canalones, embudos y tubos. Le encantaban los retumbos, gorgoteos y pitidos. Y recuérdese que su POEMA PEDO es una plegaria a DIOS. Durante muchos años, su obra *Dios*, un sifón de desagüe de hierro fundido, fue atribuida a Morton Schamberg. Parece ser que él la montó y luego la fotografió. Ahora es de ella en su mayor parte, aunque se suele citar primero el nombre de él. Pero ella era la maestra fontanera. «Hierro—alma de la mina —¡hierro fundido!»

La baronesa es un demonio y, como el Misterioso Caballero Cojo y la anciana que vivía en la casa abandonada de la carretera, se pasea de una historia a otra. Su historia de misterio está ligada a la mía, a la de Lucy y a la de otras muchas niñas y mujeres a las que se les ha arrebatado su ingenio y su trabajo. Ahora lo sé. La baronesa es una furia tierna. Yo la necesitaba entonces. Todavía la necesito. El año que murió escribió una carta a Peggy Guggenheim: «Connmigo posar es un arte agresivo—viril—extraordinario—vigorizante—antiestereotipado, no es de extrañar que a los zoquetes por degeneración de la naturaleza les desagrade—se sientan molestos—subraya la antirreceptividad como lo hace el jazz. Pero hay unas cuantas cabezas brillantes que han captado el hecho para su máximo placer—provecho—admiración por mí».

Ella sabía que era un puño en la cara, una rodilla en la ingle, una bomba de risa. Era arte agresivo. Sabía que el mundo ama a los hombres poderosos y odia a las mujeres poderosas. ¿Es cierto eso? Sí, es cierto. La baronesa fue eliminada de la historia, y eso, amigo mío, es un asesinato. Sin sangre. No hay huesos rotos, sólo un crimen de arte, uno que se tarda años y años en llevar a cabo, una muerte lenta y horrible: las Lágrimas de Eros.

Como tú, lector, recordarás, la Detective Introspectiva no hizo nada por investigar a mi casi violador, pero la traigo de vuelta a la historia. Ya no es joven. Ha engordado y tiene problemas en los pies, juanetes para ser exactos, y a veces le falla la rodilla izquierda cuando recorre a pie la ciudad. La mujer lleva décadas trabajando, oliendo delitos y faltas, sumando dos más dos y

resolviendo casos de uno en uno, pero también tiene casos que nunca se resolvieron por falta de pruebas suficientes para rastrear al autor, casos que se dictaminó que eran suicidios o accidentes y que la han perseguido hasta nuestros días. Se ha vuelto filosófica. Sabe que todos sufrimos y todos morimos, aunque le gusta enmendar errores, incluso cuando han pasado muchos años y todas las partes involucradas están muertas. Ella menciona a Edipo. Yo estoy un poco cansada de Edipo, el primer detective, el que mató a su padre sin saber en ese momento que era su padre y que luego se dispuso a encontrar al culpable y las pistas lo condujeron a él mismo. Aun así, ella se ha convertido en una mujer sabia y, como Edipo, es un personaje ficticio pero no está ciega. Mantiene los ojos abiertos. La veo caminando por un paisaje familiar, un tanto borroso en la memoria.

Ve el camino, el buzón y el campo que asciende ligeramente y se funde con el horizonte, y al mismo tiempo experimento una sensación asfixiante de ser mala y buena: un suspense insoportablemente tierno. Es una sensación que viene de antiguo. No lo toques. Duele. Puedo verme las rodillas manchadas de césped y con costras. Yo solía estudiarlas con interés y no podía resistirme a arrancar una costra floja que al desprenderse casi siempre dejaba un grueso goterón de sangre bajándose por la pierna. Él se pasea por la casa de noche, desvelado. Me digo que las dolencias y las lesiones del día regresan a él por la noche, y está despierto y preocupado en la cama, por todos los pacientes que sufren, y cuando la preocupación llega, todas las habitaciones vibran de tensión. La casa se tuerce y gira mientras yo también estoy despierta en la cama y escucho. Escucho a ver si se levanta, abandona su estudio y regresa con mi madre. He visto la botella de whisky encima de su escritorio esta mañana. Le ayuda a conciliar el sueño. La bruja dijo que yo era una intérprete de estados de ánimo. Humores negros. Sus estados de ánimo eran como el tiempo atmosférico para nosotros.

Ve cómo los ojos de mi padre se vuelven en otra dirección. Se está explayando sobre la tiña. Sí, ha visto un caso hoy y lo explica durante la comida, o tal vez es otra lombriz o un problema glandular en el que quiere que reparemos. Se recuesta en su silla. Se pone cómodo. No oye mi pregunta. Una nimiedad. No hay huesos rotos. Me mira sin verme. No soy nadie. Las lilas

están floreciendo. Consideraciones. Hay consideraciones a tener en cuenta. Mi madre me recuerda que debo cerrar las rodillas cuando me siento. Buenas chicas. Sí, son muy buenas chicas. Sonreíd a la cámara. Decid «patata».

Oyes la voz de tu padre detrás de la puerta de su consulta. Oyes llorar a alguien. Es media tarde. La señora Stydniki probablemente estaba allí, pero no la recuerdas sentada ante su escritorio. Puedes ver la consulta. Puedes subir los dos escalones de la calle, abrir de un empujón la puerta con ventana en la que está grabado DR. en letras orgullosas, y mirar recto hacia las tres estanterías flotantes que hay en la sala de espera; entre los tomos está el manoseado ejemplar de *Seguridad en la granja* con la fotografía de una pierna cercenada por una máquina trilladora en su interior. Desde que viste la pierna no has vuelto a abrirlo. El llanto se vuelve más fuerte y oyes la voz susurrante de tu padre, una melodía de una dulzura indescriptible que reconoces, la misma voz con que habló con la magullada señora Malacek. Si la señora Stydniki está allí con sus grandes gafas de montura de plata y su permanente, no hace ningún comentario que tú recuerdes, pero eso no es raro. La señora Stydniki debe de estar acostumbrada a oír berridos en la habitación de al lado; al fin y al cabo, la enfermedad y la muerte son tristes. Todos sufrimos y todos morimos, y es mejor fingir que nadie llora al otro lado de la puerta.

Debió de angustiarte el sonido, pero no lo recuerdas. ¿Qué edad tenías? ¿Quince? A los quince años eras una joven feminista y ferozmente antibelicista que estaba impaciente por conocer el amor carnal aunque te asustaba un poco, y leías a Eldridge Cleaver, Simone de Beauvoir y William Faulkner hasta altas horas de la noche, pero eso no es lo que estás recordando ahora. Tu padre sale de su consulta con Brenda Linberger, la del apellido que se parece al Limberger, y ella tiene los ojos rojos y las mejillas húmedas, y empiezan a asomarle las raíces negras. Va dos cursos por delante de ti y desde la sala de espera ves cómo tu padre le toma una mano entre las suyas y le dice: «Recuerda que estoy aquí para lo que necesites», y ella levanta la vista hacia él como si fuera el rostro de Jesús, y tu mirada va de la cara de ella a la de él, y ves cómo a él se le encienden los ojos en la admiración y el amor de ella, por fugaz que sea, y entonces lo sientes, un dolor exquisito en el hueco entre



los pechos que al cabo de varios segundos remite dando paso a un embotamiento que te resulta familiar, pero no te preguntas qué es. No te atreves. No sabes. Entonces él te ve y se le nublan los ojos. Te hace una señal con la cabeza y camináis juntos hasta el coche.

Tal vez pensó que no necesitaba decir que estaba allí, a pesar de que siempre desaparecía, siempre se iba, incluso cuando hablaba con nosotras. «La glándula pituitaria es del tamaño de un guisante y está en la parte posterior del cerebro. Diagnosticar un tumor en la glándula es peliagudo, pues los síntomas varían mucho.» En él no había hipocresía. Quería ser amable y lo era, pero le costaba menos serlo con Brenda, con todas las Brendas. La distancia entre él y el paciente era perfecta para él: se da una intimidad que no es íntima. Yo no podía decirle: «Padre, quiero que se te ilumine la cara cuando me mires». Pero podría haber dicho: «Quiero hablar contigo. ¿Podemos hablar? Tengo algo que decirte. Hay algo que me ha estado preocupando». ¿Esperaba que amaneciera un día claro y sin nubes que corrieran de aquí para allá por la faz del cielo? Cómo me gustaba que silbara. «¿Sabes? —dijo mi madre después de que él muriera—, una vez le dije que no debía interrumpirme en mitad de una frase, y menos delante de otras personas, que eso hería mis sentimientos. No me habló durante dos días. Puse a tu padre en un pedestal. Quizá me equivoqué.»

Pasaron muchos años hasta que comprendí que mi padre quería que mi madre siempre pusiera la cara de Brenda. No podía soportar que su expresión dejara traslucir críticas o sentimientos heridos. Puede que todos queramos que nos adulen. La diferencia es que él creía que ella se lo debía. Cuando no llegaba la adulación, la castigaba.

Y así una historia se convierte en otra historia y una vez es otra vez y «érase una vez» es una manera de eludir el tiempo. Pero algo está pasando, y la Baronesa, la navaja de mujer, se ha transformado en un vehículo de encantamiento en la historia, no sólo para mí sino para los demás, un objeto-persona que llevaba en sí lo que yo no podía decir ni me permitía sentir siquiera. Es tan común enfurecerse con los seres amados, rebelarse, gritar y montar en cólera..., pero una amenazante figura sin rostro me dejó callada, rígida y culpable. ¿Quién es esa figura? «¿De qué tienes miedo, niña?» Es la

tía Irma quien lo pregunta. Mi abuela murió cuando mi padre tenía doce años, mucho antes de que yo naciera, e Irma, la tía soltera, ocupó el lugar de su hermana. «¿De qué tienes tanto miedo, niña?» La tía Irma me habla con una voz llena de curiosidad. ¿Cuántos años tengo yo? ¿Siete? ¿Ocho? Probablemente me lo preguntó varias veces a lo largo de los años. No puedo responder. No lo sé.

«¿Y quisiste matarlo?», le pregunté a Lucy con atrevimiento, y ella respondió: «Oh, no, no durante mucho tiempo, no hasta que conocí a Patty». Sí, aquí hay más pistas para la Detective Introspectiva. Una por una, un hombre empieza a guardar cosas bajo llave en su estudio. Le dice a su esposa que es demasiado estúpida para leer libros. Lucy la ignorante. Un hombre se recuesta en su silla. Extiende los brazos sobre los respaldos de las sillas que hay a cada lado de él. Un hombre se acerca a grandes zancadas a un atril y comienza a hablar: «El 9 de abril de 1917, hace poco más de cien años, Marcel Duchamp logró el acontecimiento artístico tal vez más brillante y absurdo del siglo XX».

El 9 de abril de 1917 llegó a la exposición de la Sociedad de Artistas Independientes de Nueva York un urinario de porcelana colocado del revés sobre un pedestal y firmado R. Mutt. El comité lo rechazó. En protesta, Duchamp presentó su renuncia al comité. Alfred Stieglitz lo fotografió y luego probablemente lo tiraron junto con la basura. Pero el urinario surgiría de nuevo. Surgiría rodeado de engaño y confusión.

«Tu padre es un gran médico y un gran hombre. ¿Eres consciente de ello?» «Éste no es el trabajo de una chica de dieciséis años. La ha ayudado su padre, ¿verdad? Lo hizo él.»

«Yo sólo sé darle al teclado con dos dedos, pero esta joven es un genio.»

«¿Por qué los hombres pueden meter la polla cuando quieran y donde quieran, y no pasa nada?»

«En el último texto disponible, que quedó congelado por la muerte accidental de Shelley, la jerarquía es bastante diferente: ahora Rousseau es apartado con bastante violencia de los representantes de la Ilustración...» (¿Qué clase de idiota utilizaría *bastante* en dos frases seguidas?)

«Si vienes conmigo, te vas conmigo. Te llevaré a tu casa.»

La Detective Introspectiva se inclina hacia mí y me pregunta:

—¿Y querías matarlo?

—Oh, no —respondo—, no durante mucho tiempo, no hasta que empecé a ir con la Baronesa, e incluso entonces no sabía realmente lo que pensaba o sentía. Sólo quería tenerla cerca de mí.

—Los sentimientos violentos no son criminales —dice la Detective Introspectiva mientras me mira con los ojos entornados por encima de su escritorio; no es un escritorio moderno sino uno viejo y cubierto de arañazos, de madera de roble, y he colocado encima una máquina de escribir manual, probablemente una Underwood anticuada, pero puedo decorar este interior psíquico como me dé la gana.

—Lo sé —respondo.

Mi personaje dobla sus manos manchadas encima del escritorio y continúa:

—Siento haberte decepcionado. Me refiero a entonces.

—No te preocupes. Éramos jóvenes y tontas.

—Las pruebas académicas hace tiempo que están del lado de la baronesa —continúa ella—. En primer lugar, tenemos la carta que Duchamp escribió a su hermana, Suzanne, dos días después de que rechazaran el urinario. No la encontraron hasta 1982. En ella escribió: «Una de mis amigas, que había adoptado el seudónimo de Richard Mutt, me envió un urinario de porcelana a modo de escultura». Segundo, sabemos que un periódico informó *en aquel momento* de que el artista Richard Mutt era de Filadelfia. La baronesa estaba viviendo en Filadelfia *en aquel momento*. Tercero, sabemos que Duchamp no se atribuyó la autoría del urinario hasta después de que la baronesa y Stieglitz murieron. Cuarto, Duchamp sostuvo que había comprado el elemento de fontanería en cuestión en J. L. Mott Ironworks, pero ellos no vendían el modelo que se presentó en la exposición. Hay quienes dicen que debió de confundirse, pero es poco probable porque la explicación que dio de R. Mutt es que Mutt viene de *Mott*. Es una transposición extrañamente torpe, ¿no te parece? Luego afirmó que Mutt pretendía evocar al personaje Mutt de la tira cómica Mutt y Jeff. Eso también suena inconsistente, ¿no?, una rápida

maniobra de encubrimiento que apenas está en consonancia con el ingenio habitual del francés. Pero Gammel señala que la firma R. Mutt se lee como *Armut* en alemán, «pobreza», y hacia atrás se lee como *Mutter*, «madre». Ella siempre estaba jugando con las palabras y los sonidos: *A quit dushit*. Louise Norton habla del urinario como el «Buda del cuarto de baño», pero cuando Stieglitz lo fotografió, se había transformado en la «Madonna del cuarto de baño». El Útero Urinario de la Madre María. La madre de la baronesa era profundamente religiosa. Su padre había menospreciado tanto a su madre como a la religión, y la baronesa evocaba sin cesar a Dios, las almas, y la maquinaria acústica del cuerpo. Quinto, a ella le encantaban los perros. ¿A Duchamp también? Ella solía pasear por las calles de Nueva York con varios. Sus *mutts*, «chuchos», vivían con ella. Sexto, fijate en cómo está escrito R. Mutt, y a continuación examina la caligrafía que ella utiliza en sus poemas. Vienen de la misma mano.

—Ya lo he hecho —respondí—. He estado en los archivos.

—Sí, por supuesto —repuso ella—. Lo recuerdo.

—Duchamp lo robó, seguro. Ni siquiera se parece al resto de su obra. Ese hombre era refinado, elegante, decoroso, un petimetre que se reía finamente de sus pequeñas bromas. El rey del ajedrez. *La fuente* no encaja. Pero los museos han seguido atribuyéndosela a él. Le pertenece a él.

—Pero ¿y si siempre se hubiera considerado a la baronesa como el cerebro que hay detrás de *La fuente*? —preguntó la Detective Introspectiva con expresión irónica—. Entonces no se habría convertido en lo que es. No sería una obra genial. Excepto a unos pocos personajes marginales, ¿a quién le importaría una poeta desenfadada que se ofreció a sí misma como obra de arte y estampó su firma en un urinario como una de sus bromas? Duchamp permitió que el urinario perdido se reprodujera años después de su destrucción. A esas alturas tenía la llave en la mano, y le fue fácil introducirla en la cerradura, hacerla girar y abrir la puerta, y precipitarse hacia la futura historia que ya tenía lugar en la habitación contigua: El Gran Padre del Arte Conceptual. En 2004, quinientos profesionales especialmente seleccionados y sumamente acreditados del mundo del arte en el Reino Unido decidieron por votación que *La fuente* era la obra de arte más influyente del siglo XX.

»De hecho —continuó la Detective Introspectiva— él debía a “su amiga” el estrellato. —Mi personaje golpea el escritorio con el puño y desplaza un lápiz que rueda hacia mí, y el pequeño alboroto me hace feliz—. Él lo sabía. Él mismo decía que la baronesa “no es futurista. Es el futuro”. Pero corrió por delante de ella hacia ese futuro y cerró la puerta tras de sí, y ella se vio abandonada en una habitación llamada *Armut* en París con la pequeña estufa que la mató, ¡y la habitación tiene un nombre! —La elocuencia de la Detective Introspectiva va en aumento. Levanta la mano derecha del escritorio y señala el techo con el índice—. La Habitación Nunca.

»Ten en cuenta, además, que en su carta Duchamp describe el urinario como una “escultura” y no como un *ready-made*, el término que ya estaba empleando para referirse a sus objetos encontrados. Su primer *ready-made*, *Bottle Rack*, es de 1914. La baronesa debió de referirse a su urinario como “escultura”. Pero ella también estaba en el negocio del *ready-made*. En 1913, un año antes de *Bottle Rack*, la baronesa que aún no era baronesa se dirigía al Ayuntamiento de Nueva York para casarse con el barón y convertirse en la baronesa, y vio una anilla de metal oxidada, la recogió y la llamó *Enduring Ornament*, “adorno duradero”.

»Claro que un objeto nunca es sólo un objeto, y menos aún ese urinario desechado. —La detective suspiró—. Es un objeto embrujado por el aura del gran hombre, el mordaz gran Dios del Arte, Duchamp; su inodoro como idea pura e incorpórea, una forma platónica sustraída de la carne en general. El mundo del arte es el Quijote cegado por el mito masculino. Y así, la compleja broma del inodoro de Elsa, su *Madonna* viril, su *mutt-zorra* lasciva, escandalosa, babeante y antiestereotipada, ha sido aniquilada por los Zoquetes.

—Amén —dije.

Me miró con astucia.



«DUCHAMP LO ROBÓ, SEGURO.»

—Pero no se acaba aquí. La polémica sigue abierta. —Cogió una hoja de papel del escritorio y la agitó hacia mí—. Escucha a este brillante colega: «No hay duda de que Freytag-Loringhoven había creado obras escatológicas similares en líneas generales, pero ninguna de ellas contenía el *pensamiento* expresado en la obra de Duchamp». —Entonces sonrió, y en sus mejillas se dibujaron un centenar de líneas diminutas—. Bueno, todos sabemos que las

mujeres no pueden *pensar*. Supongo que *tú* no tienes nada que aportar a este venerable debate filosófico, querida.

—Tenía entonces y tengo ahora —respondí—. Pero todavía me siento avergonzada por el desmayo.

—Patty lo vio. Creo que ella sí que era bruja. Sabía que tu propia rabia te aterrorizaba.

—Sí, ella lo sabía.

—¿Sabes?, fue el Incidente de la Mano Pesada lo que lo provocó.

Cierro los ojos y siento la mano en el hombro. Siento la presión de los dedos grandes en los huesos que hay debajo de mi blusa y de mi piel, y no puedo respirar. Es un gesto de autoridad, de corrección, de superioridad, de condescendencia, y no puedo respirar, y quiero matarlo.

La Detective Introspectiva está sonriéndome cuando abro los ojos. Me fijo en que deja que se le vean las canas. Muy poco, sólo un par de centímetros de pelo con un corte desfilado que se ve encantadoramente desordenado. Sonríe aún más.

—Querías ver a ese gilipollas muerto. Es bueno saberlo, es bueno decirlo.

—Silenciaron a la baronesa y luego la mataron.

—Tal vez tú y los demás estáis introduciéndola de nuevo en la historia —dijo animadamente.

—¿Has olvidado que estamos en noviembre de 2017 en Estados Unidos? Ésta es la era del odio. Es la era de un hombre poderoso gritando obscenidades sobre los musulmanes, los negros, los inmigrantes y las mujeres ante enormes multitudes de gente blanca que lo venera.

Ella se puso seria.

—Creo que podemos estar agradecidos de que no utilizaras la Baronesa para cortar en pedazos a ya sabes quién. —El humor volvió a sus ojos—. Habría tenido que investigar el asesinato.

—Te has adelantado en la historia.

—En la memoria no hay delante ni detrás, ¿no? —respondió—. El recuerdo brota en el ahora, en el tiempo vertical. Y el tiempo recordado, como sabes, está marcado por la imaginación. Bien mirado, ¿quién soy yo? —Abre un cajón en el escritorio y saca un tomo grueso—. Lo has olvidado. Nunca lo

devolviste a la Biblioteca Pública de Nueva York. —Deslizó el libro por encima de la mesa hacia mí. Lo reconocí: *La mujer Quijote o las aventuras de Arabella*, de Charlotte Lennox.

—Me atrajo el título —le dije—. Y el siglo en el que fue escrito, el XVIII.

—Te lo dejaste en el metro.

Tomé el libro y me lo metí en el bolso.

—Muchas gracias. Eres realmente una gran detective.

Mi personaje sonrío.

—Salgamos de aquí. Te acompañaré hasta la esquina.

Tomamos el ascensor hasta la planta baja y cuando salimos es el 1 de junio de 1979, y Morningside Heights es cutre, realmente cutre. Ella camina conmigo hacia la Ciento nueve y le pregunto:

—Tú no eres la narradora, ¿verdad?

—¿De esta historia, quieres decir?

Asiento.

—Cielos, no. ¿Cómo se te ocurre? Pensaba que eras tú.

—Bueno. A veces pienso que soy yo y otras tengo dudas.

Nos estrechamos la mano y la veo cruzar Broadway. Ahora se contonea al andar, y al llegar a la mitad de la calle pierde por un momento el equilibrio. Es por la rodilla. Se recupera, pero cojea el resto del camino. Me pregunto si tiene otro caso entre manos. Cuando me vuelvo para mirar mi sucio edificio, el número 309, veo al joven pálido en su puesto. Todavía hay luz fuera pero no por mucho tiempo. Y, sí, noto a la Baronesa en mi bolsillo trasero. ¿Recuerdo si había viento ese día? Soplaba un viento procedente del río Hudson que atravesó la carretera hasta la Riverside Drive, recorrió mi calle y nos alborotó el pelo a mí y a otros transeúntes que pululaban por ahí en los viejos tiempos en que yo era joven y me llamaban Minnesota. Menciono el viento porque «con el corazón llega una atmósfera». Sopló con fuerza durante un rato y luego amainó.



# 15

La joven está escribiendo. Está escribiendo en su habitación al día siguiente de su encuentro con el joven pálido. Ha estado intentando leer las señales, pero sabe que las ha mezclado todas, y está desesperada por saber de qué trata esta historia.

2 de junio de 1979

Apenas sé cómo contarte esto. Es muy confuso, casi alucinante si lo pienso, pero voy a escribirlo tal como sucedió. No había visto al joven pálido desde el día en que Lucy estuvo gritándole, pero ayer lo encontré fuera del edificio cuando regresé de casa de Elena bastante tarde, alrededor de las siete y media. Todavía había luz y hacía calor. No había sido un buen día de trabajo, Página. Mi empleadora estaba decepcionada con el capítulo. No prestaba la debida atención a su vestuario. Intenté explicarle que describir sus trajes en detalle aminora el ritmo narrativo, a lo que ella replicó: «¡Pero tiene que haber más Dior!». Necesito tanto el trabajo que me armo de paciencia, pero más Dior arruinará el libro. Y el libro me importa. Tal vez acabe olvidándose de la ropa. A menudo se olvida. Estoy deseando que se marche en verano. Quiero el empleo, pero también necesito poner distancia.

Así, cuando el joven pálido me saludó educado con la cabeza y acto seguido me pidió humildemente ayuda delante del edificio, yo no estaba de humor para hablar con nadie. (Lo único que quería era entrar, hervir unos fideos y leer *La mujer Quijote* sola en mi cama, y enfrascarme en la mala interpretación que Arabella hacía de Todo.) El joven llevaba una bolsa de lona de estilo militar sobre el hombro izquierdo, una bolsa lo

suficientemente pesada como para encogerlo en la postura de una persona muy anciana con lumbago. Cuando le dije que estaba muerta de hambre y agotada, y que no tenía tiempo, él insistió en que necesitaba hablar conmigo. Insistió en que era una cuestión de vida o muerte. Utilizó estas palabras, *vida o muerte*. «Por favor», dijo. Tenía una expresión herida en los ojos y todo su ser estaba desarreglado, y sentí el tirón de adentro hacia fuera, esa simpatía, curiosidad o dolor vicario o lo que sea que responde a la llamada de vida o muerte, aunque probablemente no lo es en absoluto. Dijo que estaba «desesperado» por entrar en el edificio, «sólo para hablar». Le dije que no, y repitió: «Por favor», alargando las vocales como si fuera un niño de seis años pidiendo un caramelo.

Es cierto que me atraía la historia, el misterio de las palabras pronunciadas en la acera: «Se acabó». Tal vez él también era brujo, hechicero, alquimista o un fantasma. Parece un fantasma. Lo llevé al Tom. Es un lugar público y es barato. En cuanto nos sentamos en un reservado, lo miré sentado enfrente con su talego, que estaba a su lado como si fuera una tercera persona muda. El joven pálido me pareció aún más enfermo que antes. Examiné los cercos negrizulados de debajo de sus ojos y sus mejillas demacradas e incoloras perfectamente afeitadas. Un chico huesudo y espectral vestido con una camisa de aspecto caro con una mancha de óxido en la manga. De hecho, cuando la examiné de cerca, vi una constelación de pequeñas manchas cerca del puño. Me ofrecí a pagarle un sándwich, y pareció tan feliz que eso me animó. Los dos lo pedimos de beicon, lechuga y tomate. Él se comió el suyo rápidamente y yo aparté la vista varias veces para no ser testigo de su avidez. Examiné mi sándwich y luego eché un vistazo a la bolsa de lona, que estaba sucia, y me fijé en que, cerca de lo que habría sido el cuello si se hubiera tratado de una persona y no de una bolsa, había una mancha oscura. No le hablé mientras comía porque me daba lástima; yo misma sabía un poco sobre el hambre, al menos a corto plazo, por lo que la compasión que sentía era en parte por mí, pero después de verlo lamer hasta la última gota de mayonesa, trozo de lechuga y semilla de tomate del plato, le pregunté qué era tan urgente.

«Tengo que ver a Lucy Brite.»

«¿Por qué?», le dije.

«Todos los hijos merecen ver a su madre.»

Sentí una convulsión en los pulmones. Recordé la furia de Lucy en la acera, la recordé hablando de los ojos de su hijo cuando era pequeño. Recordé sus propios ojos brillantes cuando contó la historia del hámster muerto durante la cena, las duchas frías y el niño llamado Randolph, aunque los recuerdos no aparecían en ese orden y ninguno de ellos existía separado de los demás. Eran un tumulto de sentimientos, un embrollo emocional de saber y no saber, y de miedo. Y mientras estaba allí sentada, volví a oír a Lucy a través de la pared con el estetoscopio; parecía haber transcurrido mucho tiempo. Tenía más miedo que nunca de lo que había escuchado a escondidas, y me quedé

mirando los restos de mi sándwich, pero podría haber contenido la respiración unos segundos. «Le tiene miedo a su propio hijo.» Lo había dicho ella. Yo lo había escrito. Me lo creí. Me lo creí porque Lucy no había querido hablar de él, porque se había portado de forma muy extraña con respecto al hijo muerto que ahora cobraba vida delante de mí. «Todo lo que tienes que hacer es decir que sí con la cabeza.» ¿Qué había hecho él? Lindy. Lindy. Lindy, un nombre que canta. De pronto me sobrevino un temor, y pensé en el dibujo del sobre de papel glassine y el cordón enrollado. Página, pensé en que esta persona de aspecto enfermizo había estado una vez dentro del cuerpo de Lucy, como embrión. No dije nada de eso, por supuesto. Le pedí que me enseñara algo que lo identificara. Él dejó sobre la mesa el carné de conducir: Theodore Brite.

Mantuve la cara tan impávida e inexpresiva como pude. Hablé muy despacio y con calma. «Ella me dijo que su hijo había muerto. Utilizó la palabra *explotó*. ¿Por qué diría algo así?»

A él le tembló el labio inferior. Yo desvié la mirada hacia el restaurante y me concentré por un momento en el tintineo de los cubiertos, las voces de los comensales y el atardecer a través de las ventanas. Pronto se haría de noche. Aquí estoy a salvo, me dije. Nadie me hará daño en el Tom. Él empezó a hablarme de la enfermedad de Lucy, que la habían «trasladado» a un hospital.

Sin mirarlo directamente, le dije que sabía lo del hospital. También sabía lo del divorcio y la nueva mujer y los hijos nuevos, y sabía lo de la caída de Lindy.

Él se echó hacia delante. «¿Y qué te dijo? ¿Qué dijo de Lindy?»

Lo miré a la cara, intentado interpretar su expresión. «Me dijo que murió hace diez años.»

No sé si su emoción tiñó la mía o si la historia de la muerte de Lindy llevaba tanto tiempo dentro de mí que el dolor de Lucy era en parte mío, pero un temblor me recorrió la boca, y sé que él lo vio porque sus ojos castaños se concentraron y luego parecieron relajarse. Me pregunté por qué. Me dije que no debía perder la calma. La Baronesa estaba en mi bolsillo trasero. La toqué varias veces mientras lo escuchaba.

Fue realmente triste, decía él, pero su «mamá» tenía «problemas de salud mental». Sufría «delirios y paranoia». Imaginaba toda clase de cosas. Fue increíble lo que llegó a inventar. Los vecinos la perseguían. Las matrículas de Park Avenue tenían mensajes secretos en ellas. Había estado muy, muy enferma y durante un tiempo temieron que tuviera que vivir en una institución para siempre. «Papá pensó que tendríamos que encerrarla y tirar la llave.» Lo dijo exactamente con estas palabras. Me acordé de Jacob exponiendo la teoría de que Lucy es psicótica. Miré al joven Ted a los ojos. ¿Podía ver algo en ellos? «¡Se acabó!», había gritado Lucy. ¿Qué significaba no querer a tu propio hijo?

Él habló de Lindy entonces, de cuánto había querido a su hermana y lo bonita, dulce, buena, tranquila y adorable que había sido. «Era una niña soñadora, como yo, una niña

realmente creativa. Le encantaba jugar a disfrazarse, dibujar y escribir obras de teatro. Yo dejaba que me pusiera todo tipo de disfraces disparatados. Incluso dejaba que me maquillara. Le enseñé a jugar a las damas. Le enseñé a silbar.»

Yo no quería oírlo. ¿Por qué me lo estaba contando? La familia entera silbaba, al parecer: silbadores y más silbadores. ¿Por qué me hablaba de Lindy como si fuera una niña pequeña? ¿Dónde estaba la quinceañera deprimida? Había algo en su historia que no cuadraba. Interrumpí el panegírico. Le dije que lo había visto con Lucy en la calle hacía unas semanas. Discutían. Le pregunté cómo sabía siquiera que Lucy y yo éramos «amigas». No era la palabra correcta, pero la utilicé.

«Hemos hablado por teléfono», respondió. Me miró directamente a los ojos como para probar su sinceridad.

«Hay una cabina —le dije, señalando hacia la ventana—. Fuera en la calle hay una cabina. Llámala ahora y dile que vas a ir.»

«Ella no me deja.»

«¿Por qué?», pregunté.

«Está enferma, ya te lo he dicho, pero necesito verla. Necesito que la relación entre nosotros mejore. Es mi mamá.» La palabra *mamá* sonó como un gemido.

«Eso tiene que decidirlo Lucy. ¿Por qué debo involucrarme yo?»

Él sonrió con tristeza y meneó la cabeza. «Porque creo que te importa —respondió, con los ojos muy abiertos—. Tienes una cara bonita. Puedo ver que eres una buena persona. Podríamos entrar juntos. Sólo quiero ver a mi mamá.» Arrastró de nuevo las vocales y parpadeó para contener una lágrima.

Y entonces pensé: yo no soy una buena persona. ¿Qué te hace pensar que lo soy? Es muy buena chica. Tiene una cara muy bonita. Al mismo tiempo, mis dudas sobre Lucy iban en aumento. ¿Qué era cierto y qué no lo era? Ella era imprevisible. Tenía como mínimo un par de voces. La recordé apartándome los brazos cuando la abracé en el piso. No fui capaz de preguntarle a él por la «caída» de Lindy. ¿Y si Lucy se había inventado o imaginado partes de la historia? Me armé de coraje. Por qué necesitaba coraje, no lo sé, pero era así. «¿Tu padre guardaba vuestras cosas bajo llave en su estudio?»

Él miró el talego y luego a mí. Apretó los labios con firmeza. «Era una especie de juego para él.»

Yo no dije nada.

Él continuó: «Quería enseñarnos a cuidar de nuestras pertenencias, ya sabes, una lección de responsabilidad. Era por nuestro bien.»

Me pregunté si él lo creía.

«Cuando hablas en plural, ¿te refieres a Lindy y a ti?»

«A nosotros y a mamá. También guardaba muchas cosas de ella.»

Me quedé en silencio. Él también. Pensé en la expresión «por nuestro bien». Lucy no era una cría. Era su esposa, una adulta. Y eso me puso triste. Lo miré junto a su bolsa

de lona con la gran mancha y mi tristeza aumentó. Página, el mundo me pareció terrible en ese momento, tan terrible que el Tom, Broadway y todo el Upper West Side se sumieron en la tristeza, pero esos pensamientos son indescriptibles. Le dije: «Pareces enfermo. ¿Te ha visto un médico?».

En cuanto acabé de pronunciar la palabra *médico*, comenzaron a caerle lágrimas sobre los párpados inferiores y le corrieron por las mejillas hasta el mentón. Sorbió y se tapó la cara con sus largas y pálidas manos. «Estoy sin blanca. No tengo adónde ir. Mi novia me ha echado del piso hace un par de horas. He estado deambulando por ahí sin rumbo.»

Saqué unas servilletas del dispensador y se las di.

Él lloró sobre el papel, y noté los ojos de los dos hombres de la mesa de al lado sobre nosotros.

«¿Por qué no vas a ver a tu padre?»

«Está demasiado ocupado con Wendy y Peter.» Pronunció los nombres en un tono autocompasivo que disminuyó mi tristeza. Su lloriqueo me producía rechazo.

«¿Sus otros hijos?»

Él asintió patéticamente.

Le escudriñé la cara. Su expresión me pareció extrañamente relajada. Era como si la experiencia no hubiera perfilado sus facciones. Parecía un niño.

Le hablé con amabilidad. «Pero ¿por qué tu madre no quiere verte?»

«Ya te lo he dicho —gimió—. Sufre de paranoia.»

Recordé la cara feliz de Lucy mientras sostenía el vestido violeta en el aire. Recordé su mirada fija en su *bagel*. Me acordé del hombrecillo de trapo. La recordé corriendo hasta la silla. ¿Me gustaba siquiera Lucy? No estaba segura, pero no sabía nada de ese joven pálido con un carné de conducir en el que se leía Theodore Brite. ¿Por qué iba a confiar en él?

Después de explicarle que no podía permitirle entrar en el edificio, le prometí que le diría a Lucy que lo había visto.

Por supuesto, Página, todo el asunto era disparatado. No era difícil entrar en el edificio. Entraban y salían personas todo el tiempo. Si realmente hubiera querido verla, podría haberse colado sin mucho esfuerzo, pero no pensé en ello entonces. No sé por qué.

Pagué la cuenta, y antes de cerrar la cartera le di un billete de veinte dólares. Es mucho dinero. No pensé en ello. Lo hice sin más. Ahora veo que debí de sentirme mejor por el gesto. Me gustaba ser yo la que regalaba dinero para variar. Él tomó el billete sin decir una palabra y se lo guardó en el bolsillo trasero, pero luego me dio las gracias más de una vez. Fuera había anochecido. Broadway estaba iluminado por luces de neón y había muchos transeúntes caminando por las aceras, lo que hizo que me sintiera segura. No nos dijimos nada hasta que él se ofreció a acompañarme hasta el edificio. Prometió

que no me pediría que lo dejara entrar. Yo titubeé. Me llevé una mano a la Baronesa un par de veces. Me di cuenta de que él cargaba con la bolsa con más facilidad, que había desaparecido el lumbago y había brío en su paso —el sándwich, quizá—, y cuando llegamos a mi edificio y nos detuvimos debajo de la lámpara que había sobre la puerta me dijo que había olvidado algo. Era importante. Quería que se lo llevara a su madre. Se me aceleró el pulso. Yo tenía la llave en la mano izquierda y la derecha libre.

Se arrodilló, abrió la cremallera de su compañero silencioso y comenzó a hurgar dentro. Bajé la vista hacia el contenido visible de la bolsa y, mientras lo observaba, me di cuenta de que no quería llevarle nada a Lucy. No quería hacer de intermediaria. Quería entrar corriendo, quería escapar de su abyección, de su patética necesidad de «mamá». Quería decirle que no, pero me quedé allí plantada, mirando distraída sus camisas arrugadas, un paquete de condones, un libro de bolsillo cuyo título no pude ver. Luego abrió la bolsa unos centímetros más y vi las manchas. Sabía que era sangre, sangre ennegrecida y viscosa que aún se estaba secando. Conocía la sangre de haberla visto en la consulta de mi padre. He visto mucha sangre vieja. Bajé la mirada hacia una prenda que rezumaba sangre coagulada. Fue fugaz, más fugaz que el tiempo que tardo en escribir esto, más fugaz que el que emplea cualquiera en leerlo. Él estaba sacando algo de la bolsa, un palo azul, y estaba cubierto de sangre. ¿En qué había estado pensando yo? No sabía quién era él. «Le tiene miedo a su propio hijo.» Me entró el pánico.

Oh, Dios, Página, saqué la Baronesa de mi bolsillo trasero, la desplegué y la apunté directamente a su cabeza. «Levántate», le gruñí. Sus ojos parecían enormes, jóvenes y aterrorizados, y su miedo me llenó de satisfacción. No esperé. Actué. Lo vi ponerse de pie tambaleante con una mano levantada y la palma vuelta hacia mí. Vi que le salía saliva por los lados de la boca. Hizo un ruido como de arcada. No me moví. Luego vi el palo en su otra mano, un palo de plástico azul con una estrella en el extremo. Me notaba extremadamente lúcida. Sentía algo brutal y frío en mí. Era una sensación increíble. Sostuve la navaja a unos centímetros de su vientre.

Mi voz era autoritaria. «Hay sangre, sangre por todas partes. ¿Qué demonios has hecho?»

«No, no, no —lloriqueó—. No, por favor, guárdalo. —Jadeaba—. Escucha, escúchame. Me he peleado con mi novia.»

Dejé de respirar. Pensé en asesinato. Pensé en trozos de un cuerpo en la bolsa. Pensé: esto es real. Está sucediendo ahora. Lleva a cuestas el cuerpo desmembrado de la chica. Acerqué la navaja a su camisa. «Dímelo ya o te la clavo», dije.

«No nos llevábamos muy bien.»

«¿Por qué hay sangre en tu puta bolsa?», le gruñí. Yo no hablo así. ¿Era la Baronesa la que hablaba? No, era un hombre en la pantalla. Eso es lo que dicen los hombres en las películas.

Él respiraba con dificultad. «Me estaba afeitando. Ally estaba tan enfadada que me ha

arrancado la navaja de afeitar de la mano para que la escuchara, y me he hecho un tajo y he manchado de sangre todo el cuarto de baño. Yo lloraba, pero a ella no le ha importado y me ha echado igualmente. He cogido una toalla antes de irme. He tenido que limpiarme y cambiarme de camisa en un restaurante. La señora ha sido muy amable. Me ha dado unas tiritas, pero han quedado empapadas. Es la verdad. Lo juro. Lo juro. Había tanta sangre que creía que iba a perder el conocimiento. He tenido que apretar el corte durante aproximadamente una hora para que dejara de sangrar.»

«¿Dónde está el corte?»

El joven pálido alzó la barbilla. Miré el tajo reciente que había debajo, de unos cinco centímetros de largo y bastante profundo. Parecía que iba volver a sangrar en cualquier momento.

«Debería haber tirado la toalla pero la he metido en la bolsa —dijo—. Tenía que ver a alguien. No sabía qué hacer...»

«¡Saca la toalla! —grité, moviendo la Baronesa de aquí para allá cerca de su tripa—. Sácala de la bolsa.»

Se arrodilló de nuevo y sacó la toalla empapada.

«Ahora abre la bolsa y déjame ver qué hay dentro.»

No había nada, Página, aparte de la sangre de la toalla y sus míseras pertenencias.

«Necesita puntos —dije—. Cicatrizará mal si no te los ponen. Se abrirá y volverá a sangrar.» Cerré la Baronesa despacio y con cuidado.

Él comenzó a temblar, luego le dieron arcadas y pensé que iba a vomitar, pero no lo hizo. Tomó aire, cerró los ojos con fuerza y se balanceó hacia delante y hacia atrás como si estuviera recuperando el control de su cuerpo. Luego se detuvo. Abrió los ojos y se quedó mirando lo que tenía en la mano. «Todavía quiero que se la lleves.»

«¿Qué diablos es?»

«La varita de Lindy. Se perdió hace años.»

No le respondí.

«Estaba en casa de papá. La he encontrado.»

Tomé la varita. Recuerdo que él se agachó sobre su bolsa de lona para cerrar la cremallera y volvió a meter en ella el tumor sangriento de la toalla, y yo me aparté de él, introduje la llave en la cerradura y empujé la pesada puerta hasta abrirla. Si él hubiera querido, podría haber entrado corriendo detrás de mí, pero no lo hizo. Hasta que estuve dentro del 2B no vi que la estrella de la varita se tambaleaba peligrosamente y había sido fijada de nuevo con una gruesa cinta adhesiva.

Minnesota no volvería a ver al joven pálido. Por alguna razón nunca pudo llamarlo Ted, no después de haberlo amenazado con la Baronesa. Podría haberlo matado, y durante muchos años pensó en esa particular historia de

horror, lo que podría haber ocurrido pero no ocurrió. Lo veía tendido en la acera, desangrándose, y se veía a sí misma como una asesina desquiciada que gemía hacia el cielo nocturno, con una navaja ensangrentada todavía en la mano, y oía las sirenas sonar a todo volumen en sus oídos y apenas reconocía a la multitud de policías con sus uniformes azules antes de desmayarse, e imaginaba el juicio y la cárcel donde vivía con cientos de otras mujeres y pasaba años y años estudiando sus caras duras e implacables. Cuando se sentía optimista escribía muchos libros mientras cumplía la cadena perpetua, pero cuando la invadía el pesimismo se iba consumiendo en su celda hasta convertirse en muy poca cosa, un ser debilitado y perdido, drenado por completo de futuro.

Ella no vio al joven pálido alejarse por la calle Ciento nueve, girar a la izquierda en Broadway y caminar una manzana hacia el norte para meterse en el metro en la calle Ciento diez y viajar hacia la desolación del Upper West Side y más allá. Entonces ella no sabía que el joven pálido era adicto a la heroína, que mentía, robaba y engañaba a todas las personas que lo querían o lo habían querido, incluida la enfurecida Ally, que ya tenía sus propios problemas, pero cuya historia en este libro termina cuando le cierra la puerta a su novio en su cara ensangrentada.

Minnesota no se enteró hasta meses después de que la misma noche en que amenazó con la Baronesa al hijo de Lucy, las brujas lanzaron un hechizo desde el piso lleno de libros de Riverside Drive para atar al joven pálido, Theodore Brite hijo, un joven perdido y con muy poco futuro si es que tenía alguno. Fue Patty quien le contó la historia a Minnesota, y quien le informó años más tarde, en abril de 1987, de su muerte por sobredosis de heroína en un sofá en el piso de un amigo en Orlando, Florida, una ciudad en la que ya no puedo pensar sin adelantarme rápidamente a junio de 2016 y la masacre de la discoteca Pulse. Vivo en los Estados Unidos de las Armas, tierra de un pistolero solitario y armado, como se dice, «hasta los dientes».

Otro hechizo que las brujas lanzaron esa noche de primavera pretendía curar a Lucy, quien forcejeaba con fantasmas y demonios, o tal vez con cuerpos astrales, como se prefiera. Lucy, oficialmente miembro del aquelarre, estaba sentada en el suelo en un círculo con Patty, Polilla, Tojo y Alistair, y



cantaban y encendían velas en una espesa nube de aromas herbales mientras se mecían hacia delante y hacia atrás al ritmo del universo mayor. Minnesota nunca averiguó si estaban desnudos o no esa noche en particular, pero a veces sí lo estaban y, como el tiempo era más cálido, es posible que lo estuvieran, y ella no pudo evitar encontrarlo un poco ridículo. No pudo evitar imaginar sus viejos cuerpos y encogerse, pero entonces era joven y tonta, y sus sentimientos tal vez eran naturales para alguien de su edad.

El 2 de junio, antes de que la mujer Quijote, también conocida como Minnesota, se sentara a escribir este extenso pasaje en su cuaderno, lavó la varita con cuidado, la secó y se dirigió al piso de Lucy alrededor de las once y media de la mañana. Le parecía que el palo de plástico con la cinta adhesiva negra y la estrella inestable era como una reliquia. Era un objeto irradiado por el dolor y la locura, el juguete de una niña muerta que podía desencadenar una tempestad emocional si no actuaba con gran sutileza y ternura antes de entregarlo.

Estaba nerviosa, Página, muy nerviosa. Sabía que tenía que contarle todo a Lucy, pero también que no podía agitar la varita hacia ella sin previo aviso, así que decidí dejarla fuera en el pasillo y salir a buscarla sólo si ella la quería. Cuando Lucy me abrió la puerta, estaba diferente. Tenía el pelo mojado y, por tanto, más oscuro, pero también me di cuenta de que no llevaba maquillaje, lo que la hacía más joven y pálida. El albornoz que llevaba puesto tenía un monograma en el bolsillo del pecho, LBC. Me pregunté a qué correspondía la C. Los ojos le brillaban tanto como la mañana que comimos *bagels*. Después de invitarme a pasar, dijo: «La puerta, la puerta». La cerré, y dejé la varita sola, confiando en que nadie la cogiera. Ella se sentó en la silla del fantasma de Lindy. Yo me acomodé en el sofá, el que fuera mi cama por una noche, y le pregunté cómo estaba, a lo que ella respondió: «Bien». Entonces le dije que había sucedido algo, pero que no sabía exactamente cómo decírselo.

Ella me miró fijamente. «Dispara, cariño», dijo.

«Ayer conocí a alguien que dijo que era tu hijo. Me enseñó su carné de conducir. Theodore Brite. Dijiste que estaba muerto.»

«Y lo está, está muerto para mí.»

«No es lo mismo, Lucy.»

Ella miró hacia el otro lado de la habitación. «Tú no puedes saberlo —replicó—. Eres demasiado joven. No tienes hijos. Probablemente es incorrecto decir que está

muerto. Ahora lo sé. La última vez que lo dejé entrar, hablamos y pensé que estaba mejor. Me robó cien dólares de mi billetero. Pero no es el robo. —Apretó la mandíbula—. Lo llevé a ver a Patty. Pensé que ella podría mirarlo a los ojos y descubrir qué es cierto y qué no. Le supliqué que me lo dijera, pero Patty dice que nunca lo sabré. Dice que Lindy no regresará para decírmelo, y que debo dejar de creer que lo hará. Dice que eso no se consigue con magia.»

«Qué es *eso*, Lucy? ¿Qué es lo que no se consigue con magia?»

Lucy se acercó a la mesita con el pentagrama, lo levantó y sacó al hombrecito que yo ya sabía que estaba allí escondido. Entonces lo sostuvo en el aire para que yo lo viera. Tomé aliento. No era el mismo: el pelo era diferente, y la ropa también, era otro hombrecillo fuertemente atado con una cuerda. Me lo puso en el regazo. Llevaba vaqueros azules y una camiseta.

«Lucy, vi un muñeco la mañana que estuve aquí. Estaba detrás del dibujo y lo miré.»

«Era el padre. Éste es el hijo.»

«¿Son *poppets*?»

«Es el mismo. Tojo le hizo ropa nueva. ¡Padre e hijo hechos de la misma tela! —Serio—. Sólo es una representación que usamos. Pensé que podríamos sacárselo a la fuerza mediante una especie de hipnosis a larga distancia, respirando hacia el muñeco. En realidad lo hice, pero Patty dice que es mucho pedir. Sostiene que la magia no puede hacer eso. No puede sacar nada de él.»

«¿Sacar qué?»

Lucy respiró hondo. Apretó los dedos contra la boca y luego los aflojó. «Patty dice que nunca sabré si él empujó a Lindy por la ventana o no. Lo llevé en mis entrañas, pero eso no significa que pueda controlarlo. No podemos leer a la gente a la perfección, ni siquiera a nuestros propios hijos. Patty piensa que es erróneo creer que podemos. Y luego me preguntó qué haría si supiera que él lo había hecho. ¿Qué haría?»

Tuve una curiosa sensación de alivio. «Lucy, ¿crees que él la empujó? ¿Eso es lo que crees?»

«¡No lo sé! —Había llanto en su voz—. Lo veo capaz de cualquier cosa. Ése es el problema. Él es como su padre. Se esconde detrás de todas sus caras sonrientes, tristes y lastimeras. Nunca se ha sentido culpable por nada. A él no le importa nadie, de modo que no puedo decir qué hay ahí dentro. No lo sé. Ésa es la tortura. Pero apuesto a que Daddy-O está maltratando a esa zorra de Virginia ahora mismo. Ella consiguió una verdadera ganga. ¡Y yo quería esa ganga! Yo lo quería. ¿Puedes creerlo? Es repugnante.»

Me examiné las rodillas.

Lucy siguió hablando. «¿Y yo? ¿Y yo? Sigo envolviendo a *Lester* y tirándolo a la basura de debajo del fregadero. —Levanté la vista. Ella parpadeó y meneó la cabeza despacio. El resto de su cara permaneció rígida—. Patty dice que fue horrible que matara a su hámster y que eso demuestra que no ha estado en su sano juicio desde que

era pequeño, pero que eso no significa que empujara a Lindy.» Cuando la miré, vi el parecido entre Lucy y su hijo, o más bien lo vi a él en ella. Se desvaneció en un instante y no pude recuperarlo. Me pregunté por qué no había visto el parecido de sus rostros en la calle, o en el Tom, o cuando estábamos parados delante de la puerta con la bolsa ensangrentada. Lucy cerró los ojos e hizo una mueca. «Pensé que me moriría si no lo sabía. Pensé que me moriría. Ella estuvo aquí, ¿sabes?, estuvo aquí, en esa misma silla. Y me perdonó.»

«¿Qué había que perdonar, Lucy?»

«Me quedé en ese piso. Me quedé con él en ese piso y no la salvé. Debería haber cogido a los niños y haberme marchado, haberme ido adonde fuera. Pero era como si no pudiera moverme. Estaba encallada. Ésa es la sombra, mi sombra. Hay días en que me olvido de todo. Me siento bien. Ayer hice *brownies* con Polilla y me sentí muy feliz. Nos los comimos todos. Estaban buenísimos. Y luego lo recordé. —Lucy hizo el movimiento de pájaro con la cabeza—. Polilla me dijo que me acostara, y me cantó, acariciándome los brazos con mucha suavidad.»

«Eso suena agradable.» Fue lo único que se me ocurrió decir.

«Sí. Pero, ¿sabes?, Lindy dejó en el mundo un gran agujero y éste nunca será más pequeño. Lo mejor que puedo hacer es alejarme cada vez más del agujero. Todavía lo veo, pero ya no estoy tan cerca, así que es menos probable que me caiga.»

Me dio la impresión de que esa metáfora provenía de Patty, pero no dije nada.

«La distancia te hace más fuerte —continuó Lucy—. Pero luego está Teddy, mi propio hijo, que está vivo, no muerto. ¿Recuerdas cuando entraste conmigo después de la cena? ¿Recuerdas que había alguien en la calle, justo delante del edificio?»

Asentí.

«¿Recuerdas que gritó “hijo de puta”?»

Y entonces me gruñó con su otra voz. «Era él.»

Y pensé: el insulto es sobre los orígenes, sobre salir de una madre inferior, un ser vil.

«Oh, Lucy. Lo siento.»

Ella rehuyó mi mirada. «Por mí no lo sientas —replicó con aspereza—. Me largo de este cuchitril a final de mes. Tienen una habitación para mí. Patty heredó ese piso, ¿sabes? Sólo tenemos que pagar los gastos de mantenimiento, y es agradable. No puedo volver a verlo. Le tengo miedo. No quiero que sepa dónde estoy. No se lo digas nunca. Apuesto a que también ha jugado contigo. Juega con todo el mundo.»

Recordé el filo mortal de la Baronesa a la luz de la lámpara.

Y entonces, Página, antes de que le contara a Lucy el encuentro con su hijo, éste se había reducido hasta convertirse en el prefacio de una historia más extensa. Le dije que habíamos ido al Tom y que le había dado un billete de veinte dólares, que llevaba un talego y que me acompañó hasta el edificio. Le dije que yo llevaba una navaja porque

desde que Patty, Polilla y ella me habían salvado tenía miedo de que me atacaran. Aunque era cierto, mientras hablaba tuve la sensación de que mentía. Conté el incidente de la Baronesa de la forma más sencilla posible —una joven que ve sangre en la bolsa, se asusta y saca la navaja que lleva encima para protegerse de nuevos asaltos, descubre que la sangre es de una herida que le ha hecho una novia cuando se afeitaba y la guarda —, y todo eran hechos, pero sonaban extrañamente alejados de la historia verdadera.

Cuando terminé, Lucy me miró con una gran sonrisa. Se le iluminó la cara con un regocijo malicioso y empezó a reírse a carcajadas. Al principio yo no sabía qué hacer. Me asustó, la verdad, pero ella parecía tan eufórica que me sentí libre de culpa. «Oh, Dios mío —exclamó—, debiste de asustarte un montón.» Yo sonreí y luego me reí con ella. Toda la historia del talego y la Baronesa de pronto me pareció cómica. Al fin y al cabo, no lo había rajado. Nadie había salido malparado. Lucy me dio una palmada en el brazo, luego me lo frotó con vigor. «Estás llena de sorpresas, ¿eh?» Se rio hasta que se le saltaron las lágrimas. Cuando nos recobramos de la risa, le hablé de la varita.

La miré con atención. «¿La quieres? Está al otro lado de la puerta. Te la traeré si la quieres. Me dijo que la habías buscado.»

Ella juntó las manos en el regazo; toda la alegría abandonó su cara. Entornó los ojos.

«¿Dices que está en el pasillo?»

«Sí.»

«Entonces ve a buscarla.»

La varita parecía desamparada, apoyada contra la pared con la cabeza-estrella colgándole sobre el pecho. La cogí por el mango con suavidad y entré en el 2C.

Cuando se la di a Lucy, la tomó y la examinó con ojo crítico, y gritó: «¡Ésta no es!».

Me recosté en el sofá. «Él dijo que lo era, Lucy.»

«No —respondió feroz—. Ésta está vieja, rota y fea. A Lindy no le habría gustado esta cosa estúpida.» La tiró al suelo. Estuve tentada de recogerla, pero no lo hice.

Me miró con severidad.

Desvié la mirada. Había algo perverso en ella, pero también la compadecía, no, más que eso. Sentía lástima por ella. ¿Cómo sería yo si cargara con su historia? ¿Quién sería? ¿Cómo viviría?

En la mesita que había a su lado vi un libro. En el lomo se leía: *La brujería hoy*, Gerald Gardner.

Lo señalé.

«Gardner. Tal vez de ahí me saqué lo del jardinero, *gardener*.»

«Lo leo cada día. Es un texto importante para nosotros.»

«¿El jardinero lisiado?», le pregunté.

«¿Lisiado? No está lisiado.»

Me pregunté cómo se había lisiado a través de la pared.

«Ahora vete. Y llévate eso.»

Es curioso, Página, estoy acostumbrada a Lucy y su brusquedad no me ofende. Recogí la varita rota y me dirigí a la puerta.

En cuanto la abrí, ella dijo: «Te quieren en el aquelarre —Se corrigió—. Te queremos en el aquelarre.»

Me volví con una sonrisa.

«Eso no va conmigo, Lucy, pero gracias. Aunque me gustaría volver a verte, me refiero a cuando te hayas mudado.»

«¿Crees que puedes ser bruja por tu cuenta?», preguntó en voz alta.

La pregunta me sorprendió, pero enseguida acudió a mi mente una respuesta: «Ya lo soy, Lucy. Hace mucho que soy bruja».

Éstas son las últimas palabras sobre Lucy Brite en Mead, el final de los escritos que se convirtieron en una pequeña novela llena de diálogos que no podría haber recordado textualmente, una novela inédita titulada *El misterio de Lucy Brite* o *La mujer del otro lado de la pared*.

En julio se instaló en el 2C un estudiante de posgrado, un joven bajo, rollizo y con barba que olía a elevada seriedad, iba por ahí con libros de Willard van Orman Quine y no hacía nada de ruido.

Yo volvería a ver a Lucy, Patty, Polilla, Tojo, Alistair y *Alice* la perra, pero no sería hasta que hube terminado el cuaderno. Las Tres Señoras de la Escoba vivieron juntas hasta marzo de 1981, cuando Lucy sufrió lo que entonces se llamaba una «crisis nerviosa». No regresó al piso de Riverside Drive sino que ingresó en un centro de rehabilitación de salud mental, donde daba guerra pero no tanta como para no permitirle que se quedara. Los miembros del aquelarre iban a verla. Yo no. Varias veces me ofrecí a acompañarlas, pero siempre llamaba en el último momento para anular. Me sentía culpable, pero Patty me dijo sabiamente que no pensara que a Lucy le importaba mucho que fuera o no. Nos gusta creer que somos importantes para los demás, pero no siempre lo somos.

No veía a las brujas a menudo, pero estuve en contacto con ellas durante los años que estudié en Columbia. Cada tres meses más o menos encontraba en el buzón una invitación a tomar el té y tratar de algún tema. «La crisis de la epistemología occidental», «Sanando la feminidad» y «El Yo animal» son tres que recuerdo. De vez en cuando aceptaba y me encontraba entre los libros y

las hierbas, con otros invitados de distintas edades, sobre todo mujeres pero no exclusivamente, que habían acudido a escuchar las disquisiciones de Patty, que eran a la vez eruditas y peculiares. Bebíamos infusiones extrañas y comíamos pequeños sándwiches de pan blanco con finos rellenos que habían preparado Tojo y Alistair. A menudo me iba del piso con un libro que Patty me había prestado. También me envió por correo *La ciudad de las damas*, de Christine de Pizan, una defensa de las mujeres frente a la misoginia publicada en 1405. Empieza el libro con Christine leyendo en su biblioteca. Se siente cada vez más desgraciada por los ataques contra las mujeres que descubre en los tomos que llenan sus estantes, escritos por hombres supuestamente eruditos. Se sume en la desesperación, pero con la ayuda de tres hermosas damas, Razón, Rectitud y Justicia, construye una ciudad fortaleza para albergar a las mujeres virtuosas del pasado, presente y futuro. Es una ciudad real y al mismo tiempo imaginaria. Todavía tengo en la estantería la edición que me regaló Patty. Me la dedicó con las siguientes palabras: «La magia ocurre entre y en medio de nosotras».

En aquel entonces tenía a Patty como una persona cuyo cerebro había dedicado tanto tiempo a desentrañar preguntas sin respuesta que se le había fundido cayendo en la brujería. Whitney y Fanny me acompañaron a esas reuniones sólo una vez. El tema era «Los problemas de los escapes». Patty nos sermoneó sobre la menstruación, los tabúes del parto, el miedo y el odio al cuerpo femenino y sus fluidos, y los poderes generativos, que insistió en que habían forjado la tradición occidental, y nos machacó (metafóricamente) hablándonos de su órgano favorito, la placenta, sostuvo en alto ilustraciones de textos de medicina para mostrarnos cómo había desaparecido, y nos dijo que toda la tradición filosófica giraba en torno a una negación del origen, una fantasía de la independencia de la madre por parte del feto, la mentira de un homúnculo que se propagó a través de las épocas, y, antes de que nos marcháramos, nos ofreció hierbas en pequeños paquetes: valeriana, hierba de San Juan, vinca, hojas de laurel, sangre de dragón, flor de saúco y mandrágora. (Guardé las bolsas pulcramente etiquetadas.) Recuerdo que cuando dejamos el piso y salimos a Riverside Drive nos quedamos mirándonos en un silencio atónito, cada una con sus regalos herbales. Whitney me miró a mí y luego a

Fanny, y yo la miré a ella y luego a Fanny, y Fanny me miró a mí y luego a Whitney, y entonces yo miré de nuevo a Whitney, vi cómo las comisuras de la boca se le curvaban en una sonrisa y los ojos se le iluminaban de picardía. Empezó a bailotear y a carcajearse por la acera, y Fanny se dobló de la risa. Yo también me reí, pero no tanto como ellas dos. En esa imagen mental hay hojas secas en el suelo, pero no sabría decir exactamente qué año era.

Tenía y todavía tengo poco interés en los accesorios, las hierbas y los hechizos, pero Patty había accedido a secretos que yo desconocía entonces, secretos que he reconfigurado y reconsiderado, pero ella tiene razón: olvidamos. Patty miraba en lugares en los que la mayoría no miramos. Ella miraba entre líneas.

# 16

La triste y lamentable varita mágica que Lucy había rechazado, y que Minnesota estaba convencida de que había pertenecido a Lindy (y nadie podía ni puede probar lo contrario), estuvo tres días en una esquina de la sala de estar del 2B. La idea de tirarla a la basura parecía cruel, de modo que la joven escritora decidió restaurarla.

Cubrió el extremo azul con tiras de papel dorado. Con cola blanca, fue fijándolas una a una sobre el tubo de plástico. Poco a poco mejoró su técnica, y aprendió a utilizar justo la cantidad de cola adecuada, y a alisar el papel rápida y pulidamente. Arrancó la cinta adhesiva, una empresa laboriosa, porque era tan vieja que se había soldado por sí sola al mango, pero utilizó aguarrás y luego papel de lija para eliminar los restos. Talló un nuevo cuello de madera para la varita que se deslizaba perfectamente sobre el tubo, y sujetó la estrella con dos grapas de alambre fino para que se sostuviera erguida. En un taller de artesanía compró papel de plata fino y lo pegó sobre las superficies puntiagudas de la estrella. Después de trabajar varias tardes en el proyecto, lo examinó con atención, pero no quedó totalmente satisfecha. Con un pincel pequeño y sus pinturas acrílicas comenzó a pintar signos en el mango. Descubrió que los tonos violetas y verdes quedaban bien, y a continuación dio unos toques amarillos y rojos. Pintó círculos, pentagramas y follaje arremolinado que conectaban los signos entre sí.

El mango, se dijo, es un mundo en miniatura, y después de examinar una



franja sin tocar decidió que necesitaba escribir algo en ella. Tomó fragmentos de poemas y compuso uno nuevo a partir de ellos, pero le dio la última palabra a la baronesa. Tardó muchas horas en escribir el texto, que daba vueltas y vueltas alrededor del mango. Se ayudó con una lupa, y sonrió para sus adentros mientras formaba con cuidadosa y obsesiva lentitud cada letra. Lo llamó el himno de la bruja.

*¿Dónde estabas, Madre Poderosa, cuando yacía en la oscuridad  
ahogada, perjura, sanguinaria y traidora?*

*¿Tú, nuestra madre de rocío y lluvias,  
recién hecha de carne y hueso?*

*Ella llora su dualidad cuando canta.  
Si fuera sólo la oscura voz del mar,  
lógica y lujuria reunidas,  
todo cae en la insondable oscuridad que ahoga.*

*El rey ha muerto. Ojos pardos y de oro dentado  
de la cuna que se mece eternamente,  
un primogénito, dejado a merced del viento.  
Envejezco, envejezco.*

*Estoy enferma. Debo morir.  
Mira mi rostro: mi nombre es Habría Podido Ser,  
me llamo también Ya No, Demasiado Tarde, Adiós.  
Corta, corta en blanco, corta en blanco últimamente.*

*La voz pavorosa:  
«Olvida, señora—  
que nosotros somos los amos—  
Aténgase a nuestras reglas».*

Y cuando terminó de escribir el poema en la varita y hubo copiado las

estrofas en Mead, barnizó la superficie del tubo, dejó que se secara, la volvió a barnizar y de nuevo dejó que se secara. La barnizó durante siete días y la dejó secar durante siete noches, y mientras trabajaba en la varita pensó a menudo en Kari, y en cómo se tumbaba en el suelo al lado de su hermana cuando ésta dibujaba, y casi podía oír los pasos de su madre en algún lugar cerca de ellas y oler la casa.

Y al día siguiente de reparar la varita, después de colgarla de dos clavos en la estantería de la sala delantera cerca de la cocina, y de decidir que era bonita y misteriosa, y que le encantaba, sus adolescentes se despertaron. Al escribirlos les devolvió la vida. Minnesota se había preguntado varias veces por qué no había asesinado a Frieda Frail para empezar, de tal modo que hubiera un asesinato claro y limpio para que Ian e Isadora lo resolvieran. Pero no, era demasiado ambiciosa para eso. Había leído demasiados libros para eso. Ella iba tras algo que realmente no entendía. Iba tras una historia que cantaba en su interior. Quería romper las reglas, y sabía a ciencia cierta que no le interesaba recuperar su antiguo yo. Era demasiado tarde para eso.

La noche en cuestión estuvo nevando, y por la radio habían hablado todo el día de la tormenta que se avecinaba. La ventisca comenzó a soplar alrededor de las siete de la tarde. La profesora Simon y las cuatro Doras no advirtieron que el profesor Simon había desaparecido hasta que Dora a secas, que estornudaba, tosía y moqueaba con dolor de huesos por una rinitis aguda, también conocida como resfriado común, salió hacia las ocho de su habitación de enferma envuelta en una manta roja y con una varita en la mano, que había hecho con cartón y gruesos pegotes de cola ese mismo día en su cama, para buscar al patriarca. Como el especialista de Chaucer tenía fama de huir de sí mismo, o más bien de huir de la parte de sí mismo que sabía que era él mismo, los cinco restantes miembros de la familia Simon se movilizaron para la acción. A cada Dora se le asignó una parte de la casa para buscar. La registraron pero no encontraron rastro del padre.

Isadora no le había hablado a Ian de la infame aventura con Kurt Linder en el parque. Tampoco le había informado de que su papel como Watson, así como su camisa de estampado de cachemira del año pasado, ya no le iba. Debería haberse dicho, pero en lugar de ello lo rehuyó, lo que la hizo sentirse culpable, y cuanto más culpable se sentía, más distante se mostraba. Puso excusas cuando él la llamó y volvió al tema de Charles Darwin, su único interés amoroso en ese momento, y por esa razón había transcurrido un intervalo de varios meses desde la última conversación seria entre ambos, meses que habían oprimido y afligido el corazón del pseudo-Sherlock casi más allá de lo soportable. Pero, cuando su padre desapareció,

Isadora cogió el teléfono y marcó el número de su viejo amigo. Cuando la señora Feathers respondió a la llamada y comenzó con sus afectadas y bobas perogrulladas, Isadora le gritó: «¡Es urgente!», palabras que llevaron rápidamente a Ian al otro lado de la línea. Isadora le pidió que acudiera de inmediato porque su padre se había ido y necesitaban a toda la tripulación en la cubierta de los Simon. La llamada telefónica produjo un cambio impresionante en el joven detective, quien para aliviar su depresión había estado en su habitación hojeando catálogos de universidades, en los que el césped verde, la astrofísica y el alumnado mixto se mezclaban de manera seductora con la promesa de escapar de su presente en un Verbum invernal. Se puso firme, bajó dando saltos las escaleras y cogió el sombrero, el abrigo, la bufanda, los guantes y las botas del armario de debajo, que olía tan intensamente a cedro que tuvo que contener la respiración, se puso a toda velocidad su indumentaria de invierno, tropezó con el sofá del pasillo pero no se cayó y, a pesar de las aceras heladas, corrió las tres manzanas hasta la residencia de los Simon, dando muestras de una velocidad y un estado físico que habrían complacido a su padre y a su madre si hubieran tenido ocasión de ver la aptitud oculta de su hijo para el atletismo.

Mientras Ian corría, la profesora Simon llamaba a la comisaría. Los agentes de la ley de Verbum, un pueblo de seis mil habitantes, dedicaban incontables horas a investigar las desapariciones de enanos de jardín. Interrogaban diligentemente a las personas sospechosas que el señor Babic mandaba llamar, personas que merodeaban, entraban y salían furtivamente de los caminos de entrada, aparecían de pronto en las esquinas o se agachaban debajo de las ventanas para espiar dentro de las casas. Vigilaban a los personajes turbios aunque ni uno solo había resultado ser un sospechoso real, por no hablar de un delincuente auténtico. Respondían a innumerables quejas sobre la música fuerte de varios tocadiscos y radios, incluso de Verdi, muy querido por la familia Dahl pero odiado por Don Esterhauser, quien afirmaba que se volvía loco con el vibrato. Casi todas las noches comprobaban el equilibrio de los jóvenes verbumitas, que se bajaban de sus furgonetas, camionetas y sedanes y se tambaleaban obedientes a lo largo de la línea del centro de la carretera y no conseguían llevarse el dedo índice a la nariz. En resumen, una persona desaparecida en Verbum tenía un atractivo que se les habría escapado a los polizontes de Los Ángeles, Chicago y Nueva York. El operador prometió que el oficial Knuckler patrullaría por la ciudad para ver qué podía ver. La llamada terminó de un modo que no presagiaba nada bueno: «Espero que el profesor llegue pronto a casa, señora Simon». (Los agentes de la ley nunca se referían a la mitad femenina de la pareja académica como «profesora».) Luego el operador añadió lo obvio: «La nieve, ya sabe».

La experta en Milton ordenó a Ian y a Isadora que «se quedaran de guardia», y cuidaran de Dora a secas y llamaran a la comisaría en cuanto Percy entrara. Indicó a Theodora y a Andora que se «abrigaran» y ella misma se envolvió en su vieja piel del castor, cuyo forro estaba rasgado, pero era lo más abrigado que tenía. Coronó su atuendo con un enorme sombrero de piel de conejo de cazador que había pertenecido a su difunto padre y, con dos de sus hijas a la zaga, puso en marcha el viejo Citroën, el único vehículo de esa marca en todo

Verbum. Y mientras salía del garaje dando marcha atrás, les gritó que miraría en la biblioteca de la universidad primero y continuaría a partir de allí.

Después de la espectacular salida de la dueña de la casa con dos de las Doras, Ian se volvió hacia Isadora con cara de circunstancias, y preguntó si alguien había oído a Monk ladrar esa tarde. No, Monk no había ladrado.

—Descartado el secuestro, entonces —dijo Ian, entornando los ojos mientras giraban ruedas en su cerebro.

Isadora no dijo en voz alta lo que pensaba: «¿Quién demonios querría secuestrar a mi padre? ¿Alguien ha oído hablar alguna vez de un secuestro en Verbum?». Ella sabía que Ian sólo estaba eliminando posibilidades, tal como hacía Holmes. Lo dejó.

Ian preguntó a continuación si el abrigo del hombre se había ido con él, y miraron en el armario del piso de abajo, en los colgadores del pasillo y en la cocina donde a veces se lo quitaba, pero el abrigo no estaba en ninguno de esos lugares, un mal augurio sin duda, y ella imaginó a su padre en uno de sus estados de fuga tieso de frío en la Autopista 3 o en la 19, donde la nieve acumulada durante la ventisca poco a poco lo cubriría, lo que significaba que nadie lo encontraría hasta que se derritiera, tal vez en marzo, o incluso abril. Se le aceleró el pulso. Dora a secas, que estaba mirando a su hermana mayor, tenía lágrimas en los ojos que no parecían ser del virus, aunque, cuando un instante más tarde se sonó con fuerza, las lágrimas, los mocos y la flema de su resfriado se mezclaron indiscriminadamente con las babas causadas por la emoción.

Ian, que mantenía una severa postura militar, asumió la responsabilidad de registrar el estudio paterno mientras Isadora y Dora a secas observaban. Se plantó delante de la mesa y examinó su superficie con una mirada elocuente. A continuación sumergió un dedo en la taza de café a medio beber que estaba encima del papel secante verde.

—Todavía no está a temperatura ambiente —declaró—. ¿Cómo le gusta el café a tu padre?

—¿A qué viene eso? —replicó Isadora.

—Podríamos calcular cuánto tiempo hace que ha salido de casa. La velocidad a la que se enfría el café es proporcional a lo caliente que está respecto a la temperatura ambiente. Ley de enfriamiento de Newton.

—Es una buena pista, Ian, pero creo que nos basta con saber que el café todavía está caliente, ¿no? —insistió Isadora—. No puede estar muy lejos.

Ian se ruborizó. Isadora le dio unas palmaditas en el brazo.

Él, con un destello en los ojos, recogió un hilo rojo del suelo y lo retorció entre los dedos pulgar e índice. Luego lo dejó en el papel secante para referencia futura. Se agachó para examinar la posición de la silla respecto al escritorio. ¿La habían movido con prisas? ¿Había marcas en el suelo? ¡Sí! ¿Alguna era nueva? No. Se había filtrado tierra en cada rayada. Se puso de pie, e inclinándose sobre la mesa con las manos juntas detrás de la espalda olió el volumen del diccionario Webster que estaba abierto sobre el papel secante por una página de la

F, y se sorprendió al ver la palabra frágil justo debajo de su nariz. Por supuesto, sólo era una de las numerosas palabras empezadas por F que el profesor podría haber consultado. Las coincidencias no eran pistas.

—Yo nunca hago conjeturas —dijo en voz alta—. Es un hábito espantoso, que destruye toda capacidad de razonamiento lógico.

Mientras Isadora observaba a Ian inspeccionar el estudio de su padre en busca de pistas, suspiró sin hacer ruido. Se dio cuenta de que no soportaba ver cómo se comportaba como Holmes. Junto con otros muchos lectores crédulos, Ian parecía haber pasado por alto el hecho de que el gran detective siempre está haciendo conjeturas. No resuelve todos los crímenes porque su razonamiento lógico sea impecable; es evidente que no lo es. Ella ya se lo había señalado a Ian, y sabía que su amigo era demasiado brillante para no reconocer que su escepticismo estaba justificado. Tomemos por ejemplo El signo de los cuatro, pensó ella. Watson regresa a Baker Street y Holmes lo abrumba una vez más con las facultades de su mente lógica superior. Repara en que los zapatos de su perplejo amigo médico están manchados de tierra de tono rojizo y, como ha advertido que ésta se encuentra fuera de la oficina de correos de Wigmore Street y no la hay en ninguna otra parte, «deduce» que ha estado en la oficina de correos. Pero, señor Holmes, piensa Isadora, el doctor Watson podría haber pasado por delante de la oficina de correos. Aunque la única tierra de tono rojizo en todo Londres estuviera fuera de la oficina de correos de Wigmore Street, otra persona podría haberla transportado de Wigmore a alguna otra calle, y desde allí podría haberse abierto camino hasta los zapatos de Watson. El polvo viaja, señor Holmes. Esta «deducción» de El signo de los cuatro es una conjetura, una suposición hecha con cierta base, nada más. No, pensó Isadora, Sherlock Holmes siempre tiene razón porque Conan Doyle, su creador, ha dispuesto un universo ficticio en el que la tierra roja, los hilos rojos, las marcas en el suelo y los diccionarios abiertos conducen inevitablemente a una solución. En el mundo real, sin duda alguna, no. En su afán por identificarse con el supuesto genio, Ian se había vuelto obtuso. Estaba sometido a un héroe que siempre está en lo cierto, pero lo cierto es el resultado de un deseo, un deseo viciado y francamente tonto.

Después de que Isadora condenara silenciosamente el fanatismo de su amigo y de que éste no dedujera el paradero de su padre a partir de las innumerables «pistas» halladas en el estudio o en cualquier otro lugar, no hubo nada más que hacer que esperar. Las ocho se hicieron las nueve, las nueve se hicieron las diez, y las diez, las once. Sólo Dora a secas había caído dormida en su cama con su varita mágica, moqueando sin cesar sobre la almohada y tosiendo intermitentemente, mientras Ian permanecía sentado al lado de Isadora en el sofá de la sala-casa de las fieras en una postura de derrota, postura que su gran estatura y su llamativa delgadez no hacían sino más patética. Monk soñaba sobre la alfombra a los pies de ambos y Roger también dormía en su jaula cubierta. El teléfono había sonado tres veces, y cada vez Isadora había contestado y le había dicho a su madre que aún no había rastro del hombre, después de lo cual había regresado al sofá y se había imaginado el cadáver de su

padre cubierto de hielo. El viento silbaba, gemía y sacudía la casa, y más allá de la luz del porche había poco que ver, aparte de blanco y más blanco en constante movimiento. Como siempre, el reloj hacía tictac, aunque no solían oírlo porque quedaba obstruido por el bullicio doméstico común.



EN SU AFÁN POR IDENTIFICARSE CON EL SUPUESTO GENIO, I  
VUELTO OBTUSO.

Isadora le confesó a Ian en voz baja que no conocía realmente a su padre y que él casi nunca escuchaba lo que ella decía, aunque era por regla general bueno y de vez en cuando le daba unas palmaditas en el brazo. También dijo que su madre esperaba que el tiempo curara el mal que lo aquejaba, aunque probablemente era la guerra, de la que nunca había contado una palabra, y quizá otros acontecimientos que podrían haber ocurrido durante su niñez. Su madre se había referido vagamente a acontecimientos muy anteriores, pero ella tampoco sabía nada acerca de ellos. E Ian confesó que su padre también era un inútil, aunque le constaba que se tomaba en serio sus deberes paternos y a veces le daba palmaditas en la espalda, un gesto con el que pretendía transmitir una actitud masculina jovial aunque la mayoría de las veces sólo le hacía daño en los omóplatos. El joven detective soltó entonces un nuevo comentario nostálgico. Le confesó a Isadora que durante mucho tiempo había esperado que su madre le dijera lo que pensaba en lugar de lo que no pensaba. Y durante un par de segundos permanecieron sentados en silencio, después de lo cual Isadora se echó a llorar. Ian la rodeó con un brazo y estuvo tentado de besarla pero decidió abstenerse, lo que fue una decisión sensata porque, si hubiera acercado los labios a los de ella, podría haber recibido un puñetazo.

Y junto con los sollozos de Isadora y el tictac del reloj, oyeron pasos ligeros bajar por las escaleras y recorrer el pasillo, y unos segundos más tarde Dora a secas se plantó delante de ellos con su pijama de franela a rayas rosas y blancas, un albornoz de felpilla y una varita de cartón ya arrugado en la mano izquierda. Dejó caer el equipo mágico al suelo, los miró con sus ojos de color verde eléctrico y habló con voz seria aunque bastante fuerte.

—Padre está en el sótano. Tengo la llave. —Abrió la mano y en su pequeña palma, cubierta de cola blanca reseca, vieron una vieja llave de latón.

—¿Te refieres a la puerta del cuarto de abajo? Esa llave se perdió hace mucho —comentó Isadora—. Ya lo sabes. Lleva años bloqueada. No hay nada allá abajo. Lo de Geoffrey sólo es una broma. No existe, Dora.

—Pero ¿de dónde ha salido la llave? —preguntó Ian.

—Probablemente ha sido un sueño —respondió la chica, con el rostro iluminado de confianza. Tosió, sacó un Kleenex del bolsillo de su albornoz, se dio unos delicados toques en la nariz inflamada y a continuación se sonó en el fino papel sin ninguna delicadeza.

Dora a secas recogió la varita, les indicó con un gesto que la siguieran y cruzó el comedor con el paso digno que usaba cuando esperaba ascender por encima de su insignificante posición en la jerarquía familiar. Entró en la cocina con Ian e Isadora a la zaga. Después de fracasar varias veces, consiguió introducir la llave de lado y, por extrañamiento que parezca, le dio dos vueltas, y abrió la puerta dándole una patada con la zapatilla. Por debajo de ellos vieron una bombilla de luz tenue —quince vatios, calculó Ian— colgando del techo. Los tres chicos descendieron con cautela las escaleras viejas, cubiertas de una gruesa capa de polvo gris que



habría sido una gran pista al poco tiempo si la hubieran necesitado, porque toda la familia lo arrastraría de habitación en habitación durante días, pero luego se incrustaría en todos los rincones y resquicios de la casa, donde permanecería durante años y toda esperanza de distinguirlo de otro polvo sería inútil.

El profesor estaba tumbado en posición fetal, envuelto en su gran abrigo sobre una lona manchada. Tenía los ojos cerrados y respiraba ruidosamente. Su pelo siempre despeinado se le levantaba en rebeldes y pringosos mechones. Junto a él vieron la jaula donde criaba a sus siete ratas blancas, un espectáculo que hizo palidecer a Ian pues se dio cuenta de que se había olvidado de contar los animales de la casa de las fieras. Isadora vio la botella de whisky cerca de la mano de su padre y la agarró justo antes de que Dora se agachara para acariciarle la cara, arrullarle algo al oído dejando caer sus fluidos y agitar ceremoniosamente la varita torcida sobre él. Ian llamó a la policía para que abandonaran el caso y entre los tres acostaron al hombre en su cama, aunque éste no parecía entender muy bien lo que sucedía. Gimió, resopló un par de veces y citó a Chaucer mientras Ian le quitaba los zapatos, en lo que parecieron más bien gruñidos. Y mientras Isadora oía caer al suelo un zapato paterno seguido del otro, se hizo la promesa de no dedicar la obra de su vida a un gran hombre, por muy genio que fuera. Y eso también iba por Darwin.

La profesora Simon volvió a casa poco después de que hubieran cubierto al aventurero del sótano con una manta extra. Entró corriendo desde el porche en una ráfaga de aire frío y nieve, con las mejillas y la nariz de un rojo encendido y golpeando vigorosamente el suelo con sus botines, seguida de las dos asustadas Doras, con la cara casi tan roja como la de su madre. Y durante un periodo de encantamiento que duró apenas unos segundos, los gorros, hombros, guantes, puntas de las botas y cada pestaña de las tres exploradoras del pasillo estuvieron espolvoreados de blanco. Pero enseguida comenzó a derretirse la nieve y corrieron arroyos de agua por el suelo. La esposa se sintió tan aliviada al enterarse de que el marido estaba a salvo que se precipitó escaleras arriba sin quitarse lo que quedaba de los pobres animales que llevaba puestos y, con un sollozo en la voz, exclamó hacia Ian e Isadora: «Creo que la gente se puede morir de simple imaginación».

Isadora le susurró a Ian que la frase que su madre acababa de pronunciar era una cita de Chaucer muy conocida. Salía de la boca de un personaje tonto de «El cuento del molinero». Y añadió que era sin duda apropiada para la ocasión.

Ian estaba desesperado por averiguar cómo Dora a secas había encontrado la llave y averiguado el secreto del paradero de su padre. Pero Isadora estaba cansada de todos, estaba cansada de Geoffrey Chaucer, de John Milton y de sir Arthur Conan Doyle, y despidió a Sherlock. Mientras el alto y delgado aspirante a héroe caminaba a través de la nieve voladora que le irritaba la nariz, las mejillas y el mentón expuestos, podría o no haber recordado el sueño que había tenido meses atrás, el sueño sobre la llave viviente y la niña en la escalera, el sueño que terminaba con semen en la cama. Los narradores no siempre son omniscientes, por lo que soy incapaz de pronunciarme sobre el sueño del chico con absoluta certeza.

Isadora abrazó a su madre y a sus hermanas con fuerza, rechazó la taza de cacao caliente que le ofrecieron y subió las escaleras. Entró de puntillas en la habitación de su hermana pequeña y se sentó en el borde de la cama. La joven paciente estaba casi dormida, pero sonrió cuando notó en el brazo la mano de Isadora.

—¿Cómo lo has sabido? —le susurró Isadora—. ¿Cómo lo has sabido?

—Frieda Frail. Ha sido Frieda Frail. —Dora a secas tosió y luego volvió a toser.

Isadora acarició la frente de su hermana y le besó la mejilla mucosa, y pensó que un resfriado no era un precio demasiado alto por ese beso especial. Además, sabía que ella, la mayor de las cuatro, tenía fama en la familia de contar con un sistema inmunológico impresionante.

No creía a su hermana pequeña. No creía que el fantasma de Frieda Frail hubiera resuelto el misterio del padre desaparecido. Había otras muchas explicaciones de cómo la niña podría haber averiguado lo de la llave de la puerta que había conducido hasta el excombatiente ebrio dormido en el sótano. Y algunas de esas explicaciones suponen historias largas y digresiones múltiples que ocuparían muchos volúmenes si quisiéramos deliberar debidamente sobre ellas.

Isadora no cerró la puerta del todo. La dejó un poco entreabierta para que entrara la luz del pasillo por la rendija, porque así era cómo le gustaba a la Dora más pequeña, y justo antes de volverse y encaminarse a su habitación, oyó la voz de su hermana decir: «Te dije que los fantasmas existen».

# 17

Todos sufrimos y todos morimos, pero la persona que está leyendo este libro en este preciso momento, o sea tú, lector, aún no ha muerto. Puede que yo esté muerta, pero tú no. Inhalas y exhalas mientras lees, y si te detienes un instante y te llevas una mano al pecho, sentirás los latidos de tu corazón. Y en la habitación donde te encuentras debe de haber luz, una luz que viene de una ventana, una lámpara o una pantalla y que ilumina la página y parte de tu cuerpo mientras lees.

Las puertas han estado abriéndose y cerrándose, los recuerdos han ido y venido y los posibles héroes han abandonado la historia uno por uno. El Misterioso Caballero Cojo o MCC llegó a Bath hace mucho tiempo, pero tal vez valga la pena seguirlo aunque resulte ser el hombre equivocado. La vida dentro y fuera de las novelas está llena de hombres y mujeres equivocados, un personaje engañoso después de otro, con patas de madera, parches en un ojo, muletas, cicatrices, barbas y gafas que pueden o no formar parte de un disfraz. Pero no se necesita una peluca o una nariz falsa para engañar. Puede hacerse igual de bien con una simple sonrisa, unas palabras aplacadoras o una actitud amistosa. Todavía estamos siguiendo a varias personas que podrían o no ofrecer claves de la historia. Si me paro a escuchar, oigo sus pasos por las calles de la ciudad que imagino mientras escribo y tú lees.

Escribir un libro es para todo el mundo como tararear una canción, silbar

una melodía o ir andando por la calle, recorrer un trecho dando saltos y luego echar a correr, antes de reanudar el paso tranquilo. Lo más importante es marcar el compás.

Una voz dice alto y fuerte: «Cíñase a los hechos, señora. Contrólese y cuéntelo tal como sucedió». Es un hombre, por supuesto. Habla con la voz de la autoridad. Le respondo que voy a hacer todo lo posible, porque las historias del libro no han acabado aún.

La Banda de los Cinco permaneció unida hasta que el tiempo y el espacio forzaron su separación. No hay nada más común que ver amigos adolescentes que al hacerse adultos se van cada uno por su lado para trabajar, enamorarse, fracasar y triunfar, aunque en palabras de Kurt Koffka, «el todo es más que la suma de sus partes», lo que significa que un grupo no es lo mismo que los cinco individuos que lo componen. Mi vieja banda sólo puede reconstituirse en la memoria, y cuando la recuerdo completa me invade la nostalgia, pero no del pasado sino del futuro, un futuro que deberá conquistar el más-de-sólo-cinco que éramos entonces.

Gus es un experto en cine razonablemente satisfecho y muy respetado que no vive muy lejos de Walter y de mí en Brooklyn. Sus pensamientos aún serpentean por carreteras secundarias antes de llegar a la autopista y todavía se fija en paisajes que otras personas no ven. Durante años escribió para *The Village Voice* y luego para *New York Press*, así como para revistas de cine más esotéricas. Los cinéfilos reconocen el apellido Scavelli. Él lamenta la decadencia de las salas de cine de arte y ensayo en Nueva York —casi todas extintas— y la amnesia cultural hacia las películas en las que no hay superhéroes en general, aunque Gus no tiene prejuicios contra los superhéroes, un tema sobre el que puede explayarse durante horas si se le da la oportunidad. Imparte clases de crítica de cine en la Universidad de Nueva York y tras una prolongada historia de desamor se enamoró a los cincuenta años de una ginecóloga-obstetra llamada Adi Badour, una médico trabajadora y ocurrente con un escote espectacular.

En 2006 Gus y Adi nos invitaron a Walter y a mí a su casa de Cobble Hill para cenar y ver un DVD. Después de la cena, Gus nos hizo una prolongada introducción sobre la película que íbamos a ver y de la que no sabíamos el título. En 2004, un archivista de la Biblioteca del Congreso había descubierto una versión sin censurar de la película que llevaba años perdida. Cuando la película original se estrenó en 1933, la Junta de Censura de Nueva York exigió cortes. Gus anunció que estábamos a punto de ver los «auténticos carretes» de *Carita de ángel*, con Barbara Stanwyck y George Brent dirigidos por Alfred E. Green, y que estuviéramos atentos a un John Wayne muy joven en un papel secundario. Explicó que, para cumplir con los censores, habían suprimido cinco minutos completos del original, una brutal cita de *La voluntad de poder* de Nietzsche había sido reemplazada por melosas palabras moralistas, y la ambiciosa heroína recibía su merecido en un nuevo final. Después de 1934 y el surgimiento del Código Hays, el castigo para las chicas malas era de rigor. Gus es todo un archivo de cine peripatético para sí mismo, y yo no estaba nada segura de si se acordaba de nuestra sesión de tarde en el Thalia de hacía casi cuarenta años. Él no la mencionó.

Sólo cuando llegamos a la escena del café caliente derramándose sobre la mano del ofensor, un momento de la película que yo había guardado en mi propio catálogo mental, empecé a sospechar que Gus se acordaba. Como era su costumbre, el doctor Plenitud nos instaba a mirar con atención. La escena era más larga de lo que yo recordaba. Después de mojar al villano con el café, Lily Powers sale de la habitación con paso de hastío dignificado, balanceando ligeramente las caderas y los hombros. Cuando el gran hombre la sigue hasta un dormitorio, Lily le dice que se largue «de allí con su cargamento». Pero el hombre no le hace caso. Sonríe. Él sabe. Sabe que es «la novia del turno de noche». Se abalanza sobre ella. «Vamos —dice—, todo el mundo te conoce.» «Bueno, pues tú no lo harás», responde ella, y le da una sonora bofetada y él la suelta. Lily no corre. Entra caminando en la habitación de al lado, coge una cerveza de la mesa, la abre y sirve el líquido espumoso en un vaso. Pero el gran hombre vuelve a aparecer. Sin dejar de sonreír, la ataca por detrás y le soba los pechos. Lily alcanza una botella de cerveza de la mesa y, todavía agarrada por el hombre, se vuelve y la apunta hacia él, y lo golpea con ella en

la cara. El desalmado tropieza hacia atrás y sale del encuadre, y nuestra heroína regresa a lo que estaba haciendo. Con calma, levanta su vaso y toma un gran trago de cerveza.

«No vimos la botella de cerveza, ¿verdad?», le dije a Gus. Él respondió que no y luego me preguntó si me gustaría verla otra vez. Creo que la vimos siete veces. Antes de irnos, abracé a Gus con fuerza. Él se limitó a decir: «Ese botón de rebobinado viene bastante bien, ¿verdad?».

Jacob vive y trabaja en París. Publica artículos y asiste a conferencias por todo el mundo. Walter y él se escriben por correo electrónico sobre simetrías, discuten sobre el futuro de la teoría de cuerdas (que para Walter no sirve), hacen reñidos concursos de juegos de palabras en francés e inglés y cotillean sobre otros físicos, entre ellos un puñado de mujeres jóvenes que parecen haberse colado por la puerta de sólo para hombres. Jacob es un padre responsable de una hija de veintidós años, Jeanette, y de un hijo de diecinueve, Jean, pero últimamente se cierne sobre él un aire melancólico. La última vez que Walter y yo quedamos con él para cenar en Nueva York, me entristecí cuando nos despedimos. Todavía está delgado y conserva todo el pelo; su encanto está intacto, pero su esposa de toda la vida lo abandonó hace dos años, y no por otro hombre sino por ella misma, un giro en los acontecimientos que él no alcanza a comprender.

Nuestra Fanny está muerta. Murió de un cáncer de mama agresivo a los cincuenta y cuatro, un año más que la baronesa. En aquel entonces llevaba muchos años viviendo fuera de la ciudad. Se trasladó de nuevo a California cuando su madre cayó enferma, se sacó el título de trabajadora social y se dedicó a los pacientes psiquiátricos externos en Los Ángeles. Whitney y yo nos quedamos un poco sorprendidas al principio, pero enseguida nos dimos cuenta de que su espíritu insurrecto y su narcisismo benigno simplemente habían tomado otra ruta. Los pacientes la querían, y ella luchó por ellos. Cuando murió en el año 2009, estaba viviendo con una mujer llamada Grace cuya ocupación lucrativa Fanny describió como «peluquera de las estrellas». No sé qué ha sido de Grace, pero recuerdo vívidamente un momento de la

ceremonia en la playa. Fui la única del grupo que pudo volar a la costa para asistir. Veo a Grace caminando hacia el agua con un puño dentro de la urna. Yo estoy unos pocos metros detrás de ella, con otras personas, de las cuales no conozco a ninguna, y entonces veo cómo la pálida ceniza y las partículas de hueso salen volando de su mano en una turbia corriente, su pañuelo de seda azul ondeando hacia el sur en el viento recio. Mientras observo, recuerdo que besé a Fanny. Recuerdo su querida, queridísima y adorada compinche. Recuerdo su cola sobre las tablas del suelo. Grace cae de rodillas en la arena. La oigo gemir: «¡Oh, Fanny, Fanny! ¡Mi Fanny!».

Nunca ha quedado claro entre nosotras si fue Whitney quien me llamó o la llamé yo porque cada una lo recuerda diferente y ninguna de las dos nos sentamos a escribir los acontecimientos para la posteridad. Whitney sigue convencida de que ella me llamó desde un teléfono público a finales de junio de 1979. En su versión, había ido a la Butler Library para consultar un libro, y mientras estaba allí sentada leyendo se sorprendió preocupándose una vez más por mí. Insiste en que se sintió impulsada a actuar, y que después de colgar corrió hasta la calle Ciento nueve para hablar conmigo y hacerme entrar en razón. Yo, en cambio, recuerdo que la llamé y le dije que era importante que habláramos. En mi versión, Whitney se subió al tren y viajó hasta las afueras para verme. Sin embargo, lo importante no es cómo se desarrolló la reunión sino el hecho de que se produjera. Y estamos seguras de que se produjo, aunque ninguna podemos recordar lo que nos dijimos esa noche. Estamos de acuerdo en que, fuera lo que fuese, cerramos la brecha que se había abierto entre nosotras. Es cierto que la distancia entre los dos personajes no era grande en ese momento —era, de hecho, pequeña—, pero si no hubiésemos actuado, podría haber ido a más hasta separarnos para siempre.

¿Por qué no lo escribí todo en el cuaderno? ¿Qué me pasó? No escribí sobre esa noche porque no podría haber previsto los significados que acumularía nuestra amistad con el tiempo. No puedo saber si fue esa noche u otra cuando le dije a Whitney que la envidiaba, que envidiaba su confianza, su coraje, su ropa, su dinero, pero se lo dije. Yo sabía que ella no habría esperado en el ascensor y la envidiaba intensamente por ello. Pero he llegado

a comprender que, antes de conocernos, Whitney había esperado más de lo que me imaginaba, había sufrido más de lo que me imaginaba y no como yo sino de formas que yo no había entendido, porque para mí ella era un ser encantado por las hadas. Pero ella también ha tenido que luchar por su trabajo, y se ha enfrentado con los que quieren mermar sus talentos y socavar su fuerza. Ella también ha tenido que rebelarse contra las historias que ya están escritas, las narrativas fijas sobre la mujer artista y lo que se supone que es su obra.

Voló a Berlín para escapar de los «imbéciles y pedantes» del mundo del arte de Nueva York. Alemania es diferente, enseguida se dio cuenta, pero no mejor. De todos modos se quedó. La veo en la galería con vaqueros suaves y una camiseta holgada. La veo con las manos en las caderas, sonriendo. Veo sus bíceps fuertes de levantar pesas. Veo las palabras en varios idiomas sobre sus esculturas de gran tamaño. La veo embarazada hace años. La oigo quejarse de las veces que tiene que orinar en su octavo mes. Veo a Freya dando botes sobre sus rodillas y riéndose emocionada. Oigo a Whitney contarme que ha dejado a su amante, Theo. La oigo decir que ha vuelto con Theo. La oigo citar a Sylvia Plath: «Toda mujer adora a un fascista». Amor y odio. Whitney dice que deberíamos tener una palabra para describir ese sentimiento. La oigo gritar: «Te amodio, cabrón». Todas estas imágenes y palabras son de Whitney. No puedo separar las imágenes, los sonidos y los sentimientos en el tiempo. Lo que es y lo que fue.

John Ashbery murió el 3 de septiembre de este año. Whitney me escribió un correo electrónico al día siguiente con las palabras: «Una mañana de invierno. / Puestos bajo una luz enigmática.» Es del poema «Algunos árboles», de su primer libro, del mismo título, publicado en 1956.

Whitney se burla de mis inclinaciones filosóficas, de cómo leo insaciable sobre muchos campos y de algunas de las revistas oscuras que publican mis escritos que no son ficción, de los que se mofa abiertamente. «La verdad, Minnesota, *Lebenswelt: Estética y filosofía de la experiencia*. Qué arcaico.» Sin embargo, ha leído todas mis novelas, y yo he seguido de cerca la evolución de su arte, desde los pequeños poemas iniciales hasta las



instalaciones de túneles mucho más grandes en las que había que arrastrarse para pasar de uno a otro. Los niños podían caminar erguidos, y Whitney tenía una silla de ruedas disponible para los adultos que no podían desplazarse encorvados o a cuatro patas. Mi favorita era una pieza en la que se leían las frases: «Piensa en haber nacido. ¿Dónde te encuentras? ¿Todavía me quieres?».

Recuerdo a Whitney mirando por la ventana del loft de West Broadway y diciendo: «Podemos comérmolos, si queremos». Y nos los comimos. Fue amargo y dulce a la vez. Yo la quería entonces. La quiero ahora, pero mientras estaba ocupada viviendo, no podía saber si un instante sería significativo o se desvanecería en el olvido junto con tantas otras cosas. Whitney nunca se casó con Theo. En algún momento de la última década alcanzaron una tregua afectuosa. Whit tuvo un montón de amantes con los años, al igual que Theo. Su hija, Ella, fue una adolescente indomable pero ahora es ortodoncista y tiene una buena consulta en Nueva Jersey, un marido que trabaja en el mundo de las finanzas y dos hijos pequeños cuyas fotos veo regularmente en mensajes de texto. «La vida es extraña», dice Whitney. Lo es. Es extraña.

¿Y qué fue de Kari, la persona que veía cuando levantaba la vista durante los largos años de la niñez en que vivimos juntas? Kari es genetista ahora; su especialidad es la epigenética. Está en el Johns Hopkins trabajando en algo llamado metilación que podría ayudarnos a entender el funcionamiento de algunas enfermedades para curarlas en el futuro. He oído que su investigación es «rompedora». Pero mientras escribo esto, no me preocupa la metilación. Espero ilusionada los días en que nos veremos en Minnesota, pasadas las Navidades. Freya se reunirá con sus primos, Stefan y Kai, y Walter y mi cuñado, Caleb, hablarán de béisbol, y todos pasaremos tiempo alrededor de nuestra madre, suegra o abuela en Sunflower Suites, y le haremos preguntas y la escucharemos con atención, aunque está un poco confusa, y Kari y yo tendremos oportunidad de hablar y recordar lo que no hemos recordado durante mucho tiempo. Tal vez recordemos el chirrido hueco que hacían nuestros patines al cortar el hielo, un gran sonido, o cómo golpeábamos los

patines contra el suelo dentro de la casa de calentamiento para hacer reaccionar nuestros dedos entumecidos, o que cuando hacía un frío glacial el aire nos provocaba un dolor de cabeza especial que llamábamos dolor de hielo. ¿Por qué nos resulta tan placentero recordar juntas? ¿Por qué siempre nos reímos cuando recordamos los collares que hacíamos con tallos de cola de caballo o los bultitos rojos que nos salían en los muslos con la hierba irritante?

Sé que Kari recuerda a Gertie, la anciana a la que nunca vimos pero una vez oímos farfullar sobre el «asesinato sangriento» con voz quejumbrosa cuando pasamos por delante de la casa abandonada de los Petersen que había carretera arriba. Era verano y el alquitrán ardía bajo nuestros pies descalzos, y en cuanto la oímos echamos a correr tan rápido que nos dio flato, al menos a mí. Los otros niños decían que había aparecido un día de la nada, y que era una vieja mala y loca, que había estrangulado a su propio bebé. Mi madre nos decía que no debíamos escuchar las tonterías que decían los otros niños, pero Kari y yo las escuchábamos de todos modos. En aquellos tiempos vivíamos para los prodigios y los terrores.

Lector, te contaré un secreto: en esta historia hay una médica, pero llega mucho más tarde, mucho después de que termine el milenio. Estoy escribiendo aquí en mi estudio el 29 de noviembre de 2017. La doctora es el personaje oculto del libro que nunca aparece y nunca habla. Lo sé y ella lo sabe. Pero alrededor de 1978 o 1979 yo no tenía idea de que revelaría sus secretos en una habitación, detrás de una puerta cerrada donde se guardan los secretos para siempre. Continué hablando durante una década. En esa habitación los fantasmas son reales y Nunca tiene tiempo y espacio, aunque a menudo se olvidan sus coordenadas. En la habitación se encuentra el yo olvidado. Pero también puedo decir que, dentro de las cuatro paredes de esa habitación, los arrepentimientos se acumulan: arrepentimiento por esperar, arrepentimiento por lo que nunca ocurrió, arrepentimiento por lo que nunca se dijo, arrepentimiento por los libros que nunca se escribieron ni se publicaron, arrepentimiento por ser empujado, atizado, arrojado y pateado. Hace mucho tiempo, un poeta identificó a la mujer de la habitación: «Mi nombre es Habría

Podido Ser. Me llamo también Ya No, Demasiado Tarde, Adiós».

Tal vez si lo pides amablemente, obtendrás lo que quieres. Pero debes pedirlo amablemente, con educación. Debes sonreír y no hacerte notar. Y recuerda: tiene sus recompensas pedir con amabilidad, ser dulce y cándida, hacer una reverencia y levantar los ojos ante el gran hombre: El Triunfo de la Vida.

Por favor, no me interrumpa en mitad de la frase.

Por favor, no me agarre el brazo.

Por favor, márchese ahora.

Por favor, no me llame querida.

Por favor, no.

Una joven escritora está escuchando a través de la pared con el viejo estetoscopio de su padre y oye a la vecina del 2C diciendo «*Amsah*», «Estoy triste» y «Tu perra a la que podías patear», y oye a la misma mujer hablar furiosa con voz de hombre. Él la llama estúpida. Las palabras escuecen los oídos de la oyente. Le hieren los oídos como si la llamara estúpida a ella. Y sigue escuchando. Cuando descubre que una chica ha caído o ha saltado o la han arrojado por una ventana, se sorprende asomándose a su ventana para asegurarse de que la hija no está tirada en el pedazo de tierra que hay al fondo del patio de luces donde algunas malas hierbas y gramíneas luchan por crecer. En un momento de clarividencia sabe que el dolor y el miedo también son su dolor y su miedo. Pero es extraño, ¿no? Minnesota no estaba tan triste y a ella no la llamaban estúpida, al menos no a menudo, y sin embargo sabe que está ligada a las palabras que escucha a través de la pared.

La mayor parte de la historia de Lucy se la imaginó. Ted padre y Lindy siempre estuvieron fuera del escenario. Si uno no escucha atentamente lo que se ha dicho, los dos podrían convertirse fácilmente en personajes clásicos: el mal padre y la hija angelical. Pero ni Lucy ni su hijo eran narradores dignos de confianza. Lucy era inestable y su hijo podría haber sido un mentiroso compulsivo. Cada uno de los Íntimos hacía una lectura de la narrativa de Lucy,

y cada una era correcta a su manera. Mi vecina pertenecía a un culto, y si no era psicótica siempre, probablemente lo había sido parte del tiempo. Whitney tampoco se equivocó. La religión wicca, como todas las formas de culto, con sus rituales, reliquias y oraciones, es una representación. Las brujas pertenecían al teatro The Circle. Y Fanny sabía que Lucy quería ver a ese cabrón muerto. «¿Y querías matarlo?», le pregunté a Lucy. «Oh, no, no durante mucho tiempo», respondió ella. Su rabia aumentó poco a poco. Todas las interpretaciones juntas aportan mucho más que cualquiera de ellas por separado. Yo, la vieja escritora, llevo años estudiando las nubes que desdibujan las líneas nítidas que nos gusta trazar entre una cosa y otra. Me he sumergido en ambigüedades. Los vientos soplan, los cielos cambian, las aguas crecen y las interpretaciones se mezclan unas con otras.

Recuérdese que, antes de llegar a la ciudad, Minnesota ya había llenado su imaginación con todo lo que había leído: encantamientos, batallas, desafíos, heridas, historias de amor y sus tormentos, y gran cantidad de filosofía e historia. Recuérdese también que era una ciudad peligrosa entonces, una ciudad de cuchillos, pistolas, cucarachas, ratas y montañas de basura, pero bullía de ideas, y las ideas dan forma a nuestras percepciones y a nuestros recuerdos. Entonces lo feo era hermoso.

Este libro es un retrato del artista como mujer joven, la artista que llegó a Nueva York a vivir, sufrir y escribir su misterio. Como el gran detective con quien comparte sus iniciales, S. H., la escritora ve, oye y huele las pistas. Las señales están en todas partes: en una cara, en el cielo o en un libro. Deslizan una carta por debajo de una puerta. Llega una navaja con el correo. Se oyen pasos en la calle y en el pasillo. Ella gira la llave en la cerradura. Las mujeres están cantando en la habitación de al lado. A diferencia de Holmes, sin embargo, Minnesota no puede contar con que Conan Doyle le arregle un mundo perfecto en el que el polvo de tierra roja conduce inevitablemente al culpable en el que ningún lector ha sospechado jamás: el jardinero lisiado.

El aspirante a detective héroe de Minnesota, Ian Feathers, IF, está equivocado e Isadora Simon, IS, no lo está. IF procede como si cada signo fuera a conducirlo a una solución. IS sabe que eso es absurdo. Siempre

estamos leyendo las señales, pero ¿qué significan las sonrisas, las estrellas, las cuerdas y las letras? Recuerdo mi desconcierto de entonces. ¿Por qué me miras así? ¿Qué he hecho? ¿Por qué esperé en el ascensor? ¿Puedo encontrar la lógica que hay detrás de todo esto? No, no puede reducirse a verdadero y falso, a algoritmos o incluso a lógica difusa. Esto no son matemáticas. Sin embargo, hay reglas, muchas normas y reglas que desfilan como la única lógica verdadera. Las normas y las reglas tratan de la narración, de la autoría y de quién va a contar la historia y de qué manera. La baronesa escribió: «Olvida, señora—que nosotros somos los amos—sométase a nuestras reglas». A veces esas reglas son pura locura. Un déspota en potencia con la cara roja y furiosa corre de aquí para allá en la pantalla gritando: «¡Encerradla! ¡Cortadle la cabeza!». Y la multitud mira al héroe, el gran hombre que expía su humillación y vergüenza con el odio purificador de todos los demás. La baronesa también escribió: «pensamiento enmarañado—de residuos estériles, infértiles—acción violenta—ruido—clamor: linchamientos estadounidenses».

Linchar, colgar y quemar.

Ahora estoy interpretando las pistas de otra manera. Leo las historias de otra manera. Recuerdo de otra manera. Estoy cambiada. Un hombre abre la puerta de una habitación cerrada con llave y arroja, carga o empuja a través del umbral objetos que pertenecen a su mujer y a sus hijos. Luego cierra la puerta con llave, se la guarda en el bolsillo y se va a trabajar. Pasan los meses. Una a una desaparecen cosas: una mesa, una silla, zapatos, el televisor, sombreros, guantes, libros, bolígrafos, la tostadora, juguetes y, al cabo de un tiempo, el piso empieza a parecer árido y extraño. Y nadie de la familia pregunta por qué él es la única persona que tiene la llave. No se les ocurre. No se les pasa por la cabeza la pregunta: «¿Por qué eres tú quien tiene la llave?». No tienen palabras para formularla. Hay que tener plena conciencia para creerse con derecho a preguntar. Hay que tener plena conciencia para estar enfurecido.

Pero vuelvo a decirlo, una historia lleva a otra. Una historia se convierte

en otra, y muchas historias son de alguna manera la misma historia.

«No hay duda de que Freytag-Loringhoven había creado obras escatológicas similares en líneas generales, pero ninguna de ellas contenía el *pensamiento* expresado en la obra de Duchamp.» La cuestión de la mente no es para ti, querida. Te ha salido el tiro por la culata, querida. Tu arte no es tuyo. Le pertenece a él, querida. Supongo que no tienes nada que aportar, querida. Eres demasiado estúpida para leer esos libros. Serás una buena enfermera. No, Lucy no sabía que ella quería que ese imbécil muriera. Yo misma no sabía lo enfadada que estaba. Y los maestros no siempre son conscientes de lo que hacen y dicen. Llevan la historia de su superioridad grabada en ellos, en la sangre, los huesos, los músculos y los tejidos, en las mismas células. Recuerdo la cara de sorpresa del profesor, y de la consternación que acto seguido se reflejó en ella. ¿Por qué están siempre tan sorprendidos y consternados? Una y otra y otra vez he visto esa mirada de sorpresa y consternación. Yo ya no me desmayo. Si uno es capaz de permanecer consciente y enfrentarse a su adversario, a las miradas de sorpresa y consternación les sigue la de cólera: ¿quién demonios te crees que eres? Y la furia balbuceante del hombre, ese hombre que es muchos hombres, se agrava por la profunda calma de la mujer. Últimamente siempre estoy tranquila. Estoy tan tranquila como lo estaba Patty. Soy una anciana tranquila y erudita.

Olvida, señora, que debe atenerse a nuestras reglas.

No, no lo haré.

En mi mundo, Wittgenstein sigue siendo un cuchillo. De hecho, mi biblioteca está hasta los topes de armas verbales. Sin embargo, aunque se cite del original, Wittgenstein no es de ninguna ayuda si un hombre te estampa contra una pared de libros.

Yo necesitaba a la Baronesa. Era sumamente importante para mí. Entonces no sabía nada de la Madonna del cuarto de baño. No sabía que habían encerrado a Elsa en la Habitación Nunca. Pero puse su nombre al regalo mortífero de Fanny. Era mi instrumento de rabia muda. Es una suerte, una gran suerte, que mis aventuras con la navaja puedan describirse como una comedia

de equivocaciones, que no rajara al pálido joven en pequeños trozos. Lo siento mucho por él. Él no era uno de los amos. Asesinó a su hámster. ¿Tiró a su hermana por la ventana? No podemos saberlo. Nunca lo sabremos. Si la tiró, ¿se dijo después que no la había tirado? ¿Ella lo provocó y saltó? ¿Saltó de desesperación? Lucy dijo que Lindy lloraba y lloraba. Era muy infeliz. No podemos saberlo. Él me dio lástima. Le di dinero. Pero luego su servilismo me repelió. Ahora siento por él lo que Simone Weil llamó caridad, y creo por tanto que blandí la navaja hacia el hombre equivocado.

Recuerdo a la Detective Introspectiva sonriéndome desde el otro lado del escritorio. Sí, ella es invención mía, pero recuerdo su sonrisa. Así es cómo funcionan nuestras imágenes mentales. A menudo recordamos lo que nunca sucedió. Y ahora puedo sonreír a mi antiguo yo, un poco triste quizá, pero puedo sonreírle. Allí está ella dando brincos por el 2B con la Baronesa, dejándose llevar, sacando la navaja para liberar sus fantasías de venganza cruenta. Quiere ver a ese cabrón muerto.

Watson está feliz con su herida sangrante porque inquieta a Holmes, y esa inquietud es una señal de que detrás de la máscara fría se esconde el amor. La señora Malacek ha manchado de sangre todo el sofá. Hay sangre por todas partes y le pasa algo en los ojos. Es como si no pudiera ver a nadie ni nada. Ciega. «Toda mujer adora a un fascista. / La bota en la cara, el bruto. / Bruto corazón de un bruto como tú», escribió Sylvia Plath. ¿Qué fue del hombre? ¿Entró corriendo en la casa? ¿Salió corriendo de ella? ¿Era él la bota en la cara, el corazón bruto, el hijo de puta bruto de la bota? Mary Shelley se sumerge en una bañera llena de hielo para detener la hemorragia. El aborto casi la mata. Tres de sus bebés nacen y mueren. Uno vive. Está escuchando la conversación de los hombres en una casa de Suiza. Hace mal tiempo. ¿Por qué nunca para de llover? ¿Ella siente el feto agitándose en su interior mientras los grandes hombres hablan de poesía y política? Mary Wollstonecraft Godwin Shelley tiene diecinueve años, cuatro menos que Minnesota cuando llegó a Nueva York. Termina *Frankenstein*, un libro sobre un parto terrible y una soledad terrible antes de que el cuerpo de su marido, el héroe poeta trágico, arda en una playa de Italia, pero Mary no ve las llamas. Ella no estaba allí. Al parecer, no era costumbre que las mujeres asistieran a las incineraciones. Su

sensibilidad era demasiado delicada para eso. Las ironías del tiempo y del lugar: ¿has olvidado que quemaban brujos, de los cuales la mayoría eran mujeres?

En el cuadro de Louis Édouard Fournier del funeral junto al mar, se ve en primer plano al apuesto Lord Byron con Leigh Hunt y Edward John Trelawny. El poeta muerto, que ha escapado de los peces, la sal y el mar, el poeta muerto que no está nada desfigurado, yace en un féretro humeante, con su hermoso rostro vuelto hacia el cielo, un joven héroe-dios que en nuestra mente colectiva se prepara para su resurrección póstuma. Si miramos a la izquierda, la veremos a ella en segundo plano: el personaje secundario, la esposa. Está de rodillas rezando humildemente por Dios sabe qué. Una historia se convierte en otra.

La última vez que vi a Lucy fue en mayo de 1986. Yo ya había conocido a Walter, me había casado y había defendido mi tesis doctoral. Patty y Polilla me sorprendieron organizando una cena en honor a mi doctorado, al matrimonio no. Patty me envió la invitación, que empezaba: «Estimada doctora H.».

Entonces Walter no era el anciano panzón y canoso que es ahora. Ha cumplido setenta y le gusta caminar despacio. «¿Qué son esas prisas? —me pregunta—. No estamos en una carrera, ¿no?» Entonces era un joven físico esbelto, pelirrojo y miope de fuertes muslos, con una encantadora polla recta y casi siempre lista y una escandalosa manera de abordar el acto sexual que me lanzaba casi al delirio. Al recordar nuestros primeros dos años juntos, a veces veo a una gran distancia nuestro primer piso, como si desde lo alto contemplara a dos liliputienses del pasado desnudos. Veo a la mujercita desnuda persiguiendo al hombrecito desnudo escaleras abajo. Veo al hombrecito desnudo persiguiendo a la mujercita desnuda escaleras arriba. Veo a la mujercita desnuda haciéndose la atrevida y exhibiendo su pequeño trasero desnudo al hombrecito desnudo en la habitación donde guardan todos los libros. Veo al hombre desnudo saltando sobre la cama con los brazos abiertos mientras llama a su vida, a su amor, a su amada para que salte a su lado. Veo sus cuatro brazos desnudos, sus cuatro piernas desnudas y sus dos cabezas con



pelo, fundidos en un beso. Los veo haciendo los rebotes celestiales sobre el colchón de la cama con dosel, en la alfombra, en el suelo de la cocina.

Walter y yo somos viejos amantes ahora. Lo hemos hecho miles de veces. Una y otra vez mis dedos se han deslizado por su pecho desnudo y se han abierto paso hasta su suave polla dormida, que he sentido crecer y cambiar en mi mano. Una y otra vez he acariciado la piel aterciopelada de sus testículos y he sentido el ligero escozor de su barba en mi mejilla, mis pechos y mi entrepierna. Me he perdido en la sensación de él tantas veces que no podría expulsarlo de mi cuerpo aunque quisiera. Nuestras carnes se confunden ahora. Nuestros pensamientos se superponen. Nos hemos enseñado mutuamente muchas cosas, pero no siempre recordamos quién enseñó qué. Envejecemos y tememos la muerte del otro, aunque rara vez hablemos de ello. El futuro lo dirá. A menos que explotemos juntos, uno de los dos morirá primero.

El amor es lo que me impulsa, ese aflojador de las extremidades.

Estaba embarazada de cinco semanas en la cena. Sólo Walter estaba al tanto de mis sospechas.

«Lo recuerdo —dijo mi madre el otro día—. Recuerdo ese primer aleteo. Recuerdo dónde estaba cuando lo noté, en casa de Emma. Estábamos tomando café, y noté la primera señal, la primera señal de ti.»

El joven Walter gruñó ante la perspectiva de asistir a un aquelarre de brujas. Conocía la historia de Lucy porque yo se la había contado y le pareció desagradable, como se lo parecería a cualquiera. Entró conmigo murmurando sobre la superstición, y aunque he olvidado gran parte de la noche, no ocurrió nada extraordinario. Recordamos lo catastrófico con mucho mayor detalle que cualquier suceso que se desarrolla más o menos según lo previsto. Recuerdo que un par de días después de la cena, Walter me comentó de Patty que la había encontrado arrogante con todas sus pomposas declaraciones. El comentario me molestó, aunque no podría decir por qué, y precisamente porque me molestó lo recuerdo. Ahora que he llegado a la edad que tenía Patty

cuando la conocí, me doy cuenta de que no era más arrogante que el propio Walter o los innumerables hombres que he conocido y conozco. En nosotras las mujeres, la confianza se confunde a menudo con la arrogancia.

Walter probablemente disfrutó con las circunvoluciones negativas de Alistair y con la comida de Polilla, y probablemente procuró mantenerse inexpresivo cuando Tojo le explicó sus teorías sobre el gran universo, pero, si soy sincera, no lo recuerdo. Sí recuerdo que a Lucy se la veía mayor y más rolliza, y que esa noche flirteaba animadamente, con los ojos alerta a cada momento. Y, sin embargo, su cara no estaba tan radiante como la recordaba. Parecía más lenta, menos proclive a cambios de humor repentinos, lo que según Patty se debía al litio. Lo recuerdo porque consulté las propiedades de ese elemento químico y sus usos medicinales en la psiquiatría. También recuerdo que cautivó a Walter esa noche. Se rio de sus juegos de palabras y asintió de manera significativa después de cada frase que salía de su boca, y él disfrutó de su admiración. Cuando pienso en esa última cena con Lucy, tengo el presentimiento de que la cara de mi marido se parecía mucho a la de mi padre el día en que Brenda alzó la vista hacia él fuera de su consulta, cuando yo todavía era una niña.

Dora a secas da dos vueltas a la llave y los tres niños descienden las escaleras hasta el sótano y encuentran al padre tumbado en posición fetal sobre una lona vieja con una botella de whisky en la mano. ¡Qué extraña era la pequeña comedia que Minnesota intentaba escribir! Debía de haber intuido que las historias desconocidas se hallaban encerradas en un sótano metafórico dentro del hombre que era su padre. Pero había otro padre mezclado en la historia; el padre de Edith, el profesor Harrington, que solía entrar y salir de la sala de estar murmurando citas de obras clásicas y que, en ocasiones, tenía un aspecto salvaje. Harrington había sido comandante de tanques durante la guerra europea, y Edith me contó que en el tanque tenía un conejo como animal de compañía. Uno nunca sabía qué pensar de las historias de Edith, pero el cuento del conejito debió de alojarse en mí años antes y luego, al combinarse con *Laurence*, el perro pastor, y *George*, la cacatúa, había salido como la casa de las fieras de los Simon.

En su novela nunca acabada, Minnesota contrajo a los padres. Contrajo a los grandes hombres y a los jóvenes engreídos bajándoles los humos. Los contrajo con humor. Los contrajo con lástima. No sabía lo que hacía, pero los escritores casi nunca lo sabemos. Sabemos sólo una parte de ello. Los ritmos suben y bajan, y nos llevan consigo.

Siento lástima por el hombre que duerme en la lona.

Cuando mi padre se estaba muriendo, me senté a su lado en la pequeña sala de cuidados paliativos y le sostuve la mano. Recuerdo la luz fría que entraba por las persianas y el jarrón con hortensias secas que mi madre había colocado en el alféizar de la ventana. Recuerdo el sonido de la máquina de oxígeno que inhalaba y exhalaba ruidosamente, y el tubo que salía de la nariz de mi padre, dejándole las aletas rojas y doloridas. Recuerdo el pequeño tarro de vaselina en la mesa con ruedas que había al lado de su cama. «No tienen ni idea del sistema endocrino. ¿Te lo puedes creer? —me dijo—. Es un maldito misterio tras otro.» A mi padre le gustaba reírse de la ignorancia de los médicos. Le gustaba arremeter contra los republicanos. Cuando estaba contento, silbaba en el coche. El viejo soldado no tenía miedo a la muerte. Tenía miedo, un miedo atroz, a que lo compadecieran. «¿No somos todos humanos?», solía decir la tía Irma. ¿No lo somos?

Cerca del final de esa cena de 1986, Lucy se levantó de su lugar al lado de Walter, se acercó a mí y se inclinó para susurrarme al oído: «Cariño, creo que ahora quiero la varita de Lindy. Es el momento». Que Dios me proteja, pensé. No le dije que había reparado, pintado y escrito en la varita, ni que la había clavado en la estantería, justo encima del estante con que me había golpeado la cabeza antes de caer al suelo. Le pregunté si recordaba a Bianca, la hija del señor Rosales. Y ella respondió que sí. Le dije que el techo de mi armario se había derrumbado el invierno siguiente a que ella se fuera. El señor Rosales había venido a arreglarlo y Bianca lo había acompañado, y se había quedado tan fascinada con la varita que había querido cogerla, y yo le había dejado, y ella la había agitado de un lado a otro sobre su cabeza y había dado brincos

por la sala hablando consigo misma en español. «Le di la varita a Bianca, Lucy», le dije. Pensé que me reñiría, pero no lo hizo. Sólo asintió y dijo que llevaban años lanzando hechizos en dirección a mí en sus aquelarres y que era evidente que la magia había funcionado. En abril de 1994, Lucy murió de un infarto de miocardio mientras dormía. Las brujas me enviaron un comunicado con círculos y parras. Patty añadió una nota en la parte inferior: «He estado leyéndote con admiración. Patty». Por la tarjeta también me enteré de que el segundo nombre de Lucy era Catherine.

En algún momento después del final del milenio anterior y del inicio del nuevo, en la librería Strand encontré entre restos de ediciones un ejemplar de *Un estudio sobre la amnesia en Occidente*, de P. S. Thistlethwaite, y lo compré. Cuando miré la solapa, descubrí que Patty había muerto en 1997. El libro había sido publicado un año después. Me encantaría poder decir qué fue de los demás. Tal vez podría averiguarlo en internet, pero he optado por no saber. Me gusta imaginar a Polilla, Alistair y Tojo, todos con cien años cumplidos, cantando y balanceándose en un círculo y lanzando hechizos aquí y allá. Y me gusta imaginar al fantasma de *Alice*, la perra, tumbado en algún lugar cerca de ellos.

Recuerdo el último empujón triunfante. Empujé, y mientras empujaba grité. Expulsé de mi cuerpo el cuerpecito mojado y ensangrentado. Veo la diminuta cara de angustia, las patadas llenas de vitalidad y los brazos que se agitan. Oigo el llanto agudo de una desconocida sorprendida en un nuevo mundo. Recuerdo los colores verdes y violetas del largo cordón gelatinoso que la ligaba a mí. No recuerdo el corte, la pinza ni la placenta.

Siento mis dedos sobre el teclado. Éstas son las llaves que Minnesota necesitaba: las teclas. No era una sola llave. No era la *clavis universalis*. No era la teoría del todo, sino todo un alfabeto de teclas vivas. Y, como en un cuento sufi, habían estado allí siempre. Lo único que ella necesitaba era un poco más de tiempo. Estoy escribiendo ahora, escribiendo contra el tiempo, por el tiempo, con el tiempo y en el tiempo. Estoy escribiendo fuera de mi tiempo e introduciéndome en el tuyo, lector. Hay magia en este simple acto,

¿no? Para ti podría ser el año que viene mientras que para mí todavía es este año. Para Página, en la página, los muertos hablan a los vivos. Recuérdese que los espíritus inquietos se elevan y salen de la biblioteca para atormentarnos. Recuérdese la batalla de los libros. Y recuérdese que olvidamos. Olvidamos. *Un estudio sobre la amnesia en Occidente* trata de las olvidadas, las que son eliminadas de la historia, las ahogadas, las amordazadas, las violadas, las golpeadas, las asesinadas. Ya No, Demasiado Tarde, Adiós. Malcolm Silver tenía una imagen de una de esas mujeres en la pared. Yo odiaba esa foto.

El fantasma embarazado de mi madre, Eva, está de pie junto a la ventana y parece que quiere hablar. Mueve la boca como lo hacen los cantantes a modo de calentamiento antes de cantar, pero la canción no sale. Las palabras no salen. ¿Estás escuchando? Quiero que escuches. Frieda Frail está rondando Verbum. Su espíritu se está apareciendo por toda la ciudad. Pone una llave en la mano de Dora a secas y le susurra al oído.

Mi madre olvida. Olvida lo que acabo de decirle, pero recuerda a Eva. Recuerda la taza de café rajada. Recuerda que estoy escribiendo un libro. Recuerda la primera señal que tuvo de mí. Estaba tomando café con Emma. Cuando la telefonee hoy, me preguntará cuántos años tiene, y yo responderé que después de Navidad y Año Nuevo, ya en pleno invierno, el 19 de febrero, cumplirá noventa y cinco años, y ella me dirá que eso es ser viejo, muy viejo, y le daré la razón y entonces ella me preguntará cuántos años tengo yo, y se lo diré. Envejezco. Envejezco. Freya nació hace treinta años. Mi hija canta, y cuando canta, llega hasta la gente del fondo de la sala. Una niña agita una varita por encima de la cabeza y sale por la puerta dando saltos.

Hace mucho tiempo llegué a Nueva York en busca del héroe de mi primera novela. No encontré a la persona que imaginaba, pero así es la vida. Todo cambia. También he cambiado yo. «Tal vez tú y los demás estáis introduciéndola de nuevo en la historia.» Las palabras de la Detective Introspectiva podrían no ser totalmente exageradas. Incluso ahora, durante lo que parece ser la peor de las épocas, siento de cuando en cuando el viento en la espalda. Entonces no sabía que había llevado conmigo a mi héroe a la ciudad. Pero ahí está ella, con el cuero cabelludo pintado de rojo, las latas de las caderas tintineando y dos cucharitas colgadas de las orejas mientras pasea

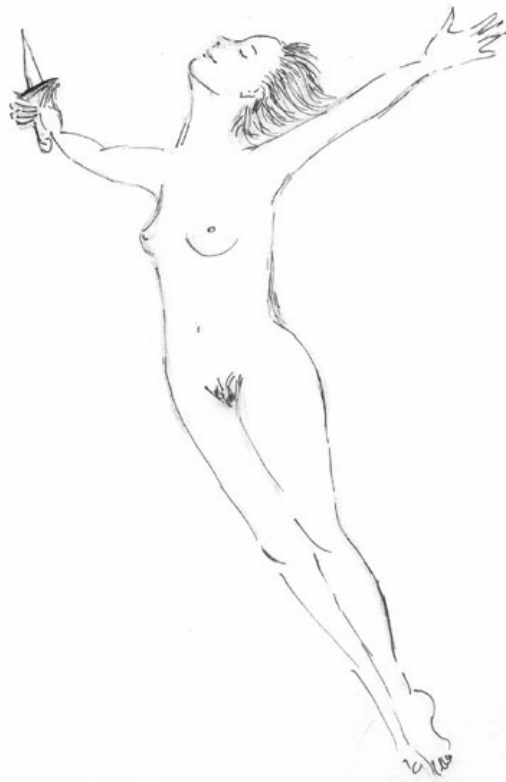
a sus *mutts*, sus chuchos, por Greenwich Village. Se ríe a carcajadas y se tira un sonoro pedo. Disfruta aterrorizando a los vecinos. No se avergüenza de su maquinaria, y compone poemas mentalmente sonoros mientras anochece sobre la ciudad. La ciudad es Nueva York, Berlín, París. Una ciudad real que es al mismo tiempo imaginaria. Observo cómo orina en su urinario antes de emprender el vuelo en su próxima obra.

Algo pasa. Algo está pasando en el presente de este libro. Algo empieza a pasar mientras tú, lector, lees esta frase. Los pies de ella se están despegando de la acera. Se eleva. Ascende cada vez más. Flota muy por encima de la metrópoli. Está agitando una navaja por encima de la cabeza, una navaja automática brasileña de hoja tipo estilete de catorce centímetros. La baronesa es llevada por el aire, y allí entre las nubes bajas ocupa su lugar al lado de su hermana horrible.

¿Y quién es la hermana horrible que ha levantado el vuelo antes que ella?

Te lo diré: su narradora, la autora de este libro. Ya no espero. Tiende la mano. Te doy las llaves.

Una historia se ha convertido en otra.



# AGRADECIMIENTOS

Más de cien años después de su llegada a Nueva York, donde escribió poemas, encontró e hizo arte y ella misma se ofreció como una obra de arte insurrecta, a la baronesa se le concedió el deseo de ver sus poemas recopilados en un libro. En 2010, la MIT Press publicó una preciosa recopilación de sus textos: *Body Sweats: The Uncensored Writings of the Baroness Elsa von Freytag-Loringhoven*, editada por Irene Gammel y Suzanne Zelazo. Todas las citas de los poemas provienen de este volumen. Los hechos y los acontecimientos de la vida de la baronesa que se mencionan en esta obra son del excelente libro de Irene Gammel, *Baroness Elsa: Gender, Dada, Everyday Modernity, A Cultural Biography* (MIT, 2002). En la biografía de Gammel también se encuentra su persuasiva y sistemática argumentación sobre que la baronesa es la artista que hay detrás de la famosa *Fuente* que Marcel Duchamp se atribuyó tras su muerte.

También han reivindicado la autoría de la baronesa los historiadores de arte Julian Spalding y Glyn Thompson, cuyo artículo «Did Marcel Duchamp Steal Elsa's Urinal?» [¿Robó Marcel Duchamp el urinario a Elsa?] se publicó en *The Art Newspaper*, vol. 24, núm. 262, en noviembre de 2014, y al que siguió su exposición, *A Lady's Not A Gent's*, que formó parte del Festival de Artes de Edimburgo celebrado en Summerhall en 2015. Aunque la tesis de que Duchamp es la mente que hay detrás de *La fuente* sigue teniendo sus defensores, las pruebas que atribuyen la obra a la baronesa me parecen



abrumadoras. Para un tratamiento exhaustivo de dichas pruebas, así como de la correspondencia entre Spalding, Thompson y sir Nicholas Serota, que entonces era director del Museo Tate (donde hay una réplica de *La fuente* adquirida por 500.000 libras en 1964), véase «Marcel Duchamp's Fountain... he lied!» [*La fuente* de Marcel Duchamp... ¡mintió!] en el número noviembre-diciembre de 2015 de la revista *The Jackdaw*.

También quiero dar las gracias a mi amigo escritor, estudioso de arte y presidente de la Galerie Lelong, Jean Frémon, por haberme puesto en contacto con Didier Schulmann, el director de la Bibliothèque Kandinsky en el centro Pompidou, quien amablemente me dio permiso para reproducir la fotografía de la máscara mortuoria de la baronesa, publicada en *transition*, 11, 1928, y que Gammel atribuye a Marc Vaux. Continúa siendo un misterio quién hizo la máscara mortuoria.

S. H.

# NOTA

[1]. La traducción que se ofrece aquí de estos versos y de los que siguen no pretende ser más que una aproximación literal. (*N. de la t.*)

*Recuerdos del futuro*  
Siri Hustvedt

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Memories of the Future*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño  
© de la ilustración de la portada, Mike Carson

© Siri Hustvedt, 2019

© de la traducción, Aurora Echevarría, 2019

Imágenes del interior:

Ilustraciones © Siri Hustvedt

Imagen «Máscara mortuoria de la baronesa...» Fonds Marc Vaux © Bibliothèque Kandinsky

El fragmento «La mayoría de los fans de Sylvère...» está tomado de *Amo a Dick*, de Chris

Kraus, Alpha Decay, Barcelona, 2013, con traducción de Marcelo Cohen

El fragmento « Una desgracia demasiado grande...» está tomado de *La gravedad y la gracia*, de Simone Weil, Trotta, Madrid, 1998, con traducción de Carlos Ortega

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)


[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019

ISBN: 978-84-322-3528-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

[www.eltallerdelllibre.com](http://www.eltallerdelllibre.com)

 Seix Barral

**Siri Hustvedt**

---

Recuerdos del futuro

---

